

LA
SOMBRA
DEL
HIGHLANDER

JANE MACKENNA



Servicios Editoriales

© Jane Mackenna, [2024]

1 ra Edición Paperback

Título de la Obra: La Sombra del Highlander

Diseño de Portada: Leydy García

Corrección y edición: Noni García

Maquetación: Leydy García

©EdicionesAL.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos

SINOPSIS

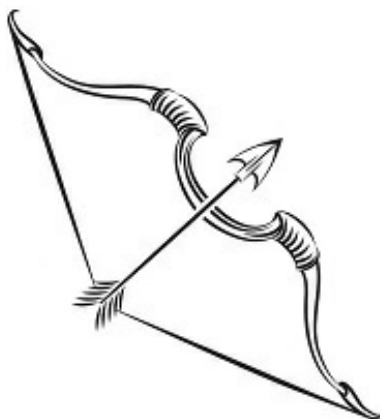
En las brumosas tierras altas de Escocia, dos corazones desafían la historia para encontrar un amor sin límites.”

Archibald MacNeil perdió a su hijo mayor y jamás dejó de buscarlo. Con el paso de los años, el laird del clan tuvo que resignarse, cuidó a su hijo menor y a su sobrina, con algo parecido a la obsesión, por temor a perderlos a ellos también.

Jaelyn MacNeil es huérfana desde muy pequeña. Se ha criado con los MacNeil como si fuera una más de ellos, a pesar de ser una sobrina del laird y de que por sus venas no corra la sangre del hombre que la ha criado. Al llegar al clan, conoció a un niño al que comenzó a llamar Sombra, volviéndose una persona muy importante para ella.

Sombra es un muchacho de la calle. Ha crecido solo y ha tenido que aprender a cuidarse a sí mismo. Hace años que se hubiera ido del clan si no fuera por una niña de ojos azules y cabello negro como la noche a la que protege con celo, y por la cual se cuela en el castillo Kisimul cada noche.

¿Qué sucederá cuando el trascurso del tiempo cambie sus destinos?



PROLOGO

Castillo Kisimul, Isla de Barra. 1560
Jaelyn MacNeil

La tormenta me aterra.
Parece que el cielo va a caer sobre el castillo y nos va a matar a todos.

No puedo evitar recordar aquella fatídica noche en la que mis padres perdieron la vida. Llovía como ahora lo hace, los truenos retumbaban entre las paredes de nuestra modesta casita, y cuando todo se derrumbó a nuestro alrededor, ellos me protegieron hasta el final, dieron su vida por mí, y por ello fui traída con el primo segundo de mi padre, Archibald MacNeil, laird del clan más poderoso de la isla de Barra.

No sé si voy a ser capaz de acostumbrarme a todo este cambio. Siempre he vivido en una pequeña casa sencilla, ahora debo hacerlo en un castillo, rodeada de gente que no recuerdo haber visto jamás y entre la que me siento una completa extraña.

Cuando la ventana se abre, grito al ver una sombra adentrarse en mi alcoba como si tal cosa.

—Cállate —escucho que susurra alguien—. No voy a hacerte daño...

Me doy cuenta de que es un niño. Me levanto de la cama olvidando el miedo que hasta hace unos momentos me paralizaba y me acerco para verle más de cerca. Por la penumbra, no soy capaz de distinguir muy bien sus rasgos, aunque puedo decir con certeza que se ve sucio y desaliñado.

—¿Quién eres? —pregunto un poco asustada—. ¿Y por qué has entrado aquí?

—No —niega levantándose—. La pregunta a aquí es: ¿quién demonios eres tú? ¿De dónde has salido?

—Soy Jaelyn MacNeil —respondo con orgullo.

—El *laird* no tiene hijas —escupe—. ¿Eres bastarda?

Jadeo ante el insulto y voy a gritar para que saquen a este maleducado de mi alcoba, parece adivinar mis intenciones porque tapa mi boca con su mano, y ahora que está más cerca de mí, soy capaz de ver sus ojos de un hermoso color gris, son tan bonitos como extraños.

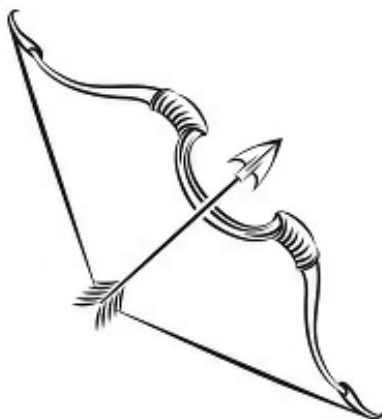
—No grites —me ordena—. ¿Lo prometes? —Asiento para que se aleje y poco a poco lo hace.

—No soy ninguna bastarda —siseo furiosa—. Mi padre era primo segundo del *laird*, y él me ha traído a Kisimul después de la muerte de mi familia.

—Lo siento —susurra, parece avergonzado—. ¿Cuántos años tienes? —pregunta.

—Diez —respondo con altivez—. ¿Y tú?
—Doce —contesta de mala gana—. Casi trece.
—Eres mayor —digo, cruzándome de brazos—. ¿Por qué te cueles aquí?
—Las noches de tormenta solía hacerlo porque este cuarto estaba vacío —responde, alzándose de hombros—. No sabía que había llegado nadie al clan.
—Lo hice apenas hace unas semanas —informo—. ¿No tienes casa? ¿Y tus padres?
—También soy huérfano como tú —replica—. Y no tengo hogar. Ahora me iré...
—¡No! —exclamo deteniéndolo, se gira para mirarme como si me hubiera vuelto loca—. ¿Puedes quedarte conmigo? Tengo miedo...
—No te conozco, ¿por qué tendría que hacerlo? —cuestiona, cruzándose de brazos—. ¿Qué gano con ello?
—Poder entrar todas las noches sin que te delate —sonrío con dulzura, a pesar de estar amenazándolo—. Dormirás sobre un lecho de plumas y no pasarás frío.
—Para ser una niña, eres una maldita bruja —gruñe entre dientes—. De acuerdo, me quedaré.
Sonrío y aplaudo entusiasmada al haber conseguido mi propósito. No logro comprender por qué me siento segura al lado de este muchacho que no había visto jamás en mi vida. Él, por su parte, me mira ceñudo, creo que debe pensar que estoy loca. Me dirijo de nuevo al lecho esperando que me siga y así poder dormir, ahora que el miedo ha desaparecido, tengo mucho sueño.
—¿No vienes? —pregunto bostezando.
—¿También tengo que dormir contigo? —pregunta horrorizado—. Estoy empapado, mojaría la cama, mejor que no.
A pesar del cansancio, vuelvo a levantarme y le doy algo para que se seque. Ropa no tengo, le digo que puede quitarse la camisa al menos y así mañana estará seca. Parece reacio, finalmente lo hace, aparto la mirada porque me da vergüenza y le doy la espalda esperando a que se meta en la cama.
—¿Cómo te llamas? —susurro cuando ya está acostado a mi lado, aunque demasiado tenso.
—No tengo nombre —responde—. Los que me conocen me llaman Lobo.
—¿Qué clase de nombre es ese? —cuestiono, dándole la vuelta para mirarlo, se encoge de hombros y, tras pensarlo varios minutos, exclamo—: Sombra, te llamaré Sombra.
—¿Por qué? —frunce el ceño—. Me gusta más Lobo...
—Porque has entrado en mi alcoba como una sombra. —Ahora es mi turno de encogerme de hombros—. A mí me gusta más, no es tan...
—¿Fiero? —pregunta, orgulloso—. La gente que me conoce me teme, de ahí mi nombre.
—No te temo —resoplo—. Y tú no quieres que lo haga —continúo convencida de mis palabras—. Buenas noches, Sombra.
—Buenas noches, niña —susurra cuando casi estoy quedándome dormida.

Al despertar, mi nuevo amigo no está a mi lado, aunque sé que no lo he soñado porque, donde debería estar dormido, hay una hermosa rosa silvestre. Sonrío feliz ante ese pequeño gesto que demuestra que no estaba equivocada, que bajo toda esa mugre y apariencia indiferente se esconde un buen muchacho, uno que no ha tenido nada ni a nadie, hasta ahora.



CAPÍTULO I

Castillo de Kisimul, Isla de Barra, 1568

Jaelyn

—**H**acía semanas que no te veía —susurro al chico que me abraza tumbados en el lecho que hemos compartido durante tantos años—. Te echaba de menos...

—No puedo hacer de niño todo el tiempo, Jaelyn —resopla, lo siento tan tenso a mi lado, como si mi contacto no le fuera grato.

Sus palabras me duelen. Ya no es aquel niño que compartía conmigo las noches mientras hablábamos hasta quedarnos dormidos. El que me enseñó a no temer a las tormentas, mi único mejor amigo.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunto, apartándome lo suficiente como para ver sus hermosos ojos grises.

—No —rebate, rehuyendo mi mirada—. Será mejor que me marche.

—¿Por qué ya no pasas toda la noche conmigo? —continúo preguntando mientras se levanta de la cama dándome la espalda, odio que se esconda de mí—. ¿Qué te he hecho? —alzo la voz al ver como se dirige hacia la ventana dispuesto a saltar sin darme explicación alguna—. ¡Sombra! —se detiene, puedo ver cómo respira con rapidez.

—¿Quieres saber por qué no puedo estar contigo? —pregunta con una voz tan ronca que mi cuerpo reacciona, se gira y doy varios pasos hacia atrás sin ser consciente, ya que parece una fiera dispuesta a saltar sobre su presa, y esa soy yo—. Puede que no te hayas dado cuenta, Princesa, pero ya no somos unos niños. Yo nunca lo fui, y tú hace mucho que dejaste de ser la niña que conocí.

—¿Y eso qué tiene que ver? —interrumpo nerviosa cuando se acerca, y contesta al ver que no se va a marchar sin darme la respuesta que llevo tiempo esperando—. Somos los mismos, nuestra amistad no ha cambiado.

—¡No puedo ser tu amigo! —grita sobresaltándose—. Soy un hombre, maldita sea.

Frunzo el ceño sin comprender, me duele que no quiera seguir siendo mi amigo e intento no llorar. Lo escucho maldecir de nuevo y cómo hace desaparecer la poca distancia que nos separa. Cuando me quiero dar cuenta, sus labios han apresado los míos, jadeo por la impresión y cierro los ojos encantada con las sensaciones que estoy sintiendo. Mi corazón comienza a golpear con fuerza, mi pecho y mis manos parecen cobrar vida propia cuando se cuelan en el largo cabello del muchacho que me está besando como si le fuera la vida en ello.

Finalmente, nos tenemos que separar para poder recuperar el aliento, y puede que sea una muchacha sin experiencia, sin embargo, el deseo que ha oscurecido los ojos de mi mejor amigo es algo que no puedo dejar de observar.

—¡Maldición! —espeta, alejándose de mí como si me temiera—. Esto no tenía que haber pasado...

—¿Por qué? —pregunto, susurrando mientras acaricio mis labios hinchados—. ¿Puedes volver a besarme, Sombra? Me ha encantado y...

—¡Esto no es un maldito juego, Jaelyn! —me interrumpe entre dientes—. Todavía eres una niña, Violet tiene razón —dice para sí mismo, aunque consigo escucharlo y no me gusta nada.

—¿Quién es Violet? —pregunto—. No me habías hablado de ella.

—Deja de interrogarme como si tuvieras algún derecho a ello —ordena—. No eres mi esposa, no eres nada mío.

—Creía que era tu mejor amiga —digo dolida—. Siempre pensé que tú y yo nos casaríamos algún día, Sombra —confieso avergonzada, ya que esos sentimientos los había mantenido a buen recaudo hasta ahora.

Me mira como si hubiera perdido la cabeza para después comenzar a reír a carcajadas. Su reacción termina por hundirme, y no soy capaz de detener mis lágrimas, se detiene al darse cuenta, aunque es demasiado tarde.

—Jaelyn... —comienza a decir—, no llores —ordena entre dientes, siempre ha odiado mis lágrimas—. No lo entiendes, maldición. Sigues siendo una niña, y yo ya soy un hombre, y mi cuerpo reacciona, necesito algo más que pasar las noches abrazándote, ¿lo entiendes?

Comprendo lo que quiere decir, puede que sea más joven que él, pero escucho a la servidumbre, sé lo que sucede entre hombres y mujeres, y lo que he notado en mi bajo vientre cuando estaba abrazada a su cuerpo era difícil de ocultar.

—No soy estúpida —exclamo harta de que me trate como tal—. Sombra, yo te amo —confieso avergonzada—. Y por el beso que me has dado, entiendo que tú también a mí, ¿por qué no estás feliz?

—¿Amor? —pregunta con ironía—. ¿Feliz? Eres más estúpida de lo que crees, Princesa —es la primera vez que me llama así y lo siento como un insulto—. ¿Crees que el *laird* me permitiría casarme con su sobrina? No sabes cómo funciona el mundo allí fuera. Violet tiene razón, nunca debí permitir que nuestra amistad de la infancia llegara tan lejos.

—¿Por qué permites que esa se meta entre nosotros? —le grito furiosa.

—Porque me da lo que tú no puedes, Jaelyn —confiesa, haciendo mis sueños añicos—. Ella es como yo, seamos realistas de una vez, Princesa, tú nunca estuviste a mi alcance.

—Sal de mi alcoba ahora mismo —siseo con toda la rabia que siento—. Si vuelves, yo misma me encargaré de que te ahorquen.

Sonríe con orgullo, dejándome claro que no le afecta en lo más mínimo mis palabras, lo que no sabe es que en ocho años he llegado a conocerle mejor de lo que él se conoce a sí mismo, y el brillo de sus ojos refleja el tormento que le supone lo que sucede entre nosotros.

—Este día iba a llegar, Jaelyn —sentencia—. Espero que tengas una buena vida, Princesa.

Nos miramos lo que me parece una eternidad, y cuando salta hacia el exterior, caigo de rodillas sabiendo que no volveré a verlo nunca más. Acabo de perder a mi mejor amigo, al amor de mi vida, y de nuevo me siento como un barco a la deriva.

Sombra ha sido la persona que me ha mantenido cuerda, llegó a mí cuando más rota estaba, cuando más necesitaba un hombro en el que llorar, alguien que me escuchara. Los MacNeil siempre me han tratado como una más, no tengo queja, sin embargo, mi estancia aquí hubiera

sido muy diferente sin él. Y ahora lo he perdido para siempre...

A la mañana siguiente, bajo a desayunar sin mi acostumbrada sonrisa. Mi alegría ha desaparecido y no soporto estar en este castillo ni un día más. En la mesa ya están mi tío y mi primo, y como siempre, me sonríen al verme aparecer, aunque cambian su semblante al ver el mío.

—Niña —carraspea mi tío—. ¿Estás bien? Pareces enferma, ¿quieres que llame a la curandera?

—No —respondo, intentando sonreír para que no se preocupe—. Estoy bien, solo que no he dormido mucho esta noche.

—¿Algo te atormenta, querida prima? —pregunta mi primo Donald.

—No...—comienzo a decir—. A veces tengo pesadillas, eso es todo.

—¿Y por qué no dijiste nada? —cuestiona, mirándome ceñudo—. Pensé que aquí podrías olvidar.

—Por mucho amor que reciba, mi pasado no va a cambiar, y lo que vi esa noche no desaparecerá de mis recuerdos —rebato, agachando la mirada.

Tras un breve silencio, asiente y suspiro aliviada.

—Cierto —confirma—. Siento haber sido tan desconsiderado.

—No importa, tío —interrumpo—. Durante todos estos años, lo ha hecho bien.

—¿Ha sucedido algo, Jaelyn? —interviene mi primo—. Te noto distinta.

—Ya he dicho que no —me alzo de hombros—. Imaginaciones tuyas, querido primo.

—¿Te apetece que salgamos a montar? —pregunta Donald—. Seguro que así despejas la mente.

—Por supuesto que sí —me apresuro a decir, deseando salir de entre estas cuatro paredes, sabiendo que mi tío no me permitirá hacerlo sola—. Subo de inmediato a cambiarme.

—Todavía tenemos tiempo, come. No has probado bocado —bufa mi primo, que apenas es un año mayor que yo, y siempre se ha creído con derecho a ordenarme.

—Cállate —le digo entre dientes mientras me levanto—. Espérame —le pido, dirigiéndome hacia las escaleras de nuevo.

Me doy prisa en cambiarme eligiendo el vestido más viejo para montar, trenzo mi cabello para que no me moleste y cojo mi arco. Al tenerlo entre mis manos, no puedo evitar que tiemblen, pues quien me lo regaló ahora mismo no es parte de mi vida, no puedo creer que él mismo tallara nuestros nombres en la madera, entrelazados como pensé que estaban nuestros destinos, para que ahora no quiera saber nada de mí.

No me permito seguir regodeándome en mi dolor y agradezco que Donald me haya hecho caso, me espera con el ceño fruncido. Salimos del castillo con instrucciones de no alejarnos demasiado, y una vez sobre nuestros caballos, nos dirigimos al bosque.

—¿Nunca vas a decirme quién te regaló ese arco? —pregunta entre dientes—. ¿Quién es Sombra? —He perdido la cuenta de las veces que mi primo ha intentado averiguar la verdad al respecto.

—Sabes que no —exclamo, mirando a nuestro alrededor como si esperara encontrar a alguien—. ¿Podemos disfrutar del paseo?

—Me gustaría que confiaras en mí —replica dolido y frustrado, ruedo los ojos cansada de el mismo tema de conversación, la relación con Donald siempre ha sido buena, pero jamás he podido confiar plenamente en él—. Llevamos años conviviendo, somos familia...

—Ya lo hemos hablado muchas veces —replico—. Si vamos a discutir lo mismo, regreso al castillo, no estoy de humor, Donald.

—Parece que en una noche has cambiado, como si ya no fueras aquella niña risueña... —se lamenta—. Vas a cumplir diecisiete años.

—Lo sé —asiento después de un largo silencio—. Por eso deja de considerarme una niña, primo. Soy una mujer, ¿qué debo hacer para que todos me veáis como tal? —pregunto molesta.

—Tienes razón, te pido disculpas—replica, mirándome sonriente—. A veces me olvido de que solo eres un año menor que yo.

—Lógico —le sonrío de vuelto—. A ti llevan años preparándote para ser *laird*...

Algo llama mi atención, un movimiento entre los árboles, y sé que no estamos solos. Hay tres opciones, o los hombres de mi tío nos siguen, hay forasteros en tierra MacNeil o es Sombra o alguno de sus secuaces. No tardo en comprender que se trata de una mujer que no es muy buena ocultando su cabello rojizo, a su lado se mueve alguien más, de inmediato sé de quién se trata y quién es ella.

Sin dejar de moverme, preparo mi arco disimuladamente, no quiero advertir ni a Donald ni a Sombra para que no tenga tiempo de protegerla, imagino que, si la quiere tanto, sería capaz de dar su vida por ella. El dolor y la rabia me ciegan y apunto con rapidez, solo es cuestión de segundos, la flecha vuela cortando el aire, y escucho un grito ahogado.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta mi primo, girándose para mirarme ceñudo—. ¿Has disparado?

—Creí ver un animal —explico, guardando mi arco—. Me equivoqué —me alzo de hombros—. ¿Volvemos? No quiero que tu padre se ponga nervioso por nuestra ausencia.

Veo cómo suspira, él también se siente encerrado en Kisimul, ambos hemos tenido que vivir con la sobreprotección del *laird* MacNeil ante el temor de perder de nuevo un ser querido sin que él pueda evitarlo.

No miro ni una sola vez hacia atrás para ver si la he herido, no dudo que la flecha ha impactado contra una parte de su cuerpo, y ahora mismo, tal y como me siento, no me importa cuál sea. Ni siquiera me reconozco, el rencor me carcome por dentro y me siento una mujer vengativa incapaz de sentir pena por quien me ha robado al hombre que lo ha sido todo para mí desde la primera noche que nos conocimos.

Cuando llegamos al castillo, me apresuro a subir a mi alcoba para esconder el arco y bajar para encargarme de las tareas. Desde que cumplí los doce años, dirijo el castillo como si fuera la señora de Kisimul, según mi tío, me será muy útil saber manejar un hogar cuando me case. Lo que él no supo nunca es que soñaba con salir de aquí no para ser la esposa de un gran *laird*, sino de Sombra.



CAPÍTULO II

Sombra

A pesar de los gritos de Violet, a la que tengo que silenciar con mi mano porque no quiero que atraiga a todos los MacNeil, sonrío sin poder evitarlo, sintiéndome orgulloso de lo bien que he enseñado a la mocosa que se marcha a caballo como si tal cosa, como si no hubiera atravesado la pantorrilla de mi amante.

—¿Se puede saber de qué demonios te ríes? —pregunta cuando se quita mi mano de la boca—. Esa maldita perra me ha herido —reclama, mirando la flecha como si fuera a desangrarse en cualquier momento—. ¿Es que no te importo?

Sus reclamos me hacen poner los ojos en blanco, me agacho de nuevo para quedar a su altura, cojo la flecha y tiro para sacarla. Como suponía, es una herida limpia que curará en pocas semanas.

—¿No vas a hacer nada? —cuestiona de nuevo, tras un grito agudo por el dolor que le he provocado al sacar la flecha—. Ha intentado matarme.

—Cállate —le ordeno cansado de su histerismo—. Si Jaelyn hubiera querido matarte, estarías tirada en el suelo sin vida. Solo estaba jugando...

—¿Jugando? —exclama incrédula—. ¿Te has vuelto loco?

No respondo, la levanto del suelo entre mis brazos y comienzo a caminar deprisa para dejarla donde suele esconderse y marcharme; en momentos como este, cuando se pone demasiado intensa, no la soporto.

—¿Adónde me llevas? —pregunta enfurruñada—. Por aquí no vamos a la cueva...

—Allí no podrás estar hasta que la herida no se cure por completo —explico—. Podría infectarse y llegar a perder la pierna.

Jadea asustada y guarda silencio mientras se cruza de brazos. Sé que está furiosa y yo, aunque en un principio me ha hecho gracia que Jaelyn haya sido capaz de descubrirnos y disparar a Violet casi sin parpadear, ahora me doy cuenta de lo que podría haber pasado si hubiera fallado el blanco.

—Maldita cría —gruñe cuando llegamos a la pequeña casita abandonada que perteneció a su abuela—. Podría habernos matado —sigue insistiendo.

—Te ha visto a ti primero —amonesto—. Te he dicho mil veces que escondas tu cabello, no tienes un color que pase desapercibido precisamente.

—Estaba arreglando mi ropa —rebate mientras la dejo en el camastro—. No parecía importarte

mucho mientras me poseías. ¿Te imaginas que hubieran llegado unos minutos antes? —se burla—. Tal vez podríamos haberles enseñado algunas cosas.

El simple pensamiento de que Jaelyn hubiera podido verme en semejante situación me revuelve las tripas. Me he dejado llevar por las provocaciones de Violet, por sus curvas y su manera que tiene de conseguir que la desee hasta la locura. Le curo la herida y la vendo esperando que no se infecte. No he querido preocuparla, aunque no reviste gravedad, la fiebre puede aparecer y entonces eso sí sería preocupante, debería avisar a los chicos, no quiero que se dejen ver por el bosque ahora que Jaelyn está tan furiosa.

—Descansa —le digo—. Prepararé algo de comer.

Por extraño que parezca, no me replica, salgo para intentar cazar algo y hacer un guiso de carne. En silencio, comienzo a prepararlo todo mientras vigilo el sueño de Violet, no parece que sienta dolor y duerme plácidamente. En el silencio de esta pequeña choza me pierdo en los recuerdos, en aquellos tiempos en los que no me sentía como un miserable por desear a mi mejor amiga.

—Ten —le tiendo mi regalo, me ha costado semanas terminarlo—. Feliz cumpleaños, Princesa.

Sus ojos tan azules como el cielo de verano brillan y su sonrisa podría iluminar incluso el día más oscuro. Lo coge entre sus manos y, tras lanzarme una última mirada, aparta la tela raída con la que lo he podido ocultar.

—Es hermoso —alaba emocionada—. Has entrelazado nuestros nombres...

Me abraza y dejo que su aroma a flores me rodee, el tiempo ha pasado demasiado rápido y acaba de cumplir catorce años, cada vez la visión de aquella niña asustadiza se aleja más y más de la realidad, y me doy cuenta de que algo está cambiando porque, al separarnos, mis ojos se dirigen a sus labios y el deseo de besarlos se apodera de mí. Me alejo asustado haciendo que Jaelyn me mire extrañada y dolida, cierro los ojos para poder tranquilizarme y disfrutar de este momento junto a ella.

—Solo tienes esa cara de tonto cuando piensas en ella —la voz adormilada de Violet me trae al presente—. Incluso ahora lo haces...

Miro hacia el camastro y la encuentro despierta observándome molesta, suspiro y me acerco para asegurarme de que no tiene fiebre y comprobar que la venda no esté manchada de sangre, todo parece estar en orden.

—¿Tienes hambre? —le pregunto sin querer entrar de nuevo en una discusión—. Dentro de poco, esto estará listo...

—¿No vas a hacer nada? —cuestiona, la observo sin comprender—. Con esa mocosa —exclama—. ¿Vas a permitir que me hiera sin más? Podría haberme matado, Lobo...

—Como te he dicho, si Jaelyn te hubiera querido muerta, lo estarías —replico—. ¿Quién crees que le ha enseñado a manejar el arco?

—Ya veo lo que te importo —escupe con furia—. ¿Qué harías si fuera yo quien la hiciera sangrar?

—No sigas por ese camino, Violet —le advierto—. No vuelvas a amenazar a Jaelyn porque no te gustarán las consecuencias.

—Ya las sufro —rebate sin dar su brazo a torcer—. ¿Qué soy para ti, Lobo? —pregunta, aunque intenta ocultarlo, veo su vulnerabilidad—. ¿Solo la estúpida que calienta tu lecho porque a la que de verdad amas no puede hacerlo?

—¿Por qué no te callas de una vez? —alzo la voz harto de sus acusaciones—. Olvídate de Jaelyn, maldita sea.

—Eres tú el que no eres capaz de hacerlo —escupe con rabia—. ¿No te das cuenta? Esa muchacha te domina, eres el perro faldero de la sobrina del *laird*, ¿qué crees que opinaría si se enterara de lo nuestro? ¿O de que eres el líder de los rebeldes?

—¡Cállate! —bramo mientras lanzo por los aires la pequeña mesa de madera que se hace añicos contra la pared—. No soy el perro de nadie, ni siquiera el tuyo.

Salgo de la cabaña, a pesar de los gritos de Violet, no quiero seguir escuchando su veneno, ni sus reclamos como si fuera algo más que mi amante. Me dirijo a la taberna más cercana intentando pasar lo más desapercibido posible y paso horas bebiendo, intentando olvidar todo lo que me separa de Jaelyn.

Cae la noche y salgo de la taberna sin ser visto, tras años de práctica, es algo que consigo sin mucho esfuerzo, me tambaleo porque el alcohol comienza a hacer estragos en mí. Aunque sé que no es buena idea, me dirijo a Kisimul, puede que lo que me ha parecido gracioso ahora me haya enfurecido, y es hora de que le enseñe una nueva lección a la princesa MacNeil.

Me cuesta más que de costumbre subir hasta la ventana, lo consigo, aunque al entrar, caigo al suelo, gruño más por la vergüenza que por el dolor que no he sentido.

—¿Quién anda ahí? —la voz asustada de Jaelyn me sorprende, antes de sentir el filo de una daga en mi cuello—. Creí haberte dicho que no volvieras a poner un pie en esta alcoba, Sombra. —Ahora el miedo ha desaparecido al darse cuenta de quién ha irrumpido en sus aposentos.

—¿Acaso esperabas a alguien más? —pregunto sin moverme—. Aparta la maldita daga, Jaelyn —le ordeno sin ápice de preocupación—. Si me cortas, me voy a enfadar.

—No me amenes —sisea, apretando más el filo contra la piel—. Parece que no me conoces —se burla—. Ahora levanta y lárgate.

En el momento que da un paso atrás, me muevo con rapidez, le arrebato la daga lanzándola lejos y, sin mucha brusquedad, pero sí la suficiente como para que entienda que no pienso permitir que vuelva a amenazar mi vida, empujo su cuerpo contra la pared más cercana.

—Jamás vuelvas a hacer una tontería como esta, Jaelyn —siseo—. Si fueras un hombre, ya estarías muerto.

—Si fuera un hombre, no visitarías mi alcoba —rebate—. ¿O sí? —cuestiona con sorna—. ¿Cómo está tu querida Violet? Deberías estar cuidándola —amonesta, intentando escapar de mi agarre.

La indiferencia que percibo en su rostro y la burla en su voz me enfurecen porque la muchacha que conozco jamás se comportaría de este modo. Aprieto mi agarre en sus brazos, hasta que hace una pequeña mueca de dolor que hubiera pasado desapercibida para cualquiera menos para mí.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto entre dientes—. Con tus actos solo demuestras que tengo razón, Jaelyn. Te comportas como una niña a la que le han arrebatado su juguete favorito.

—Estáis en tierra de los MacNeil —se alza de hombros—. Mi deber es defenderlas, ¿no crees?

—¿De mí? —pregunto dolido—. Nunca antes lo habías hecho...

—Ya no te conozco, por lo tanto, sí —asiente con rencor—. Defenderé a mi clan de todo aquel que intente dañarlo.

—Te has vuelto loca —escupo, soltándola porque no soporto su mirada de odio—. Sigo siendo yo, Sombra.

—No —niega con fervor—. Eres Lobo, el líder de los rebeldes. El muchacho con el que crecí ha muerto y no lo reconozco en el hombre que tengo frente a mí.

—¿Todo esto es porque no he querido tomar lo que me ofreciste? —pregunto con burla para

intentar esconder el dolor que me causan sus palabras—. ¿Porque te considero solo mi amiga?

Veo cómo su labio comienza a temblar, y no estoy seguro de lo que odio más, si verla indiferente, o dolida por mi causa.

—Crecimos juntos —responde con voz temblorosa—. Fuiste mi mejor amigo, el pilar donde me apoyaba cuando el dolor por la pérdida de mis padres se tornaba insoportable. No pude evitar enamorarme de ti, y que utilices mis sentimientos para hacerme daño y ridiculizarme me demuestra una vez más que no eres ese niño que dormía cada noche a mi lado para que no tuviera pesadillas.

El alcohol en mi cuerpo me hace reaccionar de una manera extraña, y aunque estoy furioso con ella, me acerco para abrazarla. Al principio lucha contra mí porque su orgullo rivaliza con el mío, finalmente deja que la rodee con mis brazos. Cierro los ojos mientras apoyo mi mentón sobre su cabello y aspiro su aroma, que siempre he considerado mi hogar.

—Tienes que elegir, Sombra —susurra contra mi pecho tras un corto silencio—. ¿Ella o yo? ¿Por qué no puedes entender que soy capaz de darte mucho más?

Me tenso ante su coacción y me alejo empujándola en el proceso, me tambaleo y es cuando entrecierra los ojos, al parecer, reparando en mi estado.

—¿Estás borracho? —pregunta—. ¡Tú no bebes! —exclama ofendida.

Me río porque me hace mucha gracia cuando se enfada, a pesar de su corta estatura y de su juventud, su espíritu fuerte le hace parecer mucho mayor de lo que es en realidad, y eso, en muchas ocasiones, me ha hecho olvidar lo más importante.

—Princesa —susurro como si fuera a hacerle una gran confesión—. Hago muchas otras cosas —me burlo, y no puedo evitar reír de nuevo cuando veo cómo se sonroja al darse cuenta de lo que hablo.

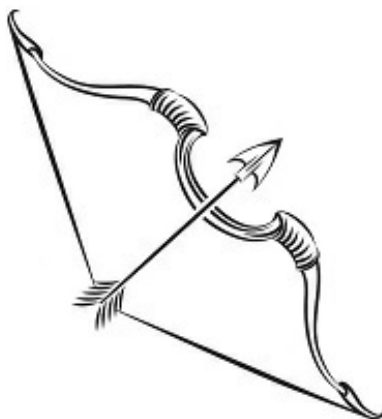
—Lárgate —sisea con furia—. Si vuelvo a verte, te mataré.

—No hagas promesas que no vas a cumplir —rebato—. Si vuelves a hacerle daño a Violet, no te van a gustar las consecuencias, no lo olvides.

—Espero que esa zorra se quede coja de por vida —escupe con odio, detengo mis pasos y, al ver el arco que yo mismo le regalé años atrás, lo cojo entre mis manos, escucho cómo jadea, mas no me detengo. Con una pequeña presión, lo parto en dos, siento como si hubiera roto mi corazón cuando la escucho sollozar. Ante la estupidez que acabo de cometer, también siento ganas de llorar, aunque no hay vuelta atrás.

—De este modo, evitaremos que caigas en la tentación de volver a hacer el ridículo —espeto sin volverme para no ver su hermoso rostro descompuesto por el dolor que acabo de causarle.

Salto para alejarme de su llanto desconsolado, sintiendo que ahora sí he abierto una brecha entre los dos que jamás volverá a cerrarse. «¿En qué demonios pensaba para romper algo que yo mismo hice con tanto cariño?», pienso mientras corro a través de la oscuridad, alejándome de Jaelyn, tal vez para siempre.



CAPÍTULO III

Jaelyn

Han pasado seis meses, en los cuales no he sido capaz de dormir ni comer bien, siento que me estoy consumiendo por alguien que no se lo merece. Desde la noche en la que rompió mi arco por defender a esa ramera, me quedó muy claro que no había ni una mínima posibilidad de reconstruir lo que habíamos tenido. En unos meses, cumplo dieciocho años y, por primera vez, él no va a estar a mi lado, ni siquiera sé si está en la isla, ya que últimamente todo está en calma.

—Niña —la llamada de mi tío me trae al presente—. Mañana llega el *laird* MacLean. Desea conocer a la muchacha más hermosa de la isla de Barra —alaba con una sonrisa.

—Me halaga, tío —respondo—. Será un honor conocer al *laird* MacLean.

—No te dejes engañar, prima —interfiere Donald, ganándose una mirada acusatoria por parte de su progenitor—. Lo que pretende padre es casarte con ese vejestorio.

Miro a mi tío en busca de la verdad, y que me rehúya la mirada me deja claro que mi primo no está mintiendo. Soy consciente de que el hombre que me ha criado desde que mis padres murieron lleva unos años intentando casarme, antes luchaba con uñas y dientes para retrasar ese hecho porque quería que mi esposo fuera Sombra, ilusa de mí, ahora no me importa en absoluto quién comparta mi vida.

—Donald —advierte—, no te metas donde nadie te ha llamado, muchacho. Si tanto te molesta mi decisión, tal vez deberías haberme hecho caso, y no codiciar lo que no puedes tener.

—¿Por qué no, padre? —cuestiona, levantándose de su asiento con brusquedad—. ¿Crees que ese viejo la tratará mejor que yo?

Lo miro incrédula cuando comprendo lo que significan sus palabras. ¿En qué momento Donald dejó de verme como su prima?

—Es un gran hombre —replica mi tío—. Será la señora del clan, además, su enlace nos convertirá en aliados.

—¿Y ella no tiene nada que decir? —pregunta con sorna, ambos hombres me miran esperando que hable—. Que yo recuerde, se ha negado en varias ocasiones, padre.

—Conoceré al *laird* MacLean —sentencio, levantándome de mi asiento—. Sé que tengo edad de casarme, tío, y que usted ha sido muy paciente —continúo diciendo—. Por ello voy a confiar en su criterio.

—Gracias, hija —replica sonriente—. No puedo pedir más.

—¿Te has vuelto loca? —grita Donald—. Siempre has sido un poco rara, pero de un tiempo a esta parte parece que has perdido el juicio.

—Entonces debes estar encantado ante la posibilidad de perderme de vista, querido primo —le replico mordaz—. Buenas noches.

—Buenas noches, muchacha —desea el hombre que me ha cuidado como un padre desde que los míos murieron.

Subo las escaleras despacio, ya no siento ese júbilo que me embargaba antes sabiendo que, al entrar en mi alcoba, Sombra estaría esperándome. Ahora la estancia me parece vacía y oscura, demasiado grande para mí. Tendría que haberme acostumbrado, pero todavía no lo he conseguido.

Suspiro al comprobar que una noche más todo está en silencio, me siento como una tonta, ya que yo misma me aseguro de que no pueda entrar aunque quisiera. Comienzo a desvestirme y peinar mi cabello para trenzarlo e irme a dormir, al menos a intentarlo, aunque dudo que la noche esté libre de pesadillas en las cuales me ahogo y Sombra no hace nada mientras se deja abrazar por esa mujer que me lo ha quitado.

Me tumbo en el lecho que ahora encuentro demasiado grande para mí y cierro los ojos con fuerza para evitar volver a llorar. Frunzo el ceño cuando comienzo a escuchar como un forcejeo en la ventana, no me muevo pensando que son imaginaciones mías, mas el sonido no cesa y me levanto algo extrañada.

Al escuchar un gruñido, corro para abrir y encontrarme cara a cara con mi tormento particular.

—¿Por qué demonios cierras? —pregunta enfadado como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. Como si no hubieran transcurrido meses sin saber de él, si estaba vivo o muerto. Me aparto cuando salta dentro de la habitación. Ambos nos observamos, yo como si tuviera a mi mayor enemigo frente a mí, él como si estuviera contemplando algo que ansía con muchas ganas y no puede tener.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto de mala gana—. No he hecho nada que merezca un castigo por tu parte —escupo con saña, viendo cómo palidece—. ¿A qué has venido, Sombra? —vuelvo a insistir sin mirarle—. Creí que ya nos habíamos dicho todo la última vez que estuviste aquí.

—¿Es cierto? —pregunta, haciéndome fruncir el ceño y mirarle sin comprender de qué está hablando—. ¿Es cierto que vas a casarte con el viejo MacLean?

—No tengo por qué contarte nada de mi vida —respondo, alzando el mentón—. Ya no.

—Respóndeme —ordena entre dientes.

—Lárgate, Sombra —le pido a punto de estallar—. No eres nadie para reclamarme absolutamente nada.

—¿No lo soy? —cuestiona acercándose—. He sido tu amigo durante ocho años...

—Y para ti ha dejado de ser suficiente —escupo con ira apenas contenida—. ¿Debo gritar, Sombra? —pregunto.

—Deja de comportarte así —sisea frustrado—. Nunca has sido una bruja altiva.

—He salido al mundo exterior —me burlo de sus anteriores palabras—. He madurado, querido amigo —continúo con sorna—. Y tú has sido el que más me ha ayudado en el proceso. ¿Cómo está tu querida Violet?

—Cállate —ordena con sus ojos oscurecidos por una emoción que no logro descifrar—. Deja de hablarme así, no lo soporto.

—O si no, ¿qué? —me burlo—. Sabes que nunca te he tenido miedo, y ahora ni siquiera te respeto, así que deja de darme órdenes. Regresa con esa pandilla de matones a los que lideras y olvídate de mi existencia.

—¿Y si no? —cuestiona, cruzándose de brazos.

—Si no quieres que le diga a mi tío que sé dónde se esconden los malditos que suelen darle problemas, saldrás por esa ventana para no volver jamás.

Recorre la poca distancia que nos separa e, igual que aquella fatídica noche, me besa, esta vez con más rabia, como si estuviera castigándonos por algo que desconozco. Intento con todas mis fuerzas escapar de sus brazos, aunque cuando una de sus manos se posa sobre uno de mis pechos, me quedo inmóvil, y no puedo evitar gemir ante el ramalazo de placer que siento. Aprovecha para que su lengua encuentre la mía, es en ese justo momento cuando me pierdo por completo en él.

No sé cómo hemos llegado al lecho, cuando lo siento sobre mí, abro mis piernas para permitirle el acceso a mi cuerpo. Me ha desnudado y no siento vergüenza alguna a su lado, acaricio su pecho, que tiene muchas cicatrices, no es la primera vez que lo veo, pero jamás he visto lo que oculta la parte de abajo.

—Deberíamos detenernos —jadeo cuando su mano se pierde entre mis piernas—. Sombra...

—No lo hagas —suplica contra mi cuello—. No te cases.

Me tenso ante sus palabras y recobro el juicio. Lo empujo lejos de mí e intento cubrirme lo máximo posible, lo miro furiosa y dolida porque esté dispuesto a llegar tan lejos como yacer conmigo para evitar que pueda escapar de Kisimul, me doy cuenta de lo egoísta que puede llegar a ser.

—Eres un miserable bastardo —siseo, levantándome del lecho para buscar mi camisón sin importarme mi desnudez, una vez vestida, me vuelvo para encararlo—. Márchate y no vuelvas, maldigo el día en que te conocí.

—Jaelyn, no lo entiendes —intenta razonar—. Si cometes esa locura, ambos lo lamentaremos el resto de nuestras vidas.

—¿Ambos? —me río—. Creo que tú ya tienes quien te consuele, vuelve con ella y olvídate de mí.

—¿Crees que no lo he intentado? —alza la voz—. Ella no eres tú, nunca lo será...

—Me das asco —siseo, sintiendo náuseas ante sus palabras y su significado—. Vete —le pido de nuevo a punto de flaquear, y es algo que no me puedo permitir—. Márchate y no vuelvas.

—Puede que grites hasta quedar sin voz que ya no eres una niña —gruñe, mirándome dolido—. Pero lo eres, ya que no logras comprenderme. Adiós, Jaelyn.

Cuando una vez más, como tantas otras noches, se pierde en la oscuridad, cierro con fuerza la ventana intentando no llorar; pierdo la batalla y caigo al suelo de nuevo para intentar aliviar el dolor que me oprime el pecho y casi no me deja respirar.

La primera vez fue dura, ahora es como si hubiera acabado con la pequeña porción de mi alma que todavía tenía esperanzas. Me parece tan asqueroso lo que me ha dicho que no reconozco en ese muchacho que acaba de marcharse al niño del cual me enamoré, sin saberlo, aquella noche de tormenta. ¿Cómo puede decir que siente algo por mí cuando se encama con otra? ¿Por qué no ha podido esperarme? ¿En que he fallado yo?

Son tantas preguntas para las cuales no tengo respuesta que la cabeza comienza a dolerme horrores. Me arrastro hasta la cama y me acuesto con la esperanza de que, cerrando los ojos, todo a mi alrededor desaparezca y sea un mal sueño. Sin embargo, sé que eso no va a cambiar nada, mi vida tal como la conocía cambió hace una semana y no puedo volver a ser la misma.

Sombra me ha herido por última vez. Durante estos años, me ha enseñado muchas cosas, lo más importante que he aprendido gracias a él es a no amar a ningún hombre porque tarde o temprano te va a traicionar. Pensé que nuestro amor sería como el de mis padres, tan fuerte que

ni la misma muerte pudo separarlos. Era muy pequeña, la imagen de mi madre abrazando a mi padre, sabiendo que tenía una oportunidad de venir conmigo, se me ha quedado grabada a fuego en la memoria.

Durante mucho tiempo, estuve enfadada con ella porque le prefirió a él. La comprendí cuando me di cuenta de que estaba dispuesta a hacer lo mismo por Sombra. Qué ilusa he sido, dudo que él estuviera dispuesto a dar su vida por mí, debo agradecerle que me haya abierto los ojos, que me haya obligado a salir al mundo real como tantas veces me ha reprochado, eso me ha ayudado a decidir cómo quiero que sea mi vida, y pienso tomar las riendas de ella.

Cuando el cansancio empieza a ser demasiado intenso como para permanecer despierta, dejo que me atrape el sueño y por unas pocas horas me lleve lejos de aquí, donde el dolor, la pena y la decepción no existen.

Al despertar como cada mañana, sigo siendo tan estúpida como para mirar hacia el lugar que ocupaba Sombra para encontrarlo vacío de nuevo. Cierro los ojos para que el aguijonazo de dolor pase más rápido, recuerdo que hoy es un día importante y me levanto sin energías para enfrentarlo y hacer mi mejor esfuerzo por ser aquello que el *laird* MacLean espera de mí.

Elijo un vestido de color azul que resalta mi palidez, mi pelo oscuro y mis ojos de un azul más claro. Debo verme más hermosa que nunca para poder escapar de aquí, es la única forma de alejarme lo suficiente como para que la herida deje de sangrar y con el tiempo ya no duela de una manera tan insoportable.

Escucho los caballos, antes de salir de mi alcoba, le pido a mis padres que me guíen en este nuevo camino que debo emprender. Bajo las escaleras en el momento que mi futuro prometido hace su entrada en el castillo, va acompañado de mi tío y mi primo, que no tiene muy buena cara.

—Bienvenidos a Kisimul —saludo como la dama que se espera que sea—. ¿Han tenido un buen viaje? —pregunto sonriendo.

—*Lady Jaelyn* —saluda el hombre más mayor—, su belleza supera las habladurías —alaba con una sonrisa sincera, me gusta.

—Gracias —replico—. ¿Le apetece algo de beber?

—Es toda una dama, MacNeil —le dice a mi tío, que sonrío orgulloso.

—Por supuesto —asiente—. La hemos educado bien. ¿Hablamos?

Me mantengo al margen. Recorro el pasillo con nerviosismo, una parte de mí desea que no me acepte para seguir aquí, la otra solo quiere salir corriendo. Y esa parte es la que va ganando, rezo para que lleguen a un acuerdo, que todo quede apalabrado y que no pueda echarme atrás.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que soy llamada al salón, entro intentando aparentar calma, las piernas me tiemblan tanto que me cuesta caminar.

—Muchacha, el *laird* MacLean tiene algo que proponerte —anuncia mi tío sin mucho entusiasmo, sé muy bien lo que opina de ello, aun así, ha cumplido su palabra.

—*Lady Jaelyn* —me llama el anciano—, imagino que sabe por qué he venido.

—Por supuesto —asiento, intentando que mi voz no tiemble y mi decisión no flaqueé.

—Perfecto —sonríe—. Entonces espero que aceptes a este anciano —bromea, y sonrío a pesar de los nervios y del temor a un futuro incierto que jamás pensé que fuera a llegar.

—Sí —respondo en un susurro apenas audible, sintiendo que he sentenciado mi destino.

—Excelente —exclama mi tío—. De nuevo, los MacNeil y los MacLean seremos parientes.

—Y seremos los clanes más fuertes de toda la isla —sentencia mi futuro esposo—. Prometo tratarte con el respeto que mereces, *lady Jaelyn*...

—Y yo seré una buena esposa, leal, obediente y fiel —enumero todas las cualidades que sé que

espera de mí.

—Debemos concretar la fecha del enlace—replica mi tío—. Por supuesto debe ser aquí, Jaelyn es una MacNeil.

—Por supuesto, no tengo inconveniente —responde mi futuro esposo—. Debo regresar a mi clan para prepararlo todo, ¿qué tal una boda cuando pase el invierno?

Dejo que sigan hablando, ya que, aunque mi cuerpo se encuentra en esta sala, mi mente y mi corazón están muy lejos de aquí. Siento que estoy fallándome a mí misma al huir de esta forma, pero necesito formar mi propia familia, encontrar mi lugar lo más lejos posible de Kisimul, ya que los recuerdos son demasiado dolorosos como para poder soportarlos mucho tiempo más sin perder la cordura.

Nuestro invitado ni siquiera pasa la noche en el castillo. Contemplo cómo se aleja con sus hombres, sabiendo que la próxima vez que lo vea será para unirme a él y pasar a convertirme en la esposa del *laird* MacLean. ¿Habré hecho lo correcto al aceptar casarme con un hombre al que nunca voy a amar?



CAPÍTULO IV

Sombra

—**Y**a se comenta por todo el clan —cuenta Violet con satisfacción—. Lo que antes era un rumor, ya es un hecho. *Lady Jaelyn* se casará con el *laird* de los MacLean.

—He visto cómo el viejo partía con sus hombres —asiente Jules, mirándome de reojo, esperando mi reacción.

—¿En qué demonios piensa el *laird* MacNeil casando a su sobrina con un viejo? —cuestiona Andrew—. Me parece asqueroso.

—No creo que le hayan dejado muchas opciones —Violet se encoge de hombros—. Las mujeres no solemos tener ni voz ni voto, sobre todo, las de su posición.

Me mantengo al margen, en silencio, intentando controlar la furia que siento en estos momentos. Jamás pensé que fuera a hacerlo, y una vez más me ha vuelto a decepcionar, una vez más actúa como una maldita niña con una pataleta. Durante estos meses, he luchado contra mis ganas de verla, cada noche debía contenerme para no volver a su alcoba, no podía después de nuestro último encuentro, en el cual me comporté como un animal, rompiendo algo que para los dos era muy especial.

Me levanto y salgo de nuestro escondite, la mano de mi amante me detiene, miro hacia abajo para ver la fuerza que ejerce sobre mi antebrazo, tanto que sus uñas se clavan en mi piel.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta—. ¿Con ella?

—Suéltame —le ordeno—. Ahora —alzo la voz, esta vez me obedece, aunque lo hace a regañadientes.

Como siempre, camino entre la gente, me pierdo entre los árboles y las casas para pasar lo más desapercibido posible. No puedo creer mi buena suerte cuando, a lo lejos, veo a Jaelyn caminando sola, la sigo con sigilo esperando el momento adecuado. Presencio cómo una anciana le regala flores, y me quedo inmóvil cuando me doy cuenta de que tira el ramillete de rosas silvestres, ese simple gesto es otra daga en mi pecho.

La sigo, y cuando se adentra en la arboleda para tomar el atajo que yo mismo le enseñé para llegar al castillo, la detengo. Cubro su boca para que no grite y se revuelve como una fiera, a pesar de saber que soy yo, antaño no lo hubiera hecho, se habría dejado caer sobre mi pecho con confianza.

—No grites —le ordeno, quitando poco a poco mi mano de su boca.

—Suéltame, maldito salvaje —gruñe furiosa.

—¿Qué demonios has hecho? —siseo entre dientes—. Dime que es mentira —exijo.

—No tengo por qué decirte absolutamente nada, Sombra —forcejea para que me suelte sin lograrlo—. ¿Qué haces aquí? —pregunta extrañada.

—Voy donde me place —espeto—. Dime que no te vas a casar con ese vejestorio, ¡eres todavía una niña! —exclama furioso.

—No todos los hombres me ven como tal —se burla, consiguiendo zafarse de mi agarre—. Puede que no sea suficiente para ti, pero lo seré para mi futuro marido.

—Te odiaré por esto durante toda la eternidad —escupo frustrado, dolido—. ¿Cómo has podido cometer semejante locura? —cuestiono, pasando una mano por mi cabello.

—¿Creías que iba a penar por ti mientras tú seguías con tu vida? —pregunta enfurecida.

—¿Te das cuenta de que estás actuando como la niña que digo que eres? —pregunto mordaz—. Te vas a casar con un viejo solo para darme una lección, lo has hecho por orgullo, y es algo que vas a pagar muy caro.

—No te creas tan importante, Sombra —replica—. Mi matrimonio con el *laird* MacLean estaba arreglado desde hace un año —informa—. Lo retrasé todo lo que pude —se alza de hombros—. Como ya no había necesidad de seguir haciéndolo, he cumplido con lo que se esperaba de mí.

—Mientes —espeto—. Me lo hubieras contado. La Jaelyn con la que he crecido no tenía secretos para mí.

—La estúpida con la que creciste ya no existe —rebate entre dientes—. He madurado, Sombra.

—¿De verdad? —cuestiono con ironía—. Dime, ¿qué piensas hacer cuando en la noche de bodas ese viejo decrepito quiera yacer contigo?

Palidece ante la idea, puede que haya sido demasiado brusco con ella, ya que no tiene experiencia, mas necesito que reaccione, que se dé cuenta del error que está a punto de cometer.

—Ahí tienes la respuesta —bufo—. En tu afán por herirme, no has pensado en lo que se espera ahora de ti.

—Deja de decir que lo he hecho por ti, maldito engreído —gruñe, empujándome sin ser capaz de moverme—. Cumpliré —alza el mentón y veo cómo el aprieta con fuerza los puños—. Mi esposo es un buen hombre y estoy segura de que podré amarlo...

La empujo contra el árbol con firmeza, asegurándome de no hacerle daño. Nos desafiamos con la mirada, siempre ha sido así, nuestros caracteres son tan parecidos que discutíamos, lo bueno es que siempre lo arreglábamos. La tristeza me embarga porque aquellos días han quedado atrás y me temo que lo sucedido entre nosotros ya no se puede solucionar.

Mis labios se acercan despacio a los suyos, a pesar de que lo que más deseo es devorarla, dejarle ver mi deseo por ella y que sepa que lo que hay entre nosotros no es algo que vaya a encontrar con otra persona, ya que he comprobado de primera mano que eso no es así.

—No lo hagas —suplico contra sus labios. Abro los ojos y el tormento que veo en los suyos, lejos de darme lástima, me enfurece. Tan ensimismado estoy que, cuando me empuja, es capaz de alejarme lo suficiente como para salir de mi agarre.

—¿Cuándo has cambiado tanto? —pregunta apesadumbrada, a pesar de su evidente enfado—. Nunca fuiste ni cobarde ni hipócrita.

—Cuida tus palabras —advierto, tensándome ante sus insultos.

—¿O qué, Lobo? —se burla, sabiendo que jamás le haré daño físicamente—. Te lo dije la primera vez que nos vimos, no te tengo miedo, ahora mismo siento lástima.

—Y yo estoy hartó —rebato, pegándole una patada a una piedra y lanzándola lejos.

—¿Y por qué sigues volviendo a mí? —pregunta con una nota esperanzada en su voz.

Me agacho para recoger el ramillete y se lo tiendo, palidece y lo coge entre sus manos temblorosas, sabe que he visto cómo lo tiraba.

—Supongo que se te han caído —me burlo para ocultar el dolor—. Espero que no pagues muy caro tu error, Jaelyn.

—Y yo deseo que seas feliz, Sombra —susurra emocionada—. Puede que en este momento te ame y te odie a partes iguales, aun así, no soy capaz de desearte algún mal.

Observo cómo se aleja corriendo lo más rápido posible, por mi parte hago un esfuerzo sobrehumano para no detenerla, ya que no puedo ofrecerle nada, y por mucho que ahora mismo pueda odiarla, lo nuestro jamás podría tener futuro.

Regreso a la cueva donde nos escondemos cuando estamos en las tierras MacNeil. Violet parece nerviosa paseando arriba y abajo mientras los chicos la ignoran, al verme llegar, se detiene y me doy cuenta de que sigue furiosa.

—¿Te das cuenta de que te estás arriesgando demasiado? —cuestiona, cruzándose de brazos—. Si te cogen, nos estarás sentenciando.

—Lobo jamás nos delatará —escupe Jules sin mirarla—. No intentes hablar por nosotros, cuando eres tú la que está celosa.

Mi amante le lanza una mirada asesina que me haría reír si no estuviera de tan malhumor. Me acerco hasta ellos y me siento junto al fuego, intentando ignorarla para no continuar discutiendo, las mujeres se han propuesto volverme loco, ¿quién me mandaría a mí dejarlas entrar a mi vida?

—¿Vas a ignorarme? —pregunta, cierro los ojos y gruño sintiéndome cada vez más agobiado ante sus reclamos.

—Basta —ordeno con brusquedad—. No me han descubierto en años, ¿crees que soy tan estúpido como para permitir que me cojan? Además, sabéis lo que tenéis que hacer si llega el caso.

—¿Crees que te daría la espalda? —exclama ofendida—. Te recuerdo que yo no soy tu querida Jaelyn —escupe con rabia—. Soy leal a las personas que me importan.

—Deja de nombrarla, maldición —le grito, levantándome para enfrentarla—. Vuelve a tu casa —le pido harto de sus reclamos—. Ya iré a verte cuando ambos estemos más calmados.

—Dirás cuando me necesites para desfogarte —escupe entre dientes—. No soy tu ramera, Lobo.

Se marcha y, con un simple gesto, le pido a uno de los chicos que la siga para estar seguro de que llega bien, por muy enfadado que esté con ella, no pienso dejarla desprotegida. El único que se levanta es Andrew, sabe que debe mantenerla a salvo y confío en él igual que en los demás.

—No sé cómo la soportas —lamenta Jules—. Su cantinela me da dolor de cabeza.

—A ti todo te da dolor de cabeza —bromea Arthur—. Lobo —me llama, perdiendo la sonrisa—. He investigado, en cuanto acabe el invierno, el viejo MacLean regresará para reclamar a su joven esposa.

—Ella ha decidido —me alzo de hombros con la rabia todavía dominándome—. Es terca como una mula y orgullosa.

—¿A quién me recuerda? —bromea—. Tienes tiempo para detener este sin sentido.

—¿Y qué quieres que haga? —le cuestiono con ironía—. ¿La secuestro? ¿Le pido su mano al laird MacNeil?

—Entonces, ¿vas a ver cómo se casa con ese vejestorio? —exclama incrédulo.

—Ella no pertenece a este mundo —rebato—. No puedo darle los lujos a los que está acostumbrada.

—No creo que eso le importe —sigue insistiendo—. ¿Tu plan es continuar siendo un paria en

tu propia tierra?

No le rebato porque no tengo respuestas para sus preguntas. Mientras era un niño aterrado, soñaba con encontrar mi lugar, ahora me es indiferente porque nunca se ha tratado de algo material, sino de una persona que para mí representaba el hogar y la seguridad de saberse querido. Jaelyn nunca ha estado a mi alcance y tardé mucho en comprenderlo, cuando lo hice, luché contra mí mismo y la razón, perdí la batalla muchísimas veces y ahora he perdido la guerra.

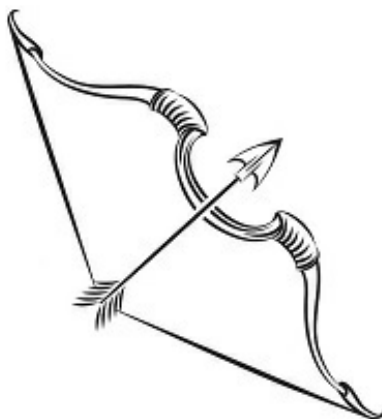
Ella se irá de Kisimul convertida en una MacLean, una mujer casada con otro hombre que tendrá derechos sobre ella que yo jamás tendré. No importa que la sienta mía desde la noche que la conocí, no importa las veces que durmió entre mis brazos cuando apenas éramos unos niños, ni tantas otras que luché contra mis deseos de poseerla y mandarlo todo al infierno, sin embargo, no podía hacerle eso a ella, la amo demasiado como para condenarla a una vida de exilio y privaciones.

—Mi plan es el mismo de siempre —respondo tras mis cavilaciones—. Sobrevivir.

—Rezo para que no llegue el día en el que te arrepientas de haber dejado que el veneno de Violet te envenenara la mente —sentencia, levantándose dispuesto a marcharse—. Recuerda este día, Lobo, porque has perdido lo único bueno que tenías en tu vida.

Observo cómo sale de nuestro escondite enfadado con él por sus certeras palabras. Soy muy consciente de lo que he dejado escapar, no necesito que nadie me lo recuerde constantemente.

He luchado toda mi vida para que la oscuridad no me engullera por completo, y sin ella, me atrapará sin remedio, por primera vez es algo que ya no me importa.



CAPÍTULO V

Jaelyn

A cabo de cumplir catorce años y ya no me siento una niña, y estoy harta de que mi mejor amigo me trate como tal. Sombra ya no viene todas las noches a verme, sé que él ya es casi un hombre y que no puede estar siempre conmigo, y cuando no lo está, siento que me falta algo.

Cuando viene a visitarme, a pesar de que en muchas ocasiones lo noto más distante, no puedo evitar que unas pequeñas mariposas revoloteen en mi estómago. Cuando sus ojos se posan sobre mí, siento como si me acariciara, es más, deseo que lo haga. ¿Qué me está pasando? No puedo hablar con nadie sobre ello, y mi único amigo es él, me moriría de vergüenza al preguntarle sobre lo que me sucede cuando es el culpable.

—¿Qué haces despierta? —su voz me sobresalta y me giro para verlo asomándose a mi ventana, para entrar de un salto.

—No puedo dormir —confieso, volviendo a girarme para contemplar el fuego de la chimenea—. ¿Qué haces aquí? —pregunto sin mostrar lo molesta que me siento por su abandono.

—Pasaba por aquí —se alza de hombros, aunque no le esté mirando, sé que lo ha hecho—. ¿No puedo venir a ver a mi mejor amiga?

—¿Puedes? —rebato—. Dímelo tú, Sombra —le replico, girándome para encararlo.

—¿Qué demonios te sucede, Jaelyn? —pregunta, frunciendo el ceño—. Cada vez que vengo, pareces enfadada...

—¿Puede ser porque me siento abandonada por ti? —reclamo levantándome—. Ayer fue mi cumpleaños, Sombra. —Puedo ver cómo palidece y sus ojos brillan con culpabilidad—. Es la primera vez desde que nos conocemos que lo olvidas —susurro dolida.

—Lo siento —se excusa—. Ni siquiera estaba aquí y...

—Déjalo —interrumpo para no escuchar sus excusas—. En realidad, no tienes obligación ninguna, ¿no? —me alzo de hombros—. Gracias por la visita —lo despido.

Me dirijo a mi lecho y me tumbo dándole la espalda, lo escucho suspirar, cuando creo que va a marcharse, siento cómo su peso hunde su parte y me abraza como siempre lo ha hecho.

—Odio cuando me ignoras —susurra en mi cuello, cierro con fuerza los ojos.

—Y yo cuando te olvidas de mí —susurro de vuelta.

No obtengo respuesta y poco después me quedo dormida, sabiéndome protegida por la única

persona a la que le confiaría incluso mi vida.

Los recuerdos, que siempre me han mantenido a salvo de la vida real, ahora solo causan más dolor del que he experimentado en mi corta existencia. Los alejo para concentrarme en el presente y mentalizarme de lo que está por llegar.

Cepillo mi cabello hasta dejarlo brillante y sedoso, no me molesto en trenzármelo como tengo costumbre. Me meto en la cama todavía intranquila ante la idea de que mi esposo cambie de parecer y quiera reclamar lo que le pertenece. Sé que no puedo escapar para siempre, en algún momento el matrimonio debe consumarse, y darle un heredero.

No obstante, saberlo no lo hace más fácil y, a pesar del vino que he bebido y lo poco que he cenado, el alcohol no consigue adormecerme, ya que no logro templar mis nervios. Desearía poder salir a cabalgar, como muchas noches antes de que todo cambiara hacía con Sombra, él cuidaba de mí y me hacía sentir libre, ahora la sensación de asfixia y de estar encerrada en una jaula de oro ha vuelto con más fuerza.

Tras muchas vueltas en la cama, decido levantarme, aparto las mantas y poso mis pies descalzos sobre el frío suelo. Recorro la estancia apagando las velas, y solo dejo una, no soy capaz de dormir a oscuras si lo hago a solas. Al escuchar un ruido, me quedo inmóvil, incluso dejo de respirar creyendo que voy a ver cómo la puerta de mi alcoba se abre para dar paso al *laird* MacLean. Sin embargo, esto nunca sucede, frunzo el ceño al darme cuenta de que el ruido no proviene de la entrada, sino de la ventana, y cuando esta se abre, no me sorprende en absoluto, aunque sí que me enfurece por su estupidez.

—¿Se puede saber qué crees que estás haciendo, imbécil? —le increpo—. ¿Qué hubiera pasado si llega a estar mi esposo?

—Tu marido sigue abajo emborrachándose —se burla—. Si estás esperando que cumpla con sus deberes, me temo que, entre su edad y el alcohol, dudo que se le levante.

—No seas soez —recrimino con una mueca de asco—. ¿Cuántas veces debo decirte que no eres bienvenido? ¿Y cómo sabes dónde y en qué estado se encuentra MacLean?

—Tantas como quieras —responde, alzándose de hombros sin perder su acostumbrada sonrisa—. Tengo mis trucos...

—¿No tienes nada mejor que hacer? —pregunto—. Tal vez ir al encuentro de tu ramera...

—No insultes a Violet —increpa entre dientes—. No intentes comprender algo que no logras siquiera imaginar.

—Cuánta vehemencia —ahora es mi turno para burlarme—. Si no quieres escucharme mancillar el honor de tu amada, no vengas a mis aposentos, Sombra.

—¿De verdad quieres marcharte de aquí odiándonos? —pregunta, acercándose, me niego a retroceder, aunque sé que no hacerlo es peligroso para mí.

—Yo seguiré odiándote allá donde vaya —respondo, mostrando una indiferencia que estoy lejos de sentir, mi corazón retumba con fuerza en el interior de mi pecho—. Y que tú lo hagas o no ha dejado de importarme.

—Nunca has sabido mentir —susurra muy cerca de mis labios, no aparto mis ojos de los suyos en ningún momento—. ¿Qué harás si te beso?

—Darte una patada en un lugar que no va a gustarte —gruño—. Recuerda quién ha sido mi maestro, Sombra.

Se ríe, y cuando deja de hacerlo, sé que he sentenciado mi destino. Sus labios posesivos toman a los míos con pasión apenas contenida, lejos de sentirme asustada, respondo con fervor, casi con rabia, sabiendo que él no nos ha dado ni la más mínima posibilidad de ser felices.

No me ha elegido a mí cuando yo habría dado la vida por él.

No ofrezco resistencia cuando siento cómo caminamos hacia atrás y mis piernas chocan contra la cama. Deja de besarme, veo sus ojos oscurecidos, sus labios hinchados y su errática respiración.

Noto su miembro contra mi vientre y, por instinto, me remuevo consiguiendo que cierre los ojos y gima como si lo estuviera torturando. Me encanta sentir que tengo el poder en estos momentos, cuando soy yo la que no tiene experiencia en estas lides. Sus manos se posan en mis caderas apretando con fuerza para que me detenga, mas no lo hago, vuelvo a moverme, y cuando me alza entre sus brazos y me deja sobre el lecho, jadeo sorprendida, aunque no me da tiempo para mucho más, ya que, en un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo sobre el mío me corta el aliento. Recorro su pecho, mi mano encuentra la marca de nacimiento que tiene en el cuello y que suele cubrir con su cabello, recuerdo que la primera vez que la vi me pareció una estrella, y todavía me lo sigue pareciendo.

—Tenemos que detenernos —susurra contra mis pechos, que claman por su contacto—. Si no, no tendrás virtud que entregarle al viejo.

—Es mi decisión, Sombra —replico, alzando mis caderas para salir a su encuentro, mi camisón enrollado en mis caderas ya no es barrera alguna—. Me lo has arrebatado todo, pero te entrego por propia voluntad lo que siempre debió ser tuyo.

—Sigues siendo demasiado impulsiva —sisea sin dejar que sus manos recorran mis muslos desnudos—. Nos odiamos, ¿recuerdas?

—Eso no impide que podamos yacer juntos —espeto, incorporándome para quitarme por completo mi blanco camisón y quedando desnuda ante él por primera vez—. ¿Vas a poseerme, o no?

Me observa mientras parece luchar contra lo que desea hacer. Maldice antes de abalanzarse sobre mí y sé que, por una vez, he ganado, al menos me iré de Kisimul habiéndole entregado lo más sagrado para mí y sabiendo lo que es la pasión, eso debe ayudarme a sobrellevar los años que me queden por delante. Grito cuando su mano se cuela en mi entrepierna, me avergüenza porque me siento muy mojada y caliente allí abajo, a él no parece molestarle ni sorprenderse, así que imagino que es normal. Su dedo se pierde entre mis pliegues y gimo ante el ramalazo de placer que me recorre de la cabeza a los pies.

—No seas tan escandalosa —susurra contra mis labios mientras sollozo cuando su dedo abandona mi interior—. Ya estás más que preparada, Princesa.

No sé muy bien a lo que se refiere hasta que siento algo mucho más grande y grueso abriéndose paso en mi interior, araño sus hombros ante la presión, pero no se detiene. De un último empujón, me posee y gimo ante el pequeño dolor punzante que me produce su invasión, aun así, no cambiaría nada de lo que estoy viviendo entre sus brazos. Se detiene y ambos nos miramos a los ojos, en los suyos leo tormento, deseo y algo más que no sé descifrar.

—¿Estás bien? —pregunta jadeando, el sudor empaña su espalda mientras la recorro con mis uñas.

—Sí —asiento removiéndome, jadeo en el acto al sentir un placer muy distinto a todo lo anterior—. Muévete —le ordeno.

Me obedece primero con lentitud, gimiendo mi nombre como si lo estuviera torturando. Escondo mi rostro en su cuello mientras mis labios lo recorren a placer, le muerdo cuando siento que voy a estallar, que no voy a sobrevivir a las sensaciones que se han apoderado de mi cuerpo. Grito cuando un éxtasis que ni siquiera sabía que existía se apodera de mí, Sombra sigue poseyéndome, ahora con más fuerza y rapidez, y al sentirlo tensarse y temblar entre mis brazos

mientras susurra una y otra vez mi nombre, me emociono haciendo que mis ojos se humedezcan. Ahora en la alcoba solo se escuchan nuestras respiraciones y el crepitar del fuego. Mis piernas en algún momento han abrazado la cintura del hombre que todavía está sobre mí intentando recuperar el aliento, sé que debería moverme, pero no quiero. Si lo hago, estoy segura de que la magia que nos envuelve desaparecerá, haciéndonos regresar a la realidad de nuestras vidas. Temo moverme, aunque la necesidad de seguir acariciándolo es casi más fuerte que mi miedo a perderlo, mi mano recorre su cuello y sonrío al ver cómo su piel se eriza ante mi contacto, mi mano se pierde entre su cabello oscuro ahora empapado.

—¡No! —exclamo cuando siento cómo muy despacio sale de mi interior y se aleja de mí. Como suponía no me mira mientras se viste, cubro mi desnudez porque lo que hace unos instantes me parecía lo más normal, ya no lo es—. Sombra...

—¿Te das cuenta de lo que acabamos de hacer, Jaelyn? —me pregunta—. ¿Qué harás si te he dejado embarazada?

Jadeo horrorizada porque ni siquiera lo había pensado, la pasión me ha nublado el juicio por completo. Ríe al ver mi reacción y nuestras miradas al fin se encuentran, comienzo a sentir mucho frío al darme cuenta de que en sus ojos ya no brilla el deseo, de nuevo tiene ese color grisáceo, como un cielo que avecina tormenta.

—Esa es la reacción que esperaba por parte de cualquier persona menos de ti, Princesa —espeta—. Siempre puedes mentirle al viejo y decirle que el bastardo es suyo —escupe, dirigiéndose hacia la ventana—. Después de todo, he sido yo quien ha cumplido por él esta noche.

No soy capaz de hablar, de reaccionar ante sus hirientes acusaciones, sobre todo, porque hace unos minutos he vivido entre sus brazos uno de los mejores momentos de mi vida, y ahora con su comportamiento lo está convirtiendo todo en algo sórdido. Se marcha una vez más sin mirar atrás, dejo que las lágrimas broten para intentar aliviar el dolor que siento. Me levanto con piernas temblorosas para buscar mi camisón, frunzo el ceño al sentir algo en mi entrepierna y gimo al ver un hilillo de sangre resbalar por mi muslo, con un paño, me limpio haciendo una mueca ante la molestia que siento. Una vez vestida de nuevo, me meto en la cama sabiendo que no voy a ser capaz de dormir nada.

El amanecer me sorprende con los ojos abiertos, enrojecidos por el llanto y la falta de descanso. Me levanto sintiendo como si un caballo me hubiera pasado por encima y comienzo a vestirme, trenzo mi cabello e intento darle color a mis pálidas mejillas pellizcándolas con brío.

Ahora sí observo a mi alrededor sabiendo que no volveré a ocupar esta alcoba nunca más. No puedo evitar recordar cada momento vivido aquí, al mirar hacia la chimenea, puedo vernos a Sombra y a mí tumbados frente al fuego; si miro hacia el lecho, lo ocurrido anoche me mortifica, así que me apresuro a salir intentando huir de los recuerdos que amenazan con volverme loca.

Desciendo las escaleras y, al entrar al salón, mi tío ya está sentado a la mesa, no veo por ningún lado a mi esposo.

—Buenos días, niña —saluda con afecto—. No tienes buen aspecto —amonesta, mirándome preocupado—. ¿Dudas de la decisión que has tomado? Si es así, quiero que sepas que no tienes por qué marcharte, hablaré con tu esposo y ...

—Buenos días, tío —interrumpo sonriendo—. Por supuesto que no, solo han sido los nervios ante mi nueva vida, nada de lo que debas preocuparte.

Lo que no le digo es que, aunque quisiera quedarme, ahora no podría hacerlo sabiendo que puede que en mi vientre esté gestándose una vida. Ahora más que nunca debo irme lejos, y si eso

ocurre, mentir para mantenerlo a salvo.

—Tu esposo no debe tardar —asiente tras mi respuesta—. Ya he dispuesto todo para vuestra partida. Diez de mis hombres os acompañarán, incluido tu primo, me lo ha pedido y no he podido negarme, querida niña.

—Tío... —comienzo a decir—. No quiero hacerle más daño...

—No debes culparte por nada —interrumpe—. Lo que tu primo cree sentir por ti no es natural, y pronto se dará cuenta de que solo está confundido.

Asiento rezando para que tenga razón, puede que nuestro último encuentro no terminara bien, no por ello le deseo el mal, y por propia experiencia sé que el dolor del corazón es el peor de todos. Amar a alguien sin ser correspondido es el infierno en la tierra, y estoy deseando salir para comenzar a vivir de nuevo.

—¿Dónde está Donald? —pregunto, terminando mi desayuno.

—Preparando a los hombres —responde—. Es hora de que se tome sus obligaciones menos a la ligera. Cuando yo muera, será el *laird*, y quiero estar seguro de que dejo a mi gente en buenas manos.

El dolor por la pérdida de su hijo mayor aún está latente, creo que es algo que se irá con él a la tumba. Ni un solo momento ha dejado de buscarlo, recuerdo cuando era pequeña, que se ausentaba durante semanas recorriendo las Highlands buscando a su heredero, nunca conocí a mi tía porque, cuando llegué, ella ya había fallecido, nunca pudo recuperarse del golpe que fue la desaparición de su primogénito.

—Lo hará bien —sentencio sin dudar—. Tío, ¿podría pedirle un favor antes de marchar? —pregunto.

—Por supuesto, hija —asiente, mirándome con atención.

—Intente vivir su vida en relativa armonía —digo con ternura—. Deje de buscarle, solo consigue sufrir.

—¿Cómo hacerlo? —pregunta acongojado—. Es mi hijo...

—Lleva años buscándolo sin éxito, no creo que vaya a encontrarlo ahora —sigo diciendo sin querer ser muy brusca—. ¿Cuántos años tendría hoy? ¿Cómo espera reconocerlo?

—Buenos días —la llegada de mi esposo nos interrumpe—. Veo que has madrugado, querida esposa.

—Buenos días —saludo—. Sí, no quería hacerlo esperar, imagino que debe estar impaciente por regresar al hogar.

—Y no te equivocas, querida —dice, riendo, mientras toma asiento a mi lado—. Espero que tú también los sientas como tu hogar, mi gente te adorará en cuanto te vea.

Asiento sonriendo y dejo que los hombres hablen mientras me mantengo en silencio. Cuando terminan, sé que se acerca el momento de marchar, y cada vez me siento más nerviosa, incluso siento temor ante lo desconocido.

—Debemos partir —anuncia mi esposo—. No quiero hacer noche en el camino. ¿Crees que podrás soportarlo, querida?

—Jaelyn es muy buena montando a caballo —alaba mi tío—. He dispuesto que algunos de mis hombres os acompañen, mi hijo Donald los guiará.

—No era necesario —rebate mi esposo—. Volverán sanos y salvos al hogar, no debes preocuparte por ello.

La carreta con mis pertenencias está preparada y los hombres de mi clan dispuestos a partir, mucha gente se ha reunido para despedirme y, aunque me había prometido no llorar, no estoy segura de lograrlo. Muchas de las mujeres se acercan a mí deseándome todo tipo de suerte

mientras me dirijo hacia mi caballo, monto e intento disimular la mueca de incomodidad recordándome una vez más que lo que sucedió anoche no fue un sueño.

—Sé feliz, niña —me pide el hombre que me ha criado durante ocho años—. Si sucede cualquier cosa, solo debes mandarme llamar —susurra—. Iré a por ti.

—Gracias, tío —le digo, intentando que no me vea llorar—. Te quiero.

El hombre me mira sorprendido ante mi confesión y aprovecho para emprender la marcha tras mi esposo y sus hombres, con mi primo y los suyos tras de mí, dejando Kisimul por primera vez desde mi llegada siendo una niña. No sé por qué cometo el error de volver la vista atrás, al hacerlo, en el acantilado, descubro una figura encapuchada que reconozco sin necesidad de verle el rostro.

Sombra...

Mi corazón, cuerpo y alma lloran por él, y estoy segura de que lo haré toda mi vida. Maldigo el día que lo conocí.



CAPÍTULO VI

Sombra

—**M**aldita seas, Jaelyn —siseo furioso mientras la observo marchar de Kisimul junto a su esposo—. No puedo creer que lo hayas hecho...

No recuerdo la última vez que lloré, y ahora, mientras observo marchar a la única mujer que he amado, debo hacer un esfuerzo sobrehumano para que las lágrimas que empañan mis ojos no broten bañando mis mejillas, dejándome como un imbécil.

«¿Cómo has podido hacernos esto?», pienso, apretando los puños con fuerza; si la tuviera delante, la zarandearía hasta hacerla entrar en razón, sin embargo, aquí me encuentro sin poder hacer nada por evitar el desastre en el que se va a convertir nuestras vidas porque ella ha decidido por los dos, su orgullo y su inmadurez nos han separado para siempre.

Y ahora, mientras cada vez la veo más pequeña por la lejanía, comprendo que la vida, tal como la conocía, ha vuelto a cambiar y jamás será la misma. He perdido a mi mejor amiga, a la única persona que siempre creyó en mí, a la mujer que amo. No importa cuánto intente olvidarla en brazos de otra persona, Jaelyn, sin saberlo, también es una ladrona que, sin pedir permiso, se adueñó de mi corazón la noche que nos conocimos y nunca me lo ha devuelto.

—¿Por qué te torturas así? —la voz de Violet me sorprende—. Esa mocosa ha elegido y no ha sido a ti —clava un nuevo puñal en mi corazón con sus palabras.

—No me sigas —replico por toda respuesta—. No quiero que nadie me descubra.

—Todos hablan del Lobo —se jacta—. Y tú no quieres alimentar tu leyenda —reprende—. ¿Por qué no atacas ahora el castillo? Donald no está...

Me giro con brusquedad para encarar a mi amante, tan distinta a Jaelyn, no puedo evitar compararlas. Violet, con su cabello anaranjado y ojos marrones, dista mucho de parecerse a la niña que vi crecer, su cabello negro como el carbón, los ojos más azules que he visto en mi vida, su tez pálida y sus labios rojos. Siempre supe que al crecer sería una belleza demasiado codiciada por todo hombre que posara sus ojos en ella, y por desgracia no me equivoqué.

—De nuevo me observas como si no fuera suficiente para ti —amonesta—. Soy consciente de que no me parezco a tu Jaelyn —se burla con rabia—. Sin embargo, soy yo quien calienta tu lecho —se jacta con orgullo.

—Volvamos —ordeno tras dar un último vistazo y comprobar que ya no soy capaz de ver a Jaelyn—. A partir de hoy, no quiero que la vuelvas a nombrar, ¿queda claro? —le pregunto con firmeza, algo debe ver en mis ojos porque asiente un poco asustada.

Hace bien en estarlo, cree conocerme mejor que nadie, pero está muy equivocada. Solo le muestro lo que deseo, mi lado más oscuro, ese que nunca quise dejarle ver a mi mejor amiga porque deseaba que ella viviera alejada de toda la maldad y podredumbre del mundo. Sin embargo, Violet consigue sacar lo peor de mí, fue por ella que comencé, junto a algunos muchachos más, a hacer pequeñas escaramuzas que han conseguido que los *lairds* de Barra tengan bastantes quebraderos de cabeza.

Solo he dejado que dos mujeres se me acercaran lo suficiente a mí como para cambiar mi destino, primero fue Jaelyn, ella no lo sabe, no creo que hubiera resistido mucho más allá fuera. Años más tarde, Violet, quien ha sido mi confidente y cómplice en todo lo que mi mejor amiga no podía ofrecerme. No sé en qué momento los sentimientos por mi princesa cambiaron, todavía recuerdo la noche en que me di cuenta de que ya no la veía igual, y mi cuerpo tampoco.

La nieve me cubre casi hasta la cintura, aun así, no pienso faltar a mi cita con Jaelyn, en todos estos años no lo he hecho y no voy a empezar ahora. Parece mentira que ya hayan pasado seis años desde aquella primera noche, para mí es como si se hubiera detenido el tiempo.

La ventana, como siempre a pesar del frío, está abierta y entro castañeando los dientes, me apresuro a cerrar, y al volverme, Jaelyn se abalanza sobre mí, la siento temblar, así que la abrazo contra mi cuerpo, aunque esté empapado.

—Creí que hoy no vendrías —susurra contra mi cuello—. Estaba preocupada por ti. Ven, acércate al fuego —ordena, cogiendo mi mano—. Quítate la ropa —me pide mientras me tiende una manta.

No es algo raro, mas no logro comprender por qué de un tiempo a esta parte me incomoda desnudarme en su presencia, a pesar de que no es la primera vez que me ha visto desnudo. Mi cuerpo se comporta de una forma extraña porque reacciona a su cercanía como nunca antes lo había hecho. ¿Qué demonios me está sucediendo? Me siento como un miserable por desear que su cuerpo se amolde al mío, por besar sus labios, por acariciar su pálida piel.

Me remuevo inquieto cuando mi miembro comienza a despertar, duele y solo hay una manera de aliviar ese dolor. Maldigo en silencio porque no sé cómo desnudarme sin que ella se dé cuenta de mi estado, no quiero asustarla.

—¿A qué estás esperando? —pregunta extrañada—. Vas a enfermarte si no entras en calor...

—Date la vuelta —le pido con una brusquedad nacida de la vergüenza, y me mira con los ojos muy abiertos—. Hazlo, Jaelyn.

Frunce el ceño, siempre lo hace cuando la llamo por su nombre, porque sabe que si lo hago, no estoy bromeando. Lo hace de mala gana y me apresuro a quitarme la ropa raída y secarme para colocarme la manta en las caderas, la escucho refunfuñar y no puedo evitar sonreír porque me parece muy tierna cuando hace eso.

—Ya puedes volverte —le digo mientras me siento frente al fuego, intentando secar mi cabello.

—Estás muy raro —reclama, sentándose a mis pies como es costumbre—. ¿Dónde has estado? Temía por ti...

—¿No sabes que no debes hacerlo? —le pregunto mirándola—. Sé cuidarme solo.

—No entiendo por qué no quieres que le pida a mi tío que te acoja en el clan —se cruza de brazos—. ¿A quién demonios le gusta no pertenecer a ningún clan?

—A mí —sentencio—. Llevas años repitiendo lo mismo y siempre obtienes la misma respuesta. ¿No te cansas? —pregunto molesto—. Vivo bien, no necesito más —me encojo de hombros.

—Cada vez que sales por esa ventana, temo que sea la última vez que te vea —confiesa alicaída, me mata saber que se preocupa por mí, cuando estoy lejos de ella, también lo hago,

sabiéndola a salvo puedo preocuparme solo por mí—. Si al menos me llevaras contigo...

—No —interrumpo—. Tu sitio es este. No pienso arrastrarte a mi vida, cuando aquí es donde perteneces.

Como de costumbre, no le gusta mi respuesta, mas no pienso dar mi brazo a torcer en este asunto. La he consentido demasiado, hace tiempo que ya no salimos de noche o que ya no le enseño a tirar con arco, manejar una daga o pelear como a un hombre. Desde que me di cuenta de que no la veía como a la niña con la que he crecido, sino como a la mujer en la que está a punto de convertirse.

Desde que comprendí que había entregado mi corazón a Jaelyn MacNeil.

Fue el principio del fin para mí. Desde entonces, fui incapaz de verla sin desearla, y temía hacer cualquier locura; por eso, cuando conocí a Violet, no lo pensé dos veces, saciaba con ella el deseo que no podía saciar con la mujer que amaba. Lo que comenzó como algo sin importancia, cada vez se ha convertido en una constante en mi vida sin apenas darme cuenta.

Violet me es leal, me apoya y aconseja, no es solo mi amante. Sin embargo, no es la mujer que ha elegido mi corazón. Comenzamos a caminar en silencio mientras intento asimilar que no estoy viviendo una pesadilla y que la marcha de Jaelyn es real, es muy probable que no la vuelva a ver nunca más, ese pensamiento me paraliza, me deja sin aire, como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—¿Qué pasa? —pregunta Violet, extrañada, mirando a nuestro alrededor—. ¿Qué demonios haces, Lobo?

Lobo... Cada vez que me llama por ese nombre, ni siquiera me reconozco. Solo aquella niña asustadiza fue capaz de ver mi interior sin conocerme de nada, y consiguió que me sintiera menos solo.

Vuelvo a andar con rapidez, siempre intento pasar desapercibido y no quedarme mucho tiempo en el mismo lugar, si he vuelto noche tras noche a Kisimul ha sido por ella, ahora ya no hay razón para quedarme por los alrededores, incluso podría abandonar la isla.

Nos dirigimos hacia la cueva, donde están los demás, somos cinco muchachos en total, y durante estos años, hemos forjado una amistad, casi una hermandad. Al entrar, todos guardan silencio; Arthur, el más callado de los cinco, afila su espada en una esquina, Arthur y Andrew parece que están peleando y Jules duerme como si a su alrededor no existiera alboroto alguno.

—¿Se ha marchado? —pregunta Andrew, el más joven, tiene casi la edad de Jaelyn.

Asiento por toda respuesta sin querer dar más explicaciones. Violet le lanza una mirada de advertencia que no me pasa desapercibida, y el muchacho agacha la cabeza, todavía le queda mucho por aprender y estoy dispuesto a enseñarle tal y como hice con mi mejor amiga; al menos, sé que es capaz de defenderse llegado el caso.

—A partir de hoy, el nombre de la sobrina del *laird* MacNeil y esposa del *laird* MacLean no será nombrado ante Lobo —exclama mi amante—. ¿Queda claro?

Ninguno le contesta, sin embargo, no dudo que les haya quedado claro la orden dada por Violet, no les gusta que una mujer se tome tantas atribuciones y, para ser sincero, a mí también comienza a molestarme.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Jules sin abrir los ojos.

—¿Qué deseáis hacer? —les cuestiono—. Ya os he dicho que odio que me tratéis como vuestro líder.

—Lo eres, te guste o no —contradice Arthur—. Sin ti, seguiríamos vagando solos, sin un clan...

—No somos un clan —espeto molesto—. Si queréis pertenecer a uno, deberíais hablar con el *laird* MacNeil.

—Ni siquiera recuerdo a qué clan pertenezco —escupe Jules—. No creo que lo hagamos ninguno, ¿tú lo haces? —pregunta, abriendo los ojos por fin para mirarme, esperando una respuesta por mi parte.

—No —replico al fin—. Siempre he sentido que la isla es mi hogar, por ello nunca puedo estar mucho tiempo lejos.

—No es por la isla —interfiere Violet—. Es por la mocosa.

Ahora soy yo quien le lanzo una mirada que podría hacer temblar al hombre más temible, aun así, jamás me ha tenido miedo. Puede que físicamente no se parezcan en nada, pero en algunos momentos, el carácter de ambas es tan parecido que es como si tuviera a Jaelyn frente a mí.

—Mañana al amanecer partiré —anuncio—. Los que queráis venir conmigo podéis hacerlo. —Miro a los hombres que en los últimos tres años han sido como mis hermanos—. Si no, nuestros caminos se separan aquí.

Me adentro para encontrar la salida secreta y por la cual elegimos este escondite, ya que da a la playa. Observo las olas romper en la orilla, alzo la vista hacia el cielo y puedo ver que comienzan a formarse nubes de tormenta, no puedo evitar preocuparme por la muchacha que he cuidado durante años y que ahora pertenece a otro hombre.

Gruño al recordar la noche que he pasado con ella. Luché durante años para acabar cometiendo el error que me llevó a alejarme. Ahora, la maldita inconsciente está allí fuera rodeada de peligros y no puedo protegerla. Me remuevo inquieto intentando olvidar cómo me sentí al estar en su interior, lo que sus gemidos y caricias provocaban en mí, ¿cómo se supone que debo vivir sin volver a sentirla? Luché con uñas y dientes porque sabía que el dolor sería mucho peor después, y no me equivocaba.

—Si crees que mañana vas a irte solo es que eres más estúpido de lo que pensaba. —Broke me ha seguido, es el mayor del grupo y siempre he sentido una conexión con él mucho más fuerte que con los demás—. Sabes que huir no va a solucionar nada, ¿verdad?

—No estoy huyendo —escupo, frunciendo el ceño—. Violet tiene razón, no me he ido de la isla por Jaelyn, ella ya no está en Kisimul —me alzo de hombros, intentando que el malestar que me genera ese hecho desaparezca—. ¿No estás cansado de vagar sin rumbo? Llevo toda mi vida en la calle, estoy tan cansado...

—Todos lo estamos —reconoce, sentándose a mi lado, lo imito y ambos observamos el mar embravecido—. ¿Por qué crees que nos aferramos los unos a los otros? Puede que no lo digamos en voz alta, pero todos buscamos formar una familia, pertenecer a algún lugar.



CAPÍTULO VII

Sombra

—**P**uede —digo sin querer reconocer la verdad—. El motivo por el que no me iba lejos de aquí ya no existe, así que por primera vez en mucho tiempo me siento libre.

—Salir de la isla no te hará sentir mejor —replica, mirándome de reojo—. Los sentimientos no desaparecen por huir del lugar donde ambos crecisteis, ni podrás escapar del dolor que te produce su marcha.

—Me acostumbraré —gruño con rabia, sabiendo que no la olvidaré jamás, eso hace que el sentimiento de odio hacia ella crezca—. Jaelyn MacLean ha elegido, y yo también.

—La culpas —bufa—. ¿Pretendías que aguantara tus puterías?

—No somos nada —rebato, alzando la voz—. ¿Por qué todo tuvo que cambiar? Me siento un miserable...

—Porque creciste —sentencia—. Y ella también. La he visto, hermano —suspira—. Es muy hermosa, puedo imaginar el calvario que ha sido tenerla cerca sin poder amarla como deseabas.

—Entonces, ¿por qué siento que no he hecho lo correcto? —pregunto entre dientes, cada vez siento más ganas de golpear algo.

—Porque no lo has hecho —replica, alzándose de hombros—. La amas, pero te encamas con otra, imagino que siente que le has dado la espalda —dice pensativo—. Por ello dejó de luchar contra lo que se esperaba de ella y ambos lo vais a pagar.

—¿De parte de quién estás? —cuestiono ofendido—. Eres mi amigo, maldita sea.

—Y por ello no voy a decirte lo que deseas escuchar para aliviar tu conciencia —sonríe—. Soy mortalmente sincero.

—Lo sé —replico tras un breve silencio—. Solo espero que encuentre felicidad en su nuevo hogar.

—¿No querrás ir al clan MacLean? —pregunta desconfiado—. El viejo no tiene culpa de nada.

—Es suya —siseo—. No voy a poder soportarlo.

—Lo harás —sentencia sin ponerlo en duda—. Solo debes seguir como hasta ahora...

Como hasta ahora...

Una vida de nómada, una existencia vacía.

—Quien quiera venir debe estar preparado al amanecer —le informo alejándome.

—¿Adónde vas? —pregunta gritando, no me detengo ni le respondo, porque ni siquiera lo sé.

Por primera vez en años, no tengo dónde ir, me siento como aquel niño perdido que no tenía un

lugar al que llamar hogar, no es que considerara el castillo como un sitio seguro, era Jaelyn. Aquella niña de ojos grandes, tez pálida y cabello oscuro se convirtió en mi todo, y el miedo ha hecho que la aleje de mí para siempre.

Ha caído la noche y he caminado más que en mucho tiempo. El castillo se yergue ante mí en la oscuridad, las antorchas de los vigías lo iluminan, como acostumbro, me pierdo entre las sombras, pero hoy no siento la misma emoción que en el pasado, sabiendo que iba a compartir las pocas horas robadas en las que podíamos ser nosotros mismos. Yo dejaba mi manera oscura y negativa de ver la vida, Jaelyn siempre consiguió sacar lo mejor de mí, alejar todo el pasado para ser capaz de vivir día a día. ¿Cómo voy a hacerlo ahora sabiendo que no voy a volver a verla, que no va a esperarme al subir por la ventana con su acostumbrada sonrisa y su parloteo incesante?

Antes de darme cuenta, estoy escalando para subir una vez más a la alcoba que ha sido la mía durante al menos diez años, incluso mucho antes de la llegada de Jaelyn. Entro y me doy cuenta de que no está en cuanto mis pies tocan el frío suelo, la chimenea apagada, la estancia desprovista de su luz propia, su aroma todavía perdura. Cierro los ojos sintiendo el dolor de su partida con mucha más intensidad.

Me dejo caer de rodillas en el suelo jadeando, tan inmerso estoy en mi pesar que no soy consciente de que la puerta se abre, solo me doy cuenta de que ya no estoy solo en la alcoba cuando siento el filo de una espada en el cuello.

—¿Quién demonios eres tú? —me pregunta una voz firme, de mando—. ¿Cómo osas entrar en mi castillo?

El laird MacNeil...

Alzo mi rostro sabiendo que mi capa con capucha le impide ver con claridad mi rostro. No me muevo ni pronuncio palabra, intentando pensar cuál es la mejor forma de salir de aquí sin derramamiento de sangre.

—¿Eres el líder de los rebeldes? —pregunta entre dientes—. Debería matarte aquí mismo. — El filo presiona más en mi garganta—. ¿Por qué has entrado a la alcoba de mi sobrina? ¿Qué buscabas?

No respondo a sus preguntas, no me muevo. Parece desesperarlo, con un movimiento ágil, aparta la capucha dejando mi rostro al descubierto, nuestras miradas se encuentran y puedo ver cómo palidece. Frunzo el ceño sin comprender su reacción. La espada vuelve a moverse para hacerme girar el cuello con lentitud, obedezco porque no sé qué demonios sucede.

—Dios mío... —jadea dando un paso atrás y apartando por fin la espada—. No puede ser.

Me levanto de un movimiento ágil alejándome de mi adversario. La ventana está relativamente cerca, podría saltar y salir corriendo, pero algo me lo impide, y es la necesidad de saber por qué MacNeil ha reaccionado de esta manera tan extraña al verme por primera vez.

—Broderick —susurra impresionado—, mi hijo...

—¿Qué dices, viejo? —pregunto incrédulo—. ¿Has perdido el juicio?

—Eres tú —asegura acercándose a mí—. Tienes la marca de nacimiento de los MacNeil —explica—. ¡Mira! —exclama, mostrándome su hombro.

Me acerco con desconfianza para poder ver lo que me muestra y me quedo impresionado, ya que tiene la misma marca que yo luzco en el cuello. Retrocedo asustado sin poder creer que lo que afirma sea cierto, debe tratarse de una maldita coincidencia.

—Te he buscado por toda Escocia —replica—. ¿Has estado siempre aquí? —pregunta horrorizado—. Te llevaron cuando eras muy pequeño —su voz se quiebra, parece que está a

punto de romper a llorar como un niño.

—No puedo ser su hijo —rebato—. Ya tiene uno...

—Tú eres mi primogénito —sentencia convencido de ello—. Además, te pareces mucho a Donald, por ende, a mí —informa con orgullo.

—Te equivocas —espeto—. Voy a marcharme —alzo el mentón mientras de nuevo cubro mi rostro—. Olvida que me has visto.

—Si sales por esa ventana, daré orden de que te sigan —su amenaza me detiene—. Tus hombres no saldrán vivos de esta isla, hijo.

—No me amenaces —siseo enfureciéndome—. Puede que creas ser mi padre, mas no dudaré en matarte para proteger a mi gente.

—Tu gente somos nosotros —rebato sin parecer asustado ante mis palabras—. Eres el próximo *laird* MacNeil.

—¡No lo soy! —grito—. No lo quiero ser —susurro asustado.

—Es tu deber —dice sonriente—. Y viendo cómo proteges a esos rebeldes, me has dejado claro que, aunque no has crecido a mi lado para poder enseñarte lo que debes saber para guiar a un clan, lo llevas en la sangre.

—Esto es de locos —me carcajeo—. Crees que soy tu hijo perdido por una simple marca en mi cuello. No pienso cambiar mi vida porque creas haber encontrado a tu primogénito.

—No lo creo —niega con la cabeza—. Lo sé. Lo supe en el momento en que vi tus ojos mirándome, porque recuerdo perfectamente la primera vez que te sostuve en brazos y nuestras miradas coincidieron.

Me río incrédulo porque no soy capaz de aceptar esta locura. ¿Qué ocurrirá si lo que creo que son desvaríos de un anciano son reales? No recuerdo nada antes de cumplir los cinco o seis años, todo es muy confuso, y cuando cumplí ocho, ya vivía por completo en la calle, sin familia, sin hogar, sin recuerdos.

—Suponiendo que estés en lo cierto... —comienzo a hablar—, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Aparecer de la nada para arrebatarme a tu hijo lo que le pertenece?

—No arrebates nada —replica, frunciendo el ceño—. Es tuyo por derecho de nacimiento. Tus rebeldes pueden pertenecer también al clan si juran lealtad, por supuesto.

—¿Así de fácil? —pregunto con ironía—. ¿No hay castigo?

—¿Crees que castigaría a mi propio hijo? —pregunta con pesar—. ¿A los hombres que defiende con uñas y dientes? Eso me deja saber que han sido tu familia cuando yo no he podido estar a tu lado, por ello siempre tendrán mi gratitud.

—No voy a ser capaz —susurro, comenzando a comprender que mi vida ha cambiado para siempre—. No soy nadie...

—Eres Broderick MacNeil, mi hijo —sentencia—. Jamás vuelvas a decir algo semejante en mi presencia.

Se acerca y frunzo el ceño, cuando su mano se alza para tocar mi rostro, me tensó, no estoy acostumbrado a que nadie me toque, solo dos personas lo han hecho, Jaelyn y Violet, aun así, no se lo niego y, por primera vez desde que tengo memoria, sé lo que es sentirse querido, pertenecer a una familia, a un lugar.

—Mi amado hijo. —Ahora ya no contiene la emoción y puedo darme cuenta de lo que ha debido sufrir por mi ausencia—. Ojalá tu madre hubiera vivido lo suficiente como para ver este milagro. Le prometí que no descansaría hasta traerte de nuevo a casa, y lo he logrado.

Mi madre...

La mujer que me dio la vida y de la cual no tengo recuerdos. Ni un rostro, ni un aroma, ni una

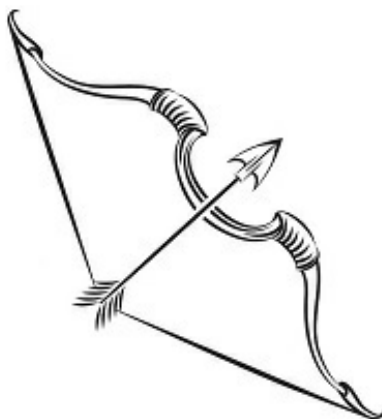
caricia. Ahora sé que el destino me ha negado la oportunidad de conocerla, y duele, ¿cómo es posible sentir dolor por la pérdida de alguien a quien no recuerdas?

—Tenemos tanto que contarnos —sigue diciendo emocionado, con un brillo renovado en sus ojos—. Debes explicarme dónde has estado, quién te arrancó de mi lado, y lo más importante, cómo has vivido estos años.

Asiento sin mucho entusiasmo porque no me gusta hablar de mi infancia. Tampoco tengo respuesta para su pregunta respecto a quién me secuestró ni el porqué. Un tenso silencio nos envuelve, miro hacia la ventana sintiendo que al entrar por ella he perdido la libertad que tanto he disfrutado.

En un solo día he perdido al amor de mi vida y mi presente, veremos qué nos depara el futuro...

Ahora que sí tengo algo que ofrecerle, ella ya no está a mi alcance.



CAPÍTULO VIII

Jaelyn MacLean
Dos años después...

Jamás pensé que volvería a Kisimul viuda, y para acudir al llamado de mi amado tío, solo espero no llegar demasiado tarde. En su carta me pedía que volviera a mi hogar, deseaba verme una última vez antes de morir. Saber que el hombre que me crio después de perder a mis padres también va a dejarme no es fácil de aceptar.

Varios hombres de mi esposo me acompañan, aunque soy solo la viuda del viejo MacLean y que no le he podido dar un heredero, me son leales, a pesar de las órdenes de su nuevo *laird*.

Ver las tierras que me vieron crecer y el castillo al fondo me emociona. Algo que intento esconder, ya que llevo dos años de práctica. Fue algo que aprendí en cuanto puse un pie en el castillo de los MacLean, una de las primeras enseñanzas del hijo bastardo que no sabía que había engendrado en su juventud mi esposo, el cual ahora ocupa el lugar de su padre.

—Mi señora —llama el hombre de confianza de mi difunto marido—. Hemos llegado. ¿Está segura?

—Sí —asiento—. Kisimul siempre ha sido mi hogar, es hora de que regrese. No debéis temer por mí, regresad al vuestro.

—No hasta que la dejemos en presencia del *laird* —niega con cabezonería.

Pasamos el puente levadizo y la gente comienza a detenerse a nuestro paso murmurando. No pierdo la sonrisa, y cuando me reconocen, los saludos y vítores no se hacen esperar.

—¡Lady Jaelyn! —exclaman a mi paso—. Ha regresado...

Me ayudan a desmontar y suspiro aliviada al poder al fin estirar las piernas, ya no acostumbro a montar y la espalda me está matando de dolor. Intento alisar mi falda y, al alzar la vista, un gemido escapa de mis temblorosos labios al observar al hombre que tengo frente a mí, y al que pensaba que nunca iba a volver a ver.

—Bienvenida a Kisimul, *lady* MacLean —dice con ironía—. Mi padre la espera...

—Sombra —exclamo—. ¿Tu padre...? ¿Qué está pasando aquí?

—Ha pasado demasiado tiempo alejada —se alza de hombros—. No vuelvas a llamarme así —ordena, bajando las escaleras, los hombres MacLean desenvainan sus espadas—. Ahora soy Broderick MacNeil. Diles que guarden sus armas —espetea entre dientes.

—¿Qué locura es esta? —exclamo enfurecida—. ¿Has engañado a mi tío haciéndote pasar por

su hijo perdido? Ahora mismo voy a hablar con él, se te va a acabar la farsa. ¿En qué pensaba Donald permitiendo semejante desatino?

—Lo harás en cuanto les expliques a los MacLean que no hay nada por lo que deban protegerte —me detiene—. Hazlo o no regresarán con vida.

—Guardad las espadas —ordeno sin dejar de mirar a mi enemigo a sus ojos—. Entrad para alimentaros y poder regresar a vuestro hogar con energías renovadas.

Entro al castillo apresurada, esperando encontrar a mi primo para decirle lo estúpido que ha sido permitiendo que Sombra se hiciera pasar por quien no es. Escucho los pasos de mi antiguo amigo tras de mí, no puedo evitar sonreír al verle tan preocupado ante mi llegada.

—Ni se te ocurra molestar a mi padre en su lecho de muerte —sisea—. No soy ningún farsante.

—Puedes engañar a quien quieras menos a mí —rebato sin dejar de caminar—. Hemos crecido juntos, maldito mentiroso, y jamás me dijiste nada.

—Porque no lo sabía, maldita sea —exclama—. Él vio mi marca y...

—¿Cuándo y por qué? —interrumpo sin creerme una sola palabra, deteniendo mi búsqueda para volverme a mirarlo.

—Eso a ti no te importa —espeto, cruzándose de brazos—. Ve a verlo antes de que sea demasiado tarde, te está esperando.

Sé que tiene razón, y no podría perdonarme que mi tío muriera sin que yo pudiera despedirme por culpa de Sombra. Corro a su alcoba y, al entrar, me sorprende al ver al hombre que recuerdo convertido en una sombra de lo que fue.

—Jaelyn... —susurra, alzando su mano con esfuerzo, corro a su lado sollozando.

—Tío —beso su mano con fervor—. ¿Por qué no me has avisado antes?

—No había nada que decir, niña —sentencia con esfuerzo—. ¿Qué podrías hacer tú?

—Estar a tu lado —rebato—. Cuidarte...

—Ahora estás aquí —sonríe—. ¿Has visto a...?

Asiento porque puedo darme cuenta de que le cuesta mucho hablar.

—Lo encontré la primera noche de tu partida —cuenta embelesado—. En tu alcoba, ¿por qué nunca me dijiste nada?

Agacho la mirada avergonzada porque no estoy segura de a lo que se refiere. Espero que el miserable de Sombra no le haya dicho nuestro único encuentro, porque si no, yo misma lo mataré.

—Broderick me dijo que fuisteis muy amigos —explica, suspiro aliviada—. Ahora entiendo por qué pareciste encajar de inmediato en Kisimul.

—Sí —asiento sin querer entrar en detalles—. Su supuesto hijo fue un amigo de mi infancia.

—Niña —ríe con cariño—. No quiero que dudes de que es mi hijo. Yo mismo lo reconocí en cuanto lo vi, lo que no logro comprender es cómo nunca lo vi por estas tierras.

—Sabe esconderse —me encojo de hombros—. ¿Cómo se tomó Donald la llegada de su hermano? —pregunto, intentando comprender lo sucedido en estos años de ausencia.

—No muy bien —reconoce dolido—. Tuvo tus mismos celos, y, aún ahora, no es capaz de aceptarlo.

—Lógico —rebato—. Le criaste para ser tu sucesor, tío.

—Broderick es mi primogénito —gruñe—. Es su derecho de nacimiento. Donald deberá aceptar mi decisión, puede que le lleve tiempo, y rezo porque así sea.

—Eso espero, tío —sonríe para no preocuparlo, aunque temo, conociendo a mi primo, que eso jamás llegue a suceder—. Debes resistir —le suplico.

—Ya he hecho todo lo que debía hacer, niña mía —suspira sin perder la sonrisa—. Encontré a mi hijo, regresó a su hogar. —Una lágrima fluye de su ojo—. Se lo prometí a mi esposa, ahora puedo marchar tranquilo.

Asiento porque no sé qué más decir. La muerte no se puede evitar, y es obvio que a mi amado tío le ha llegado su hora. Odio no haber pasado sus últimos años a su lado, disfrutar de su compañía y enseñanzas, otra cosa que Sombra me arrebató.

—Tú debes regresar también —me ordena con firmeza—. Tu lugar es en Kisimul. Nunca debí permitir que te marcharas...

—No hizo nada malo —le consuelo—. Mi esposo fue un gran hombre.

—Al que no amabas —interrumpe convencido—. Sabía que algo había ocurrido para que tu luz se hubiera apagado, tu fuego había desaparecido.

—Eso no es cierto —niego, intentando olvidar el pasado que sus palabras vuelven a traer al presente—. Simplemente crecí, por ello entendí que era mi obligación contribuir a mi clan, si mi casamiento hacía más poderosos a los MacNeil y MacLean, que así fuera.

—No era ese tu deber —niega con cabezonería—. Tu deber era ser feliz, formar una hermosa y gran familia tal y como les prometí a tus padres.

—No piense en eso —le pido al ver que cada vez se fatiga más—. Mi matrimonio fue bueno...

—Por ello voy a recompensarte, querida mía —sonríe al interrumpirme de nuevo—. Nada me hará más feliz que verte casada con Broderick.

Me levanto de mi asiento retrocediendo horrorizada, mirando al hombre moribundo como si hubiera perdido el juicio. Sin embargo, él no pierde la sonrisa, y cuando la puerta se abre para dar paso al susodicho, siento como si hubiera caído en una trampa que se cierne sobre mí sin poder hacer nada en absoluto.

—Por su palidez, imagino que ya le has dado la buena nueva —bromea Sombra, entrando a la alcoba como si todo a su alrededor le perteneciera, incluida yo—. ¿No estás feliz, Princesa?

—No me llames así —siseo, apretando con fuerza mis puños, controlando las ganas de golpearlo hasta borrarle esa maldita sonrisa de su rostro—. ¿También ha sido idea tuya? Porque mi tío siempre fue un hombre sensato...

—Y lo sigo siendo, niña —rebate, tosiendo. Corro a su lado para darle un poco de agua—. Quiero darte lo que te arrebaté años atrás.

—No me arrebató nada —susurro—. No me haga esto —suplico.

Él me mira frunciendo el ceño, imagino que esperaba que estuviera feliz ante mi posible boda con su hijo, pero me conoce bien y sabe que no es así con solo mirarme.

—No sé qué le has contado —acuso mientras miro al hombre que se mantiene apartado con ira apenas contenida—. Pero es una sucia mentira, tú y yo jamás tuvimos nada, Sombra.

—Niña —reprende mi tío—. No debes avergonzarte, no pienso juzgarte.

Muerta de vergüenza, vuelvo a preguntarme hasta qué punto sabe de mi relación con su hijo. Aun así, no pienso dar mi brazo a torcer, ni aunque me lo pida en su último aliento. Una vez ya me casé por obligación, sin amor, y aunque no ha sido un infierno, estoy cansada de vivir mi vida a medias.

—Pues lo hago —alzo el mentón mientras me pongo de pie de nuevo—. Lo que pasó en el pasado allí debe quedarse. No pienso volver a casarme y mucho menos con él —señalo a Sombra, que ha perdido la sonrisa—. ¿Dónde está tu adorada Violet? ¿Por qué no te has casado con ella?

—Eso no es de tu incumbencia —escupe—. Sigues siendo una muchacha inmadura y egoísta.

—¿Me hablas tú de egoísmo? —pregunto incrédula—. ¿Tú?

—Por favor —suplica el moribundo, llamando nuestra atención—. Siento ser el causante de esta discusión, aunque eso me ha dejado ver que aún existen sentimientos entre vosotros, mas no pienso volver a obligar a la niña a que acepte a un hombre por esposo.

—¡Padre! —exclama—. Pero...

—No —sentencia con firmeza—. Deberás ganártela, muchacho.

—Además, querido primo —replico con sorna—. ¿Cómo has podido pensar siquiera en que podríamos casarnos? Somos familia —niego como si estuviera amonestando a un niño rebelde.

Su mirada acerada me deja saber que no está de humor para mi sarcasmo. No podría importarme menos, al mirarlo con detenimiento, me doy cuenta de que en dos años parece haber cambiado mucho. Ya no es aquel muchacho, ahora es un hombre, a pesar de su juventud, ha engordado y su espalda y brazos, que siempre han sido grandes, están más fuertes.

Su rostro ya ha perdido los rasgos más juveniles y lo compruebo en su mandíbula cuadrada con algo de barba, en que sus ojos ahora están más oscurecidos, aunque la seguridad en sí mismo sigue intacta.

—No juegues conmigo, Princesa —espeta de forma despectiva—. No ganarás.

—No estés tan seguro —replico, alzando el mentón con orgullo—. Lo hice una vez, ¿no? —pregunto sin importarme que mi tío esté presente—. Si me disculpáis, me gustaría darme un baño —me giro para ver al hombre postrado en su lecho—. Luego vendré a darle la cena, tío.

Salgo de la alcoba pasando muy cerca del que fue mi mejor amigo, una vez en el pasillo, debo recostarme contra la pared e intentar que mi corazón deje de latir con tanta fuerza en mi pecho. Creía que ya era inmune a su presencia, pero me doy cuenta de que sigo siendo la misma estúpida, sin embargo, debo seguir demostrando lo poco que me importa, de nada me sirvió en el pasado arrastrarme como un perro, algo que no pienso volver a hacer jamás.

Cuando recupero el control de mí misma, bajo las escaleras en busca de una criada que me indique cuál es mi aposento, y al darme cuenta de que es el mismo que ocupé por años, de nuevo siento que voy a desfallecer, es como retroceder en el tiempo, ya que todo está tal cual lo dejé al marcharme.

—El *laird* no permite a nadie que entre aquí —susurra la criada—. No se ha tocado nada, salvo para limpiar.

—¿Mi tío ha hecho eso? —pregunto extrañada...

—Su tío no —niega ceñuda—. Su hijo.

«¿Sombra no ha permitido a nadie cambiar nada de esta estancia?», pienso sin poder creerlo.

—Me gustaría darme un baño —pido, todavía intentando asimilar lo que acabo de descubrir—. Y que los hombres de mi esposo coman algo para poder partir descansados, por favor.

—Por supuesto, mi señora. —Se marcha para cumplir con lo ordenado mientras yo recorro la habitación, tratando de olvidar cualquier momento vivido entre estas cuatro paredes.

No soy capaz y comienzo a recordar todo aquello que he luchado por olvidar durante dos años. Si cierro los ojos, soy capaz de escuchar las risas a escondidas, las confidencias, luego solo el llanto.

Vuelvo a la realidad cuando las criadas entran para empezar a llenar la tina, una vez han terminado, se marchan y comienzo a desnudarme, suelto mi cabello y me meto en el agua caliente, suspirando al poder quitarme el polvo del camino. Comienzo a lavar mi cabello, por lo que no escucho como se abre la puerta, hasta que le veo delante de mí, grito intentando cubrir mi desnudez.

—Sal de aquí, maldito bastardo —le grito histérica—. ¿Se puede saber quién demonios te ha dado permiso para entrar? —exijo respuesta ante su silencio.

—Ahora te encuentras en mis dominios, Princesa —replica sonriente, sin perder la calma—. No puedes echarme de ningún lugar. Ahora eres tú la que no estás en igualdad de condiciones.

—Que hayas engañado a mi tío no te hace mejor que yo. Soy sobrina y esposa de *laird* —le grito, levantándome sin importarme mi desnudez—. Que te creas el señor de los MacNeil no significa que lo seas —escupo—. Ese puesto le pertenece a Donald.

Reacciono ante su intensa mirada, que parece tener el poder de hacerme sentir como si sus manos estuvieran acariciando mi cuerpo. Mis manos cubren mis pechos y salgo con rapidez buscando algo con lo que taparme, intentando no mostrar lo vulnerable que me siento en su presencia.

Me cubro y me quedo inmóvil al sentirlo tras de mí, su pesada respiración muy cerca de mi oído, contengo el aliento a la espera de su siguiente paso, porque si me pone una sola mano encima, va a conocer a la nueva Jaelyn.

—No hace falta que escondas tu desnudez —susurra—. Ya lo he visto todo, ¿recuerdas?

Me giro con rapidez y mi mano impacta contra su rostro, este gira por la fuerza del golpe, en otro tiempo, me hubiera sentido mal por utilizar la violencia contra él, hoy no siento nada.

—Sabía que eras un hijo de perra —siseo—. Y veo que con los años no has cambiado.

La ira brilla en sus ojos cuando nuestras miradas se encuentran, por un momento, creo que ha cambiado tanto como para levantar su mano contra mí. Me coge del antebrazo para acercarme tanto a su cuerpo que nuestros pechos se chocan de golpe, odio que mis pezones reaccionen a su tacto, y por su sonrisa, me deja saber que lo ha notado y se siente muy ufano por el hecho de que no sea capaz de controlar mis reacciones.

—No vuelvas a golpearme, Jaelyn —sisea—. No creas que por nuestra estúpida amistad infantil te voy a dar algún trato de favor. Si fueras otra, te habría devuelto el golpe.

—Hazlo —replico con valentía—. Recuerda quién me enseñó a devolver los golpes...

—Parece que los años en los que has sido la señora de los MacLean no te han enseñado nada —se burla—. Te comportas como una vulgar tabernera.

—Imagino que sobre eso sabes mucho —le sigo la corriente—. ¿Verdad, Sombra?

—Me llamo Broderick —sisea—. Harías bien en recordarlo.

—No te tengo miedo —escupo—. Ahora que estoy aquí, no creas que te vas a salir con la tuya. Ayudaré a Donald a recuperar lo que le pertenece y a devolverte al agujero del que nunca debiste salir.

—Cuida tu lengua —amenaza, enfureciéndose de nuevo—. Ahora soy tu *laird*, y mi palabra es ley.

—Nunca lo serás —espeto con rabia—. Jamás voy a ser leal a un perro traidor como tú.

Su mano se alza, pero se detiene antes de golpearme. Dejo de respirar esperando el golpe, no cierro los ojos porque me niego a que se dé cuenta de que, por primera vez desde que le conozco, temo por mí.



CAPÍTULO IX

Broderick MacNeil

Me detengo al darme cuenta de lo que estoy a punto de hacer. «¿En qué demonios estaba pensando?», maldigo para mis adentros horrorizado conmigo mismo. He estado a punto de golpear a Jaelyn. Volver a verla ha sido un mazazo para el que no estaba preparado, a pesar de saber de su llegada, al fin y al cabo, era la última voluntad de mi padre. El hombre que me buscó durante años y que desde hace dos me ha enseñado todo lo necesario para seguir su camino.

Me odio porque la conozco bien, está asustada, he conseguido que dude de mí. Han tenido que pasar diez años para que Jaelyn me tema. Otra pregunta llega a mi cabeza, ¿qué ha podido vivir en estos años de ausencia para que se haya vuelto tan asustadiza?

—Si osas dejar que baje esa mano —la escucho sisear cuando se repone de la primera impresión—, acaba conmigo primero, porque si no, te mataré.

Mi mano baja lentamente hasta que la escondo tras mi espalda apretada en un puño. La observo atentamente, ahora el miedo ya no existe, en sus ojos veo el desprecio, y también la decepción.

Salgo de la alcoba raudo, muerto de vergüenza, y no me detengo hasta encerrarme en la mía. Por primera vez en dos años, vuelvo a sentirme enjaulado de nuevo, y mientras soy incapaz de permanecer quieto, retrocedo en el tiempo, a aquel día en que mi padre anunció mi regreso y la conmoción que ello causó.

—Pasa, hijo —dice el laird MacNeil—. Quiero hablar contigo.

No alzo la mirada, no me hace falta para ver que se trata de Donald. Mi hermano menor, un completo desconocido para mí, sin embargo, se supone que compartimos la misma sangre, y ahora estoy a punto de arrebatárle lo que cree suyo por derecho.

—Padre —saluda, aunque puedo sentir su mirada sobre mí—. ¿Qué sucede?

—He encontrado a tu hermano —responde tras un breve silencio—. Lo tienes frente a ti.

Alzo la mirada al fin cuando comienza a reír, y cuando nuestros ojos se encuentran, puedo ver la desconfianza.

—¿Es una broma, padre? —pregunta cuando se calma—. Primero permite que Jaelyn se case con un viejo, ¿y ahora esto?

Al escuchar ese nombre, me tenso, mi cuerpo reacciona aunque ella ya no está aquí. ¿Qué

pensaría de todo esto? ¿Por qué tuvo que suceder después de su partida? Demasiadas preguntas para las que no tengo respuestas.

—Deja a tu prima fuera de esto —ordena—. Sabes muy bien por qué lo hice. Tus sentimientos hacia ella ya no eran fraternales, no podía permitir semejante locura.

—No somos familia —gruñe—. No compartimos la misma sangre.

—La he criado como tal —brama, levantándose de su asiento—. No te he mandado llamar por ese motivo. Como te he dicho, tu hermano ha regresado, por ello, él será el próximo laird.

—¿Te has vuelto loco? —grita enfurecido—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tiene la misma marca de nacimiento que tú y que yo —sentencia—. Además, ¿crees que no soy capaz de reconocer a mi hijo mirándolo a los ojos?

—¿Cuántos años, padre? —pregunta entre dientes—. ¿Cuántos años han pasado desde que tu amado hijo fue secuestrado?

—Diecisiete —responde—. Pero incluso así sería capaz de reconocerlo entre cien personas. Broderick ha vuelto, y en vez de estar quejándote, deberías estar contento de poder recuperar el tiempo perdido con tu hermano.

—Puede que tú hayas sido tan estúpido como para creer que esta rata callejera es mi hermano —escupe, mirándome con odio—. Por mi parte, no pienso aceptarle jamás.

—Retírate —le ordena furioso—. No oses aparecer ante mí hasta que recobres el buen juicio.

Han pasado dos años y todavía seguimos siendo enemigos.

No me he molestado en intentar acercarme a él porque puedo entender su rechazo. Llego después de años de exilio para arrebatarle el puesto, con nuestro padre vivo todo se mantenía en relativa calma, cuando él ya no esté, Kisimul puede convertirse en un maldito infierno.

Y ahora Jaelyn ha llegado para quedarse. ¿Cómo se supone que debo convivir con ella con nuestro turbulento pasado? No puedo esconderme en mi alcoba, suspiro y salgo dispuesto a continuar con mis tareas cotidianas, con la mala suerte de encontrarme a mi hermano.

—Padre está muy nervioso —espeta en cuanto llega a mi lado—. ¿Qué has hecho ahora? —acusa.

—Nada —respondo, intentando pasar por su lado, ya que no estoy de humor para soportarlo, pero me detiene con fuerza e ira apenas contenida—. Suéltame —ordeno con frialdad.

—¿O qué? —me reta—. Acuérdate de mis palabras, hermano —escupe eso último con inquina—. Cuando padre muera, ya no habrá nadie que te crea, recuperaré mi lugar.

—Parece que hoy es el día de las amenazas —replico con sorna—. Te digo lo mismo que a Jaelyn, no juguéis conmigo —advierto, perdiendo la sonrisa—. No ganareis.

—¿Jaelyn está aquí? —pregunta, soltando su agarre impresionado—. ¿Dónde?

Puede ver lo que tanto temía nuestro padre. Donald está enamorado, o al menos cree estarlo, ya que dudo que sepa qué demonios es el amor. No me gusta y sé que causará más conflictos entre nosotros cuando se entere de la última voluntad del laird.

—En sus aposentos —respondo reacio—. No la molestes.

—No me des órdenes —grita empujándome—. Tu tiempo se acaba, usurpador.

Pasa por mi lado como un vendaval, compruebo que no me ha hecho caso y se dirige a la habitación de Jaelyn. Estoy tentado a seguirle, pero me urge más ver a mi padre y que él consiga darme la paz que siempre acaba escurriéndose entre mis dedos, como cuando intentas atrapar el agua del mar entre las manos.

Al entrar en su alcoba, como suponía, está muy agitado, sudoroso y parece que se encuentra mucho peor que antes de la llegada de Jaelyn, sabía que no debía permitirlo, pero ¿cómo negarle

algo en sus últimos momentos?

—Broderick —jadea al verme—, debes convencerla —apremia mientras me acerco a él con rapidez.

—No te preocupes —intento tranquilizarlo—. Debes respirar más despacio, padre.

—Cuando yo no esté, vas a necesitar apoyo —continúa angustiado—. Debes casarte con Jaelyn, debes enmendar lo que hiciste en el pasado.

—Puede que no haya nada que enmendar —respondo, apartando la mirada—. Ha pasado mucho tiempo, ninguno de los dos somos los mismos.

Cierra los ojos y, por un momento, temo que no los vuelva a abrir. Cojo su mano fría entre las mías, rezando para que se quede un poco más a mi lado, no por el miedo a una rebelión dentro del clan, sino porque me parece muy injusto perderlo cuando apenas nos hemos reencontrado.

—Ella no es la misma —susurra cansado—. Lo vi en sus ojos. Su luz se apagó por tu culpa —amonesta, abriendo sus cansados parpados una vez más—. Debes arreglarlo —ordena como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Cómo pretendes que la obligue a amarme? —le pregunto ofuscado—. Maté su amor hace años.

—La Jaelyn que yo crie no es tan simple —gruñe, mirándome enfadado—. Estoy seguro de que ella entrega su corazón una vez en la vida, te lo entregó a ti y se lo partiste en mil pedazos —amonesta—. Arréglalo.

No puedo evitar sonreír ante la situación, a pesar de saber que se está muriendo, su única preocupación somos los que quedamos atrás. En ocasiones, me reprocho a mí mismo haberle abierto mi corazón, durante los primeros meses me sentí tan perdido sin ella que incluso mi padre pudo darse cuenta.

—¿Y si no quiero? —pregunto—. ¿Si ella no quiere? Los amores de juventud son eso; fugaces, apasionados, aunque pocas veces son duraderos.

—¿Me estás diciendo que ya no sientes nada por ella? —pregunta, mirándome fijamente—. ¿Qué has sentido al verla? ¿Tu corazón golpea con la misma fuerza en el pecho cuando ves a esa amante tuya?

—No metas a Violet en esto, padre —recrimino—. Sé que no la aprecias, pero es alguien importante para mí.

—No eres capaz de ver que es una maldita serpiente venenosa —sisea—. Va a causarte problemas. Deberías haberle dado la espalda cuando descubriste quién eras, se comporta como si fuera la señora, y no lo será jamás. ¡Prométemelo! —inquieta, cogiendo mi mano con toda la fuerza de la que dispone.

¿Cómo hacerlo si lo he pensado más de una vez? Le debo mucho, siempre ha estado a mi lado demostrándome su lealtad, ha soportado mis noches de borrachera en las que lloraba por otra mujer, una que me despreció y que dejó que su orgullo nos separara para siempre.

—Broderick, no hagas que me arrepienta de mi decisión —dice con firmeza—. No la quiero como señora de Kisimul, ese puesto le pertenece a Jaelyn.

—Entonces debería haber hecho *laird* a Donald y haber dejado que se casaran —espeto furioso, si hay algo que odio es que me manipulen—. ¿Por qué no lo hizo? La excusa de que eran familia no me sirve, ya que quiere que yo sí lo haga.

—No la ama —sentencia sin lugar a dudas—. Cree que lo hace, mas Donald solo se ama a sí mismo. Es mi hijo y lo amo con todo mi corazón, pero al igual que conozco tus defectos y virtudes, también soy consciente de las de él.

—¿Qué se supone que debo hacer cuando ya no esté? —le pregunto, dejándole ver mi

verdadera preocupación ahora mismo—. ¿Por qué no lucha? No puede dejarme solo todavía...

—Estás más que preparado, muchacho —reprende con una triste sonrisa—. Mi tiempo ha llegado, y no deseo alargar más la agonía. Eres más joven que yo cuando comencé a dirigir el clan, pero lo harás bien, una vez aprendas en quien debes confiar y depositar tu lealtad.

—Mis amigos... —comienzo a decir, alza su mano para acallarme.

—No tengo nada en contra de esos muchachos —confiesa—. Se han convertido en MacNeil, sin embargo, esa zorra que tienes por amante es otra cosa. No confíes en ella, hijo mío, puede que ahora sea como el agua mansa, en cuanto se vea amenazada por Jaelyn, te mostrará su verdadero rostro, y para entonces puede que sea demasiado tarde.

—Violet siempre ha sabido de su existencia —rebato sin querer creer que algo así sea posible, no por parte de la mujer que lleva muchos años a mi lado—. Puede que odie a Jaelyn, pero me ama demasiado como para traicionarme.

—¿No lo entiendes? —pregunta ofuscado de nuevo—. Tú no la amas a ella, los MacNeil solo amamos una vez en la vida, y tú morirás amando a Jaelyn.

Aprieto con fuerza mis puños temiendo que esa sea mi realidad. Nunca he querido profundizar demasiado en mis sentimientos por Violet, ciertamente, nunca me ha hecho sentir completo.

—Y cuando esa ramera tuya al fin lo comprenda —suspira—, todo será un caos. Recuerda que una mujer vengativa es peor que mil guerreros armados.

Me río porque no concibo ese comportamiento en Violet. Durante estos dos años, ha estado muy tranquila porque Jaelyn estaba lejos, ahora que ha vuelto, espero que no vuelvan los reclamos. La mirada de mi padre me hace guardar silencio comprendiendo que para él no es ningún motivo de risa, siempre he sido consciente de que no aprobaba mi relación con mi amante, pero de un tiempo a esta parte, no hace más que insistir, lo que me lleva a sospechar que pueda saber algo que yo desconozco.

—No te preocupes por nada —le pido, sintiéndome como un bastardo porque hay momentos en los que olvido lo grabe que está—. No va a pasar nada, no lo permitiré.

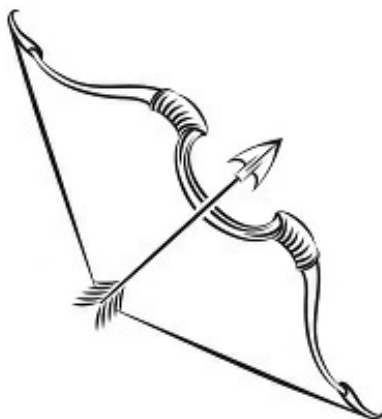
—Me temo que es algo que no podrás controlar —rebato, mirándome con pesar—. ¿Cuidarás de Jaelyn?

—Por supuesto —asiento—. ¿No la cuidé en el pasado?

—No lo hiciste muy bien —niega—. Rezo para que esta vez no cometas los mismos errores.

—Éramos demasiado jóvenes —replico, alzándome de hombros.

—Todavía lo sois —se lamenta—. Habéis tenido que crecer demasiado rápido.



CAPÍTULO X

Jaelyn MacLean

Cuando se marcha, me siento en el lecho porque parece que mis piernas no van a sostenerme. ¿Qué demonios ha sido eso? Dios santo, no llevo ni un día en Kisimul y todo está patas arriba. ¿Qué se supone que voy a hacer con Sombra aquí? Broderick...

Siempre fue una figura difusa para mí porque, cuando llegué al clan, él ya había desaparecido, y ahora parece que ha vuelto al lugar donde le pertenece, pero ¿realmente es así?

Me he sentido temblorosa, no por lo sucedido, sino por haber visto de nuevo a la persona que más daño me ha hecho en la vida. Además, ahora sé que debo convivir con él si no quiero volver con los MacLean, y eso no es una opción.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos, doy permiso creyendo que serán las criadas para recoger la tina, sin embargo, veo a Donald sonriente, grito de júbilo y me lanzo a sus brazos, que me reciben con gusto mientras me levantan en el aire, me carcajeo porque me recuerda tanto a mi infancia que no lo puedo evitar.

—Bienvenida al hogar, prima —susurra cuando me deja con cuidado en el suelo—. ¿Por qué nadie me ha informado de tu llegada? Me he tenido que enterar por el usurpador —escupe con odio, dejándome claro cómo están las cosas entre ellos.

—Recibí una carta de mi tío y no podía negarme a venir —explico emocionada—. ¿Por qué no me avisaste de su enfermedad?

—Bueno —comienza a decir algo avergonzado—, la última vez que nos vimos, no acabó demasiado bien, y nos despedimos enfadados, así que no sabía ni siquiera si leerías una misiva a mi nombre.

—Donald —me quejo—, éramos unos niños. Imagino que toda esa tontería de tu supuesto enamoramiento ya es historia —replico entre risas—. Debiste avisarme de todo lo que estaba ocurriendo —amonesto.

—¿Qué podías hacer tú ante las decisiones de mi padre? —cuestiona—. Ese malnacido le ha mentado y se ha ganado su confianza. Ahora es el *laird* de los MacNeil, y yo el hermano menor que debe conformarse con vivir bajo su sombra, siendo el segundo al mando —sisea.

—¿Y si realmente es él? —pregunto—. Tal vez tu padre no se haya equivocado, eso significaría que has recuperado a tu hermano, Donald.

—No —niega con firmeza—. ¿Quieres decirme que ese bastardo estuvo durante todos estos

años frente a las narices de padre? Tú mejor que nadie sabes que lo buscó hasta el cansancio...

—Sombra siempre ha sabido esconderse muy bien —argumento, ganándome una mirada de reprobación por su parte—. Si tiene la marca...

—Una maldita coincidencia —gruñe—. Siempre pensé que a mi hermano lo mataron la misma noche en que lo secuestraron. ¿Por qué arriesgarse a dejarlo con vida?

No vuelvo a replicar porque no tengo nada coherente que decir, la verdad es que todo es muy extraño, pero yo mejor que nadie sé lo bien que mi antiguo amigo sabía pasar desapercibido. Siempre pensé que era muy raro que un niño tan pequeño hubiera sido capaz de llegar a la isla de Barra, por lo tanto, debía ser de algún clan cercano, sin embargo, que fuera un MacNeil nunca pasó por mi mente.

—¿No dices nada? —cuestiona, frunciendo el ceño ante mi silencio, imagino que esperaba por mi parte un apoyo total—. ¿Por qué jamás revelaste su existencia? —reclama dolido.

—Era mi amigo —respondo sin dudar—. Nunca le traicioné.

—¿Ni siquiera cuando te cambió por esa zorra de Violet? —pregunta con sorna.

Al escuchar ese nombre, me tensó, durante mucho tiempo la oí, puede que todavía lo haga. Ríe al darse cuenta de mi reacción, detesto ser tan transparente con mis sentimientos, a pesar de que durante estos años de ausencia he aprendido a esconderlos mucho mejor que en el pasado.

—No —alzo el mentón con orgullo—. Seguí mi propio camino —me alzo de hombros.

—Ya veo —asiente sin perder esa estúpida sonrisa que en el pasado me sacaba de quicio, y ahora sigue haciéndolo—. Entonces, saber que sigue siendo su amante no debe importarte, ¿verdad?

¿Lo hace?

Por desgracia sí. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? Durante mucho tiempo, esa fue una pregunta que me atormentó muchísimo, finalmente, llegué a la conclusión de que debía amarla, ahora sé que sigue haciéndolo.

—No veo el motivo —miento, intentando que mi voz temblorosa no me delate—. Si no tienes nada más que decirme, me gustaría terminar de arreglarme.

—Siempre tan correcta —continúa burlándose—. Me alegro de que hayas vuelto, Jaelyn. Jamás debiste haberte ido.

Sale de mi alcoba y me doy cuenta de que todo lo que me ha dicho me ha afectado. He sido una ilusa al creer que Sombra y todo lo que representa había quedado en el pasado, lo que no sabía es que iba a estar más presente que nunca.

No estoy segura del tiempo que transcurre mientras intento armarme de valor para salir de mi habitación y enfrentarme de nuevo a Broderick, es extraño llamarlo por su nombre, cuando fui yo misma quien lo bautizó como Sombra cuando todos los demás le llamaban Lobo.

He permitido durante mucho tiempo que el miedo me paralice y no voy a consentirle que tenga más poder sobre mí. Salgo decidida a la espera de encontrarme de nuevo con el nuevo señor del castillo, suspiro aliviada al ver que no está. ¿Qué debería hacer ahora? No quiero agotar a mi tío, ni molestarlo con mis problemas, tampoco darle disgustos y, con toda seguridad, eso es lo único que haré si vuelve a sacar el tema de su hijo perdido.

Al descender las escaleras, me encuentro con varios hombres que no sé quiénes son. Todos guardan silencio en cuanto me ven, frunzo el ceño porque me parece de muy mala educación que me observen con tanto descaro.

—¿Quiénes sois? —pregunto algo molesta—. No sois MacNeil —digo convencida, ya que jamás los vi antes de mi partida.

—Lady Jaelyn —responde uno de ellos—, en su ausencia ha habido algunos cambios, y el

laird MacNeil nos permitió unirnos a su clan.

Abro los ojos asombrada al comprender que deben ser los amigos y compinches de Sombra. ¿Cómo ha permitido mi tío tal desatino? Los observo dándome cuenta de que los cuatro son muy diferentes entre sí, lo que me deja claro que no son familia.

—Imagino que os referís al nuevo —digo mientras termino de descender las escaleras—. ¿Puedo saber vuestros nombres, ya que conocéis el mío? —pregunto por cortesía.

—Por supuesto —asiente el que ha hablado—. Mi nombre es Broke —se presenta—. Estos son Andrew, Arthur y Jules.

—Encantada —asiento en reconocimiento—. ¿Necesitáis algo?

—Ellos me esperan a mí —la voz profunda de Broderick me sobresalta—. No te tomes atribuciones que no te corresponden, Jaelyn —amonesta, posicionándose a mi lado—. Ya no eres la señora de Kisimul...

—Entonces deberías buscar quien se encargue, ¿no crees? —replico con suficiencia—. ¿No tengo permiso para hablar con quien me plazca?

—Con mis hombres, no —sentencia—. No intentes utilizar tus mañas para obtener información.

Comienzo a reír por lo absurdo de la situación que estamos viviendo. No estaba haciendo nada malo y, sin embargo, parece que no se me permite hablar con los nuevos MacNeil.

—¿Me ves como una amenaza, Sombra? —lo llamo como siempre lo he hecho, llamarlo por su nombre significaría que acepto quien dice ser, y eso todavía está por ver—. Solo estaba siendo cortes.

—Sé qué tipo de cortesía muestras cuando desees algo, bruja —sisea—. Ve a tu alcoba o a hacer compañía a mi padre, pero no quiero verte más de lo necesario.

—Tú no me das órdenes —replico furiosa—. No soy una prisionera en Kisimul, no lo olvides.

—Tú serás lo que yo decida —ladra, acercándose a mí, sin embargo, una mano lo detiene.

—Broderick —advierte—, basta, *lady* MacLean solo estaba preguntando nuestros nombres.

—No tiene por qué —continúa diciendo mientras se suelta del agarre de Arthur—. Obedece —sisea.

—Jamás —respondo—. Lárgate a hacer lo que debas como supuesto *laird* —me burlo.

Escucho cómo maldice antes de cargarme sobre su hombro como un saco de patatas. Grito y pataleo mientras sube las escaleras de dos en dos como si tal cosa, puedo ver que sus amigos nos observan con distintos gestos en sus rostros, unos sorprendidos, otros risueños, y uno de ellos niega con desaprobación.

—Suéltame, maldito bastardo —le pido mientras golpeo su espalda con todas mis fuerzas—. Voy a matarte —gruño mientras muerdo su hombro, ganándome un fuerte azote que me hace jadear por la impresión más que por el dolor.

—Sigues siendo una fiera —se carcajea mientras abre la puerta de mi alcoba de una patada—. Vas a quedarte aquí para no causar problemas.

—¡No soy tu maldita prisionera! —le grito una vez me deja en el suelo, me tambaleo, por suerte, recupero de inmediato el equilibrio—. Si crees que vas a encerrarme como a un perro...

Me veo empujada contra la pared más cercana, con el cuerpo de Sombra contra el mío, dejándome sin habla y con el corazón desbocado. Nos retamos con la mirada, rezo para que no sea capaz de notar cómo tiemblo, y esta vez no es por miedo.

—No llevas ni un día en el castillo y no haces más que darme problemas —amonesta entre dientes mientras sus ojos se dirigen a mis labios, los cuales relamo, y me doy cuenta de cómo sus ojos grises se oscurecen hasta casi parecer negros como la noche sin luna—. Comportate como la

mujer adulta que se supone que eres. ¿Tu esposo no te enseñó nada?

Me tenso ante el recordatorio de mi matrimonio sin poder evitarlo. Él lo siente y frunce el ceño, mas no pienso abrir la boca para explicarle absolutamente nada al respecto, ya que es algo que pretendo olvidar.

—Aparta —espeto, revolviéndome, me detengo al sentir su dureza contra mí—. Me das asco.

—Recuerdo un tiempo en lo que asco era lo último que te producía, Princesa —se burla, bajando su rostro hasta casi rozar mis labios temblorosos—. Comprobemos una cosa...

Antes de darme cuenta, me está besando. Intento apartarlo, juro que lo hago, pero cuando su lengua encuentra la mía, me pierdo en un mar de sensaciones que creí que jamás volvería a experimentar, y a pesar del odio que pueda sentir por el hombre que me devora con pasión, le devuelvo el beso mientras mis manos, ahora libres, lejos de apartarlo, se pierden entre su cabello.

Gimo cuando sus manos se posan sobre mi trasero amasándolo con ansia, actúo por instinto y mis piernas rodean su cintura, como en una nebulosa, soy consciente de que nos movemos solo cuando mi cuerpo toca el lecho, me doy cuenta de lo que estamos a punto de hacer.

—Para —le ordeno jadeante mientras sus labios recorren mi cuello, descendiendo hasta el valle de mis senos—. Sombra, detente —vuelvo a insistir, con miedo a no ser capaz de hacerlo yo porque, a pesar de mis palabras, mis caderas buscan las de él para que su dureza golpee mi centro.

—Tú no quieres que pare —gruñe mientras alza la falda de mi vestido y se coloca entre mis piernas—. Deja de pensar, olvida que nos odiamos —suplica antes de adentrarse en mí de un golpe certero.

Grito por el placer mientras él gruñe contra mis pechos ahora expuestos. Su boca succiona uno de ellos haciéndome gemir, revolviéndome bajo su peso para que se mueva, me siento en llamas.

—Sombra —suplico, arañando sus hombros—. Por favor...

—No seas impaciente —amonesta, pasando a torturar mi otro pezón—. Tiene que durar...

Comienza a penetrarme con fuerza, con cada envite, solo lo siento más y más profundo en mi interior. Me aferro a su cuello mientras muerdo, succiono y beso. Mis gemidos se mezclan con los suyos, solo se escuchan nuestros cuerpos chocando entre sí, sollozo cuando el placer se hace insoportable, mi amante gruñe mi nombre antes de comenzar a moverse con más rapidez, hasta que, poco después, ambos alcanzamos el cielo, yo gritando su nombre, él susurrando el mío una y otra vez mientras siento cómo su simiente se derrama en mi interior.

Tiemblo y jadeo en busca de aire, mi corazón parece que va a estallar y siento como si mi cuerpo no fuera capaz de responderme. Sombra parece estar igual que yo, sudoroso y jadeante todavía en mi interior, ojalá pudiera detenerse el tiempo en este instante.

—¡Maldita sea! —espeto, saliendo de mi cuerpo y levantándose del lecho con rapidez dejándome fría—. ¿Qué demonios he hecho? ¿Ves lo que consigues?

—¿Perdón? —exclamo, incorporándome mientras me arreglo el vestido para cubrir mis pechos—. ¿Cómo te atreves? —exclamo.

—¿Era esto lo que querías? —sigue cuestionándome cada vez más furioso—. Dices que no quieres casarte conmigo, pero sí encamarte, ¿te has vuelto una zorra en estos años de ausencia?

Me levanto como un resorte para girarle la cara de un fuerte bofetón. Todo el deseo y placer que he sentido en sus brazos hace unos instantes se esfuma, dejando paso al rencor.

—Maldito cabrón —siseo, intentando ocultar el daño que sus palabras y hechos me están causando—. Sal de mi habitación.

—Esto ya lo vivimos una vez, Jaelyn —se burla—. Aunque debo decir que has mejorado bastante, quién iba a decir que el viejo con el que te casaste te enseñaría tan bien.

Me quedo helada mientras entre lágrimas contenidas observo cómo se marcha. Caigo de rodillas al suelo porque siento que mis piernas no me sostienen, vuelvo a sentirme sucia, vuelvo a ser aquella niña que llevo años intentando dejar atrás. ¿Cómo ha sido capaz de rebajar lo que acabamos de vivir de esa manera? Sé que no estoy loca, lo he visto en sus ojos, sentido en cada fibra de mi ser, Sombra me deseaba, era algo mucho más allá del placer físico.

Juré que nunca más iba a permitir que me destrozara, y no he cumplido esa promesa.



CAPÍTULO XI

Broderick

S algo de la alcoba como si el mismísimo demonio me estuviera persiguiendo, sintiéndome el peor de los hombres. Todavía puedo sentir sus arañazos, sus besos en mi cuello, su cuerpo rodeando el mío y, sin embargo, la he insultado de la peor manera posible.

El miedo ha tomado el control de mí, me aterra que ella vuelva a dominar mi vida, a hacerme sentir miserable con una sola palabra o acción. Ahora no soy aquel muchacho falto de cariño que permitió a una pequeña niña ser el pilar fundamental de su existencia. Fue una de las razones por las cuales luché con uñas y dientes contra los sentimientos, creyendo que con otra mujer podría borrarlos.

Salgo del castillo intentando conseguir la mayor distancia posible, sin darme cuenta, llego hasta la choza de Violet, una que yo mismo me molesté en ordenar construir no muy lejos. Al abrir la puerta, me doy cuenta de que he cometido un error, me mira curiosa, para después fruncir el ceño, me conoce muy bien.

—Cierra la puerta, Lobo. —Ella tampoco acostumbra a llamarme por mi maldito nombre.

Lo hago y me siento en su mesa mientras ella me sirve una bebida. Me imita y se sienta frente a mí, su mirada escrutadora comienza a ponerme muy nervioso, si lo sabe, parece importarle muy poco.

—Así que es verdad —sentencia, frunzo el ceño porque no sé de lo que me habla—. Ha vuelto y no has tardado ni un día en acostarte con ella.

—No sé en qué demonios te basas para... —comienzo a decir enfadado por tener que darle explicaciones, aunque muy en el fondo sé que se las debo.

—Tienes marcas en el cuello, los labios hinchados y estoy segura de que si miro tu espalda, encontraré arañazos —enumera con aparente calma—. Además, olvidas que conozco muy bien tu rostro después de alcanzar el éxtasis. ¿Me equivoco, Broderick?

—No necesito esto —gruño frustrado—. No necesito tus reclamos, Violet.

—Entonces, ¿debo soportar que te encames con otra? —pregunta cada vez más molesta—. ¿O solo con tu amada Jaelyn? —se burla—. Durante años he permanecido a tu lado, te he sido leal, ¿y me lo pagas así?

—No eres mi esposa, Violet —replico—. Sé mejor que nadie todo lo que hemos compartido, demonios.

—¿Hemos? —pregunta—. Hablas en pasado... —asiente, apartando su mirada—. Ahora

que ha vuelto ya no soy necesaria, ¿es eso? —cuestiona con una nota de dolor en su voz.

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho —reclamo levantándome—. Ni siquiera sé por qué he venido...

—¿No te das cuenta? —sigue interrogando—. Es a mí a quien buscas cuando te sientes acorralado, cuando tienes un problema, cuando necesitas consuelo.

—¿Y qué tiene de malo? —pregunto, alzándome de hombros—. No deberías sonar tan ofendida, eso significa que eres algo más que mi amante...

—Amante —sisea mientras también se levanta de su asiento—. ¿Cuántos años han pasado? Casi cinco, en los cuales he soportado tus lloriqueos de mocoso enamorado, penando por una cría que no era capaz de darte lo que necesitabas como hombre.

—Cállate —le grito furioso mientras me retrata como un hombre débil.

—¡No lo voy a hacer! —me grita de vuelta—. Ya que voy a ser relegada, que sea por buenos motivos, laird —se burla—. Tenía que soportar ver y escuchar su nombre entre gemidos cuando alcanzabas el clímax —escupe con resentimiento, intentando luchar contra el llanto—. Cuando se fue, creí que podríamos tener una oportunidad, pero resulta que el gran MacNeil encuentra a su hijo perdido —continúa mofándose—. Y ahora, cuando al fin podríamos casarnos, y ser la señora del castillo Kisimul, llega la maldita mocosa de nuevo —brama a punto de abalanzarse sobre mí—. ¿Crees que no sé que tu padre me detesta?

Observo a la mujer que tengo frente a mí sin reconocerla, por supuesto que sabía de su carácter fuerte y de su deseo de ser la señora de los MacNeil, ya que en muchas ocasiones, sobre todo después de saciar mi deseo, sus comentarios me lo dejaban muy claro. Sin embargo, todo ese odio, la amargura que incluso le transforma el rostro, que ha envejecido con los años, me recuerdan las palabras de mi padre. ¿Será posible que durante este tiempo me haya estado engañando? ¿Este es su verdadero ser? Me niego a creerlo, mas no encuentro otra explicación posible.

—Parece que el sentimiento es mutuo —es lo único que puedo decir—. ¿Te has guardado todo esto durante años?

—Por supuesto —se carcajea—. Al principio fuiste un pasatiempo más, un jovencito inexperto al que enseñar todo lo que me gusta en el lecho, después se convirtió en una competencia con esa maldita muchacha, pero al descubrir que eras el hijo perdido de MacNeil, pensé que esa era mi recompensa.

—¿Qué se supone que debo hacer contigo ahora? —le pregunto incrédulo—. No he venido con la intención de romper nuestra relación, Violet.

—¿Pretendías tenerme como amante una vez que te casaras con la princesa MacNeil? —pregunta mientras ríe—. Estoy harta, Lobo. En algún punto del camino, me enamoré de ti, y todo este resentimiento es el fruto de saberme no correspondida. ¿Serías capaz de darnos una oportunidad? Podríamos casarnos y...

—No —niego interrumpiéndola—. Ahora sé por qué jamás quise dar ese paso contigo, no por la oposición de mi padre, porque podría haberlo hecho antes de saber mi verdadera identidad, sino porque muy en el fondo siempre supe que tú y yo no éramos iguales, aunque te empeñabas en afirmar lo contrario.

—¿Te crees mejor que yo ahora que eres laird? —pregunta, acercándose a mí—. Eres escoria al igual que yo. ¿Qué diría tu gente si supiera que eras el líder de los rebeldes que tantas incursiones los asolaban en los duros días de invierno?

Reacciono con ira apenas contenida cogiéndola del cuello, me mira sin un atisbo de miedo. La alzo del suelo intentando controlarme para no acabar con su miserable existencia en estos

momentos.

—No sucedió como lo cuentas y lo sabes bien —siseo rabioso—. Solo robábamos para sobrevivir, y te recuerdo que gracias a mí comías tres veces al día, maldita desagradecida.

—Si eso te hace dormir mejor por las noches... —bufa, mirándome fijamente a los ojos—. A los chicos los hiciste de inmediato hombres MacNeil, sin embargo, lo único que yo obtuve fue esta casa y tener que aguantar murmuraciones de la gente.

La suelto antes de que cometa alguna locura y me alejo lo suficiente como para resistir la tentación de acabar lo que he empezado. No puedo creer que durante todo este tiempo haya estado alimentando ese odio contra mí. Debo tomar una decisión, una que no me acarree problemas en el futuro.

—Puedes quedarte aquí o marchar, es tu decisión —digo con frialdad—. Lo que hubiera entre nosotros se ha terminado, Violet.

—¿No me echas de tu clan? —pregunta sonriendo—. Que magnánimo eres, Lobo...

Que me llame por ese nombre me deja saber que no va a perdonarme ni mis faltas del pasado, ni lo sucedido hoy, ahora me doy cuenta de que el detonante ha sido la llegada de Jaelyn y mi desliz con ella. Violet nunca ha sido una mujer celosa, la única persona capaz de conseguir ese sentimiento es mi antigua amiga, siempre fue así y parece que no ha cambiado.

—Tú decides —me alzo de hombros—. No quiero problemas, Violet. Así que no los crees, mantén la boca cerrada, no me obligues a hacer lo que no deseo.

Salgo de la choza en la que tantas veces me he refugiado, escucho un bramido de ira y cómo se rompe algo en el interior, me detengo dudando en entrar de nuevo, mas no lo hago porque todo ha quedado dicho.

De regreso, me cruzo con Broke, quien no parece extrañado de encontrarme aquí.

—¿Suced algo? —pregunto deteniéndome.

—No —niega con tranquilidad—. Imaginé que vendrías y que tendrías problemas...

—¿Problemas? —bufo carcajeándome—. ¿Tú sabías algo? Violet me ha mostrado su verdadera cara, y el resentimiento le ha hecho escupir pestes por su boca.

—Sabías que era una mujer de carácter —replica sin extrañarse de lo que le acabo de decir—. ¿Qué esperabas, Broderick? Lleva contigo años, ¿de verdad jamás pensaste en ella como algo más que tu amante? —pregunta.

Lo pienso muy bien antes de responder.

—No —digo pensativo—. Puede que en alguna ocasión tuviera algún pensamiento fugaz al respecto, pero no. Ella mejor que nadie sabía que mi corazón pertenecía a Jaelyn —maldigo porque, a pesar de lo sucedido, perderla duele de algún modo.

—Entonces, tal vez nunca debiste comenzar nada con Violet —sentencia, mirando a lo lejos, a la cabaña de la que acabo de salir—. Voy a hablar con ella.

—Cuídala —le pido—. ¿Lo harás? —puede que me haya amenazado, insultado, aun así, es difícil perder las costumbres.

Asiente y se marcha, por mi parte, emprendo el regreso al castillo. Al entrar, todo está igual, sin embargo, para mí todo ha cambiado, con la llegada de Jaelyn, todo se ha ido al infierno en menos de un día.

Escucho un grito y corro escaleras arriba hasta la alcoba de mi padre, al cruzar la puerta, me encuentro a la causante de mis problemas arrodillada sobre el lecho mientras solloza. Me acerco y compruebo que al hombre que me dio la vida apenas le queda un halito de ella, sus ojos parecen reconocerme, en ellos solo veo una tranquilidad absoluta.

—¿Qué ha pasado? —susurro conmovido, su pecho manchado de sangre y sus labios me

dejan saber que es el final.

—Donald —jadea—. Donald...

—Ve a por mi hermano —ordeno a Jaelyn sin mirarla, como no se mueve, grito presa del miedo—. ¡Corre!

Reacciona y obedece sin rechistar, por mi parte, cojo la mano del hombre moribundo que tengo frente a mí intentando retenerle en este mundo por más tiempo. Durante meses, he sabido que se moría, ahora que ha llegado el momento, no me siento preparado para dejarlo marchar.

—Padre —mi voz tiembla, mis ojos se nublan—. Aguanta —apremio, pidiendo un imposible.

—Llegó mi hora —sentencia—. Me reúno con tu madre, mi amada Edith —la sonrisa que se dibuja en sus labios no consigue aligerar el dolor de mi corazón—. Cuida de Jaelyn y Donald, no importa lo difícil que te lo pongan.

Asiento porque llega mi hermano, quien al ver a nuestro padre en este estado estalla en llanto sin importarle que seamos testigos de su dolor. Nuestro progenitor le pide que no llore, que sea fuerte y se apoye en mí para sobrellevar la pérdida, aunque siento cómo su cuerpo se tensa a mi lado, solo asiente sabiendo que son sus últimas palabras.

—Jaelyn —llama a la pelinegra que se ha mantenido al margen, esta se acerca con rapidez—. Sé feliz, niña.

—Lo seré, tío. Gracias por haberme cuidado —responde llorando, mi padre no vuelve a hablar, cierra los ojos y, tras un breve suspiro, deja este mundo rodeado de su familia más cercana—. Descansa en paz, Archibald MacNeil —susurra, dándole un beso en la frente.

No soy capaz de moverme, es Jaelyn quien comienza a dar órdenes a las criadas para prepararlo todo. Donald, sentado al lado del cuerpo sin vida de nuestro padre, ni siquiera parpadea, y yo me siento de nuevo perdido, abandonado, con la carga añadida de que debo ocuparme de todo un clan.

—Debo anunciar su muerte —digo para mí mismo.

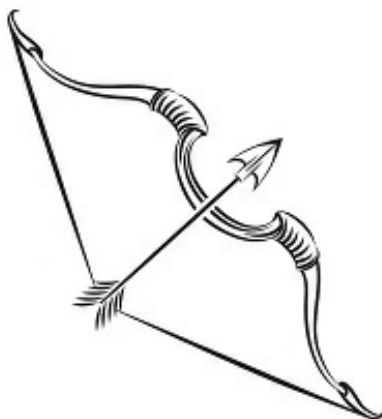
—Debes estar contento —replica Donald reaccionando, se levanta y me mira con ese odio desmedido que siempre me ha tenido—. ¿Qué se siente al haberse apoderado de algo que no te pertenece?

—Lo hace —respondo convencido—. Siento mucho que se te criara como mi sustituto, pero siempre supiste que tenías un hermano mayor —replico cansado—. Ahora no es el momento, Donald. No con el cuerpo presente de nuestro padre en ese lecho...

—¡No lo llares así! —grita a punto de abalanzarse sobre mí—. Él estaba bien hasta que tú llegaste a Kisimul. ¿Qué le hiciste?, ¿lo envenenaste?

—¿Te has vuelto loco? —cuestiono, comenzando a enfadarme—. Te recuerdo que ya soy laird, no me hacía falta matarlo.

—Lo eres —asiente con desprecio—. Veremos cuánto duras al mando... —es una amenaza que estoy seguro que no es una broma.



CAPÍTULO XII

Jaelyn

A pesar del dolor que siento, me hago cargo de todo como si todavía fuera la señora del castillo, ya que no veo que ninguno de los hijos de mi tío sean capaces de pensar en estos momentos, de modo que alguien debe hacerlo, y esa soy yo.

Comienzo a escuchar gritos y, horrorizada, subo las escaleras lo más rápido posible para encontrarme a los dos imbéciles golpeándose con saña. Me quedo inmóvil en la puerta sin poder creer que sean tan miserables como para pelear con el cuerpo de su padre enfriándose en el lecho, después, la furia se apodera de mí ante el poco respeto y tacto que están demostrando hacia uno de los mejores hombres que he conocido. Por ello, actúo sin pensar, guiada solo por la rabia, y me interpongo entre ambos, lanzo una patada en las partes nobles de Broderick, que le hace caer de rodillas, y cuando me giro para hacer lo mismo con Donald, recibo un puñetazo que me lanza al suelo desorientada y dolorida.

—¡Jaelyn! —escucho que brama el laird—. Huye, Donald, porque, después de esto, pienso matarte —sisea, levantándose del suelo.

—No quería pegarle a ella —se defiende—. Se ha metido en el medio, ¿por qué lo has hecho? —reclama furibundo.

Lo miro algo mareada, me duele mucho el pómulo izquierdo, sé que no está roto. Broderick me sostiene cuando me tambaleo, a pesar de que lo que más deseo ahora mismo es abalanzarme sobre el bastardo que tengo en frente de mí.

—Tu padre acaba de morir —gruño con ganas de sangre—. Ten un poco de respeto, mocoso.

—¿Mocoso? —cuestiona herido en su orgullo—. Soy mayor que tú, bruja entrometida.

—Lárgate, Donald —interviene Broderick—. Desaparece de mi vista hasta que esté lo suficientemente calmado como para no romperte el cuello.

—Vigila tu espalda desde este momento, hermano —escupe con burla—. Puede que sea yo quien acabe contigo.

Sale de la alcoba dejándome con la boca abierta por lo estúpido que puede llegar a ser. ¿Cómo se le ocurre amenazar tan abiertamente al laird? Por muy hermanos que sean, le está dando motivos a Broderick para poder desterrarlo.

—¿Estás bien? —pregunta con evidente preocupación en su voz—. Salgamos de aquí.

Me coge entre sus brazos y, por extraño que parezca, no replico, no peleo contra él. Seguramente, por el maldito golpe que acabo de recibir que aún me tiene desubicada. Con suma delicadeza, me deja en mi lecho, donde hace unas horas me ha poseído dejando que la pasión que siempre ha existido entre nosotros nos dominara de nuevo. Parece que recuerda lo mismo que yo, porque da varios pasos hacia atrás esquivando mi mirada. Me reiría si no me doliera tanto el rostro, ¿Broderick siendo tímido?

—No deberías haber hecho eso —regaña—. ¿Crees que no puedo defenderme?

—Por mí puedes irte al infierno —replico—. Pero no delante del cuerpo de mi tío, el cual hace menos de una hora acaba de fallecer, bruto insensible.

—Te saldrá un morado —dice acusatoriamente—. ¿Qué va a pensar la gente?

—¿Que el gran laird tiene la mano larga? —bromeo para ver cómo sus ojos se oscurecen, me encanta saber que todavía puedo enfurecerlo con tanta rapidez.

—No me gustan tus estupideces, Jaelyn —rebate, cruzándose de brazos—. Tengo muchos problemas, no te conviertas en uno más de ellos.

—Mantente fuera de mi camino y nos llevaremos bien —me alzo de hombros, sintiéndome menos mareada, me levanto porque odio sentir que no estoy en igualdad de condiciones con este hombre—. ¿Crees que podrás hacerlo? —cuestiono con sorna.

—¿Y tú? —devuelve sonriendo—. Te recuerdo que te has abierto de piernas para mí hace solo unas horas...

Siseo con ganas de volver a golpearle, me contengo a pesar de desear con todas mis fuerzas borrarle esa maldita sonrisa de suficiencia de su hermoso rostro.

—Algo que no volverá a ocurrir —le digo con aparente indiferencia—. Tendrás que conformarte con tu adorada Violet.

—¿Quieres apostar? —pregunta, acercándose a mí con paso lento, como un animal que acecha a su presa, buscando el mejor momento para abalanzarse y dar el golpe mortal—. Puedo tumbarte de espaldas ahora mismo hasta hacerte gemir de nuevo mi nombre.

—Vete al infierno, maldito bastardo —grüño, temblando de furia—. Si vuelves a ponerme un solo dedo encima, pienso cortarte eso que cuelga entre tus piernas.

Se carcajea mientras se dirige hacia la puerta como si no acabara de amenazar su integridad física.

—¿Con qué te haría gritar de placer entonces? —pregunta antes de marcharse y dejarme con la palabra en la boca.

—Maldito gusano —siseo con ganas de matarlo. ¿Cómo se supone que debo convivir con él bajo el mismo techo.

Ahora que estoy sola, todo lo sucedido me golpea con fuerza. En menos de un día, he descubierto que Sombra, mi amigo de la infancia, y el único hombre que he amado, en realidad es Broderick MacNeil. Llego a Kisimul y lo encuentro convertido el laird, mi amado tío acaba de morir y sospecho que el clan va a sumirse en una maldita guerra interna, porque Donald tendrá apoyos entre su gente.

Sin embargo, todo eso debe esperar porque Archibald MacNeil se merece ser velado y enterrado como corresponde. Voy a echarle muchísimo de menos, los dos años en los que no vine a visitarlo me pesan ahora más que nunca, perdí un tiempo valioso que no he podido recuperar. Al menos, he podido despedirme de él en condiciones, una lágrima solitaria resbala por mi mejilla golpeada al recordar sus palabras.

Después de lo sucedido con Sombra y de la conversación con Donald, siento que debo

hablar con mi tío, aunque lo último que deseo es perturbar sus últimos momentos. Abro la puerta y lo encuentro dormido, al menos, me lo parece en un primer momento, hasta que abre sus cansados párpados y me mira con una tenue sonrisa.

—Me preguntaba dónde estarías, muchacha —dice con dificultad—. Acércate para que este pobre viejo moribundo pueda verte bien.

Obedezco de inmediato y me siento en el lecho con mucho cuidado de no incomodarlo. ¿Es posible que esté más pálido que antes? Sus labios de un color morado, su respiración trabajosa. Cojo su mano, la cual parece pertenecer a un cadáver, huesuda y fría como la misma muerte, aprieto con fuerza para dejarle saber que estoy a su lado y no pienso volver a marcharme.

—Estoy aquí, tío —le digo con dulzura—. ¿Cómo se encuentra?

—Me estoy muriendo, niña —bromea—. ¿Cómo crees que me encuentro? No debes preocuparte por mí, no tengo miedo a la muerte.

—No hable así —demando asustada—. Puede reponerse... —guardo silencio cuando lo veo negar con la cabeza, y me doy cuenta del imposible que acabo de decir.

—Ambos sabemos que no —dice—. Tengo que pedirte un favor —sus ojos me buscan desesperados cuando intento rehuir su mirada porque temo lo que vaya a decir, me aterra no ser capaz de cumplirlo—. Cuando yo ya no esté, sé que Donald va a iniciar una rebelión que puede acabar con nuestro clan, debes impedir ese hecho.

Le miro preocupada, sin saber qué replicar ante su certeza.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto sin comprender—. Haga usted algo antes de marchar —le apremio—. No puede estar seguro de lo que afirma. Puede que Donald sienta resentimiento por Broderick, pero...

—Le odia —interrumpe con firmeza—. No he conseguido que se comporten como los hermanos que son, y temo que mi hijo menor siempre discorde entre nuestra gente. Sé que Broderick puede defenderse, pero si el clan se divide, será el fin.

Sus palabras son muy ciertas, y yo mejor que nadie lo sé. Cuando mi anciano esposo murió, su hermano debió ser laird, sin embargo, el hijastro del difunto consiguió el suficiente apoyo como para que un grupo de hombres se revelara acabando con la vida de mi cuñado. Los MacLean ya no son liderados por el hombre justo y leal con el que me casé, sino por el demonio de Brown.

—¿Qué desea que haga? —pregunto, asumiendo que más pronto que tarde tendré que cumplir con la misión que me encomiende—. ¿Hablar con Donald? Ya lo he hecho y he podido comprobar que no va a ser fácil que entre en razón.

—Que te cases con Broderick. —Jadeo ante su petición—. Una vez casados, no dudo que le darás un heredero pronto, de ese modo, él será más poderoso. Nadie podrá arrebatarte lo que le corresponde.

Me estremezco al pensarlo. La sola idea de unirme para siempre con el hombre que despierta en mí tantos sentimientos encontrados me aterra. Le odio por no elegirme, lo detesto porque, a pesar de todo, no he podido desterrar de mi corazón lo que viví con él, le temo porque es el único capaz de derribar mis barreras, así como de hacerme perder el control y olvidarme de mí misma con solo una caricia.

—No veo que eso fuera a solucionar nada —rebato—. Él puede casarse con cualquier mujer y tener hijos. ¿Cómo sabe que no los tiene ya? —pregunto, intentando ocultar el dolor que esa posibilidad me produce.

—No los tiene —responde con convicción—. ¿Los tiene? —me pregunta, dejándome desconcertada—. Con esa ramera con la que se encama no, creo que no puede o no desea tener

bastardos.

—No comprendo por qué me lo pregunta a mí —replico nerviosa—. Usted debe saberlo, yo hacía dos años que no lo veía.

—Me lo contó todo, ¿sabes? —Me tenso y él lo nota porque sonrío con cariño—. No pienso recriminarte nada, niña. Entonces, ¿vuestra noche juntos no tuvo frutos?

—¡Tío! —exclamo azorada—. Voy a matar a ese miserable —siseo levantándome—. No, no lo hizo —respondo sin mirarlo.

—¿Me estás mintiendo, niña? —cuestiona ceñudo mientras le observo de reojo. Detengo mis pasos, suspiro e intento que el recuerdo no me duela, algo que no he conseguido a pesar de que han pasado dos años desde aquella noche en la que casi pierdo la vida desangrada.

—Sí lo hubo —confieso al fin entre susurros—. Perdí al bebé cuando estaba de seis meses.

—Lo lamento —dice con pesar—. ¿Tu esposo qué dijo? Porque imagino que no era tonto...

—No —niego con una sonrisa triste—. No lo era. Nunca pudo dudar de su paternidad porque jamás consiguió compartir el lecho conmigo. Lo hubiera aceptado, ¿sabe?

—Era un buen hombre —asiente—. Imagino que pronto nos reuniremos.

Comienzo a llorar y vuelvo a su lado olvidando la vergüenza de saber que Broderick le contó todo lo sucedido entre nosotros. ¿Por qué contar nuestro desliz?

—Supongo que te estarás atormentando al pensar que sé todo tu pasado con mi hijo —habla cada vez con más y más dificultad—. Una noche, lo encontré borracho y le pregunté qué era lo que le atormentaba tanto, y me habló de una hermosa niña de pelo oscuro y ojos azules como un cielo de verano. De cómo se enamoró de ella y de cómo la había perdido, lloró como un niño al pensar que nunca te iba a volver a ver, y temía no conocer a un posible hijo engendrado en una única noche de pasión que no podía sacarse de su cabeza, a pesar de intentarlo con ganas.

—Imagino cómo lo intentaría —gruño, intentando no conmoverme por tamaña confesión—. Él eligió, tío. Ahora no puedes pedirme que lo acepte de nuevo, porque el amor puro que sentía por Broderick ya no existe, se entremezcla con el resentimiento, el dolor, la soledad...

—Piénsalo al menos —me pide—. Y cuida de él —suplica ahora, en sus ojos veo el tormento, está sufriendo y, aun así, alarga su agonía porque sabe que, cuando ya no esté, todo puede volverse una completa locura—. No dejes que esa zorra que tiene por amante le juegue una mala pasada.

—No debe preocuparse por eso —le pido, intentando que se tranquilice—. Descanse, me ocuparé de todo.

Sonríe más tranquilo, pero dura poco, comienza a toser, le incorporo para que pueda respirar porque parece que le cuesta hacerlo. Cuando la sangre comienza a manar de su boca, grito aterrada mientras siento cómo se ahoga, pido ayuda rezando para que alguien llegue de inmediato.

Al volver al presente, me doy cuenta de que sollozo sin control, sabiendo que no voy a cumplir la promesa. Sintiendo que voy a echar de menos sus sabios consejos, su infinita paciencia y su mirada dulce, esa con la que me recibió en su hogar tantos años atrás.



CAPÍTULO XIII

Broderick

—**M**aldita mujer —refunfuño—. Antes de que acabe el día, me habrá hecho perder la cordura.

Bajo las escaleras para comprobar que sus órdenes se estén siguiendo, después voy en busca de mis hombres de confianza, porque sospecho que mi hermano ha hecho lo mismo, y debemos estar preparados. Espero que al menos tenga la decencia de respetar el duelo por nuestro padre para comenzar una lucha encarnizada conmigo.

Maldigo a mi hermano por obligarme a actuar. Los golpes e insultos por su parte no duelen tanto como lo que sé que está dispuesto a hacer por derrocarme. Intento calmarme para actuar con la frialdad que sé que posee Donald, no pienso permitir que me arrebate lo que me pertenece, lo que mi padre quiso para mí.

Mis hombres saben que algo ha sucedido en cuanto me ven aparecer, detienen todo lo que están haciendo a la espera de que hable.

—Mi padre ha fallecido —les digo—. Todavía no he anunciado su muerte, aunque imagino que mi hermano ya lo habrá hecho, al menos, a los que les son leales.

Sé que todos sienten la pérdida, ya que si fueron acogidos en el clan fue gracias a mi progenitor. El silencio en señal de respeto me lo confirma, es su forma de dejarme claro que mi dolor es el suyo y que van a apoyarme en todo lo que esté por venir.

—Debes prepararte —replica Broke—. Tienes demasiados enemigos en estos momentos.

Asiento imaginando a quién se refiere. Cierro los ojos frustrado porque lo único que no necesito ahora mismo es una mujer despechada y celosa. Alejo a Violet de mi mente para hacer lo que debo hacer, mis amigos me acompañan, al llegar al patio, como suponía, todo el clan está reunido. Por sus rostros sombríos, sé con exactitud que la noticia de la muerte de mi padre ha corrido rauda entre la gente, aun así, debo anunciarla como es debido.

—Hoy el clan está de duelo —comienzo a decir—. Archibald MacNeil fue un gran *laird*, leal y siempre dispuesto a todo por proteger a su gente —guardo silencio para ver cómo todos asienten dándome la razón, incluso puedo ver a muchos llorando—. Mi padre me ha enseñado bien, juro proteger y ser leal a todos vosotros.

Vítores son lo que recibo por toda respuesta, solo un pequeño grupo se mantiene en silencio. Mi hermano entre ellos, como si fuera uno más, y la busco rezando para que no esté allí porque, inevitablemente, deseo, necesito, que esté aquí. Siento un movimiento a mi lado, miro de reojo

para comprobar que Jaelyn se acaba de posicionar a mi derecha, los cuchicheos no se hacen esperar y Donald nos lanza una mirada furiosa.

—¿Qué haces? —pregunto, intentando comprender cuál es su juego.

—Le hice una promesa al hombre que me acogió —responde sin mirarme—. Y pienso cumplirla, al menos, una parte de ella.

Me tenso porque sé qué parte es la que se niega a cumplir. El matrimonio conmigo le parece repulsivo, sin embargo, no parecía pensar lo mismo cuando la empalaba y gritaba de placer entre mis brazos. Estoy tentado a recordárselo, pero ahora no es el momento, no pienso manchar la memoria de mi padre de esta manera. Por ello, me contengo, aprieto los puños con fuerza e intento recuperar el autocontrol.

—El funeral será mañana —anuncio—. Hagamos que él esté orgulloso de su legado, de todos nosotros.

La gente comienza a dispersarse, mas no me muevo hasta que el último miembro despeja el patio, no quiero que nadie sea testigo de mi nuevo enfrentamiento con la princesita MacLean.

—Entra —le ordeno de malos modos, esperando que me siga—. ¡Jaelyn! —bramo cuando me doy cuenta de que no lo hace.

—No soy un perro —espeta—. Ni uno de tus hombres, así que no se te ocurra volver a hablarme de ese modo jamás, patán insufrible.

—No me provoques —le advierto mientras deshago mis pasos para volver a su lado—. ¿Cómo prefieres entrar? ¿Por tu propio pie, o como un fardo? —amenazo con una fría sonrisa.

Alza el mentón con orgullo y empieza a caminar sin esperarme, la sigo rechinando los dientes, pero no puedo evitar ser consciente de sus curvas mientras camina furiosa. Entramos al castillo, una vez en el pequeño salón donde solo la familia más allegada se reúne para las comidas, se detiene y me enfrenta en silencio, imagino que a la espera de que hable.

La noche está a punto de caer sobre nosotros, la primera que pase de nuevo bajo el mismo techo con ella, y sé que no va a ser fácil para mí.

—Necesito saber si vas a ponerme las cosas más difíciles o no —espeto, cruzándome de brazos.

—Debería —responde con ironía—. ¿Me tienes miedo, Sombra?

Odio que me llame de ese modo, y ella lo sabe demasiado bien. Me recuerda a aquel tiempo que compartimos juntos y que no podremos recuperar nunca más. Me hace sentir vulnerable, detesto saber lo equivocado que estuve, pero todavía aborrezco más los dos años que hemos pasado separados, imaginando todo lo que ella ha vivido con otro hombre que no he sido yo.

—No —respondo cuando me doy cuenta de que me he perdido en mis pensamientos—. ¿Vas a ser un problema, Jaelyn? —vuelvo a preguntar—. ¿Crees que vas a poder comportarte como una mujer adulta por una vez en tu vida?

Puedo ver que mis palabras la enfurecen, sus ojos refulgen, su cuerpo se tensa...

—Soy muy capaz, bastardo —gruñe—. Mantente alejado de mí y puede que vivamos en relativa armonía. Con suerte, podré volver a casarme y salir de aquí de nuevo...

No permito que termine de hablar, recorro la poca distancia que nos separa y cubro sus labios con mi mano, aunque querría hacerlo con los míos hasta hacerle suplicar por mí, sería demasiado fácil.

—Cállate la boca y deja de decir estupideces —espeto entre dientes—. Tú y yo sabemos que si vuelves a casarte, será conmigo. —Sus ojos se oscurecen—. Soy tu *laird*, y solo yo puedo conceder tu mano, ¿no lo habías pensado? —le pregunto con sorna.

Muerde mi mano con saña y la retiro de inmediato gruñendo por el pellizco de dolor. Me

observa como si quisiera arrancarme el pellejo, y debo contener una carcajada porque nunca la he visto más hermosa que ahora mismo, con todo ese fuego a punto de estallar en su interior.

—Nunca seré tu esposa —sentencia—. Dime, Broderick... —comienza a decir con rabia—. No fui buena en el pasado, pero ahora que necesitas el apoyo total del clan, sí lo soy. ¿Lo he entendido bien? ¿Qué pasa?, ¿no aceptarán a tu preciosa Violet? —se burla.

—Déjala fuera de esto, maldición —ordenó—. Esto siempre ha sido entre nosotros dos. ¿Por qué te empeñas en entrometerla entre nosotros?

—¿Nosotros? —pregunta incrédula—. ¿Cuándo hemos sido solo nosotros, Broderick? En cuanto la calentura comenzó a regir tu mente, me hiciste a un lado como un juguete inservible y dejaste que ella creara un abismo que no pudimos salvar. Era una niña, te lo concedo, pero para amar no hay edad y puedo asegurarte que esa zorra, aunque viva mil años y sea mayor, jamás va a amarte como yo lo hice.

Escucharla hablar en pasado me golpea con fuerza, tanto que por un instante solo soy capaz de observarla intentando refutar unas palabras para las cuales solo tengo excusas estúpidas porque ahora sé que tiene razón.

—Era un muchacho aterrado, ya que al principio no comprendía por qué me sentía de ese modo —replico—. No quería mancillarte, no era lo suficientemente bueno para ti y no tenía nada que ofrecerte. Ahora sé quién soy, puedo darte todo lo que mereces, Jaelyn.

—Nunca podrás darme lo que quiero, Broderick —afirma—. Ya no. Creo que nunca me conociste si piensas que me importaban las riquezas y comodidades que en aquel entonces no me podías ofrecer, porque te hubiera seguido al fin del mundo.

Un nuevo mazazo ante su confesión, en el fondo siempre supe con certeza absoluta todo lo que me está diciendo, pero mi orgullo no me permitía darle menos de lo que merecía, la amaba demasiado como para condenarla a una vida de exilio y privaciones.

Una vez más, el silencio nos envuelve, pero no es tenso, en el ambiente se puede percibir nuestra tristeza por los años perdidos, por los recuerdos de cuando éramos solo nosotros, dos niños a los que el destino les había arrebatado demasiadas cosas a muy temprana edad.

—¿Saco las espadas? —bromea Donald, haciéndonos saber que ya no estamos solos.

—Que seas capaz de bromear en un momento como este, en el cual tu padre yace muerto en la planta superior, dice mucho de ti como persona, Donald —amonesta Jaelyn, dirigiendo su enfado a mi hermano—. ¿Cuándo cambiaste tanto? —pregunta con tristeza—. Regresé con la esperanza de que mi tío se recuperara y volver con la familia con la que crecí, sin embargo, dentro de este castillo ya no queda nada de lo que amé —rebate ahora mirándome.

—No sabes nada, primita —escupe mi hermano—. No oses afirmar conocer mis sentimientos tan a la ligera.

—¿O qué? —le reta la mujer que tengo frente a mí—. No me hagas hablar más de la cuenta, primito —escupe con el mismo tono despectivo—. Buenas noches.

Se gira y ambos observamos cómo sube las escaleras con ese caminar tan suyo. Una vez desaparece de nuestra vista, me veo en la obligación de dejarle claro a Donald lo que no pienso tolerar por su parte.

—Jamás vuelvas a hablarle en ese tono —le ordeno sin mirarle—. Háblale con el debido respeto.

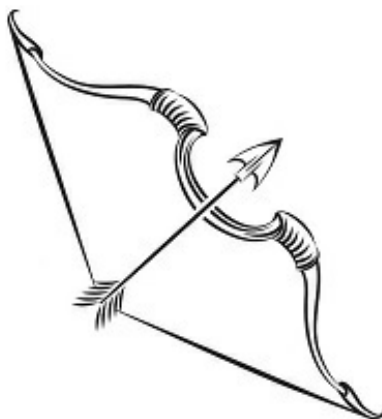
—¿Por qué? —pregunta, deteniendo mis pasos—. ¿Porque en el pasado fue tu ramera, o porque lo vuelve a ser ahora? —se burla.

Actúo llevado por la rabia, desenvaino mi espada, la poso sobre su garganta con ganas de rebanarle el pescuezo por lo que acaba de decir de Jaelyn y me observa con una sonrisa ladina,

una que no suele mostrar a los demás, solo a mí.

—Si vuelvo a escuchar esa basura de tus labios, te cortaré la lengua —amenazo—. Creo que podrías ser un segundo al mando mudo, ¿no crees?

—No creas que ocuparé ese puesto durante mucho tiempo más —sisea—. ¿Quieres matarme por decir la verdad? Hazlo —se alza de hombros.



CAPÍTULO XIV

Jaelyn

Me alejo de los hombres MacNeil antes de sucumbir a las ganas que tengo de matarlos. Al pasar por la puerta cerrada de la alcoba de mi tío, me detengo, sé que debería descansar porque mañana será un día difícil, pero no puedo soportar pensar que va a estar solo, sé que su cuerpo yace en ese lecho, mas su alma no, aun así, no quiero dejarlo, todavía no.

Entro y debo contener un sollozo al comprobar cómo ahora está más pálido que antes, sus labios morados y su cuerpo inerte impresionan, pero mi determinación no flaquea. Cierro la puerta y me acerco a la silla en la cual estoy dispuesta a velar al hombre que me crio con amor y comprensión.

—Espero que estés con tu amada Edith —susurro, acariciando su mano—. Deseo que descanses en paz, tío.

Parezco una loca hablando con un muerto, pero no lo siento así.

Las horas pasan con lentitud...

Al amanecer, me levanto del asiento que he ocupado toda la noche dispuesta a asearme y bajar para comenzar uno de los peores días de mi vida. Me encuentro en el pasillo con Broderick, que no tiene buen aspecto, podría jurar que no ha dormido absolutamente nada al igual que yo.

—Gracias —dice al pasar por mi lado sin detenerse.

—¿Por qué? —le pregunto sin comprender.

—Por velarlo —responde, deteniéndose para mirarme sobre su hombro—. Estaba tan inmerso en todo lo demás que, cuando lo pensé, ya era tarde, tú estabas haciendo lo que debería haber hecho yo.

—¿Entraste? —le pregunto, intentando recordar si me he dormido en algún momento y por eso no le he escuchado.

—No —niega—. Solo me asomé, vi que mi padre estaba en buenas manos y me fui a mi alcoba, supongo que eso me convierte en un mal hijo.

Sigue su camino sin esperar respuesta por mi parte, dando por hecho que voy a acusarlo de ser un desagradecido, por increíble que parezca y durante todas las horas de vigilia, no se me ha pasado por la cabeza. Continúo mi camino para ir a la cocina y asegurarme de que todo está en orden, todo el mundo trabaja en silencio, puedo percibir la pena que esta gente siente al haber

perdido a su antiguo *laird*.

No veo a Broderick ni a Donald y comienzo a ponerme nerviosa. Paso mi mano por mi falda negra intentando calmarme, me aseguro de que mi recogido esté en su lugar y una vez más espero que alguno de los dos aparezca.

—¿Dónde demonios se han metido? —pregunto, perdiendo la paciencia.

—Una dama no debería blasfemar como lo haces, primita —la voz burlona de Donald me molesta sobremanera—. ¿Me buscabas?

—No precisamente —replico—. Sin embargo, tendré que conformarme contigo —suspiro resignada—. ¿Sabes si ya han sido designados los hombres que portarán el cuerpo de tu padre?

—Por supuesto —asiente—. No sé si mi hermano ha hecho lo que debía, desde luego, yo sí. Los hombres que llevaremos el cuerpo de padre seremos los leales, los de siempre...

—Te equivocas, hermano —la voz potente de Broderick nos sorprende a los dos—. Estoy aquí, mis hombres tú y yo llevaremos a padre.

—¿Quién te crees que eres, gusano? —alza la voz enfurecido—. Lo lógico es que los hombres leales al antiguo *laird* sean los que lleven su cuerpo.

—¿Lógico para quién? —pregunta sin inmutarse, con sus hombres tras él en completo silencio, aunque puedo ver que están dispuestos a atacar en cualquier momento—. Ya está decidido.

Puedo darme cuenta de que Donald está a punto de iniciar una nueva disputa, por ello de nuevo me muevo para quedar entre los dos y que no vuelvan a llegar a las manos, sus rostros y el mío son un claro ejemplo de lo que sucedió ayer.

—No vuelvas a meterte, Jaelyn —espeta—. ¿Por qué le proteges?

—No le estoy protegiendo —refuto enfadada—. Evito que hagáis el ridículo el día que debéis enterrar a vuestro padre. Debe estar revolcándose en su tumba ante vuestro comportamiento infantil —escupo con rabia.

—No libres las batallas por mí, Princesa —habla a mi espalda—. No vuelvas a interponerte entre los dos, mira cómo tienes el pómulos, eso solo me hace querer matar al imbécil de mi hermano.

—¡Basta! —grito—. Vamos a enterrar a mi tío, después bien podéis ir al infierno los dos. Está todo preparado, id a por él —ordeno con firmeza, tanto que los hombres de Broderick se ponen en marcha incluso antes que su líder.

—No olvides quién manda aquí —escupe, pasando por mi lado furioso.

—Pues compórtate como tal —le grito mientras sube las escaleras—. Muévete, Donald —le ordeno a mi primo, que se ha quedado inmóvil—. Deja tu orgullo herido y el rencor a un lado por unas horas, es tu padre quien te necesita por última vez.

Me mira de una manera que me hace recordar al muchacho con el que crecí, no al hombre que, consumido por el rencor, he podido ver estos días. Sale corriendo para seguir a los demás en el momento que entran los hombres a los que imagino que Donald había convocado.

—Buenos días, señores —saludo con educación, intentando encontrar la mejor manera para hacerles saber que no van a ser necesarios—. Les agradezco mucho que hayan acudido al llamado de Donald —todos asienten, hinchando el pecho de orgullo—. Pero no va a ser necesario, el *laird* ya había decidido y su hermano menor no lo sabía, lamentamos el malentendido.

—¿Qué clase de broma es esta? —pregunta uno de ellos con evidente enfado—. Archibald y yo crecimos juntos, le he sido leal toda mi vida, es mi deber llevar hasta su sepultura a mi *laird*.

—Lo entiendo, pero... —tartamudeo al comprender que en cierta forma tiene razón.

—¿Qué ocurre? —la voz de Broderick detiene las furiosas murmuraciones.

Me giro para ver cómo están bajando el cuerpo. Los ancianos enfurecen todavía más cuando se dan cuenta de quién ocupa el lugar que según ellos les pertenece por derecho.

—Esto es inaudito —exclama el mismo hombre que me ha increpado a mí—. Tenemos derecho a portar a nuestro *laird* —espeta.

—Voy a enterrar a mi padre —replica Broderick sin detener la marcha—. Cuando todo haya acabado, escucharé vuestras quejas, viejos carcamales.

Cierro los ojos ante el insulto, ¿así es como se supone que quiere ganarse a los pocos detractores que tiene ahora mismo entre los MacNeil?

—Jaelyn —me llama, haciendo que reaccione—. Él querría que estuvieras a mi lado. —Nuevos jadeos de horror llenan la sala manteniéndome inmóvil—. ¡Jaelyn! —su bramido me hace reaccionar y posicionarme a su lado—. Quien quiera dar el último adiós a Archibald MacNeil puede seguirnos.

Comenzamos a caminar con lentitud hasta el lugar donde va a descansar para toda la eternidad junto a su amada esposa, Edith. No puedo creer que vaya al lado de Broderick, las mujeres siempre van detrás, así que gracias a mi tío y a él me han dado un lugar privilegiado, aunque sea en estas lamentables circunstancias.

Me había jurado a mí misma no llorar, pero me es imposible contener el llanto cuando la tierra comienza a cubrirlo. Junto a mí, sus hijos con el semblante mortalmente serio, parece que no piensan dar semejante muestra de debilidad. Un movimiento a mi izquierda me hace mirar y me doy cuenta de que Violet ha venido al entierro, reconocería ese cabello rojo fuego en cualquier lado, me tensó cuando, con paso majestuoso, se acerca decidida hacia nosotros hasta posicionarse al lado de Broderick.

—¿Qué demonios haces? —pregunta este entre dientes mientras todos comienzan a murmurar de nuevo.

—Venir al entierro de mi antiguo *laird* y a apoyar al nuevo —responde con tranquilidad—. ¿Creías que te iba a dejar solo? ¿Cuándo he hecho yo eso? —pregunta, haciendo un mohín que me parece demasiado infantil.

No logro comprender por qué permite que permanezca a su lado, solo encuentro una explicación lógica y es que la ama, por ella es capaz de arriesgar su posición en el clan, ya que es imposible que no se dé cuenta de lo que la llegada de su ramera ha causado.

Intento guardar toda la rabia que siento al comprobar de primera mano que, de nuevo, ella gana. Cuando todo termina, la gente comienza a dispersarse hasta que solo quedamos Broderick, Violet y yo. El retumbar de los truenos anuncia una tormenta, miro hacia el cielo, que comienza a tornarse negro, y el viento remueve mis faldas.

—Regresemos —ordena Broderick de malos modos—. Va a llover.

La primera en moverse es Violet, por mi parte, no pienso dar un paso hacia el castillo, mucho menos con este par. No sé a quién odio más en estos momentos; si a ella por todo lo que representa y lo que me ha arrebatado, o a él por ser un maldito perro infiel incapaz de controlarse a sí mismo.

—Iré en un rato —digo sin apartar la mirada del montón de tierra que ahora cubre el cuerpo sin vida de mi tío.

—¿No ves cómo está el tiempo? —pregunta como si fuera estúpida o hubiera perdido el juicio.

—Déjala, querido. —Rechino los dientes ante su tono de voz—. Es lógico que quiera despedirse de tu padre, después de todo, la recogió cuando no tenía ningún motivo para hacerlo.

Mis puños se aprietan e intento no responder a sus ataques, porque eso es lo que son. Oigo una maldición en el momento que cae la primera gota, los escucho marcharse y alzo el rostro hacia el

cielo para dejar que la lluvia se lleve de mi cuerpo la sensación de haber sido utilizada, no puedo evitar sentirme sucia por lo que permití que sucediera ayer. No estoy segura del tiempo que transcurre, pero cuando ya estoy calada hasta los huesos y el frío aire me hace temblar, comienzo el recorrido de regreso al castillo. Muy despacio, sin ganas de llegar donde sé que puedo volver a encontrarla, porque no creo ser capaz de controlarme de nuevo si la tengo frente a mí.

Al entrar, doy gracias por no cruzarme con nadie. Pido que me preparen un baño y subo a mis aposentos para intentar entrar en calor, las muchachas parecen apiadarse de mí y traen el agua caliente lo más rápido posible, tras darles las gracias, se retiran dejándome sola. Me desnudo y meto en el agua que comienza a desentumecer mi cuerpo. Cuando la puerta se abre con brusquedad, no es algo que me sorprenda, incluso lo celebro en silencio porque así seré capaz de sacarme todo lo que tengo dentro y terminar con todo esto.

—No vuelvas a ponerme en ridículo delante de todos —brama, dando un portazo.

—No he sido yo la que lo ha hecho —respondo mientras sigo lavándome los brazos y piernas con tranquilidad aparente—. Es mi decisión y mi derecho hacer lo que desee en cada momento.

—Querrás decir a comportarte como una niña caprichosa —refuta—. Juro que si enfermas, voy a dejarte el trasero rojo.

Suelto una carcajada ante la simple idea de permitir que me ponga una sola mano encima. Mi reacción parece enfurecerlo todavía más porque se acerca y toma la mano con la que me estoy enjabonando, nos retamos y soy capaz de recuperar mi movilidad de un simple tirón, ya que parece haberse quedado inmóvil ante mi desnudez, que no pienso cubrir.

—¿Puedes salir de mi alcoba? —pregunto harta de que me devore con la mirada—. Estoy dándome un baño...

—Puedo verlo —su voz se ha vuelto más ronca de lo normal, y si miro a su entrepierna, sé lo que voy a encontrar, por ello no puedo permitir que me ponga una mano encima o perderé el control—. ¿No crees que el agua está demasiado caliente?

—No —digo, lavando mi cabello, sus ojos no dejan de observar mis pechos, que ahora mismo están muy a la vista por la posición de mis brazos—. Sal de mi habitación, Broderick.

—No me des órdenes —sisea, despertando de su trance—. Sal del agua, Jaelyn.

—Lo haré cuando haya acabado —rebato—. ¿No tienes cosas que hacer?

—Demasiadas —gruñe—. No me pongas las cosas más difíciles.

—No he hecho nada —me alzo de hombros—. ¿Puedes marcharte para que pueda salir? —le pregunto cansada de este juego.



CAPÍTULO XV

Broderick

Enterrar a mi padre ha sido difícil. Y la gente a mi alrededor no me lo ha puesto nada fácil. No ha sido sencillo sabiendo que mi hermano me odia, que Jaelyn no tiene mejor opinión de mí, que un grupo de leales a Donald están esperando el momento adecuado para abalanzarse sobre mí, y la aparición de la mujer que ayer juraba odiarme por todo el daño que le he causado ha sido demasiado.

No puedo montar un escándalo ahora mismo, aunque puedo darme cuenta de las miradas acusatorias y las murmuraciones que nos rodean.

¿Por qué demonios ha venido si ayer escupió todo su veneno hacia mí? Pensaba que todo había acabado entre nosotros, la conozco muy bien, y aunque aparenta ser la amante amorosa y entregada que quiere que el mundo vea, por dentro la furia debe estar carcomiéndola.

Mis amigos, a mi lado, me observan preocupados sabiendo que estoy a punto de perder el control. Aunque quisiera mandarlo todo al infierno, no pienso hacerlo porque mi padre se merece una despedida digna. Al terminar, la gente comienza a marcharse, solo quedamos Jaelyn, Violet y yo, me reiría ante la escena tan cómica si no estuviera delante de la tumba del hombre que me dio la vida y que ahora descansa al lado de mi madre para toda la eternidad.

Como imaginaba, Jaelyn no me lo pone fácil, la lluvia comienza a caer y ella se queda frente al montículo de tierra. Aunque quisiera llevármela cargada al hombro, ahora mismo no tengo tiempo para lidiar con las dos, así que, maldiciendo, me alejo con Violet, sintiendo que una vez más le doy la espalda a la niña con la que crecí.

Acompaño a Violet hasta su cabaña y, una vez dentro, dejo salir todo lo que he estado conteniendo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le cuestiono furioso—. ¿Después de lo de ayer te presentas en el entierro de mi padre? Sabes tan bien como yo que el clan no te ve con muy buenos ojos, Violet.

—¿De verdad creías que me iba a hacer a un lado tan fácilmente, Lobo? —pregunta, enfrentándome sin inmutarse—. Te he dado los mejores años, y ahora que por fin puedes estar con la mocosa, me desechas —niega con una extraña sonrisa—. Esto no funciona así.

—¿Qué quieres? —le pregunto cansado de jugar a los acertijos—. Nunca te mentí, maldita sea. Cuando nos conocimos, sabías que amaba a otra mujer.

—Cierto —asiente—. Pero ni siquiera nos has dado una oportunidad, Broderick —se lamenta entre dientes—. ¿Por qué?

—Lo intenté —respondo—. Y durante un tiempo pensé que podrías sacarla de mi corazón, pero aunque conseguías alejarla de mi mente durante cortos periodos, no era suficiente —niego con tristeza, por ella y por mí, ya que todo hubiera sido mucho más fácil si me hubiera enamorado de Violet.

—No voy a hacerme a un lado sin más —niega ofuscada—. Ella volverá a darte la espalda y regresarás con el rabo entre las piernas.

—No te acerques por el castillo —le ordeno—. Si alguna vez sentiste algo por mí, ayúdame un poco.

Salgo de la cabaña sin esperar por su respuesta, ya que no creo que me guste. Una menos, ahora vamos a lidiar con mi fierecilla particular.

Intento que su desnudez no me afecte, después de todo, no es la mujer más curvilínea con la que he estado. Pero sus pechos firmes, que caben a la perfección entre mis manos, su vientre plano y sus largas piernas me vuelven loco.

—¡Sal de una maldita vez, Broderick! —grita, sacándome de mi letargo—. ¡Fuera!

—Puedes salir del agua sin problemas —respondo alzándome de hombros—. Ya te he visto desnuda antes.

—Voy a matarte —sisea, levantándose con orgullo y sin una pizca de vergüenza en su cuerpo—. ¿Te gusta lo que ves? —pregunta con sorna—. Disfrútalo, ya que jamás volverás a hacerlo.

—Eso es demasiado tiempo, Princesa —me burlo, intentando que mi erección no sea demasiado notoria—. Y ambos sabemos que solo debo tocarte para que me permitas hacer contigo lo que me dé la gana —replico mientras sale de la tina.

Mis palabras la dejan inmóvil, alza su cabeza muy despacio y me doy cuenta de que la he enfurecido demasiado, y aunque intento prepararme para lo que sea que se avecine, cuando se abalanza sobre mí, ambos caemos hacia atrás en el suelo. Gimo por el golpe, pero agradezco haberlo recibido yo y no ella.

—Maldito imbécil prepotente —grita, golpeándome en el pecho—. No te creas el mejor amante de las Highlands...

—Dudo mucho que tu anciano y difunto esposo fuera mejor que yo —sigo burlándome mientras intento parar sus golpes.

—Era mil veces mejor hombre que tú —sentencia, removiéndose cuando aprisiono sus dos manos entre una de las mías—. Suéltame —ordena, moviéndose hasta que siente mi miembro erecto entre sus piernas y se da cuenta de su posición—. Dios mío...

Con rapidez, intercambio posiciones, Jaelyn tumbada de espaldas en el suelo y yo entre sus piernas. Sus ojos se oscurecen todavía más, si eso es posible, y dudo mucho que sea de furia. Sonrío sin poder remediarlo, su respiración errática alza sus pechos, que parecen reclamar mi atención, por ello desciendo con lentitud sin apartar mis ojos de los de ella, mi lengua lame uno de los inhiestos pezones y escucho su jadeo. Decido torturarla un poco más hasta que suplique por mí, así que me lo meto en la boca y succiono, mientras que con mi mano libre amaso su otro pecho, se remueve y gime, pero todavía no se rinde.

Suelto sus manos sabiendo que ahora no será capaz de apartarme, si lo hace, juro que voy a morir. Lejos de hacerlo, una vez libres, se pierden entre mi cabello, acercándome más a su cuerpo, es hora de hacer que grite mi nombre de nuevo. Sigo descendiendo hasta que mis labios besan su ombligo, sigo bajando a pesar de sus tenues protestas. Mi lengua al fin recorre su centro

empapándola de sus jugos, sus caderas se alzan en mi busca y, aunque me había propuesto torturarla hasta hacerla llorar de deseo, me acabo de dar cuenta de que no soy capaz de hacerlo, por ello mi boca no abandona sus pliegues hasta que alcanza el éxtasis clamando mi nombre una vez más. Mi miembro duele tanto que siento que, si no me pierdo en su interior, voy a enloquecer, por lo que sin darle tiempo a recuperarse de la neblina de placer que debe obnubilar su mente, la giro con algo de brusquedad ante mi deseo insatisfecho y hago que quede arrodillada delante de mí, me posiciono y comienzo a penetrarla desde atrás.

—Broderick —jadea cuando me encuentro por completo en su interior—, no sabía que...

—Calla —ordeno entre dientes, y, para hacerla obedecer, cojo su cabello y tiro hacia mí para que gire su rostro y besarla hasta robarle el aliento mientras no dejo de penetrarla, cada vez con más fuerza—. Jaelyn —es mi turno de jadear cuando de un estocada me adentro hasta la base.

Grita con cada envite, suelto su cabello y mis manos aprietan sus caderas, la imagen de mi carne penetrando la suya me está volviendo loco, su calor me envuelve abrasándome. Salgo por completo y vuelvo a penetrar hasta el fondo, cada vez más fuerte, con más brusquedad, buscando encontrar mi placer, grito cuando me vacío en su interior, lo hago con tanta fuerza que no soy consciente de que la mujer que tengo entre mis brazos ha vuelto a estallar hasta que la escucho sollozar y jadear en busca de aire.

Se supone que venía con la intención de amonestarla por su comportamiento infantil y he terminado poseyéndola como un animal en celo. Me levanto y la cojo en brazos, ya que parece que no es capaz siquiera de ponerse en pie. ¿Le habré hecho daño?

La dejo en su lecho y me acomodo la ropa que ni siquiera me he molestado en quitar. Espero que comience a maldecirme, pero su silencio empieza a ponerme muy nervioso, al alzar la mirada, me doy cuenta de que se ha dormido.

—¿Jaelyn? —pregunto mientras me acerco, temiendo que le haya pasado algo—. ¿Princesa?

Se remueve y se queja, suspiro de alivio al comprobar que se ha dormido. Tras el primer pensamiento de terror, llega la sonrisa ufana, ya que he conseguido que caiga rendida. Contengo una carcajada mientras la tapo para que no coja frío y salgo de su alcoba, sintiéndome mejor que en mucho tiempo. Puede que luche contra mí a cada paso que damos, pero no le soy indiferente, puede que me odie como yo a ella, sin embargo, hay algo mucho más poderoso que nos une y que no ha sido borrado ni siquiera por el tiempo transcurrido.

Al bajar al salón, me encuentro con mis hombres, parece que a ellos también les ha sorprendido la lluvia. Los cuatro sentados frente al fuego parecen hablar de algo sumamente importante, tanto como para que murmuren.

—¿Qué sucede? —pregunto mientras le pido a una de las criadas que traiga bebidas.

—Por tu sonrisa, sospecho que *lady* Jaelyn no te ha dado demasiada batalla —bromea el más joven del grupo consiguiendo que Broke le dé una colleja—. ¡Qué demonios! —se queja.

—No hace falta ser muy listo —sigue la broma Jules—. ¿Te has divertido, hermano?

—Cerrad el pico —espeto—. ¿Por qué estáis aquí cuchicheando como viejas?

—Nos preguntábamos si ya tienes un plan —responde Broke, ante mi mirada de confusión, continúa hablando—. Para detener a tu hermano.

—Podríamos tirarlo al mar —propone Andrew, encogiéndose de hombros—. ¿Qué? Ellos no se quieren como los hermanos que son...

—Cállate, Andrew —ordena Arthur, el único que se había mantenido al margen hasta el momento—. Debes ganar limpiamente, Lobo.

—No lo llates así —replica Jules—. Dijimos hace dos años, cuando decidimos unirnos a los MacNeil, que nuestro pasado quedaba atrás.

—Pero la fierecilla le llama Sombra —se defiende, gruño y me mira intranquilo—. Lamento si te he ofendido —se disculpa.

—Sé que debo ganarme a los leales a Donald limpiamente —digo, sentándome frente a ellos—. Pero ¿cómo? En dos años, no lo he logrado, son unos viejos cascarrabias, hombres que lucharon al lado de mi padre y que han visto crecer a mi hermano menor, yo para ellos soy un intruso porque no ven en mí al niño que secuestraron.

—Va a ser difícil —asiente Broke—. ¿Nunca te has preguntado por qué lo hicieron, ni quién?

—Por supuesto —replico sin saber dónde quiere ir a parar—. No recuerdo nada.

—Todo me parece muy extraño —continúa diciendo tras dar un buen trago—. Siempre he pensado que detrás de tu secuestro están los viejos, o al menos uno de ellos.

—¿Qué ganarían con eso? —cuestiono sin encontrarle lógica—. Solo yo fui arrancado de Kisimul, pero quedó Donald...

—Deja que investigue —me pide—. Sabes que no pararé hasta encontrar la verdad.

—Hazlo si así te quedas más tranquilo —respondo—. Pero si mi padre durante años no encontró nada, dudo que ahora podamos lograrlo.

—Centrémonos en lo importante —rebate Jules—. Mantened los ojos bien abiertos, dudo que la rata de Donald ataque de frente.

—No caigáis en provocaciones porque va a intentar dejarnos en mal lugar delante del clan —explico—. No le sigáis la corriente, con suerte, os dejará en paz y dirigirá todo su veneno hacia mí.

—Cuidado, hermano —advierte Broke muy serio—. No te confíes, nosotros guardaremos tus espaldas y las de Jaelyn.

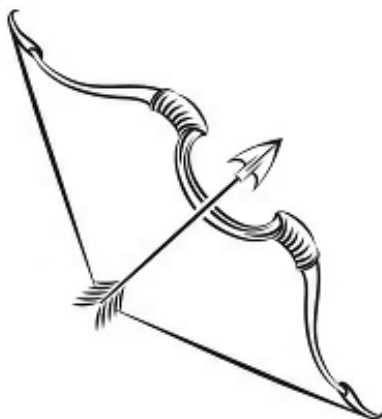
—Mi hermano puede ser muchas cosas —interrumpo—, pero no le haría daño a ella.

—Si es para dañarte a ti, no dudo de que sí sería capaz —rebate—. He visto cómo la observa en ocasiones y no veo nada de fraternal en él.

Tras la observación de mi amigo, recuerdo las palabras de mi padre. En el pasado, Donald estuvo, o creyó estar, enamorado de Jaelyn, por ello aceptó la proposición del MacLean, era una forma de alejar la tentación, ya que ni él mismo confiaba del todo en su hijo menor.

—Tendré que vigilarla —siseo—. Si le hace algo, pienso matarlo con mis propias manos.

—Te ayudaremos —dice Andrew—. Pero debes solucionar el tema de tu liderazgo.



CAPÍTULO XVI

Jaelyn

Seis semanas después...

Como cada mañana, salgo a caballo, pero hoy, al igual que desde hace un par de días, he tenido que detener a mi montura para vomitar el desayuno. Me tiemblan las piernas y no estoy segura de si voy a poder volver al castillo, un sudor frío empaña mi frente e intento recuperar el aliento después de las terribles arcadas que me han dejado postrada en el suelo.

Cierro los ojos intentando recomponerme lo suficiente como para subir a mi caballo y regresar. ¿Por qué me he alejado tanto de Kisimul? Simple, por desobedecer las estúpidas órdenes de Broderick. Desde la muerte de su padre, ha estado muy pendiente de mí y eso me crispa los nervios, no lo quiero cerca de mí después de lo que sucedió la última vez.

No me molesto en abrir mis pesados párpados, sé que si no es Broderick, será alguno de sus hombres. Creen que soy estúpida y que no sé cuándo estoy siendo seguida.

—¿Está herida, *lady* Jaelyn? —pregunta Andrew, el más joven de los hombres del *laird*—. No he visto que haya caído del caballo —se lamenta mientras se arrodilla a mi lado.

—Estoy bien —digo, intentando sonreír para que no vea lo mal que me siento en realidad. Trato de levantarme, pero cuando ya estoy de pie, me mareo y lo próximo que sé es que me encuentro en los brazos del muchacho que me ha salvado de una buena caída contra el suelo.

—Voy a llevarla al castillo —me dice—. Junto a mi *laird*.

—Deja de hablarme con tanta formalidad —susurro medio adormecida—. Tenemos la misma edad.

—En realidad, soy dos meses mayor —informa con una sonrisa en su aniñado rostro.

—Solo eras un niño... —replico con tristeza—. Debiste tener mucho miedo.

—Lobo me encontró —responde mientras emprendemos el camino de regreso, mi montura nos sigue—. Sin ellos, no creo que hubiera sobrevivido. Me han enseñado todo lo que sé y me ha dado un hogar, una familia.

—¿No echas de menos a la tuya? —cuestiono.

—Soy huérfano —puedo escuchar el dolor en su respuesta—. Jamás conocí a mi padre y mi madre murió de unas fiebres cuando yo tenía once años. Unos tíos cuidaron de mí, pero me cansé de las palizas y de pasar hambre, así que con trece me escapé.

—Después te encontraste con Broderick —sentencio, alegrándome de ese hecho.

—Sí —asiente—. Le debo mi vida, y pienso servirle hasta mi último aliento.

—Eso es demasiado tiempo —replico—. No dejes que la gratitud te haga hacer tanto, creo que ya has devuelto con creces el que te ayudara cuando apenas eras un niño.

—¿De verdad le odias? —me pregunta como si no pudiera concebir ese hecho.

—Fue mi mejor amigo durante ocho años —respondo tras un corto silencio en el cual he pensado bien mis palabras—. Y me dio la espalda cuando no fui lo suficiente para él. Me alejé de Kisimul porque debía cumplir mi deber, y era una forma de escapar, no hubiera soportado verlo y no tenerlo, ¿comprendes?

—Creo que ambos son demasiado orgullosos y testarudos —frunce el ceño, haciéndome reír—. Nunca he visto que haya mirado a una mujer como te mira a ti, eres capaz de cambiar su estado de ánimo con un simple gesto, y recuerdo muy bien que, cuando me acogió, siempre te nombraba.

Cierro los ojos y suspiro con la esperanza de aliviar el nudo que se ha formado en mi garganta. Sé cuáles son mis defectos y los de Broderick, puede que en el pasado sí fuera una persona importante para él, pero en algún momento, con la llegada de Violet, eso cambió.

—Nunca me ha amado —sentencio, intentando obviar el dolor que me produce reconocerlo en voz alta—. Puede que quisiera a la niña pequeña que conoció, pero no a la muchacha que le suplicó darles una oportunidad. Por mi parte, hubiera desafiado a mi tío, al propio clan si hubiera sido necesario por estar con él, esa es la diferencia entre Sombra y yo.

No volvemos a hablar, mis ojos permanecen cerrados porque así soy capaz de controlar mejor el mareo y las náuseas. Al llegar al castillo, los abro intentando aparentar que me encuentro bien, cuando no es del todo cierto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Broke al vernos llegar—. ¿Ha caído del caballo? ¿La han atacado? ¿Por qué no has hecho lo que se te ordenó, Andrew? —cuestiona sin dejar que el muchacho hable.

—Él no tiene la culpa de nada —interfiero con firmeza, odio que lo traten así—. Me he indisputado, y me ha traído de vuelta a Kisimul. Te aconsejo que, antes de culpar, preguntes —regaño, el hombre no parece avergonzado por mi amonestación.

Me ayuda a descender del caballo y ordena a mi acompañante que se encargue de los animales. Comienzo a caminar con paso vacilante, no quiero dar que hablar, y si me desmayo en medio del patio, seré la comidilla del clan en menos de diez minutos.

—Puedo llevarla en brazos —se ofrece el hombretón—. Parece que va a desvanecerse de un momento a otro. A Broderick no le va a gustar encontrarla con un chichón en la cabeza.

—Mantente cerca —le pido—. Pero no me cojas si no es necesario. No quiero habladurías.

—Como quiera —asiente mientras subimos las escaleras de la entrada—. ¿Mando llamar a la curandera?

—No —exclamo—. Solo necesito recostarme.

Me acompaña hasta mis aposentos, una vez en la puerta, le pido que me deje sola, lo hace reacio. Ya dentro, me desvisto para quedar en camisola, mojo mi rostro y cuello intentando refrescarme y me tumbo rezando para que el malestar desaparezca.

Me he dormido...

Me remuevo en el lecho dándome cuenta de que parece haber desaparecido mi malestar, suspiro aliviada, me giro y grito al ver a Broderick sentado al lado de mi cama.

—¿Quieres matarme de un susto? —le recrimino, sintiendo como si mi corazón fuera a estallar

dentro de mi pecho—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Mis hombres me han dicho que estás indispuesta —replica—. ¿Debo llamar a la curandera?

—¿Cuánto he dormido? —pregunto, frunciendo el ceño—. No es necesario, ya me encuentro bien.

—¿Qué ha sucedido? —interroga—. Andrew dice que te vio vomitar.

—Sí —asiento, intentando restarle importancia—. Imagino que algo me ha sentado mal...

Me observa atentamente, tanto que comienzo a ponerme nerviosa, me remuevo inquieta y me doy cuenta de mi semidesnudez.

—Te agradecería que de ahora en adelante no entres a mi alcoba —le digo, tapándome, a pesar de no sentir frío—. No es normal que lo hagas, y no quiero que mi nombre esté en boca de todos.

—Soy el *laird* y este mi castillo —responde—. Si creo que estás enferma, no esperes que no entre para asegurarme de que te encuentras bien.

—Ahora que ya lo has comprobado, puedes marcharte —insisto—. Debo vestirme...

—Detente —ordena con tanta firmeza que hace que lo mire sorprendida—. Creo que deberías guardar reposo, por un día que no te ocupes de todo lo referente al castillo, no va a pasar nada.

—No es necesario —rebato—. Sal de una maldita vez, Broderick —espeto, perdiendo la paciencia—. Me tienes harta, no necesito que estés pendiente de mí a todas horas, y mucho menos que tus hombres me sigan como perros.

—¿Tienes algo o alguien que ocultar, Princesa? —pregunta sonriendo, pero en sus ojos veo que tal posibilidad no le gusta en absoluto—. Me temo que no voy a poder hacer lo que me pides, ya que considero que necesitas protección hasta que resuelva el conflicto entre Donald y yo.

—¿Has perdido el juicio? —le pregunto—. Él no me haría daño. Te quiere muerto a ti, no a mí, no represento ninguna amenaza para mi primo.

—Puede utilizarte para dañarme a mí —rebate con firmeza—. No conoces el lado dañino de mi hermano, pero lo tiene.

—Soy capaz de defenderme —inquiero, comenzando a sentirme atrapada sabiendo que no voy a quitármelos de encima—. ¿No lo recuerdas?

—No veo que, cuando salgas del castillo, vayas armada con un arco —resopla—. ¿Cuánto hace que no practicas? —ríe ante mi gesto—. Lo suponía. Nos encargaremos nosotros.

—¿Puedo, al menos, elegir? —frunce el ceño ante mi pregunta—. Prefiero que sea Andrew quien me acompañe.

Se tensa y no sé si reír o preocuparme por el muchacho. Le conozco y no le ha gustado mi petición, imagino que he herido su orgullo al preferir que cuide de mi espalda el menor de sus hombres.

—Deja a mis hombres en paz, Jaelyn —ordena con brusquedad—. Andrew apenas es un niño...

—Es incluso mayor que yo, Broderick —replico, levantándome despacio del lecho para evitar nuevos incidentes—. Prefiero su compañía, no veo nada de malo en ello.

—Pero yo sí —alza la voz y me giro sorprendida—. Andrew no tiene como cometido entretenerte. ¿Has engordado? —jadeo ante su impertinente pregunta—. Juraría que tus pechos están más grandes...

—Solo tú podrías ser tan patán como para fijarte en algo así —siseo, vistiéndome con rapidez.

—Princesa, si te paseas ante mí medio desnuda, es algo que no puedo evitar —se burla—.

Además, no me estoy quejando, es bueno que pongas carne sobre esos huesos, llegaste demasiado delgada.

Ruedo los ojos ante su comentario mientras intento arreglar mi trenza, mis manos tiemblan al saberlo tan cerca de mí, puede que parezca que soy indiferente, sin embargo, todavía no he conseguido estar a solas con él en una estancia sin que mi cuerpo reaccione a su cercanía.

—La comida debe estar servida —dice levantándose—. Por eso subí a ver cómo estabas. ¿Crees que podrás comer?

—Por supuesto —asiento, dirigiéndome hacia la salida—. De hecho, me siento famélica.

Le escucho reír, pero no me detengo para esperarle, gimo mortificada cuando varias criadas nos ven salir de mi alcoba, maldigo en voz baja al hombre que me sigue de cerca porque parece que no entiende, o no le importa, lo que la gente pueda pensar.

—¿Qué demonios te sucede ahora? —pregunta al darse cuenta de mi reacción—. ¿Vuelves a encontrarte mal?

—No —siseo—. ¿No te das cuenta de que acaban de verte salir de mi alcoba?

—¿Y? —pregunta, cruzándose de brazo—. Ya entiendo —cabecea sonriente—. Si no quieres que piensen que eres una mujer sin moral, deberías casarte conmigo...

Lo miro horrorizada para luego dejar que el enfado me domine porque es de mi vida de la que estamos hablando y mi destino el que está en juego.

—¿Es este tu plan? —pregunto, acercándome a él y empujándolo por su fuerte pecho—. ¿Perjudicar mi reputación? Pues déjame decirte que nada de lo que hagas o digas va a conseguir que yo consienta ser tu esposa.

—Mujer testaruda —gruñe, mirándome como si me quisiera zarandear—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Nada —respondo a la defensiva—. Ya te lo dije. En el pasado lo quise todo, te lo ofrecí todo y me diste la espalda. Ahora no deseo ni necesito nada que venga de ti.

—Eres una maldita rencorosa —espeta—. Si yo estoy dispuesto a olvidar lo que hiciste, ¿por qué tú no puedes?

—¿Qué es lo que hice? —le cuestiono sorprendida—. Para ti es muy conveniente olvidar lo que supuestamente hice mal, ¿verdad, Broderick? Ahora me necesitas...



CAPÍTULO XVII

Broderick

¿Qué es lo que hizo?
—No pienso volver a repetirme —le digo—. Hace dos años ya dije mis motivos, tú decidiste por los dos.

—¿Lo hice? —cuestiona—. Era una muchacha de dieciocho años enamorada que todavía creía que su mejor amigo era algo parecido a un dios. Mi vida eras tú, Broderick —sentencia con voz temblorosa—. Deja de utilizar la excusa de que no tenías nada que ofrecerme porque jamás pedí nada más que tu amor y lealtad.

—No des por hecho que tú sentías más que yo —gruño, sintiéndome el más imbécil de los hombres—. Era un muchacho que no tenía nada, ni hogar, ni clan...

—Me tenías a mí —susurra, girándose para seguir su camino—. Y eso es algo que nunca más va a suceder.

Observo impotente cómo se marcha, cuando la pierdo de vista, maldigo con rabia y golpeo la pared varias veces, no me detengo hasta que siento la sangre recorrer mis nudillos, no duele, al menos, no tanto como lo hace saber que es muy probable que jamás sea capaz de recuperarla.

Maldita la hora en la que me dejé embaucar por Violet, ahora me doy cuenta de que todos sus consejos no eran más que su manera de envenenar mi mente, de sembrar la duda, hasta que incluso llegué a pensar que lo que sentía por mi Princesa podría sentirlo por otra mujer.

Debo volver a mis obligaciones, me reúno de nuevo con mis hombres, los cuales están organizando los grupos para adiestrar a los más jóvenes, y para ello no hay nadie mejor que Jules y Broke.

—¿Cómo está? —pregunta Andrew en cuanto llego a su lado.

—Bien —replico—. ¿Estás seguro de que estaba tan mal como aseguras? Yo no he visto nada raro...

—Broderick, la he visto tirar el desayuno, después ni siquiera era capaz de levantarse y estaba pálida como un cadáver.

—No comprendo nada —espeto frustrado—. ¿Crees que debería llamar a la curandera?

—¿Has pensado que puede estar encinta? —La pregunta de Broke me hace tambalearme—. ¿Broderick?

—Por tu reacción, me doy cuenta de que existe esa posibilidad —dice Jules—. Ahora sí que la has hecho buena, chico.

—No me ha dicho nada —exclamo furioso—. Acabo de estar con ella, maldición.

—Cálmate —ordena Broke—. Tal vez ni siquiera lo sepa, ¿por qué siempre piensas lo peor de ella?

—¿Cómo no va a saberlo? —cuestiono, paseándome nervioso ante ellos—. Las mujeres saben de esas cosas.

—Ella apenas lo es —recrimina Andrew—. No me ha dado la impresión de que supiera el motivo de su malestar.

—¿Y tú por qué la defiendes tanto? —recrimino—. Me ha pedido que seas tú el encargado de su seguridad y...

—Lo haré encantado —interrumpe orgulloso—. Puedes estar seguro de que daré mi vida por la suya.

—Eso no será necesario —espeto ofendido—. Si está esperando un hijo mío, vamos a casarnos quiera o no. Y de la seguridad de mi esposa me encargo yo.

—Suerte con eso —se burla—. ¿Sabes lo que me ha dicho? En el pasado hubiera desafiado a su *laird*, al clan incluso, por estar contigo. Dime, ¿cómo es posible cambiar eso por una ramera que ofrece sus favores al mejor postor?

—¡Andrew! —brama Broke furioso—. Basta, has dejado clara tu postura y dónde está tu lealtad.

—Siempre —replica antes de marcharse.

—No se lo tomes en cuenta —me pide Jules preocupado—. Es un muchacho que por primera vez siente que pertenece a un lugar, son de la misma edad y creo que la ve como a una hermana...

—Espero que sea así —respondo—. La comida ya debe estar, venía a buscaros y dar las instrucciones para mañana.

Tras ello, volvemos al castillo, por mi parte, no soy capaz de dejar de pensar en la posibilidad de que vaya a ser padre. ¿Cómo no lo pensé? Con Violet no tuve nunca problema porque me negaba a terminar en su interior, con Jaelyn simplemente me olvido de pensar.

Mentiría si dijera que no estoy emocionado, siempre he querido formar mi propia familia, pero tenía claro que si no era con ella, con la única mujer que he amado, no sería con ninguna. Al entrar, está supervisando todo y colaborando como una más, al vernos sonrío, pero ese gesto no va dirigido a mí.

—Deja de gruñir —amonesta Broke—. No comprendo cómo pretendes que ella te acepte de nuevo, sois como el gato y el ratón —bufa adelantándose.

—¿Y quién es el gato? —pregunto con interés.

—¿Tú quién crees? —bromea, y gruño por lo que quiere dar a entender—. No te das cuenta, pero aunque crees llevar las riendas, Jaelyn hace lo que quiere contigo.

—De eso nada —espeto ofendido—. Siéntate de una vez.

Todos ríen, Jaelyn nos observa como si fuéramos estúpidos y yo lo hago a la espera de que me diga algo, incluso lo imploro en silencio. Sin embargo, solo recibo silencio, frunce el ceño en cuanto se da cuenta de que me he quedado inmóvil, es Jules quien me golpea para hacerme reaccionar. Camino hasta llegar a su lado y me siento después de que lo haga ella, quien no deja de observarme extrañada por mi forma de comportarme.

—¿Qué te sucede? —pregunta entre dientes mientras nos sirven la bebida.

—¿No tienes nada que decirme? —le cuestiono, intentando mantener la calma.

—¿Yo? —pregunta—. Broderick, ¿ha perdido la cabeza?

Gruño porque, por su reacción, parece que no sabe lo que yo sospecho. O se ha vuelto una

redomada mentirosa capaz de engañarme por completo, mas no parece preocupada ni nerviosa, por lo tanto, no creo que esté ocultándome algo tan importante como un hijo en común.

—¿Dónde está Donald? —pregunto cambiando de tema.

—Sabes que no suele prestarse a reuniones familiares —bromea—. Ya ni siquiera lo hace por consideración a mí.

—Te lo dije —afirmo—. Cree que te has posicionado a mi favor, por lo tanto, eres su enemiga.

—No lo veo de ese modo —rebate, comiendo de buena gana—. No me he posicionado a favor de ninguno. No apruebo la forma de afrontar los hechos de Donald, y no te apruebo a ti porque ya no siento nada halagüeño hacia tu persona, por lo tanto, con que no os matéis e iniciéis una guerra dentro del clan, es suficiente.

—Vaya, gracias —siseo, mirando de reojo a mis hombres, que intentan contener sus carcajadas—. Eres muy generosa.

—Siempre lo he sido, ¿verdad? —pregunta sonriente—. ¿Qué piensas hacer para solucionar el conflicto? Porque me estoy cansando de no poder tener libertad plena en Kisimul.

—En cuanto pueda —espeto—. ¿Crees que deseo esta situación?, ¿que quiero estar enfrentado con mi propio hermano?

—No lo sé —se alza de hombros con desinterés—. Ya no te conozco, si es que alguna vez lo hice...

—¿Volvemos a lo mismo? —alzo la voz, ella me mira molesta antes de sonreír a nuestros invitados—. Eres la persona que mejor me conoce.

—Lo dudo —vuelve a rebatir—. Supongo que ellos —dice, señalando a mis hombres— lo hacen mejor, al menos, deberían, ya que de eso dependen sus propias vidas. Debéis poder confiar los unos en los otros, tener la seguridad de que no os vais a traicionar...

Aprieto con fuerza la mesa con ganas de dar un buen puñetazo sobre ella y poder descargar mi furia y frustración en ella. Hubo un día en el que Jaelyn confiaba en mí a ciegas, sin embargo, yo provoqué esto y no es algo que pueda solucionar en unas pocas semanas.

—Y lo hacemos —interviene Broke—. Confiamos en nuestro *laird*, y usted, mi señora, debería hacer lo mismo.

—Es encomiable —asiente—. La confianza y lealtad son los pilares fundamentales para que un buen líder lidere el clan. Por mi parte, no es necesario que yo lo haga, una vez lo hice y pagué un alto precio, algo que no volverá a suceder.

—Yo no te obligué a casarte con un anciano —gruño, comenzando a enfurecer—. No te obligué a marcharte de Kisimul...

—No —espeto, dejando sus cubiertos de golpe sobre la mesa—. Solo cumplía con mi obligación. Deja de recordarme el pasado en cada ocasión posible, pareces un esposo celoso, y desde luego no eras ni eres nada mío.

Me levanto con brusquedad con unas inmensas ganas de zarandearla por su orgullo y terquedad. Broke carraspea para llamar mi atención, lo miro y niega imperceptiblemente con la cabeza para que no continúe con la discusión.

—No intentes dejarme a mí como el único culpable, Jaelyn —espeto, desoyendo el consejo silencioso de mi amigo—. Ambos cometimos errores.

No dice nada más, está cabizbaja y parece que no me ha escuchado. Entrecierro los ojos extrañado porque no rebata enfadada mis palabras.

—¿Jaelyn? —pregunto más calmado.

Tras una arcada, vomita todo lo que acaba de comer, mis hombres se levantan por instinto, cojo su cabello para que no se manche. Durante los minutos en los que dura, no puedo evitar que

la preocupación me embargue de nuevo, y al terminar, la cojo en brazos y la llevo a su alcoba, a pesar de sus protestas.

—Llama a la curandera —ordeno a Andrew, que sale corriendo a cumplir mi orden.

La dejo sobre el lecho pálida como un cadáver, sudorosa y con un aspecto horrible. Me siento culpable por lo sucedido durante la comida.

—No es necesario que venga nadie —dice con los ojos cerrados—. Solo necesito dormir un poco.

—No es normal lo que te sucede —inquiero sin estar dispuesto a dar mi brazo a torcer—. Va a revisarte, es una maldita orden.

Debe encontrarse muy mal, porque no me dirige una de sus acostumbradas miradas, dejándome claro lo que piensa de mí. La puerta se abre y aparece la curandera que debe tener la edad de mi padre, pero si alguien es capaz de curar a Jaelyn es ella.

—¿Qué le sucede a mi señora? —pregunta mientras deja su saco de hierbas al lado del lecho—. El joven me ha dicho que ha vaciado su estómago varias veces hoy...

—Sí —asiente Jaelyn—. Debo haber comido algo en mal estado...

—No lo creo —intervengo—. Todos comemos lo mismo y ninguno estamos enfermos.

La vieja asiente y comienza a mirar a la pelinegra, que ahora parece haber recuperado un poco el color en su rostro. Palpa su vientre más de la cuenta según mi parecer, y me tenso ante la preocupación.

—¿Qué otras molestias ha sentido? —pregunta ceñuda.

—Solo náuseas y vómitos —replica, encogiéndose de hombros—. Algún mareo y un poco de cansancio. Pero suele pasar...

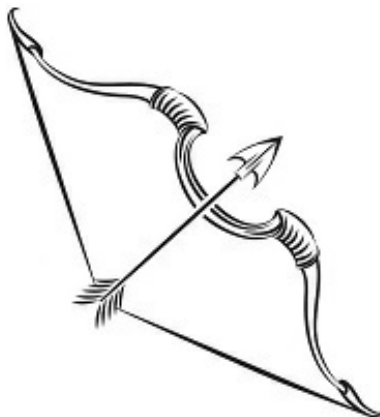
—¿Cuándo sangró por última vez? —la pregunta la hace sonrojarse y me mira de reojo—. Mi señora... —insiste la vieja.

—Que salga el *laird* —pide con firmeza—. No comprendo por qué debe estar aquí.

—Habla —insisto—. No pienso moverme, ¿tienes algo que esconder?

—No tengo por qué hacerlo delante de ti —replica, recuperando el coraje—. No eres nada mío.

—Mi señora —interrumpe la curandera—. ¿Cree que puede estar encinta?



CAPÍTULO XVIII

Jaelyn

Jadeo ante la pregunta de la vieja, miro espantada hacia Broderick, que me observa a la espera de una respuesta. Me remuevo inquieta, me siento como una estúpida porque no se me había pasado por la cabeza tal posibilidad.

—No lo creo —susurro avergonzada por tener que hablar delante del patán insensible—. No recuerdo haber sangrado desde mi llegada a Kisimul. —Escucho cómo bufa y se cruza de brazos—. Pero eso no significa nada, han sido semanas de mucha tristeza y...

—Mi señora —reprende la curandera—. Eso no es motivo de peso para que el sangrado no se presente, solo conozco una razón y es que esté preñada.

—Retírate —ordena Broderick—. Debo hablar con *lady* Jaelyn...

Obedece dejándome sola con él, me siento muy nerviosa y no soy capaz de mirarlo. ¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido cometer el mismo error dos veces? Cierro los ojos apesadumbrada, sabiendo que si la vieja tiene razón, he sentenciado mi destino.

—¿De verdad no lo sabías? —Alzo la vista incrédula ante sus dudas—. Se supone que las mujeres sabéis de esto.

—Puedo imaginar que las mujeres con las que tú acostumbras a tratar sí —increpo ofendida—. Pero desde luego que yo no... —es una mentira a medias que él nunca va a saber.

—Tenemos que casarnos. —Mi corazón deja de latir por unos instantes al escucharle—. No pienso permitir que mi hijo nazca siendo un bastardo.

—No sabemos si estoy encinta —replico ofuscada, sintiéndome acorralada—. No pienso apresurarme a cometer semejante locura.

—Ambos sabemos que existe la posibilidad —interrumpe—. Doble si no recuerdas mal —increpa con sorna—. Así que antes de que se note tu vientre abultado, tú y yo nos vamos a casar, Jaelyn.

—No quiero hacerlo —le grito, a pesar de que el malestar ha vuelto—. No quiero volver a casarme, y mucho menos contigo.

—Pero lo harás —sentencia entre dientes—. Ahora no solo se trata de nosotros, Princesa. Así que olvídate de tu estúpido orgullo y acepta que los adultos debemos hacer cosas que no deseamos por un bien superior. Mi hijo, a partir de este momento, es lo más importante para mí.

—Miserable bastardo —siseo dolida—. Ojalá te pudras en el infierno —escupo furiosa—.

Reza para que si estoy en estado, sea un niño, porque no pienso permitir que vuelvas a ponerme una mano encima, cerdo asqueroso.

—No cruces el límite, Princesa —escupe con rabia—. Cualquier otra persona ya estaría muerta si fuera tan estúpida como para insultarme.

—Te odio —siseo con unas tremendas ganas de llorar, muerta de miedo por volver a pasar de nuevo por un embarazo—. ¿Por qué demonios eres capaz de preñarme con tanta facilidad y a tu adorada Violet no? —increpo con ganas de abalanzarme sobre él.

Observo cómo enrojece, lo que me hubiera provocado varias carcajadas a su costa si no estuviera tan furiosa y aterrada a partes iguales.

—¿No tendrás bastardos por ahí? —pregunto horrorizada ante esa posibilidad.

—No —niega—. Pero en el caso de que los tuviera, los aceptarías —sentencia sin inmutarse.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —insisto—. Eres capaz de preñar, así que...

—¡No me vacío en ellas! —interrumpe gritando, le miro extrañada porque no comprendo—. Con las demás, siempre he sido capaz de no perder por completo el juicio y no dejar mi semilla dentro —explica algo avergonzado.

Ante su explicación, no sé si sentirme especial, ya que me ha dejado entrever que soy la única que consigue volverlo loco de deseo, a tal punto que no es capaz de pensar con claridad. Por otra parte, no puedo evitar encontrarme atrapada, de nuevo siento que he perdido el control de mi vida y que he dejado mi destino en manos de otros.

—No sé si alegrarme o no por ello —replico—. Broderick, no nos amamos —intento hacerle entender cuán equivocado está—. Créeme, un matrimonio sin amor es...

—No me importa cómo haya sido tu anterior matrimonio —interrumpe molesto—. Solo me importa que un hijo mío crece en tu vientre y no pienso permitir que sea un bastardo, lo que nosotros queremos ya no es importante.

Sale como un vendaval por la puerta dejándome sola, muerta de miedo y con la fuerte convicción de que voy a volver a vivir un infierno mucho peor que el primero. ¿Por qué regresé? No hacerlo no era una opción, mi tío pedía verme y no se lo iba a negar, además de que jamás cruzó por mi mente el hecho de que Sombra y Broderick fueran la misma persona.

¿Cómo voy a soportar estar casada con el hombre que me hizo tanto daño en el pasado? Además de eso, debo añadir la sombra de una amante por la cual me dio la espalda una vez, ¿por qué no lo haría ahora? ¿Acaso pretende que sea su esposa y Violet siga siendo su ramera? Demasiadas preguntas para las que no tengo respuesta y que me atormentan hasta casi volverme loca. Las náuseas no desaparecen, y no creo que lo hagan en un futuro cercano, sin embargo, no puedo permitirme estar en cama. A pesar de la recomendación de la curandera y la oposición de Broderick, me levanto dispuesta a continuar con mis obligaciones.

Al bajar, descubro que Donald está en el salón observando el fuego, se gira al escucharme llegar y la mirada que me dirige no es muy halagüeña. Me acerco con cautela porque desde la muerte de su padre me ha declarado su enemiga, algo que me duele, ya que hemos crecido juntos, a pesar de no sentirme muy cercana a él.

—Dime que no es cierto —dice con brusquedad, frunzo el ceño porque no sé a qué pueda referirse, y tras mi silencio, bufa despectivo—. Así que es verdad. Te has dejado preñar por el bastardo —sisea—. Te has convertido en su ramera, ¿qué crees que diría mi padre? —cuestiona.

Recorro la distancia que nos separa con rapidez para darle la bofetada que se merece por su falta de respeto. Ríe a carcajadas ante mi estallido mientras acaricia su mejilla enrojecida, cuando sus ojos encuentran los míos, puedo ver el desprecio y el odio, doy varios pasos hacia atrás porque no reconozco al Donald que tengo frente a mí.

—¿Por qué él? —cuestiona entre dientes mientras sus manos aprietan mis antebrazos—. ¿Porque es el *laird*? Te recuerdo que antes de su llegada lo iba a ser yo y me rechazaste, ¿qué tiene esa escoria que no tenga yo? —grita muy cerca de mi rostro.

—Suéltame, Donald —ordeno, intentando no perder la paciencia, ni mostrar miedo—. Me estás haciendo daño —espeto, tratando de soltarme.

—No hasta que me respondas —replica—. ¿Estás encinta? —vuelve a preguntar.

—¿Y qué si lo estoy? —alzo el mentón—. Has perdido el juicio, detén toda esta locura antes de que sea demasiado tarde.

—Ya lo es —su sonrisa me hiela la sangre—. Ahora tú eres una piedra en mi camino, querida primita —se burla.

Algo se abalanza sobre él y me hace caer de costado al suelo, gimo por el dolor que recorre mi cuerpo, escucho golpes, maldiciones y gruñidos. Alzo la vista y me sorprende que mi salvador haya sido el joven Andrew, me levanto tambaleante porque no puedo permitir que salga herido por mi culpa, puede que sea muy buen guerrero, a pesar de su corta edad, pero Donald está envenenado por el odio y no va a actuar con honor.

Me acerco a ellos y grito cuando veo cómo mi primo me da la razón al sacar una pequeña daga que se clava en el costado del joven. Grito pidiendo auxilio mientras busco algo con lo que poder ayudar a mi nuevo amigo, cojo el atizador de la chimenea, y en el momento que Andrew cae a un lado lamentándose, no lo pienso y alzo el hierro dispuesta a golpear a Donald. Este es más rápido y se mueve en el momento que mis brazos bajan y el arma golpea el suelo mientras escucho cómo se ríe, me lanzo hacia él de nuevo con la rabia nublándome el juicio.

—¿De quién es el hijo que esperas, perra? —pregunta mientras de nuevo esquivo mi golpe—. ¿De Broderick, o de ese imbécil? Lo digo porque no creo que viva para conocerlo —se burla.

—¿En qué momento te has convertido en un monstruo? —pregunto, anonadada, cometiendo un fallo, bajando la guardia.

—Suelta eso que llevas entre las manos —ordena—. Y deja que me vaya.

—¿Crees que soy estúpida? —le grito furiosa en el momento que escucho cómo alguien más llega al salón.

De reojo, puedo ver que se trata de Broderick y sus hombres. Arthur corre hacia Andrew, Jules y Broke se posicionan al lado de su *laird* con las espadas en alto, preparados para atacar.

—¿Qué has hecho, Donald? —pregunta Broderick mortalmente serio—. Apártate de Jaelyn —ordena con frialdad.

—O si no, ¿qué? —se burla—. ¿Temes que le haga daño a tu ramera?

Siseo con ganas de atizarle de una buena vez, pero me contengo al escuchar la voz entrecortada por el dolor de Andrew.

—Mírale los brazos —dice mientras que Arthur lo levanta cubriendo su herida, Broderick obedece rápidamente, por lo que no me da tiempo a cubrir las marcas, la mirada se oscurece, y la sed de venganza aparece.

—Llévatelo, Arthur —ordena mientras no pierde de vista a Donald, quien ha perdido su sonrisa de suficiencia—. Jaelyn, ve en busca de la curandera.

—No puedes matarlo —exclamo—. Es tu hermano.

—¿Crees que a él le importa? —cuestiona furioso—. Te ha puesto las manos encima, ha herido a uno de mis hombres, ¿y pretendes que le deje marchar?

—No —niego, intentando encontrar las palabras adecuadas para evitar un derramamiento de sangre—. Castígalo.

Donald comienza a carcajearse de nuevo y veo cómo Jules prepara su arco apuntándolo con

una mirada asesina que deja muy claro que desea vengar a su amigo, y que solo espera la orden de su *laird* para acabar con su enemigo.

—Si das un solo paso, te atravieso el corazón —sisea—. Aléjate de *lady* Jaelyn —ordena—. Hazlo antes de que actúe sin esperar una orden.

Al mirar a mi primo, me doy cuenta de que se había acercado a mí, por lo que, sin ser consciente, me acerco a Broderick, y este, al tenerme a poca distancia, me coge del brazo y me pone tras él, mientras me quita de las manos el atizador.

—¿Qué debería hacer contigo, hermano? —pregunta cansado, incluso siento pena por él, le conozco y sé que sufre—. Jaelyn es mi mujer, si vuelves a hacerle daño, te mataré.

—No soy tu hermano —gruñe furioso—. No quiero tu compasión. ¡Mátame si tienes que hacerlo! —grita.

—Por favor —suplico cuando da un paso al frente—. Piensa en tu padre —susurro a su espalda mientras cojo la tela de su *plaid* para impedir que se mueva.

—Vamos a terminar de una vez por todas con esto —sentencia—. Mañana tú y yo lucharemos, el ganador será el *laird* de los MacNeil y todo quedará zanjado.

—Sea —asiente sonriendo—. Mañana terminaré contigo y recuperaré el puesto que jamás debí perder.

Se marcha no sin antes dirigirnos una mirada que deja muy claro lo que siente por nosotros. En cuanto sale del castillo, con una simple mirada, Broderick despide a sus hombres, quienes se marchan imagino para saber cómo está Andrew, y aprieto mis manos con nerviosismo porque temo por él, no podría soportar que muriera por mi causa.

—¿Qué te dije? —pregunta, sacándome de mis pensamientos—. Te dije que no estuvieras a solas con Donald —alza la voz—. ¿Qué hubiera pasado si no llega a estar Andrew aquí?

—Que no estaría herido —respondo con pesar—. Dudo mucho que Donald me hubiera hecho daño...

—Mira tus brazos, maldita sea —replica, cogiéndolos entre sus manos—. Mañana tendrás marcas que no podrás ocultar.

—Mi piel es muy pálida —rebato—. Me salen con facilidad y...

—¡No lo defiendas! —brama soltándome—. Estás embarazada y todo esto no es bueno.



CAPÍTULO XIX

Broderick

Me doy cuenta de lo que acabo de decir y de cómo sus ojos pasan de estar apagados por la preocupación a brillar por el enfado. Comprendo cómo ha podido sonar mi recriminación, mas no pienso retractarme, estoy cansado de ser yo quien deja su alma al descubierto mientras ella sigue negándose a sí misma y a mí lo que todavía nos une.

—Comprendo —asiente con orgullo—. Si piensas que voy a pasar los próximos meses yaciendo sin hacer nada en mi lecho, es que no me conoces.

—Te conozco demasiado bien —siseo—. Eres impulsiva, imprudente...

—Entonces, ¿por qué te casas conmigo? —interrumpe gritando—. No soy ni nunca he sido lo que quieres como esposa.

—Eres la madre de mi hijo —espeto, demasiado tarde me doy cuenta de que le he vuelto a hacer daño con mi obsesión por dejarle claro que me es indiferente, como lo soy para ella.

—Pues es una pena que no hayas preñado a tu amante durante todos estos años —escupe—. Ahora, si me disculpas, voy a ver cómo se encuentra Andrew.

Se marcha con paso decidido mientras la observo alejarse, maldigo en voz baja frustrado. Pocas veces en mi vida he pasado miedo, pero al entrar al salón y ver a Jaelyn con el atizador en la mano como única arma para defenderse de mi hermano, casi acaba conmigo. Estoy convencido de que si no hubiera sido por Andrew, algo muy grave podría haber pasado y yo no podría haberlo impedido, siento que una vez más le he fallado, porque juré que la protegería.

Lo único bueno que puedo sacar de esto es que mañana, al fin, todo terminará de una forma u otra. Uno de los dos será el perdedor, y tanto los leales a mi hermano como los míos no podrán decir nada al respecto.

—¿Cómo está? —pregunto cuando escucho unas pisadas.

—Bien —responde Broke—. La herida parecía peor de lo que es en realidad. La curandera ya lo ha cosido, es joven y fuerte, esperemos que no aparezca la fiebre.

—¿Te ha contado lo que ha ocurrido? —interrogo muy tenso a la espera de escuchar lo sucedido.

—Lo que ya te ha dicho a ti —responde tras un breve silencio—. Escuchó voces, y al entrar, vio cómo Donald sujetaba a tu mujer. —Estoy tentado a rebatirle que todavía no lo es, pero sería una pérdida de tiempo

—¿Por qué? —continúo preguntando para intentar entender, sé que Jaelyn no va a contarme

nada.

—Según Andrew, le recriminaba algo sobre su embarazo. —Su respuesta me sorprende y lo miro confundido—. ¿Cómo lo ha sabido?

—No lo sé —respondo frunciendo el ceño—. Debe tener espías porque no he hecho el anuncio, no hasta que no resuelva todos los problemas.

—Entonces debes protegerla, Broderick —replica—. Ahora ella supone una amenaza mayor porque gesta a tu heredero, algo que no tiene tu hermano.

—Mañana acabará todo —sentencio—. Quería hablar contigo. —Mi mejor amigo me presta toda su atención—. Si algo me ocurre, coge a Jaelyn y márchate junto a los demás.

—No va a sucederte nada —replica molesto—. No digas tonterías —amonesta—. ¿Por qué me lo pides a mí? —gruñe.

—Confío en todos vosotros —respondo con sinceridad—. Y sé que cuidaréis de Jaelyn y mi hijo. Es algo de por vida, Broke, si no es mañana, puede ser otro día, y quiero que tengas presente que para mí lo más importante son ella y mi hijo.

—No sigas diciendo estupideces —regaña—. Mañana ganarás a tu hermano limpiamente y terminarás con estas semanas de incertidumbre para el clan. Así podrás disfrutar de tu próxima familia.

—No creas que será tan fácil —suspiro—. Si gano, lo haré a expensas de mi hermano.

—No lo mates si así lo deseas, pero recuerda que él no va a dispensarte la misma gracia —rebate—. Haz lo que creas, pero gana para que nadie pueda discutir que eres el legítimo *laird* de los MacNeil.

—¿Serás mi segundo al mando? —pregunto—. Voy a necesitarlo, ¿sabes?

—Será un honor cubrir tus espaldas —bromea—. Dime, ¿por qué no estás con Jaelyn?

—Me temo que, como siempre, he sido un miserable con ella —suspiro cansado de el tira y afloja—. El miedo...

—Te conozco, Lobo —interrumpe—. Nunca he visto el gesto de horror que has puesto en el momento que hemos llegado al salón y has visto que corría peligro.

—Sin embargo, no soy capaz de mostrarle eso a ella —replico—. Odio sentirme vulnerable y débil, Broke, me recuerda demasiado a ese niño asustadizo que vivía en la calle.

—¿Y crees que ella no ha sentido miedo? —pregunta—. Es una muchacha valiente, te lo concedo, ha defendido a Andrew y a ella misma con arrojo.

—Siempre lo ha sido —sonríe sin ser consciente—. Desde muy pequeña me obligó a que le enseñara todo lo que sabía por aquel entonces. Maneja la daga y el arco...

Enmudezco recordando aquella noche en la que rompí algo muy preciado para ella, lo hice con mis propias manos y con las mismas lo destruí llevado por la rabia. Broke me comprende, él sabe cosas que nadie más conoce, por ello es una de las personas en las que más confío.

—Le enseñaste bien —alaba sonriente—. No comprendo por qué dejaste que todos esos buenos momentos desaparecieran, Broderick.

—Me temo que me dejé influenciar —digo avergonzado—. Luchaba contra lo que sentía porque creía que no eran sentimientos puros, era casi un niño, maldición.

—No eres mucho mayor ahora —bromea—. Y sigues cometiendo los mismos errores. Debes tener cuidado si sigues empeñado en no sincerarte, puedes perderla para siempre. Sabes lo que es vivir sin ella, ¿crees ser capaz de pasar el resto de tu existencia sin Jaelyn?

Necesito tiempo para pensar bien lo que quiero decir, aunque la respuesta es rápida, no sería capaz de volver a verla marchar. Muchas noches, al principio, me emborrachaba para intentar olvidar el hecho de que podría estar en el lecho de otro hombre, su esposo, y que no era yo. Otras

las pasaba con Violet intentando perderme en su cuerpo, buscando algo que jamás iba a encontrar.

—No pensé que te iba a costar tanto —replica mi amigo contrariado.

—La respuesta la sabes tú y la sé yo, amigo —le digo—. Has sido testigo de mi tormento, sin embargo, no es tan fácil dejar atrás tanto tiempo de malos entendidos, de sentimientos encontrados y enterrados.

—No habéis tenido problemas en engendrar un hijo —rebate—. ¿De verdad quieres que crezca con unos padres que apenas se toleran porque no son capaces de hablar con la verdad?

—¡No! —exclamo—. Claro que no, maldita sea.

—Pues solo tienes unos meses —espeta—. Date prisa —apremia.

—Puede que no tenga tanto —replico—. No tengo miedo de lo que pueda suceder mañana, pero por primera vez en mucho tiempo temo no poder regresar junto a ella.

—¿Crees que permitiré que te mate? —pregunta—. Puedo asegurarte que mañana no vas a morir.

—No interfieras —ordenó con firmeza—. Es algo entre Donald y yo.

Tras varios minutos más de conversación, mi amigo se marcha contrariado. Puedo comprender su necesidad de protegerme, pero no pienso actuar sin honor pidiéndole que me salve en el último momento; si no soy capaz de ganar limpiamente, no quiero hacerlo.

Cuando Jaelyn regresa, me doy cuenta de que ni siquiera piensa dirigirme la palabra, es algo que me esperaba, pero necesito dejar todo muy bien atado por si me sucede algo mañana.

—Jaelyn —la llamo deteniendo su huida—. Necesito hablar contigo.

—¿Algún insulto más o acusación, *laird*? —pregunta a la defensiva—. Andrew se pondrá bien, por si te interesa.

—Confío en ello —replico—. Necesito que me escuches y dejes tu enfado a un lado. Si mañana me ocurre algo...

—No termines esa frase, Broderick —interrumpe como hace poco lo ha hecho mi amigo—. No va a suceder nada, si no tienes nada más que decirme, voy a descansar.

—¿Te encuentras mal? —pregunto preocupado—. Tendríamos que haber llamado a la curandera después del ataque —gruño.

—Estoy bien —espeta—. Solo quiero descansar, mañana será un día difícil.

La veo marchar con ansias de seguirla, como hubiera hecho en el pasado, hasta conseguir que su enfado desapareciera. En vez de eso, salgo del castillo para ir a ver a Andrew y asegurarme de que está fuera de peligro. Al entrar a la cabaña que comparte con Arthur, no me sorprende nada encontrarlos juntos.

—¿Cómo se encuentra? —pregunto en voz baja al darme cuenta de que duerme.

—Por ahora bien —responde—. Esperemos que no aparezca la fiebre. La curandera le ha limpiado bien la herida, pero...

—No temas —interrumpo—. Andrew es fuerte y joven. Y no es tan estúpido como para no acatar una orden de su *laird* —añado con la esperanza de que pueda escucharme—. Le prohíbo morir.

—Solo tú podrías ordenar algo así —escuchamos que balbucea el herido—. No planeo pasar a mejor vida todavía.

—Me alegra escucharlo —asiento—. He venido a agradecerte que hayas protegido a Jaelyn arriesgando tu propia seguridad.

—Lo juré —responde—. Nunca dañarán a mi señora si puedo evitarlo.

—Procura que la próxima vez no te hieran —amonesto sin ser muy severo—. No os pido que

muráis en el intento, eso solo me corresponde a mí.

Tras el silencio que sigue a mis palabras, con un gesto, me despido de ellos, sabiendo que Andrew va a sobrevivir, algo menos de lo que me tengo que preocupar. Emprendo el camino de regreso al castillo perdido en mis pensamientos.

—¡Broderick MacNeil! —el bramido de una mujer que conozco demasiado bien me detiene, cierro los ojos sabiendo que Violet está furiosa, incluso antes de darme la vuelta y verla llegar hasta mí—. ¿Es verdad?

—¿El qué? —pregunto con hastío, observándola, intentando recordar por qué fue durante tanto tiempo tan importante para mí.

—¿Has sido tan estúpido como para retar a tu hermano? —cuestiona—. Siempre supe que Jaelyn MacNeil iba a ser tu destrucción, pero jamás pensé que fuera de este modo.

—Tienes muy poca fe en mí, Violet —replico ofendido—. ¿Crees que no puedo ganarle?

—Él no va a atacarte con honor —replica—. Y tú sí. Al menos, utiliza todo lo que aprendiste viviendo en la calle...

—No —interrumpo—. ¿Qué clase de *laird* sería si ganara a mi hermano y el puesto con malas mañas? —cuestiono.

—Si quieres conocer a tu hijo, cuida tu espalda —rebate.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Quién te lo ha dicho?

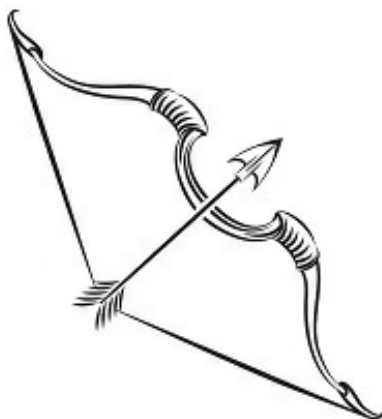
—¿Crees que las buenas nuevas no corren raudas? —cuestiona con cinismo sin responder a mi pregunta—. Lo que no logro comprender es por qué la has preñado con tanta facilidad. ¿Seguro que es tuyo? Puede que sea de algún MacLean.

—Muérdete la lengua, mujer —escupo furioso—. No vuelvas a decir eso jamás, ni se te ocurra difundir falsos rumores, Violet —le advierto con frialdad.

—No me culpes por pensar en esa posibilidad —se alza de hombros sonriendo—. Es tu problema si confías en quien no debes...

—Ese es un error que no pienso repetir de nuevo —interrumpo, consiguiendo que pierda su sonrisa, mirándome con rencor—. Mantente alejada y podremos vivir en paz.

Me alejo sintiendo cómo su mirada no me abandona. Y con una sombra sobre mí que antes no tenía, una duda que ronda mi cabeza y carcome mi seguridad.



CAPÍTULO XX

Jaelyn

Al entrar a mis aposentos, parece que todo el cansancio que no había sentido hasta ahora regresa para dejarme exhausta. Observo todo a mi alrededor con otros ojos, ahora que sé que en mi interior, de nuevo, crece una vida, no estoy segura de cómo sentirme.

¿Por qué? Es la pregunta que se repite una y otra vez en mí mente. Me tumbo en mi lecho odiando la sensación de sentirme débil, ¿cómo no me di cuenta antes de que tengo los mismo síntomas que la primera vez? Cierro los ojos para acallar todo el ruido de mi cabeza.

Recorro el pasillo con rapidez para acudir a la llamada de mi señor, al llegar a las escaleras, comienzo a descender con mucho cuidado, pues temo caerme.

—¿Dónde vas con tanta prisa, madre? —pregunta el hijo de mi esposo—. Podrías caer y ese bastardo no llegaría a nacer.

Le miro asustada ante la maldad de su amenaza. Si él supiera que mi bebé no es un impedimento para que el día de mañana sea laird, tal vez me dejara en paz, sin embargo, no puedo romper mi palabra, le juré a MacLean que el ser que crece en mi vientre lo haría como su hijo, por ello me siento atada de pies y manos.

—Tu padre me ha mandado llamar —respondo con el mentón en alto para impedir que se dé cuenta del miedo que siento en su presencia, siempre ha sido así, soy capaz de ver que es un monstruo con piel de cordero—. Si me disculpas...

Mi alarido al sentir cómo alguien me empuja se escucha en todo el castillo. Ruedo escaleras abajo y, aunque intento proteger a mi bebé, no consigo gran cosa. Cuando mi cuerpo impacta en el suelo, grito de nuevo ante el dolor que me recorre al caer sobre mi vientre. De inmediato, la gente me rodea, sollozo al escuchar la voz de mi esposo dando órdenes, en cuanto me levantan, gimo al sentir algo caliente empapar mi entrepierna, y sin mirar, sé de lo que se trata.

—Mi hijo... —sollozo mientras me dejan sobre mi lecho—. Por favor...

—Tranquila, niña —dice mi esposo a mi lado—. ¿Qué ha sucedido? ¿Has tropezado?

—Mi señor —dice una de las criadas—, mi pequeño ya ha ido a avisar a la vieja Maude.

—Que se dé prisa —brama—. Mi esposa está perdiendo mucha sangre.

Grito de nuevo cuando un dolor desgarrador recorre mi vientre por segunda vez, pero ahora con mucha más intensidad. Cuando llega la curandera, escucho lo que tanto temía, y por unos

instantes estoy tentada en dejarme morir, porque me acaban de arrebatarse lo único que me quedaba del hombre que he amado más que a mi vida.

—El parto se ha adelantado debido a la caída —sentencia con seriedad—. Pero, por la sangre que ha perdido, puedo asegurar que el bebé nacerá muerto. Aun así, debe empujar, mi señora.

Desde ese momento, para mí se detiene el tiempo y no soy capaz de escuchar o ver nada de lo que sucede a mi alrededor. Mi cuerpo está desmadejado en un lecho encharcado de sangre, pero mi mente y mi corazón viajan muy lejos de este lugar. El dolor atraviesa mi vientre cada vez con más intensidad, sin embargo, no grito de nuevo hasta que siento la necesidad de empujar con todas mis fuerzas, con la esperanza de que la curandera esté equivocada y mi hijo nazca con vida.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que, con un alarido final, expulso de mi cuerpo al pequeño ser que no he sido capaz de proteger de la maldad que, tantas veces, su padre me repitió que existía en el mundo exterior, ese que yo no había conocido entre los muros de Kisimul. Alzo mi rostro para ver un pequeño cuerpo ensangrentado, inmóvil, y rompo en un llanto desgarrador al comprender que es imposible que esté vivo, es demasiado pequeño.

—Era una niña —dice la anciana, mirándome con una profunda tristeza.

Lanzo un último alarido desgarrador desde lo más profundo de mi alma, y pierdo la conciencia, deseando no despertar de nuevo.

Despierto sobresaltada y empapada en sudor. Jadeo ante el dolor de los recuerdos, hacía mucho que las pesadillas con aquel día no me atormentaban. Me levanto del lecho en busca de aire, abro la ventana y me doy cuenta de que ha anochecido, inspiro para tranquilizarme llenando mis pulmones. Escucho unos susurros y miro hacia abajo para ver a Donald con dos de sus hombres, me escondo, pero intento descifrar lo que dicen.

—¿Cómo has sido tan estúpido, muchacho? —pregunta el mayor de los tres—. Atacar a tu prima y a uno de los hombres de Broderick...

—Mañana pondré fin a esto —gruñe mi primo—. Volveré a recuperar el puesto para el que me han criado.

—¿Crees que tienes posibilidades de ganar a tu hermano? —se burla el otro—. Eres bueno, pero él lo es más y tu padre lo sabía.

—Vete al infierno —lo empuja ofendido—. Ese bastardo tiene un defecto, es demasiado honorable, yo no lo soy tanto —se burla—. ¿Crees que voy a jugar limpio?

Jadeo y me cubro la boca temiendo que me hayan escuchado. ¿Piensa matar a Broderick a traición? El miedo y la furia que siento en estos momentos me hacen olvidar por qué me he despertado.

—Si fallo —continúa diciendo entre susurros—, debéis matarlo. Sea como sea, mañana debemos hacernos con el control del clan.

Cierro los ojos horrorizada ante lo que escucho de boca del muchacho con el que crecí. No reconozco en quién se ha convertido y me pregunto qué ha podido suceder para que haya cambiado tanto, para que el rencor, la envidia y la sed de poder lo hayan corrompido hasta el punto de perder el honor.

Veo cómo se marchan intentando asimilar lo que acabo de escuchar. Me tiembla todo el cuerpo al darme cuenta de que mañana Broderick morirá haga lo que haga, ese descubrimiento me estremece, salgo de mi alcoba en su busca para advertirle y corro a la suya sin importarme las horas que sean. Entro y todo está en semipenumbra, aun así, soy capaz de distinguirlo en su lecho, me acerco con sigilo para verlo dormir. Me sonrojo al darme cuenta de que está desnudo,

y no puedo evitar recorrer su cuerpo recordando el placer que he sentido en sus brazos.

Alzo mi mano para despertarle, pero la suya coge mi brazo deteniendo mi avance, abre los ojos y los clava en los míos. No parece avergonzado por su desnudez, lejos de cubrirse, con un movimiento, consigue que quede sobre él, jadeo ante la impresión.

—No vuelvas a entrar con tanto sigilo, Princesa —amonesta con voz ronca—. Deberías recordar que tengo el sueño ligero y el oído agudo.

—Suéltame —ordenó removiéndome intentando levantarme—. Quítame las manos de encima.

—Eres tú la que has venido a mi alcoba —se burla soltándome, alzando sus manos en señal de rendición—. ¿Qué sucede?

Me levanto con dificultad intentando ocultar el hecho de que estoy temblando y no de frío precisamente. Me arreglo el cabello porque me siento muy nerviosa en su presencia, como si fuéramos dos extraños y no dos personas que se conocen desde niños y que van a tener un hijo.

—He escuchado algo —informo por fin cuando estoy segura de que mi voz no va a temblar. Broderick pierde la sonrisa y se levanta para comenzar a vestirse—. Ya se han marchado —se detiene y me mira ceñudo sin comprender nada.

—¿De qué demonios hablas? —pregunta, soltando su *plaid* de malas maneras, quedando de nuevo desnudo—. ¿No ha entrado nadie a tu alcoba? ¿Al castillo?

—No —niego, intentando obviar su maldito cuerpo desnudo—. He escuchado a Donald y a dos de sus hombres bajo mi ventana.

—Habla —ordena interesado.

—Estaban hablando sobre lo ocurrido hoy —comienzo a relatar, intentando no dejarme ningún detalle—. Uno de ellos le recriminaba a Donald su estupidez por lo sucedido, el otro duda que sea capaz de ganar mañana, por ello ha ordenado que, de una forma u otra, tú acabes muerto.

No parece sorprendido y, ante su impasividad, comienzo a enfadarme. Vuelve a tumbarse en la cama como si tal cosa, como si no acabara de decirle que mañana su vida pende de un hilo muy fino.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —cuestiono, cruzándome de brazos—. Te acabo de decir que Donald ha ordenado tu muerte, Broderick.

—Ya lo sabía —responde mientras cierra los ojos y pone sus brazos tras su cabeza, dejándome ver sus fuertes músculos, trago saliva porque siento mucho calor—. No soy tonto, Princesa. Mi hermano me quiere muerto y lo intentará de cualquier manera.

—¿Y no vas a hacer nada? —pregunto, de nuevo, alzando la voz—. ¡Broderick!

Al fin vuelve a abrir sus ojos para mirarme con una intensidad que me deja sin palabras, juraría que sus ojos se han oscurecido, así que no sé si por fin he conseguido que reaccione ante lo que le acabo de contar.

—Luchar, Jaelyn. Eso es lo que pienso hacer —espeta—. No sabía que te preocupara tanto mi vida, después de todo, si mi hermano acaba conmigo, no tendrás que casarte.

—No puedo creer que hayas dicho eso —escupo ofendida—. Puede que te deteste, pero no como para desear que acabes bajo tierra. Haz lo que te plazca, MacNeil.

Me dispongo a marcharme cuando de nuevo su mano coge mi brazo y me veo acostada en su lecho con su cuerpo sobre el mío. Respiro deprisa porque mi corazón golpea con fuerza mi pecho.

—¿No crees que deberíamos pasar esta noche juntos, Princesa? —pregunta susurrando—. Puede que sea la última...

—No digas tonterías —me remuevo inquieta—. Si eres inteligente, no te ocurrirá nada.

—Al menos, deja que te bese —suplica muy cerca de mis labios temblorosos—. Jaelyn...

Cierro los ojos como respuesta a su petición y no tardo en sentir el beso más suave que jamás me haya dado, tanto que siento unas terribles ganas de llorar por el miedo a que le suceda algo, mis manos se pierden en su cabello y mi cuerpo busca el suyo anhelando su contacto.

Una vez más, me dejo llevar por el deseo que solo él es capaz de despertar en mí, y durante unas horas me olvido de lo que nos separa.

Incluso puede que la misma muerte decida apartarlo de mi lado mañana...

Al despertar horas después, me doy cuenta de que apenas comienza a amanecer. Salgo de la cama sin hacer ruido y me visto como buenamente puedo para salir rauda hacia mi alcoba con la decisión firme de no permitir que el padre de mi hijo pierda la vida hoy.

Me lavo y cambio de ropa sin perder tiempo, guardo mi daga y el arco que mandé hacerme cuando vivía con los MacLean, sin pararme a pensar el motivo por el que tuve que hacerlo, no he utilizado uno desde hace más de dos años, solo espero que si es necesario, mi puntería no falle. Salgo del castillo y me escondo en un punto estratégico, uno de los árboles desde el cual tengo visibilidad del patio donde van a pelear los hermanos MacNeil, su padre debe estar revolcándose en su tumba.

No pasa mucho tiempo cuando la gente comienza a llegar, el sol ha despuntado tras las montañas. Los hombres del *laird* son los primeros en aparecer, incluso Andrew, quien apenas se mantiene en pie gracias a la ayuda de Arthur, poco después aparece Broderick con un semblante sereno, y al verlo, intento que lo ocurrido hace unas horas no me distraiga de lo que tendré que hacer en caso de ser necesario.

Donald llega con sus leales, también parece tranquilo, y no dudo que lo esté. Lo que él no sabe es que estoy dispuesta a frustrar sus planes por salvar a su hermano. No soy capaz de escuchar lo que se dicen antes de comenzar, contengo el aliento cuando lanzan los primeros golpes, pronto me doy cuenta de que Broderick es incluso más letal que hace años, por lo tanto, su rival no tiene nada que hacer. Rezo para que no cumpla su amenaza, pero cuando es herido en la pierna, lanza una mirada a uno de sus compinches, y me tenso porque sé lo que significa. Si conozco algo al padre de mi hijo, habrá ordenado a los suyos que no actúen, sin embargo, yo no he recibido tal orden.

Observo cómo uno de ellos saca una daga e imagino que atacará cuando Broderick pase por delante de él. Preparo mi arco, tenso la cuerda y rezo para no fallar, Donald brama ante un nuevo corte en su brazo, mi flecha sale volando en el momento en el que soy consciente de que van a atacar por la espalda. Impacta acabando con la vida del traidor, todos gritan impresionados y buscan el origen del ataque, solo él, solo Sombra, mira hacia el árbol. En esa fracción de segundo en la que se desconcentra, el hombre más mayor se prepara para acabar lo que su compañero no ha sido capaz, mi segunda flecha corta el aire e impacta en su pecho, cae sin vida a los pies de mi primo, quien intenta encontrarme sin éxito.



CAPÍTULO XXI

Broderick

Al despertar, lo hago solo, aunque donde descansaba Jaelyn todavía está caliente, lo que me deja saber que no hace mucho que se ha marchado.

—Maldita mujer —siseo, levantándome para vestirme con rapidez—. ¿Dónde se habrá metido a estas horas?

¿Cómo puede huir después de lo que vivimos hace unas horas? Cuando entró a mi alcoba, lo supe en el momento que abrió con sigilo la puerta; ella piensa que es silenciosa, pero es algo en lo que debe mejorar. Verla tan cerca de mí por iniciativa propia hizo que mi cuerpo reaccionara, y sus miradas hambrientas no ayudaron.

Ahora debo olvidar las pocas horas que he compartido con ella para centrarme en salir con vida y regresar a su lado y al de mi hijo no nacido. Jaelyn, sin palabras, me ha dejado saber lo que se empeña en ocultar, puede que grite su odio por mí, aun así, lo que nos unió en el pasado todavía existe, y si hoy sobrevivo, me propongo recuperarlo.

Cojo mi espada, la cual afilé anoche antes de irme a la cama. Observo el brillo del filo, llaman a la puerta, me dirijo hacia ella y, al abrir, mis hombres están ante mí con el semblante mortalmente serio.

—Es la hora —les digo—. ¿Habéis visto a Jaelyn? —pregunto.

Niegan y frunzo el ceño extrañado, les ordeno que vayan saliendo al patio porque no quiero que nadie piense que no voy a presentarme. Corro a su alcoba y la encuentro vacía, no tengo tiempo para buscarla.

—Maldición, Jaelyn —gruño frustrado—. Cuando te encuentre, pienso ahorcarte con mis propias manos.

Salgo raudo para llegar al patio donde, como suponía, se ha congregado todo el clan para ser testigo de cómo los hermanos MacNeil pelean hasta la muerte por el puesto de *laird*. Busco entre la gente sin verla, lanzo una mirada de desaprobación a Andrew, quien se ha puesto en pie solo para darme su apoyo con su simple presencia, si salgo con vida, pienso matarlo también, maldito mocoso desobediente.

—Comencemos, hermano —espeta con ironía—. ¿Preparado para morir?

—¿Lo estás tú? —rebato entre dientes, sabiendo por qué está tan seguro de su victoria.

Su ataque lo espero y lo esquivo con facilidad, es bueno, debo reconocerlo, sin embargo, no me cuesta nada repeler cualquier estocada por su parte. Consigo herirlo primero en la pierna,

luego en el brazo, la gente a nuestro alrededor grita cuando una flecha impacta en uno de los esbirros de mi hermano, la siguiente no se hace esperar acabando con la vida del segundo.

—¿Quién demonios está disparando? —brama mi hermano furibundo—. ¡Da la cara, maldito cobarde! —ordena.

Sé quién ha sido sin necesidad de verlo con mis propios ojos. Y cuando desciende de nuestro árbol con un arco en sus manos y una firme decisión en sus hermosos ojos, no sé qué sentir en estos momentos, ¿orgullo? ¿vergüenza?

—¿Has sido tú? —reclama con rabia al ver cómo se acerca—. ¿Tú le dijiste que te salvara? ¿Necesitas que una mujer te mantenga con vida?

—Muérete la lengua, Donald MacNeil —ordena Jaelyn igual de furiosa—. Te escuché anoche. —Veo cómo mi hermano palidece, aunque intenta disimularlo—. ¿Crees que iba a permitir que ganaras a traición? ¿No tienes honor? Eso no es lo que te enseñó tu padre...

—No oses nombrarlo, traidora —grita, abalanzándose sobre ella, y antes de que pueda detenerlo, ella ha clavado una pequeña daga en su pierna herida—. ¡Maldita zorra! —sisea de dolor, cayendo de rodillas al suelo.

—La próxima vez que vuelvas a intentar dañarme, te mataré —replica con una frialdad admirable—. Deberías avergonzarte, Donald.

—Aléjate, Jaelyn —ordeno con ganas de rebanarle el cuello a mi hermano por intentar dañarla de nuevo, en realidad, alzo la espada para hacerlo.

—¡No! —me detiene, cogiéndome del brazo—. No lo mates, es tu hermano, Broderick.

—Para él no —bramo cansado y furioso—. No va a dejar de odiarme, Jaelyn. Mientras viva, siempre tendré que vigilar mi espalda.

—No lo dudes, bastardo —sisea mirándome con rencor—. Hazlo, mátame y acabemos con esto de una maldita vez.

Me deshago del agarre de Jaelyn con brusquedad por la rabia que siento ante las palabras del hombre que tengo arrodillado frente a mí, que, lejos de rogar por su vida y mi perdón, todavía me desafía con odio desmedido sin comprender que no le he arrebatado nada. De nuevo alzo mi espada con la intención de terminar de una vez con toda esta situación, sin embargo, tras varios segundos en los que mi mano tiembla, no soy capaz de hacerlo, soy incapaz de arrebatarle la vida a mi hermano.

—Broderick, por favor —suplica Jaelyn—. ¿No lo ves? No eres como él, no eres capaz de hacerlo.

Con un bramido nacido de la rabia y la impotencia, lanzo mi espada lo más lejos posible. Furioso conmigo mismo por no ser capaz de actuar de la misma forma que lo haría Donald sin dudar. Mi hermano me observa desde el suelo con una sonrisa en su rostro, burlándose de mí, mi furia crece y le doy un puñetazo, tras el primero, unos cuantos más, no soy capaz de parar aunque escucho cómo la madre de mi hijo me suplica que lo haga.

—Sacadlo de mis tierras —ordeno cuando soy capaz de detenerme y su rostro está irreconocible y ensangrentado, al igual que mis manos—. Si sobrevive y es tan estúpido como para regresar, matadlo.

Mis amigos reaccionan de inmediato y se lo llevan a rastras, ni siquiera estoy seguro de que esté vivo. Miro mis manos temblorosas manchadas de la misma sangre que corre por mis venas, alzo la mirada para encontrarme con el rostro desencajado de Jaelyn, quien me observa como si no me conociera, y el motivo es que siempre la mantuve alejada de la parte oscura de mi vida, jamás tuvo motivos para verme perder los estribos como hace un momento.

—Eres un miserable —sisea furiosa, sus puños apretados—. ¿Así es como pretendes ganar tu

puesto? —cuestiona en voz baja.

—¿Alguien más duda de que soy el legítimo *laird* de los MacNeil? —pregunto, gritando para que todos me escuchen—. Si alguien piensa que no, que lo diga ahora.

Nadie da un paso al frente ni dice ni una sola palabra al respecto. Unos me observan con respeto, otros con temor, unos pocos ni siquiera son capaces de alzar la vista, ¿esto es lo que deseaba? Lo cierto es que no, pero si debo convertirme en un *laird* temido por su gente para que me respeten y me den el lugar que me corresponde, que así sea.

—¿Lo ves, Princesa? —replico con ironía—. No parece que nadie esté tan escandalizado como tú. Será mejor que te tranquilices, eso no es bueno para mi futuro hijo.

Escucho los jadeos de las personas congregadas, Jaelyn me mira furiosa ante el hecho de que haya anunciado de esta manera la buena nueva, o tal vez es que ni siquiera quería que se supiera, aunque no es algo que se pueda esconder durante mucho tiempo más.

—Creo que es hora de que nuestra gente sepa que vamos a casarnos y a tener a nuestro primer hijo —anuncio sin emoción.

Jaelyn se marcha directa al castillo, la sigo porque tenemos mucho de lo que hablar.

—¿Por qué no me dijiste anoche lo que pensabas[^{NB2}] hacer? —pregunto—. Jamás vuelvas a exponerte por salvarme.

—Créeme, ahora me arrepiento de haberlo hecho —me encara furiosa—. ¿Cómo has podido comportarte de ese modo, Broderick? Nunca...

—¿Nunca me habías visto actuar de ese modo tan violento? —interrumpo riéndome—. Claro que no, apenas eras una niña, Jaelyn. Cuando estaba contigo, dejaba mi forma de vida fuera de los muros del castillo.

—¿No tienes remordimientos? —pregunta—. Te has comportado como una fiera salvaje allí fuera.

—¿Y Donald? —cuestiono furioso—. Él, mi hermano pequeño, había conspirado para matarme a toda costa, Jaelyn. Si tanta pena te da, tal vez deberías haberle dejado terminar su propósito.

—Tal vez —se encoge de hombros—. Pero no quiero que mi hijo crezca sin su padre.

—Un padre que no has elegido, ¿cierto? —cuestiono, recordando las palabras que me dijo Violet, algo que había desechado, pero que ahora vuelve con fuerza a mi mente.

—No sé de qué estás hablando —escupe apartando la mirada—. Si te refieres a que no quería tener un hijo contigo, es cierto, creo que nunca te he mentado, Broderick. Ni te quiero por esposo ni como padre de mis hijos, sin embargo, ahora eso ya no se puede cambiar.

—¿Realmente no? —cuestiono de nuevo—. Solo hay una forma de que te salves de un matrimonio que detestas, y es que me digas que ese hijo no es mío.

—¿Te has vuelto loco? —pregunta ofendida—. ¿Qué quieres decir? No soy ninguna ramera que se encama con el primero que pasa, MacNeil —sisea con furia—. ¿Cómo te atreves a insinuar tal cosa?

—Puede que vinieras preñada de algún MacLean —escupo con asco ante esa idea—. No de tu difunto esposo, por supuesto —me burlo—. ¿Me equivoco, Jaelyn? —pregunto zarandeándola—. ¡Dime que me equivoco! —le grito aterrado ante la idea de escuchar de su boca lo que tanto temo.

Se suelta de mi agarre con un brusco tirón y la bofetada que recibo es toda la respuesta que parece estar dispuesta a darme. Ambos nos miramos de nuevo como los viejos enemigos que somos, y una vez más me pregunto cómo llegamos a esto, ¿en qué momento se perdió todo?

—¿Recuerdas que hace dos años te dije que no pensaba perdonarte que me dieras la espalda?

—pregunta con una frialdad que me sorprende—. Podría haberlo hecho, pero esto... Jamás voy a perdonarte que hayas desconfiado de mí, que hayas insultado a tu propio hijo —termina siseando con los ojos anegados de lágrimas sin derramar.

—Jaelyn... —comienzo a decir arrepentido, dándome cuenta de que, una vez más, he dejado que otros se inmiscuyan entre nosotros—. Yo...

—Tú nada —interrumpe con firmeza—. Si debo casarme contigo para que mi hijo no sea un bastardo, lo haré. Una vez me casé sin amor, bien puedo hacerlo ahora detestándote. Pero quiero que sepas que nunca más vas a tocarme, tú puedes seguir encamándote con tu amante, sigue con tu vida como hasta ahora, por lo tanto, reza para que sea un varón o no tendrás heredero, no conmigo al menos.

Se marcha corriendo, no la sigo porque sus palabras han sido peor que una bofetada. La conozco y no va a perdonarme que haya dudado de su integridad, que haya puesto en duda la existencia de nuestro hijo, un ser que creamos juntos.

—Maldición —grito, sintiéndome como un maldito estúpido que se deja envenenar una y otra vez por la misma persona—. Esta ha sido la última vez —sentencio, saliendo del castillo para dirigirme a la cabaña de Violet.

Entro abriendo la puerta violentamente, sorprendiendo a mi antigua amante dándose un baño como si tal cosa, parece no inmutarse por su desnudez, después de todo, la he visto en incontables ocasiones.

—El *laird* viene a verme —se burla mientras sale de la tina con lentitud, dejando que el agua resbale por su curvilíneo cuerpo—. Qué honor... ¿Qué puedo hacer por vos, mi señor? —continúa con ironía.

Se acerca hacía mí y su mano recorre mi pecho con lentitud, lo que antes me producía un estremecimiento de placer, ahora solo consigue enfurecerme, la aparto con brusquedad cansado de sus juegos.

—Tú misma pusiste fin a lo nuestro, Violet —le recuerdo—. Pero aunque no lo hubieras hecho, eso estaba terminado y ambos lo sabíamos. Vengo a advertirte por última vez que no intentes jugar con mi mente de nuevo, deja de escupir tu veneno.

—¿Yo? —pregunta sorprendida—. No he hecho nada, Lobo. ¿Qué ha pasado ahora con tu adorada Jaelyn para que vengas a reclamarme a mí?

No respondo porque no quiero darle más motivos para que siga envenenándose, me observa por lo que parece una eternidad antes de comenzar a reír como si hubiera perdido el juicio.

—Ya veo —dice al fin cuando consigue calmarse lo suficiente—. ¿No le habrás preguntado si el bastardo que lleva en su vientre es tuyo? —Ante mi silencio de nuevo se carcajea—. Eres más estúpido de lo que pensé —amonesta.

—Cállate —le ordeno gritando—. Debería desterrarte —gruño, frustrado, pasando una mano por mi cabello desordenado.

—Hazlo —se alza de hombros—. Eso no va a hacer que ella te perdone. ¿Nunca le has preguntado por qué volvió a Kisimul? —pregunta mientras se cubre con una fina bata.

—Mi padre la llamó —respondo, frunciendo el ceño sin comprender donde quiere ir a parar.

—¿Y nunca le has preguntado lo que vivió con los MacLean? —vuelve a interrogar—. Creo que no la amas tanto como siempre has dicho, ni siquiera te importa su pasado y quieres un futuro a su lado.

—Conozco su pasado —rebato—. Crecí con ella.

—Pero durante dos años estuvisteis separados, vivió entre extraños, con un anciano que dudo mucho pudiera protegerla —se alza de hombros, ya que lo que pueda pasarle a Jaelyn a ella le

importa muy poco, siempre se han odiado y el motivo he sido yo.

—No quiero escucharte —replico—. Te lo repito una vez más y no lo volveré a hacer. Mantente fuera de mi camino si no quieres acabar desterrada y sin un clan en el cual vivir.

—Como si eso me importara —escupe con furia.

Salgo de la cabaña igual de furioso que he entrado, siempre consigue hacerme sentir estúpido con unas simples palabras. Consigue que me sienta como ese jovencito que la vio por primera vez y se quedó prendado por su sensualidad.

De regreso en el castillo, descubro que mis hombres me esperan en el salón.

—¿Mi hermano...? —pregunto, ordenando que nos traigan *whisky*.

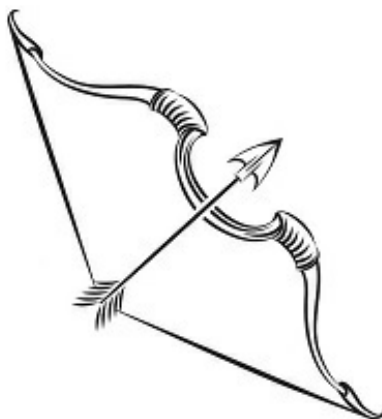
—Fuera de las tierras MacNeil tal como ordenaste —responde Broke.

—¿Estaba vivo? —vuelvo a preguntar.

—Sí —responde—. Pero no por mucho tiempo...

—Sea —sentencio—. Él selló su destino, al igual que he sellado el mío.

—En mi opinión, has sido demasiado benevolente —dice Jules—. Yo lo hubiera matado sin dudar, se lo merecía.



CAPÍTULO XXII

Jaelyn

E scondida, escucho cómo los hombres informan de la situación de Donald, gruño frustrada porque no dicen el lugar exacto donde lo han dejado. Puede que no se lo merezca, pero no soy capaz de dejarlo morir como un perro, mi tío no querría esto.

—No habéis tardado mucho —dice Broderick—. ¿Dónde lo habéis dejado?

—Entre las tierras de los MacNeil y la de los MacLean —responde Arthur.

Abro los ojos como platos horrorizada ante el hecho de que lo hayan dejado allí, no está muy lejos, y si salgo ahora, puedo llegar antes del anochecer sin levantar sospechas. ¿Donald se merece que arriesgue mi vida por él? Puede que no, al menos, no el hombre en el que se ha convertido, pero sí el muchacho con el que crecí.

Cierro los ojos porque sé que con esta acción estoy sentenciando mi lugar en el clan, estoy ayudando a un desterrado, al hombre que ha jurado matar a nuestro laird...

—Lo siento, Broderick —susurro—. Sé que en el fondo no quieres esto para tu hermano...

Salgo del castillo por la pequeña puerta de la cocina y monto a mi caballo para partir con sigilo, sin ser vista. Cuando ya estoy lo suficientemente lejos, emprendo el galope, rezo para no tardar en encontrar su cuerpo, y que todavía esté con vida para cuando llegue a su lado. Recorro la frontera entre ambos clanes suplicándole a todos los dioses no encontrarme con ningún MacLean, o no podré ayudar a mi primo.

Lanzo un grito de júbilo cuando veo un bulto a lo lejos, al llegar a su lado, jadeo por el estado en el que está, ni siquiera puedo asegurar que siga vivo. Me acerco a él despacio temerosa de lo que pueda encontrar, pego mi oído en su pecho y soy capaz de escuchar su corazón, suspiro aliviada.

—Donald —le llamo, moviéndolo con cuidado—. Donald, ¿puedes escucharme? —pregunto, intentando levantarlo—. Esto ha sido una mala idea —gruño ante el esfuerzo.

Mi primo gime cuando consigo arrastrarlo un poco hasta mi montura, me detengo para comprobar que ha abierto los ojos, aunque no es capaz de enfocar la mirada. Me arrodillo a su lado y limpio su rostro ensangrentado con un trozo de mi falda.

—Al infierno mi vestido —susurro—. Donald, ¿me oyes? —vuelvo a insistir—. Necesito que me ayudes para subirte al caballo.

—¿Qué haces aquí? —balbucea como si le costara hablar—. Broderick te matará si lo

descubre.

—No lo hará —replico, intentando no pensar en las consecuencias de mis actos—. ¿Crees que podrás levantarte?

—No lo creo —responde—. Márchate, Jaelyn.

—No pienso dejarte —espeto frustrada—. Tu padre no querría esto...

—Él tampoco hubiera querido que traicionara a mi propio hermano —rebate, tosiendo sangre sobre mi vestido—. Por favor, márchate.

—No —exclamo—. Ayúdame a subirte al caballo, lo demás es cosa mía. No voy a dejarte, Donald.

Finalmente, con un gran esfuerzo por parte de ambos, consigo subirlo, monto tras él y emprendo la marcha hacia Kisimul. No puedo llevarlo al castillo, pero ¿dónde lo escondo?

—Llévame a la cabaña de Violet —susurra como si pudiera leer mi mente.

—¿Perdón? —escupo confusa—. ¿Sois cercanos? ¿Cómo sabes que no va a ir corriendo a contárselo a Broderick? Esa maldita mujer me odia...

—Porque odia al padre de tu hijo con la misma intensidad que una vez lo amó —responde tras un breve silencio—. Ella y yo...

Jadeo asqueada ante lo que da a entender, esa ramera sin escrúpulos está engañando a Broderick con su propio hermano.

—¿Desde cuándo? —exijo saber—. ¿Desde cuándo se encama con los dos hermanos MacNeil?

—No me he acostado con ella —rebate—. Solo somos amigos, ella me ha escuchado y aconsejado...

—Pues no la escuches más —replico—. Esa mujer es una bruja que solo sabe esparcir veneno allá donde pasa. Ahora comprendo por qué habéis llegado a enfrentaros, debí atravesarla con mi flecha cuando tuve ocasión.

—Sabes que cuando descubra lo que has hecho, también te desterrará a ti, ¿verdad? —pregunta cuando somos capaces de ver el castillo a lo lejos—. Es traición, Jaelyn, por mucho que mi hermano te ame, no lo dejará pasar.

—Nunca me ha amado —afirmo—. Lo mejor sería que, en cuanto estés recuperado, te marches, al menos, durante un tiempo y...

—No —interrumpe—. En cuanto sea capaz de caminar, me iré, pero no volveré jamás, no lo merezco.

—Donald —suspiro, apenada, olvidando la furia que sentía contra él, ya que ahora sí que reconozco al muchacho con el que crecí—, ¿por qué lo has hecho?, ¿por qué ese rencor?

—¿Sabes? Cuando lo vi, cuando padre me dijo que mi hermano mayor había regresado —comienza a explicar—, no reconocí nada en él, pero, claro, apenas tenía un año cuando desapareció, se lo llevaron y a mí no. ¿Por qué? Siempre me he sentido culpable, ya que de esa noche tengo recuerdos borrosos, sin embargo, sé con seguridad que me protegió, que evitó que me llevaran también.

—No lo dudo —respondo pensativa—. Desde que lo conozco, siempre ha sido alguien que tiene la naturaleza de cuidar a los demás. Tú no tuviste la culpa, Donald.

—A su regreso, solo podía pensar en todo lo que debió pasar mientras yo usurpaba su lugar —continúa diciendo—. Y recibirle con los brazos abiertos hubiera sido reconocerlo en voz alta, crecí con el vacío que él dejó en mí y en mis padres, y no quería volver a sentir algo semejante.

—Era más fácil odiarlo, ¿no? —pregunto, sabiendo la respuesta porque yo lo he intentado para dejar de sufrir.

—Sí —asiente—. Siempre he sido un estúpido, me sentí celoso porque mi padre volvió a vivir cuando él regresó. Conmigo solo había sido la sombra del gran hombre que una vez fue.

—Os amaba a los dos por igual —afirmo sin lugar a dudas—. Hemos llegado, dime dónde vive esa mujer —le pido de mala gana.

—Gira a la izquierda, es la primera cabaña —explica medio adormilado.

Dirijo el caballo dando gracias a que no esté muy cerca de las demás, así podré intentar pasar desapercibida. Llamo a la puerta, cuando Violet abre, me mira extrañada, sin dirigirle la palabra, señalo el caballo, desvía la vista hacia allí y jadea horrorizada.

—Necesito que me ayudes —le digo—. ¿Estás dispuesta?

—¿Te lo ha pedido Broderick? —cuestiona dudando.

—No —respondo con sinceridad—. De hecho, Donald ahora es un desterrado, si no quieres involucrarte en esto, lo entenderé, sin embargo, él me ha pedido que lo trajera hasta aquí esperando tu ayuda. No me fío de ti, mas el inconsciente de mi primo sí lo hace y no tengo otra opción en estos momentos, ¿le ayudarás?

No responde, solo sale y se dirige al caballo para intentar bajarlo, corro para ayudarla y juntas entramos a un Donald ahora inconsciente. Lo dejamos en el estrecho camastro, Violet comienza a desnudarlo sin pudor ninguno, yo aparto la mirada.

—Sigues siendo una maldita mojigata —se burla—. ¿Ha sido él? Está casi muerto, no creo que pase de esta noche...

—Tú haz lo posible —le pido—. Y sí, ha sido Broderick. Ahora debo marcharme si quiero que nadie sospeche, procura que no lo descubran.

—Reza entonces para que el padre de tu hijo no decida visitarme —replica cuando estoy a punto de salir por la puerta. Me detengo y me vuelvo recordando...

—Por cierto —replico—. La próxima vez que pongas en duda mi honor e intentes envenenar a Broderick contra mí, vendré para molerte a golpes, y si vuelves a poner en duda la legitimidad de mi hijo, te mataré —sentencio con frialdad—. Recuerda que una vez ya te atravesé con una flecha, no fallé, Violet. En aquel entonces, no merecía la pena que te matara por un hombre, pero por el honor de mi hijo soy capaz de cualquier cosa, no lo olvides.

Salgo con rapidez y monto mi caballo para regresar a Kisimul, al llegar, me encuentro a Broke y Jules en las caballerizas, por lo que intento disimular, esperando que no me pregunten nada, me he cubierto el vestido manchado de sangre lo mejor que he podido con un manto, espero que sea suficiente.

—*Lady Jaelyn* —saludan—, el *laird* la estaba buscando...

—¿Algún motivo importante? —pregunto disimulando—. ¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos —responden—. ¿Desea que la acompañemos?

—No es necesario —niego, saliendo de las caballerizas—. Lo buscaré yo misma, gracias.

El temor me invade ante la idea de haber sido descubierta, sin embargo, cuando lo encuentro frente al fuego del salón, nada me hace pensar que lo sepa, espero a que hable, ya que todavía estoy furiosa por su desconfianza.

—Me han dicho que querías verme —hablo cansada de su silencio.

—¿Dónde estabas? —pregunta de malas maneras.

—No tengo por qué darte explicaciones —replico—. ¿Soy una prisionera en Kisimul? —exijo saber, cruzándome de brazos.

—No tergiverses mis palabras —escupe—. Es peligroso que salgas sola.

—Ya no hay peligro —rebato sin dejarme amedrentar.

—Dijiste que ibas a descansar y no estabas en tu alcoba —continúa insistiendo.

—Basta, Broderick —interrumpo—. Si no deseas nada más, me retiro.

—No —replica—. Quería informarte de que nos casamos dentro de tres semanas.

El anuncio me deja sorprendida, me observa en busca de alguna reacción por mi parte, a la espera de mi estallido porque me conoce muy bien, al menos, solía conocer a la pequeña Jaelyn, pero de aquella niña ya no queda nada.

—¿Por qué la urgencia? —pregunto finalmente.

—Cuanto antes, mejor —se alza de hombros—. No vas a poder ocultar tu estado mucho tiempo.

Me doy cuenta de que no voy a poder detenerlo, y lo más importante, mi hijo se merece ser legítimo heredero de los MacNeil, el problema es que no sé si seré capaz de soportarlo, una vez lo conseguí porque no sentía nada por mi difunto esposo más allá de un cariño por su comportamiento gentil por mí durante el tiempo que convivimos juntos. Pero con Broderick es totalmente distinto, el hombre que tengo frente a mí me produce tantos sentimientos encontrados que temo un día volverme loca.

—Supongo que tienes razón —concedo sin júbilo alguno—. Si eso es todo, me retiro.

No me detiene, y ya en el pasillo que lleva a las cocinas, suspiro aliviada, ya que por primera vez he sentido que estoy traicionando a mi *laird*. Puede que a veces lo odie con la misma intensidad con la que lo amé una vez, pero nadie puede negar que, a pesar de la barbarie de la que hemos sido testigos, se ha ganado a pulso su puesto, y nuestra gente lo ha demostrado guardando silencio.

Tras asegurarme de que todo está en orden y recibir varias miradas por parte de la servidumbre, vuelvo a mi alcoba. Imagino que haber matado a dos de los hombres más fieles al antiguo *laird* no será fácil de olvidar, sin embargo, me importa poco lo que puedan pensar de mí, hice lo que debía y no me arrepiento.

Lo primero que hago es cambiarme de ropa y limpiar mis manos, arreglo mi cabello, y cuando he terminado, me encuentro más cansada que nunca. Me siento en mi lecho y acaricio mi vientre ahora que todavía no se nota que, de nuevo, Broderick y yo hemos sido capaces de crear una vida. Una lágrima desciende por mi mejilla al recordar a mi pequeña, y vuelve una sensación de culpabilidad que amenaza con asfixiarme.

—Sabía que la perspectiva de nuestro enlace te desagradaba, pero no al punto de llorar escondida en tu alcoba —la voz de mi futuro esposo me sorprende, limpio mi llanto antes de alzar el rostro para verlo en el umbral con semblante adusto.

—No sabes por qué lloro —reprocho—. No des por sentadas tantas cosas, Sombra.

—Deja de llamarme así de una maldita vez —ordena, cerrando la puerta con brusquedad—. Lo haces cada vez que te enfureces como un modo de mantenerme alejado, ya deberías saber que no te funciona muy bien.

—¿Por qué me sigues? —pregunto levantándome—. ¿Por qué tienes que invadir mis aposentos cada vez que te venga en gana?

—Debes ir acostumbrándote, Princesa —replica con sorna—. Porque vamos a compartir alcoba durante mucho tiempo.

Comienzo a reír ante su afirmación, frunce el ceño contrariado.

—¿Has perdido el juicio, o simplemente eres estúpido? —pregunto cuando soy capaz de hablar—. Hace unas horas te dije que tú y yo, aunque estuviéramos casados, no íbamos a convivir como tal.

—Eso no va a pasar —afirma convencido—. No voy a pedir disculpas por dudar, Jaelyn. No nos habíamos visto en dos años, y apenas te toco, quedas preñada, muy conveniente, ¿no crees?

—Lo que creo es que tienes una mente muy sucia, Broderick MacNeil —escupo ofendida—. ¿Crees que a mí me gusta que cada vez que me tocas seas capaz de dejarme encinta? —le grito ofuscada sin ser consciente de lo que mis palabras confiesan.

—¿Cada vez? —cuestiona, frunciendo el ceño mientras se acerca a mí—. ¿A qué demonios te refieres, Jaelyn? —insiste.

—No he querido decir nada —balbuceo mientras retrocedo.

—Estás mintiendo —escupe convencido—. Nunca has sabido hacerlo, no a mí, al menos.

—No lo hago —consigo decir con algo más de convicción—. He venido a mi alcoba a descansar un poco antes de la comida, pero visto que no vas a dejarme en paz, lo mejor será que bajemos de una vez.

—No vas a salir de aquí hasta que me digas la verdad —replica.

El silencio nos envuelve, él me observa esperando de mí una confesión que jamás había pensado dar, ¿de que serviría? Que Broderick lo sepa no cambiará el pasado, solo conseguiré que la herida que nunca ha cerrado sangre de nuevo.

Me muevo para huir, pero me lo impide. Bufo furiosa, intento pasar por su lado de nuevo con el mismo resultado, tengo ganas de gritarle, de golpearlo hasta conseguir que sienta una ínfima parte del dolor que viví cuando perdí a nuestra hija.

—Déjame salir —ordeno entre dientes intentando controlarme—. Deja de comportarte como un niño.

—Hablo en serio, Jaelyn —dice con seriedad—. O me dices qué has querido decir, o te juro por todos los dioses que te encierro aquí.

Abro desmesuradamente los ojos ante su amenaza, porque algo en su tono de voz, en su mirada y postura, me dice que no lo hace en vano.

—¿Serías capaz? —pregunto incrédula—. Broderick, de nada sirve remover el pasado...

—Habla —ordena perdiendo la poca paciencia que le queda—. Yo decidiré si es necesario o no.

—No tengo nada que decir —respondo tras un breve silencio, alzando el mentón, sé que estoy desafiándolo, pero no puedo evitarlo.

—No me dejas otra opción —sentencia furioso—. No saldrás de aquí hasta que me digas lo que deseo saber. Mandaré que te suban las comidas.

—¡No! —exclamo cuando sale cerrando la puerta, escucho la llave y, por un momento, me quedo inmóvil, conmocionada ante el hecho de que sí haya sido capaz de hacerlo—. Broderick, ¡abre la maldita puerta! —ordeno, gritando mientras golpeo con todas mis fuerzas.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras grito, le insulto, lo maldigo y sollozo indignada por el trato recibido. No soy capaz de calmarme, cada vez me cuesta más respirar con normalidad, siento que no consigo llevar suficiente aire a mis pulmones. Comienzo a recordar aquella vez en la que Brown me encerró en una de las mazmorras del castillo, soy capaz de sentir el frío que se colaba por las paredes, el olor a podredumbre, la oscuridad que me rodeaba, por lo que solo era capaz de notar a las ratas pasar a mi lado.

En esa ocasión, también grité tanto que perdí la voz durante semanas, incluso llegué a pensar que jamás podría recuperar el habla. No puedo creer que de nuevo me vea en esta situación, privada de libertad, aunque esta vez mi captor no es otro que Broderick. Agotada, me tumbo en el lecho sollozando, acurrucándome para intentar dejar de temblar ante tantas emociones que me recorren el cuerpo hasta dejarme helada.



CAPÍTULO XXIII

Broderick

Escucho sus gritos, los golpes contra la puerta mientras desciendo las escaleras para dar la orden de que preparen su comida, que yo mismo pienso subirle, no confío en que intente escapar si lo hace alguna de las criadas.

—¿Qué es todo ese escándalo? —pregunta Broke, entrando al salón—. ¿Esa que grita es *lady* Jaelyn?

—Lo es —respondo—. La he encerrado en su alcoba —confieso.

—¿Perdón? —pregunta incrédulo—. Repite eso, Broderick —pide acercándose a mí—. ¿Has encerrado a tu futura esposa y madre de tu hijo en sus aposentos? —Asiento por toda respuesta—. ¿Has perdido el juicio? —grita, dirigiéndose hacia las escaleras.

Le detengo cruzándome en su camino, debo dejarle claro que no pienso permitir que nadie se inmiscuya en mis decisiones por muy amigos que seamos.

—No te metas, Broke —le ordeno entre dientes—. Esto es entre mi mujer y yo.

—¡No es tu mujer, imbécil! —exclama—. Y dudo que lo sea algún día si no dejas de cometer estas estupideces.

—Con Jaelyn es la única forma —replico—. No me dirá lo que necesito saber si no la presiono, es demasiado cabezota.

—¿Qué es eso tan importante que quieres saber? —cuestiona—. Puede que intentes tranquilizar tu conciencia con esa excusa, pero ambos sabemos que lo que estás haciendo es una salvajada.

—Le he informado de que dentro de tres días nos casaríamos —comienzo a explicar, intentando obviar lo que he sentido al escuchar cómo ella aceptaba nuestra unión casi como una obligación—. Pero, una vez más, ella tenía que sacarme de mis casillas; sin embargo, no ha sido eso, ha dicho algo que me ha dado a entender que en el pasado podía... —no soy capaz de continuar hablando porque tan solo de imaginarlo el dolor atenaza mi pecho.

—¡¿Qué?! —apremia impaciente—. ¿Qué es lo que te ha dicho para que hayas actuado de esta forma?

—Estábamos hablando del embarazo y me ha parecido entender que no es la primera vez que está encinta... —refunfuño, pasando una mano temblorosa por mi mandíbula.

—Broderick, ha estado casada —suspira frustrado.

—De mí —interrumpo—. Embarazada de mí, maldita sea.

El silencio nos envuelve y me doy cuenta de que Jaelyn ha dejado de gritar, el temor de que le haya podido suceder algo o haya cometido alguna estupidez me embarga.

—Que le suban la comida de inmediato —le pido a Broke mientras corro hacia las escaleras sin esperar respuesta por su parte.

Abro la puerta para encontrarla en el lecho, acurrucada, mientras se mece sollozando. ¿Qué demonios he hecho? Me duele verla tan destruida y saber que, de nuevo, he sido yo el causante por mi egoísmo.

—¿Jaelyn? —susurro cuando estoy muy cerca de ella, mi mano se alza para acariciar su cabello, se aparta—. Princesa, lo siento...

Se detiene, puedo ver cómo se tensa, y cuando alza la vista y sus ojos coinciden con los míos, desaparece la neblina del terror para dar paso al más puro odio. Retrocedo porque, a pesar de todo lo sucedido entre nosotros, jamás había visto eso en su mirada, y me doy cuenta de que es muy posible que por mi estupidez ya no haya vuelta atrás.

—¿Lo sientes? —pregunta entre dientes—. ¿Lo sientes, maldito bastardo? —grita histérica—. Sigues siendo un maldito egoísta que actúa sin remordimientos para conseguir lo que desea.

—Basta —ordeno, tensándome ante sus insultos—. Contrólate, Jaelyn.

—¿O qué? —cuestiona con valentía—. ¿Vas a darme la espalda e irte con otra?, ¿vas a encerrarme?, ¿pegarme? —enumera con ironía—. Hazlo si así te sientes más hombre.

—Cierra la boca —espeto ofendido—. Jamás te pondría la mano encima por mucho que te lo merezcas, sabes que si fueras un hombre, estarías muerto por tus insultos.

—Hay acciones que duelen más que los golpes, y lo que acabas de hacer... —su voz se rompe y puedo ver cómo se odia por ello—. Maldigo el día que volví a Kisimul.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunto, alzando la voz dolido ante sus palabras—. ¿Por qué no te quedaste con tus adorados MacLean? —escupo con inquina.

—Tal vez debería haberlo hecho —responde con altanería—. Hubiera sido mejor casarme con Brown MacLean que contigo.

—Siempre puedes volver con ese dechado de virtudes —me burlo cada vez más enfurecido—. ¿Por qué te has quedado entonces? —bramo muy cerca de su rostro, dejando que los celos me dominen.

—Porque me hubiera matado igual que mató a nuestra hija —confiesa con una calma que me deja helado, al igual que sus palabras, que me traspasan como un hierro al rojo vivo.

—¿Qué has dicho? —susurro conmovido.

—Hace dos años, cuando me marché de aquí, lo hice encinta —continúa confesando, mirándome a los ojos—. El *laird* MacLean estaba dispuesto a reconocer al bebé como suyo, era un buen hombre, mucho mejor que su hijastro. Cuando estaba de seis meses, ese bastardo me tiró

por las escaleras y supe que había matado a mi hijo.

—No ibas a decirme nada... —reprocho.

—¿Para qué? —pregunta—. Ella no iba a volver...

—¿Ella? —cuestiono sin poder creer todavía lo que estoy escuchando—. Era una niña.

—Sí —asiente—. Tuve que dar a luz sabiendo que iba a nacer muerta, es lo más doloroso que he pasado en la vida, y estaba sola, tú no estabas conmigo. Y ahora, dos años después, me exiges que te cuente todo, y como no lo hago, me encierras como si fuera un animal —sisea.

—Yo no sabía nada de esto —me excuso—. Habría estado a tu lado, maldita sea.

—¿En calidad de qué? —me cuestiona con ironía—. ¿Como amante? ¿Como viejo amigo? Era una mujer casada que no había llegado pura al matrimonio, Broderick. Mi lugar entre los MacLean pendía de un hilo.

—Tu lugar —escupo con asco—. ¿Eso era lo único que te importaba? —recrimino.

—Cada vez me convences más de que en realidad jamás me conociste, o no me preguntarías eso —replica—. No voy a intentar defenderme ante ti, *laird*. Tenía tan solo dieciocho años cuando todo mi mundo se desmoronó a mi alrededor gracias a ti, cumplí con mi deber para con el hombre que me había criado porque ya no había motivo por el cual seguir rebelándome, así que no te atrevas a juzgarme, Broderick MacNeil.

—¿La enterraste? —pregunto con un nudo en la garganta al hablar tan fríamente—. ¿Se merecía al menos eso mi hija?

—Mi hija sí tuvo un entierro digno —alza el mentón mientras sus labios tiemblan—. Ahora, sal de mi alcoba y no vuelvas a entrar jamás, y también puedes decirle al pastor que no aparezca por aquí, pues no pienso casarme contigo.

Me tenso, de nuevo sus malditas amenazas.

—Puede que ahora mismo no sea capaz de mirarte a la cara sin desear estrangularte con mis propias manos, pero tú y yo nos vamos a casar para darle un nombre al hijo que crece en tu vientre —sentencio con rabia—. Intenta no matarlo esta vez —escupo, saliendo de la alcoba mientras escucho un grito desgarrador que me deja inmóvil en medio del pasillo, intentando decidir qué hacer.

Solo deseo olvidar, así que, casi tambaleándome, bajo las escaleras y pido a una de las criadas que atienda a mi futura esposa y que me traiga abundante *whisky*, necesito beber hasta perder la conciencia y olvidar lo que acabo de descubrir por unas horas antes de perder la razón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi amigo al verme llegar—. Demonios, Broderick, parece que has visto a un fantasma.

—Jaelyn me ha confesado al fin lo que tanto deseaba saber... —balbuceo—. Aunque ahora no estoy tan seguro de que haya sido buena idea —escupo con rabia antes de vaciar mi copa de un trago—. No soporto este dolor —gruño.

—No comprendo lo que dices —espeta Broke—. ¿De qué verdad hablas?

—Cuando se marchó con los MacLean, lo hizo encinta —confieso a punto de romper a llorar—. Ninguno de los dos lo sabíamos, pero...

—¿Dónde está ahora? —interrumpe—. ¿Tienes un hijo?

—Una hija —puntualizo susurrando, intentando imaginar qué aspecto tendría hoy mi pequeño ángel—. Murió —decirlo en voz alta me rompe y, a pesar de que uno de mis mejores amigos está frente a mí, rompo a llorar como un niño, como no lo hacía desde el día que pensé que había perdido a Jaelyn para siempre.

—Dios santo —exclama impresionado—. No sabes cómo lo siento, muchacho.

Me dejo caer sobre el asiento más cercano y entierro mi rostro entre mis manos, intentando en

vano esconder que me siento roto por dentro. La confesión de Jaelyn se repite una y otra vez en mi mente.

—Llora lo que debas, Broderick —intenta consolar—. ¿Por qué no estás con Jaelyn? Deberíais consolaros mutuamente.

—¿Debería? —pregunto con ferocidad, alzando mi rostro—. Ella no la protegió y debo consolarla, ¿es eso lo que quieres decir, Broke?

—¿De qué demonios hablas? —increpa sin comprender mi reacción.

—Lo que me ha contado es que, cuando estaba de seis meses, Brown MacLean la empujó tirándola por las escaleras —repito lo que ella me ha dicho sin emoción alguna—. El parto se adelantó y mi hija nació muerta, era demasiado pequeña para sobrevivir.

—¿Y has decidido que Jaelyn tiene la culpa? —pregunta—. Decididamente, eres estúpido, amigo mío, y no te mereces a la mujer que debe estar rota en su alcoba ante tus malditas acusaciones sin fundamento.

—¿Sin fundamento? —cuestiono, levantándome furioso porque mi amigo no me apoye en este momento tan doloroso para mí—. Estoy harto de que todos la defendáis como si fuera una damisela en apuros, cuando es una maldita harpía muy capaz de defenderse por sí sola, me aseguré de ello, maldita sea.

—Exacto —exclama—. ¿Crees que ella se hubiera dejado tirar por unas escaleras? ¿No le has preguntado qué clase de infierno debió pasar allí?

Su argumento me desarma. El dolor, el remordimiento y la culpa no me habían permitido ver todo con claridad, una vez más he actuado sin pensar. La furia que sentía contra ella se dirige contra ese malnacido de MacLean, él mató a mi hija y pienso acabar con su vida con mis propias manos, cuando acabe con él, va a desear no haber nacido.

—Maldición —replico—. ¿Por qué siempre asumo lo peor de ella?

—Porque eso te mantiene alejado —dice convencido—. Te permite no pensar en cuánto la necesitas y evita que le abras tu corazón. Atacas como un animal herido que solo busca protegerse, pero en el proceso destrozas a Jaelyn.

—Las cosas que le he dicho... —susurro, sirviéndome más bebida, ahora la necesito más que antes—. Dios mío, si hasta le he pedido que procurara no matar al bebé que ahora crece en su interior.

—Juro que te golpearía hasta dejarte sin sentido —gruñe mi amigo—. Tú no amas a Jaelyn.

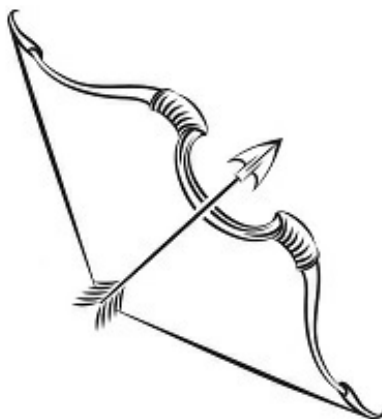
—¡Sí lo hago! —bramo roto por dentro, grito con todas mis fuerzas, con toda la rabia que siento—. Lo hago desde que era un niño, y no dejaré de hacerlo hasta el día de mi muerte.

—Entonces demuéstalo —me reta—. Sube allí arriba y pídele de rodillas que te perdone, sabe Dios que yo no lo haría.

Se marcha dejándome solo tras sus demoledoras acusaciones, que como siempre son tan ciertas como que el Sol sale tras las montañas todos los días. Continúo bebiendo sin probar la comida que hay en mi plato, ninguno de mis amigos acude a mi mesa, lo que me deja saber que Broke les ha contado lo sucedido y, con su ausencia, me queda claro que ninguno de ellos aprueba mi comportamiento.

—Soy un maldito bastardo —gimo cuando ya estoy lo suficiente borracho como para que todo a mi alrededor parezca moverse—. ¿Cómo he podido decirle algo semejante? —me pregunto asqueado conmigo mismo.

Sé que si de nuevo entro en esa alcoba, ya no habrá marcha atrás, Jaelyn no va a perdonarme y no puedo culparla, he hecho muchas cosas, pero nunca nada como esto.



CAPÍTULO XXIV

Jaelyn

—**P**rocura no matarlo también... —tras escupir su acusación, se marcha. Grito mientras caigo al suelo de rodillas. Esa orden me ha partido por la mitad, mi corazón, que desde aquel día no ha sido capaz de dejar de sangrar, se ha roto en pedazos tan pequeños que dudo que en algún momento logre recuperarme.

—Te odio, Broderick MacNeil —siseo entre dientes, temblando por la rabia que siento—. Ojalá no te hubiera conocido jamás.

El llanto y la furia me dejan agotada, no pruebo bocado y la criada se lleva el plato tal cual me lo ha traído, me importa poco si le informa al señor del castillo, en el momento que ese bastardo traspase la puerta de mis aposentos, pienso atravesar su negro corazón con mi daga.

No sé cuánto tiempo transcurre, pero ni siquiera siento fuerzas para levantarme del suelo. Me acurruco en la fría piedra dándome igual todo a mi alrededor, la culpa que durante años me ha carcomido ahora amenaza con devorarme, y no pienso hacer nada para impedirlo, ya que, por mucho que lo odie, él tiene razón, no fui capaz de protegerla y es algo con lo que voy a tener que vivir todos los días que me queden.

«¿Cómo puede haberme dicho algo así?», pienso apesadumbrada. ¿En qué momento comenzó a odiarme tanto como para ser capaz de acusarme de matar a nuestra propia hija? Me pierdo entre el sueño y la vigilia, creo estar soñando, porque siento cómo me cogen en brazos y me dejan en mi lecho, tapándome para hacerme entrar en calor.

—¿Qué te he hecho, Princesa? —escucho que me pregunta, intento alejarme de su toque—. Lo siento, lo siento, lo siento...

No me encuentro con fuerzas siquiera para abrir los ojos y gritarle, solo quiero que salga de mi alcoba, de mi vida y de mi pasado.

Me duele muchísimo la cabeza, siento nauseas, pero no tengo nada en el estómago que poder echar. Abro mis pesados párpados con esfuerzo y la luz solar deslumbra mis ojos irritados por el llanto, al ladear la cabeza, me doy cuenta de que no estoy sola y me tenso.

—Fuera de aquí —siseo—. ¿Cómo te atreves a velar mi sueño como si te importara?

—Jaelyn... —comienza a decir, su aspecto no es mejor que el mío, pero me niego a que me importe—. Lo que dije ayer no...

—Lo que dijiste es simplemente lo que piensas de mí —interrumpo—. Dime una cosa, ¿cómo eres capaz de tocarme si tienes ese concepto tan bajo de mí?

—Déjame hablar, maldita sea —exclama frustrado—. Ayer cometí un acto imperdonable y descubrí que hace dos años fui padre, ¿cómo querías que reaccionará? —pregunta torturado—. ¿Sabes lo que sentí?

—¿Lo que tú sentiste? —cuestiono con ironía—. No lo sé, pero sí puedo decirte qué sentí yo. El dolor más atroz que una mujer puede sentir sabiendo que su bebé no tendría ninguna posibilidad. La vi, Broderick, la sostuve entre mis brazos hasta que me la arrancaron, y tuve que suplicar para que me permitieran enterrarla.

—¿Y tu esposo qué hacía mientras tanto? —pregunta.

—Fue por él quien tu hija tuvo un entierro digno —respondo agradecida a mi difunto marido—. Es algo que debes agradecerle al *laird* MacLean.

—Debería haberte protegido mejor de su hijo, ¿no crees? —cuestiona.

—Brown es sibilino —respondo—. Sabía muy bien cómo demonios comportarse ante los demás, todos creyeron que me había tropezado y que él intentó salvarme.

—Le mataré —sisea, apretando con fuerza sus puños—. Juro que acabaré con su miserable existencia.

—¿Crees que es eso lo que necesito? —espeto—. ¿Que eso va a devolverme a mi hija?

—Ese bastardo está muerto —replica de vuelta como si no me hubiera escuchado—. Jaelyn, quiero pedirte perdón por lo que dije, sé que tú jamás hubieras permitido que nuestra hija sufriera daño alguno.

Sus palabras, sus disculpas, llegan demasiado tarde. Siempre se repite el mismo patrón; me hiere y espera que yo perdone y olvide, no va a ser así esta vez.

—Puedes pedirlo, pero no soy capaz de concedértelo —respondo tras un breve silencio—. Me volviste la espalda y me arrojaste como un juguete roto cuando ya te habías aburrido de mí. Regreso y cometo el error de dejar que vuelvas a ponerme las manos encima, quedo encinta y pones en duda mi honor, me encierras para conseguir de mí una confesión para la que no estaba preparada, y cuando consigues lo que quieres, te enfureces acusándome de haber acabado con la vida de mi propia hija. ¿Me he dejado algo, Sombra?

—No —responde al fin entre dientes—. Sé que no merezco tu perdón, que soy un maldito bastardo porque te he hecho llorar en innumerables ocasiones, y, aun así, sigo suplicando que me perdones. Te juro que mataré a ese malnacido y a todo MacLean que se cruce en mi camino, y traeré a mi hija a su hogar para darle descanso eterno.

—No quiero desatar una guerra —espeto—. No quiero un derramamiento de sangre por nuestras decisiones pasadas. ¿Vas a matarlos porque decidiste que no era suficiente para ti?

—Maldición —grita—. No fue así, Jaelyn. ¿Cuántas veces voy a tener que explicarlo? ¿Crees que si pudiera dar marcha atrás en el tiempo no lo haría?

—No serviría de nada, te lo aseguro, porque si pudiera volver al pasado, la noche que entraste a mi alcoba, gritaría con todas mis fuerzas —espeto—. De esa manera, todo hubiera sido distinto.

—Sin embargo, yo no cambiaría nada —replica dolido—. Puede que cuando crecimos no supe afrontar mis sentimientos y los tuyos y...

—Fuiste un maldito cobarde —interrumpo cansada de su mismo discurso absurdo—. Es un hecho que no podemos cambiar y con lo que tenemos que vivir. Ahora, nuestro destino vuelve a entrelazarse, Broderick, mas no como la primera vez, al menos, no para mí.

—¿Qué quieres decir? —cuestiona ceñudo.

—Eres el único hombre que he amado —confieso sin pudor porque ahora no soy capaz de sentir—. Te amaba incluso cuando te odiaba y no quería reconocerlo, pero ayer, al fin, conseguiste liberarme de tu yugo, uno que duraba más de diez años.

—No lo piensas en realidad —replica conmovido—. Ahora estás dolida, enfadada. Prometo que te compensaré.

—No necesito nada de ti salvo tu nombre para mi hijo —espeto—. Como ya te dije, no pienso compartir ni tu lecho ni tu vida más de lo justo. No quiero nada que venga de ti, ya no. Ahora, sal de una maldita vez de mi alcoba, aún tengo poder de decisión sobre eso, ya que todavía no estamos casados.

—No pienso irme de nuevo —rebate, acercándose a mí y cogiendo mi rostro entre sus manos, antes hubiera temblado por su contacto, ahora no me produce el mínimo sentimiento—. No voy a rendirme.

Me besa casi con reverencia, sus labios acarician los míos. No me muevo, pero tampoco respondo a sus demandas, me siento fría como un bloque de hielo. Cuando finalmente se aparta, veo en sus ojos el tormento que ni siquiera estaba cuando nos separamos la primera vez.

—Princesa, por favor —suplica—. Conseguiré que vuelvas a amarme.

—Suerte con eso, MacNeil —respondo—. Sal de una vez, no me encuentro bien y tu presencia lo empeora, al menos, piensa en el bebé que crece en mi vientre.

Se marcha reacio, suspiro aliviada cuando al fin estoy sola entre estas cuatro paredes que serán, a partir de este momento, testigo mudo de mi tormento. Las lágrimas comienzan a fluir cuando me doy cuenta de que realmente ya no siento nada por Broderick, es como si a mi corazón lo recubriera un manto pesado, me entristece haber llegado a esto.

De nuevo, me enfrento a un destino donde pierdo mi libertad; al menos, que esta vez sea para darle protección a mi hijo. Mi mano se posa sobre mi vientre y rezo para que en esta ocasión no falle y consiga darle vida, si algo ocurre, no voy a ser capaz de sobrevivir de nuevo, no importa qué tan fuerte sea, estoy cansada de perder a todos mis seres queridos quedándome atrás.

Las horas trascurren y decido levantarme. Aunque me sienta muerta por dentro, soy la señora del castillo y debo comportarme como tal. Además, quiero ver cómo sigue Donald y asegurarme de que esa harpía lo cuida como merece, no confío en ella, por más que mi primo sí lo haga.

—Mi señora, no debería estar levantada —dice una de las cocineras—. No es necesario que vigile que todo esté en orden, puedo encargarme yo.

—Gracias, pero no pienso pasarme meses en la cama —replico, intentando sonreír—. Estoy encinta, no me estoy muriendo. Si todo está en orden, voy a dar un paseo...

—Mi señora, hace frío, no debería... —Hago oídos sordos y salgo del castillo, el aire es helado, alzo la vista al cielo, que está cubierto de nubes negras que anuncian tormenta.

Camino deprisa mientras vigilo que nadie me siga, parece que los hombres de Broderick han dejado de protegerme ahora que la amenaza ha desaparecido, lo que no saben es que Donald continúa en tierras de los MacNeil.

Llamo a la puerta de la cabaña de la mujer que más he odiado y agradezco que sea lo suficientemente rápida como para que pueda colarme sin que los ojos curiosos me descubran.

—¿Cómo ha pasado la noche? —pregunto mientras me acerco al camastro—. No tiene buen aspecto —espeto, mirándola como si fuera la responsable.

—No me mires así —replica, cruzándose de brazos—. He hecho lo posible, pero no soy una curandera, y no puedo llamar a la vieja para que lo atienda. ¿O sí? —cuestiona.

Sé que tiene razón, pero no puedo evitar pensar lo peor de ella en cualquier situación, no soy capaz de olvidar que Broderick la eligió, que ha yacido entre sus brazos muchas más veces que

yo y conoce todo lo que es capaz de hacer, seguramente se lo enseñó de buena gana, pues es mayor que nosotros y dudo que fuera virgen cuando lo conoció.

—Tiene fiebre —suspiro preocupada—. Tal vez podría ir hasta la cabaña de la vieja curandera y decirle que es para mí —digo pensativa.

—Entonces tendrás a Broderick sobre ti —interrumpe con un bufido—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—¿Tienes una idea mejor? —pregunto con brusquedad—. Sobre que MacNeil esté sobre mí, no debes preocuparte, si quiere seguir de una pieza, se mantendrá alejado.

—¿Qué has hecho ahora? —cuestiona con una mueca de fastidio—. ¿No le habrás dicho que tengo a su hermano aquí? —pregunta nerviosa.

—¿Crees que soy estúpida? —rebato—. Lo que haya pasado entre nosotros no te incumbe. Voy a visitar a la curandera y vuelvo.

Salgo una vez me aseguro de que no hay nadie a la vista y corro hacia la vieja choza de la mujer que lleva más de veinte años curando a la gente del clan. No me hace falta llamar a la puerta, pues está fuera recogiendo hierbas, al verme llegar, se levanta con trabajo del suelo y me mira en silencio a la espera de que le diga qué hago aquí.

—Buenos días —saludo—. Necesito que me dé alguna hierba para conseguir bajar la temperatura.

—¿Mi señor está enfermo? —pregunta—. ¿Alguien del castillo?

—No —respondo, rezando para que mi respuesta sea suficiente—. Solo necesito saber qué es lo que debo hacer.

Me mira durante largo rato, imagino que intenta averiguar si miento, por ello me mantengo impasible a la espera de que al fin me dé lo que necesito para que Donald mejore.

—Sabe que si se entera, va a estar en problemas, ¿verdad? —cuestiona mientras entra en su vieja choza.

—No sé qué quiere decir —respondo mientras cojo lo que me tiende—. Le agradecería discreción, muchas gracias.

—Si mi *laird* me pregunta, no pienso mentir, *lady* Jaelyn —escucho que me dice mientras no detengo mis pasos—. Ni siquiera lo haré por usted.

Sigo mi camino maldiciendo la mala suerte, tenía esperanzas de que la calentura no apareciera y así poder ocultarlo sin que nadie más sospechara, ahora la vieja curandera podría delatarme, y aunque en este momento me importa poco cómo pueda sentirse Broderick, no puedo permitirme sufrir las consecuencias porque mi hijo es en lo primero que debo pensar.

Regreso a la cabaña de la amante de mi futuro esposo, que me espera ansiosa, y en cuanto le tiendo lo que he conseguido para Donald, se apresura a prepararlo. Observo cómo se acerca hasta el camastro y, con lentitud, casi con mimo, levanta la cabeza de mi primo para hacerle beber, estoy tentada a acercarme para ayudar, pero no lo hago al ver que puede hacerse cargo ella sola.

—Esperemos que esto sea suficiente —replica cuando termina, se gira y me mira—. ¿Qué piensas hacer si se recupera?

Es una pregunta lógica y, aun así, me molesta que me la haga porque parece cuestionar mis decisiones, estoy tentada a no responder, finalmente lo hago.

—No lo sé —decido ser sincera porque el destino de mi primo y el mío propio está en sus manos, por desgracia—. Lo mejor sería que se fuera durante un tiempo, tal vez después Broderick...

—A veces creo que no lo conoces en absoluto —interrumpe carcajeándose—. O eres demasiado ingenua. ¿Crees que podría aceptarlo después de haber intentado matarlo? ¿Qué

imagen daría al clan? De un *laird* débil de carácter capaz de perdonar cualquier agravio.

—Son hermanos —rebato—. Puede que para ti la familia no signifique nada, pero para muchos es lo más importante.

—Eres más estúpida de lo que pensaba —escupe—. Lo más importante es el poder, mocosa.

—Si vuelves a insultarme, voy a darte un puñetazo —gruño furiosa, acercándome a ella para dejarle claro que no es una amenaza en vano.

—Basta —escucho que alguien gime, ambas nos detenemos y miramos incrédulas al camastro—. No dejáis que un hombre muera en paz —se queja dolorido.

—¡Donald! —exclamo, corriendo a su lado—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubieran dado una paliza —intenta bromear—. ¿Puedo estar tranquilo sin pensar que acabéis matándoos? —pregunta—. En cuanto sea capaz de ponerme en pie, me marcharé...

—Pero... —guardo silencio al verlo negar con la cabeza y con sus ojos empañados en sufrimiento que va mucho más allá del dolor de su cuerpo—. Si pides perdón, tal vez...

—¿Te estás oyendo? —interviene Violet—. ¿Por qué debería rebajarse? —pregunta con rabia.

Me giro comprendiendo de golpe algo que había pasado desapercibido para mí. La furia que había menguado regresa con más fuerza y recorro los pocos pasos que me separan de ella para abofetearla.

—Has sido tú, ¿verdad? —acuso entre dientes—. Tú has envenenado su mente como siempre has hecho con Broderick, eres una maldita enfermedad allá donde vas.

Violet no se queda de brazos cruzados y me devuelve el golpe, con mi lengua soy capaz de saborear la sangre, aprieto los puños con ganas de abalanzarme y golpearla hasta acabar de una vez con ella, pero recuerdo al hijo que crece en mi interior, no puedo ponerlo en riesgo.

—No vuelvas a ponerme una mano encima —sisea—. O acabaré contigo, no creas que no puedo hacerlo.

Me siento frustrada porque ni puedo llevarme a mi primo de aquí, ni puedo darle la paliza que se merece, juro para mí misma que algún día esta mujer va a pagar todo el daño que ha hecho, aunque ello me cueste todo lo que tengo.

—Por favor —susurra Donald—. Jaelyn...

—Me voy —sentencio, mirándole con pena—. Intenta recuperar las fuerzas lo antes posible, primo.

Salgo de la cabaña y regreso al castillo con rapidez. Maldita ramera, no solo me quitó al único hombre que he amado, ahora también ha conseguido que Donald se transforme en una persona que no logro reconocer, ha perdido a su hermano, a su clan y no creo que pueda recuperarlo jamás.

—Juro que acabaré contigo, Violet —gruño sin detener mi caminata—. Lo que has hecho no quedará impune, cueste lo que me cueste.

Rezo para que, cuando pueda ser capaz de enfrentarme a ella, no sea demasiado tarde.



CAPÍTULO XXV

Broderick

Tres semanas más tarde...

Me siento como un niño ahora mismo, a la espera de ver llegar a mi futura esposa. Jaelyn es capaz de contradecirme hasta el punto de no presentarse a nuestra unión; aunque tengo su consentimiento, sé que no lo hace de buena gana.

Durante estas semanas, no hemos hablado más de lo estrictamente necesario, ella ha seguido en su papel de señora del castillo como nadie, ya que antes de casarse se ocupaba de todo. He intentado convencerla de que no es necesario que demuestre nada y que debería descansar más, pero creo que todo lo hace para llevarme la contraria. En muchas ocasiones, ha conseguido enfurecerme y siempre han estado mis amigos para calmarme y hacerme reflexionar, tanto que Andrew se ha convertido en un buen amigo para mi futura esposa.

—Deja de moverte —refunfuña Jules a mi lado—. Me estás poniendo nervioso.

—Esa cabezota es capaz de no aparecer solo para dejarme en ridículo —siseo, intentando mantener la compostura ante toda mi gente, que se ha reunido para ver nuestro enlace—. Anoche ni siquiera me respondió cuando llamé a su puerta, y desde hace semanas la cierra con llave.

—Eso es una buena señal —interviene Broke, le miro ceñudo.

—¿Cómo va a ser una buena señal? —bufo, cruzándome de brazos—. Ni siquiera soporta estar en la misma estancia en la que me encuentre.

—Significa que no se fía de sí misma —añade—. Eso, o que realmente no te quiere ni ver —bromea, le doy un puñetazo en el estómago que le hace gruñir—. Mocoso...

—Respeto a tu *laird* —amonesto con ironía.

—Ahí viene —susurra Andrew, que hasta ahora se había mantenido en silencio—. Está hermosa...

Le miro ceñudo antes de darme la vuelta y quedarme con la boca abierta, siempre supe ver la belleza de Jaelyn, incluso cuando era una niña. Sin embargo, la mujer que camina hacia mí parece una aparición. Su cabello negro suelto hasta la cintura, sus ojos azules, aunque apagados, siguen siendo algo digno de contemplar, y sus labios plenos y rojos invitan a devorarlos durante horas. Me remuevo inquieto por el impacto que tiene en mí, mis amigos, a mi lado, se ríen por mi reacción, siento deseos de golpearlos, mas no puedo empezar una pelea el día de mi boda.

—Comencemos —dice sin ánimo alguno cuando llega a mi lado—. ¿Qué? —pregunta con brusquedad al sentir mi mirada sobre ella.

—Estás hermosa —susurro sin poder evitarlo—. Gracias por venir.

—No utilices halagos y palabrería barata conmigo, MacNeil —espeta—. Sabes por qué lo hago.

Aprieto con fuerza los dientes mientras doy la orden para que el sacerdote comience la ceremonia. La siento tensa a mi lado, cuando nos hacen unir nuestras manos, me doy cuenta de que tiembla a pesar de que intenta ocultarlo, por un pequeño instante, me siento mal por obligarla, sin embargo, es la única manera de atarla a mí y tener el tiempo suficiente para recordarle por qué se enamoró en el pasado. Solo necesito hacerle ver que ese sentimiento nunca ha desaparecido por mucho sufrimiento que le haya causado; puede que no la merezca, pero algo tengo claro, no seré capaz de vivir sin ella de nuevo.

Le doy un casto beso cuando todo concluye entre vítores y buenos deseos de la gente que nos rodea, y aunque mi esposa sonríe, la conozco muy bien. Puedo ver la tristeza en sus ojos, es entonces cuando me hago un juramento a mí mismo.

Pienso volver a hacerla sonreír, conseguiré que sea la mujer más dichosa de toda la isla de Barra.

—Enhorabuena, *lady* Jaelyn —dice Andrew, acercándose con timidez, este mocoso comienza a enfadarme ante su comportamiento—. Deseo que sea muy feliz junto a mi *laird*.

—Querido Andrew —sonríe con sinceridad por primera vez, lo que hace que me tense molesto—, los que estamos aquí, en este círculo, sabemos que este matrimonio es una maldita farsa y que he accedido por mi hijo.

Sus palabras terminan enfureciéndome sobremanera y no mido mis acciones, ni siquiera permito que mis hombres me detengan como suelen hacer. La cojo del brazo y la llevo a rastras hasta una arboleda apartada, me importan poco las miradas curiosas y los cuchicheos a nuestro alrededor.

—Ya has dejado clara tu maldita postura en numerosas ocasiones, Jaelyn —siseo—. Ahora compórtate como la esposa del *laird* MacNeil —le pido con brusquedad—. Imagino que no te comportaste como una maldita mocosa en el clan de los MacLean, así que exijo el mismo trato.

—Para que recibas el mismo trato que mi difunto esposo, deberías merecerlo —sisea de vuelta enfurecida, sus ojos son como puñales—. Y no lo haces.

—No me retes, Princesa —gruño entre dientes—. A veces tengo ganas de golpearte ese trasero tan apetitoso que tienes.

Se sonroja y, a pesar del enfado, siento deseos de sonreír, por supuesto no lo hago.

—Sabes que el día que me pongas la mano encima —dice muy orgullosa— perderás eso que te cuelga entre las piernas.

—No lo harías —me burlo, acercándome más a ella mientras retrocede—. Disfrutas demasiado de ello —replico ufano.

—Eres un cerdo —escupe—. ¿Dónde te alivias ahora que ni siquiera te permito entrar en mi alcoba? —pregunta, intentando aparentar indiferencia.

—No debería importarte, esposa —replico, alzándome de hombros—. ¿Dónde crees? —pregunto para molestarla, sin embargo, en cuanto lo hago, veo cómo palidece y maldigo para mí mismo por mi estupidez—. Jaelyn...

—Regresemos —espeta—. La gente nos mira, no deseo ser el hazmerreír de mi clan, aunque a ti te importe poco.

Cuando ya se aleja, me doy cuenta de que no puedo permitir que piense que le he sido infiel, incluso aunque aún no estuviéramos casados. La detengo quedándome tras de ella, y susurro en su oído para que solo ella pueda escucharme.

—No he ido a verla —confieso—. No ha pasado nada entre Violet y yo desde el día que volviste.

—¿Te he preguntado? —replica mientras se suelta de mi agarre—. No vuelvas a nombrarla en mi presencia.

Se marcha y se reúne con un grupo de mujeres que la reciben entre risas y abrazos, me doy cuenta de que siempre ha pertenecido a aquí, a Kisimul, a los MacNeil.

—Desde luego, eres único, amigo mío —dice Broke, posicionándose a mi lado mientras contempla lo mismo que yo—. Ese carácter vuestro os va a meter en más de un problema.

—¿Crees que no lo sé? —pregunto contrariado.

—Maldición. —Miro a mi amigo sin comprender su exabrupto—. ¿Qué hace ella aquí? —cuestiona, mirándome acusador.

Señala hacia la izquierda y sigo su indicación para encontrar a mi antigua amante, vestida con sus mejores galas, reconozco que todo se lo he regalado yo a lo largo de estos años. Cierro los ojos sabiendo que se avecina una tormenta que no voy a poder controlar. No hace falta que me mueva, ya que se acerca hasta mí con esos andares suyos tan insinuadores, consiguiendo que todos los hombres se vuelvan a verla y las mujeres le lancen miradas de desprecio al sentirse amenazadas con su simple presencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de malas maneras—. Te dije que te mantuvieras alejada, Violet.

—Pero, querido —replica con un mohín, escucho cómo Andrew bufa tras de mí—, pensaba que eso había quedado en el pasado, ya que tu esposa y yo hemos pasado tiempo juntas durante estas semanas.

—¿De qué demonios hablas? —pregunto entre dientes—. Deja a mi esposa en paz.

—¿Por qué no vienes a mi cabaña y lo averiguas? —cuestiona, sonriendo victoriosa—. Vas a sorprenderte, querido. Te dije que te traicionaría y lo ha hecho...

—¡Cállate! —grita Andrew—. Siempre esparciendo tu veneno. Mi señora es toda una dama, algo que tú jamás serás, vieja resentida.

Tras las palabras de Violet, observo a mi esposa y su palidez me deja saber que no está mintiendo, que durante estas semanas que ha estado tan esquiva no solo se debía a lo sucedido entre nosotros, sino a que escondía algo. Pero ¿qué?

—No te dejes convencer —susurra mi joven amigo—. Es el día de vuestra boda, Broderick, solo está celosa.

Hago oídos sordos y me acerco a Jaelyn, que se mantiene impassible, la gente a su alrededor se aleja ante mi mirada enfurecida solo dirigida hacia ella, aunque en mi interior rezo para que mis sospechas sean infundadas.

—¿Qué has hecho? —siseo cuando llego a su lado, ante su silencio, decido verlo por mí mismo—. Camina —ordeno, alza el mentón y se mantiene en su sitio, retándome una vez más.

La cojo por el brazo y comienzo a tirar para que me siga, sin importarme si es capaz de hacerlo o no, ya que en más de una ocasión tropieza, pero estoy tan cegado por la rabia y por la necesidad de saber a qué se refiere Violet que no pienso detenerme.

—Me estás haciendo daño —se queja, intentando detener mi avance—. Broderick, detente. Me estás dejando en ridículo.

Cuando llegamos a nuestro destino, abro la puerta de una patada sin importarme que esta termine en el suelo. Lo que me encuentro es a mi hermano, el hombre que había intentado matarme y que se supone estaba fuera de mis tierras, guardando algo de comida apresuradamente. Al vernos, se detiene, suspira y deja lo que está haciendo.

—Maldita sea —exclama—. Al final lo ha conseguido. Broderick, déjame que te explique...

—Te dije que si te volvía a ver en mis tierras, te mataría —espeto furioso, más con mi esposa que con él—. ¿Lo trajiste tú? —pregunto a Jaelyn—. Responde —bramo.

—Sí —responde con valentía—. Fui a buscarlo para no dejarlo morir.

Alzo la mano por inercia, la de mi hermano me detiene. Ambos nos retamos, en sus ojos ya no veo ese odio desmedido, en los míos brilla con más intensidad que nunca. Lo empujo lejos de mí antes de girarme de nuevo hacia mi esposa.

—¡Había intentado matarme y a ti también! —exclamo—. Hirió a Andrew. —Con cada recuerdo de sus fechorías, más me enfurezco—. ¿Te volviste loca? Podría haber matado a Violet o a ti ...

—Eso es lo que te importa, ¿no? —interrumpe—. Como ves, Donald no le ha hecho daño. Por mi parte, no podía dejar morir como a un perro a una persona que ha crecido conmigo.

—¿Te estás oyendo? —cuestiono, intentando controlarme—. Me has traicionado —siseo, intentando ocultar lo dolido que me siento—. Por él.

—Como siempre, sigues estando ciego y sordo con respecto a Violet —interviene mi hermano—. Yo también lo estaba, hasta hoy. Con lo que ha hecho, me ha dejado claro que no hay bondad en su corazón, Broderick.

—No me hables, maldita sea —grito de nuevo con ganas de acabar lo que empecé hace semanas—. Desaparece de mi vista si quieres seguir respirando.

—No pienso dejar a Jaelyn a solas contigo —rebato con valentía—. Cálmate y me marcharé.

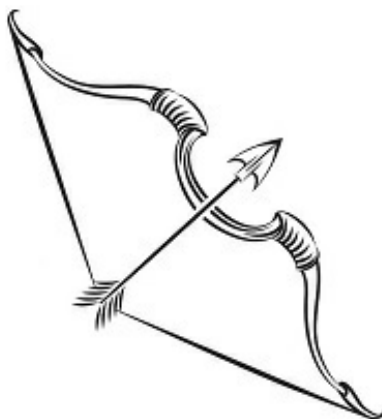
Saco mi espada, escucho el grito de mi mujer, sin embargo, solo soy capaz de ver al hombre que nunca me ha demostrado cariño, que ha conspirado contra mí para acabar conmigo y ocupar mi lugar.

—Basta —pide Jaelyn—. Márchate, Donald. Estaré bien.

Veo su lucha, su indecisión ante el hecho de dejarla sola. No puedo creer que después de atacarla ahora pretenda protegerla de mí. Finalmente, sale de la cabaña, encontrándose con una Violet que se ha mantenido al margen.

—Eres una maldita bruja —sisea furioso—. No creas que has ganado, no vas a conseguir tus propósitos.

Sonríe por toda respuesta, mi hermano se marcha y solo quedamos nosotros tres.



CAPÍTULO XXVI

Jaelyn

Sabía que me delataría. Lo supe incluso antes de llevar a Donald a su cabaña, lo hice porque necesitaba un lugar donde ocultarlo y alguien que pudiera cuidar de él, ya que yo no podía hacerlo.

—¿Qué se supone que debo hacer contigo? —pregunta el hombre que tengo frente a mí—. Me has traicionado, has conspirado a mis espaldas...

—Haz lo que debas —respondo—. Si no eres capaz de ver más allá de tu orgullo...

—Regresemos al castillo —ordena tras lanzarle una mirada a Violet.

—No dejes que te convenza, querido —susurra cuando pasamos por su lado.

—Zorra —espeto—. Pienso acabar contigo.

Broderick me coge del brazo y tira con fuerza para que lo siga. Me niego a que me lleve a rastras de nuevo, así que me apresuro a seguirlo para intentar salvar la poca dignidad que me queda.

—La celebración ha terminado —grita para que todos puedan escucharle—. Gracias por venir.

La gente nos observa sin comprender nada de lo que ha sucedido, agacho la cabeza ante algunas miradas acusatorias, no dudo que Violet se habrá encargado de que todos se enteren de lo que he hecho, y algunos me habrán condenado como ha hecho mi esposo.

Entro en el castillo intentando contener las lágrimas porque no pienso dejar que ganen Violet ni Broderick. Esa maldita ha guardado silencio durante semanas para asestar el golpe mortal en el mejor momento, si piensa que voy a quedarme de brazos cruzados, está muy equivocada.

—Debí matar a ese bastardo cuando pude —espeto, entrando tras de mí—. ¿Por qué, Jaelyn? —vuelve a preguntar, suspiro cansada.

—No pienso repetir mis motivos —me vuelvo para quedar frente a frente—. De todos modos, ya me has sentenciado, así que... ¿cuál va a ser el castigo? —cuestiono, intentando prepararme para su respuesta.

—¿Defiendes lo que has hecho? —exclama, alzando la voz—. Me desobedeciste, saliste sola a por él exponiéndote a mil peligros, ya que mis hombres me dijeron que lo dejaron entre la frontera de nuestras tierras y la de los MacLean. ¿Cuál era tu plan? ¿Que me matara para dejarte de nuevo viuda?

Jadeo ante su acusación, horrorizada ante el hecho de que crea que soy capaz de algo así.

—Si quisiera acabar con tu miserable existencia, podría hacerlo yo misma —siseo furiosa, herida—. Lo hice porque tengo corazón, Broderick. Aunque sé que Donald lo hizo mal, no fui capaz de dejarlo morir. Pareces olvidar que fui yo quien te advirtió de sus planes y quien salvó tu pellejo.

—Puede que esa fuera la primera parte de vuestro plan —gruñe, entrecerrando los ojos oscurecidos por la ira apenas contenida—. ¿Es eso, Jaelyn? ¿Qué ibas a hacer una vez casados, dejar que me matara?, ¿el hijo que llevas en tu vientre es mío, o de él? Parece que Violet no iba tan desencaminada cuando me advirtió sobre este bebé tan conveniente. ¿La historia de nuestra hija fallecida es cierta, o también ha sido una mentira?

Tiemblo por el coraje, con cada acusación sin fundamento, algo se hace añicos en mi interior. Por primera vez en mi vida, quiero hacerle daño físico, quiero que deje de hablar.

—¡Basta! —bramo iracunda en el momento en que Andrew, Broke y Jules entran por la puerta—. Os aconsejo que si no queréis ver a vuestro *laird* muerto, me encerréis o acabaré con su miserable vida en cuanto me sea posible —siseo entre dientes—. Esta es la última vez que me acusas por culpa de tu ramera, MacNeil.

—Mi señora —intenta calmar mi nuevo amigo—. Mi *laird* no quería...

—He dicho lo que pienso —interrumpe, alzando la voz—. No hables por mí, Andrew. Ni intentes protegerla. ¿Reconoces entonces que ese era vuestro plan?

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta Jules—. Piensa con la cabeza fría, maldita sea.

—Nunca he deseado tu muerte tanto como en este momento, y si me dejas libre, no vivirás un nuevo día, lo juro —sentencio con frialdad—. Me has insultado por última vez.

—Sea —asiente, sonriendo de una manera que asustaría al hombre más valiente—. Encerradla —ordena.

—No hace falta —alzo el mentón con orgullo—. Sé el camino...

Me dirijo hacia las escaleras sin vacilar, a pesar de que mis piernas tiemblan, y comienzo a marearme, algo que no me pasaba desde hace unas dos semanas.

—No —me detengo, mi corazón da un vuelco pensando en que se haya podido arrepentir—. En tu alcoba no. A las mazmorras —sentencia, su voz resuena entre las paredes que nos rodean.

—¿Te has vuelto loco? —cuestiona Andrew furioso—. Es una dama, está embarazada de tu hijo...

—Silencio —brama—. Broke, llévala a las mazmorras.

Ninguno de sus hombres se mueve, dejando claro que no piensan obedecerle. Blasfema furioso y se encamina hacia mí, por tercera vez hoy, coge mi brazo y tira de mí para descender las escaleras que llevan a la parte más baja, húmeda y sombría del castillo.

Abre la primera celda que encuentra y me mete dentro con brusquedad, cuando la puerta se cierra de un fuerte golpe y escucho la llave girar, dejándome encerrada aquí dentro, estoy a punto de comenzar a gritar, sin embargo, no emito ni un solo sonido.

—Jaelyn MacNeil, te encierro por traición hacia tu *laird*, conspiración y amenazas de muerte —recita sin apartar la mirada de mí—. Sabes que con cualquier otra persona el castigo sería la ejecución, pero no soy capaz de hacerte eso. Mas no creas que vas a continuar burlándote de mí.

—Púdrete, bastardo —escupo en su rostro—. No soy yo la que se burla de ti y tu estupidez. Espero ver el día en el que te tengas que arrodillar para pedirme perdón, vas a derramar lágrimas de sangre y, aun así, jamás volveré a ser tuya.

—Como si quisiera a una maldita traidora a mi lado —escupe con asco—. Espero que disfrutes de tu estancia aquí —se burla, para marcharse dejándome sola con la oscuridad.

Intento mantener la compostura, que no me domine el miedo para no comenzar a gritar suplicando que me saquen de aquí. Sin embargo, los recuerdos se mezclan con el presente y comienzo a tener problemas para respirar, sollozo por primera vez desde que se ha desatado el infierno a mi alrededor.

—Tienes que aguantar, Jaelyn —susurro una y otra vez—. No dejes que ganen ellos. Eres más fuerte que todo esto, maldita sea.

Me pierdo en cuanto una rata pasa por mis pies, comienzo a gritar como si me estuvieran arrancando la piel a tiras, el pasado y el presente se mezclan hasta el punto de no saber si me encuentro en Kisimul o en tierra de los MacLean. Todo gira a mi alrededor y caigo al suelo desmayada...

—Juro que he escuchado los gritos —me parece escuchar la voz de Andrew entre susurros—. Broke ha perdido el sentido, no está dormida ni fingiendo nada. Tenemos que sacarla de aquí...

—No puedo desobedecer a mi *laird*, maldición —exclama frustrado—. ¿Crees que me gusta verla así? ¿Que no he intentado que ese bastardo cabezota entre en razón?

—Pues lo haré yo —rebate, alzando la voz, frunzo el ceño porque me duele mucho la cabeza—. Por primera vez, desobedeceré una orden de Broderick y me la llevaré lejos de aquí si es necesario.

—¿Te estás oyendo? —cuestiona el más mayor—. Andrew, ya te he dicho que lo que sientes puede que no sea real, incluso si ese fuera el caso, Jaelyn no te va a corresponder.

—¿Por qué no? —pregunta dolido—. La trataría como una princesa, como ella se merece. ¿Cómo la ha tratado Broderick desde su llegada? Como a un perro, aun así, la ha preñado y ahora reniega de ambos. Pues yo me haré cargo y los amaré.

—Porque, por mucho daño que le haya hecho, le entregó su corazón cuando apenas eran unos niños y ninguno de los dos lo ha recuperado. Solo deben deshacerse del mal que los envenena, y esa es Violet.

—No la ama y nunca lo ha hecho —escupe, acariciando mi cabello, una lágrima resbala por mi sien al escuchar de boca de otra persona lo que siempre he sabido—. Jaelyn... —me llama con ternura—. ¿Puedes escucharme?

Me remuevo sin querer salir del letargo que me embarga para no regresar a mi realidad, que se ha convertido en mi infierno personal. Finalmente, abro los ojos porque negarme a enfrentarme a los hechos no va a hacer que desaparezcan.

—Sí —susurro, sintiendo mi garganta en carne viva—. Estoy bien —digo, incorporándome con la ayuda de ambos hombres.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Broke—. ¿Te has golpeado en algún sitio? ¿Debo mandar llamar a la curandera?

—No —niego con rapidez avergonzada ante mi debilidad—. Imagino que me he desmayado por todo lo sucedido. Son cosas de mi estado...

—Te escuché —interviene Andrew—. Deja de mentir. No soportas estar encerrada, mucho menos en una mazmorra. ¿Por qué? —pregunta, cruzándose de brazos.

—No tengo nada que decir —espeto a la defensiva—. Marchaos —ordeno, sabiendo que, en cuanto me quede sola, el terror volverá a invadirme—. No quiero que tengáis problemas por mi culpa.

—Voy a dejarte una antorcha, traeré mantas y algo de comer —dice Broke saliendo—. No hagas nada estúpido, chico —advierte a su amigo.

Una vez solos, mi amigo parece tomar una decisión. Me coge del brazo y siseo por el dolor que

siento, ambos nos miramos impresionados, él aparta la manga de mi vestido para ver mi antebrazo amoratado por las veces en las que Broderick me ha cogido con fuerza. Soy consciente de que su mirada se oscurece, sus puños se aprietan y maldice en voz baja.

—Tengo la piel muy pálida... —comienzo a decir para intentar calmarlo.

—No lo excuses —exclama—. Vámonos. Broke ha dejado la puerta abierta.

—No —le detengo—. No pienso ponerte en peligro. No vas a hacer nada, Andrew. Esto es entre tu *laird* y yo.

—También es tu esposo y te trata de esta manera —sisea—. ¿Pretendes que me quede de brazos cruzados? —me pregunta dolido—. No voy a ser capaz.

—¿Por qué querrías arriesgar tu vida, tu clan, tu futuro? —pregunto nerviosa, rezando para no recibir la respuesta que me partirá el corazón—. No lo merezco, Andrew. Realmente he traicionado la confianza de Broderick porque salvé a mi primo, lo escondí en tierras de los MacNeil cuando había sido desterrado.

—Eso solo demuestra que tienes corazón —rebate—. En algún momento me he enamorado de ti, Jaelyn, Y si me aceptas, nos iremos lejos, criaré a tu hijo como mío y jamás hare distinciones con los que Dios nos envíe.

—Andrew, basta —le pido, sollozando por no poder corresponderle—. No es justo que arriesgues todo por mí. Broke tenía razón, no soy capaz de amar a nadie.

—¿Todavía lo amas después de lo que te ha hecho? —pregunta anonadado—. Jamás podría hacerte daño, sin embargo, él...

—No le amo —respondo con firmeza para convencerlo a él, pero sobre todo a mí—. Mas tampoco soy capaz de amar a nadie más. Supongo que es una maldición de la que no puedo escapar.

—Andrew, marchémonos —la voz de Broke nos sorprende—. Aquí dejo unas mantas y la antorcha —explica mientras la pone en la pared—. La comida la traerán en cuanto esté lista.

—Gracias —susurro emocionada—. No volváis a bajar si no os lo ordena. No os busquéis problemas por mi causa.

Broke tiene que sacar a rastras a Andrew, cuando la puerta vuelve a cerrarse, tiemblo. Me tapo con una manta y me siento en la esquina de la celda que queda iluminada, las ratas no vendrán aquí. Solo se escucha el viento que se cuela entre las grietas de la pared, ha comenzado a llover, no era lo que yo esperaba para el día de mi boda.



CAPÍTULO XXVII

Broderick

—¿Cuánto tiempo vas a tener a tu esposa en esa mazmorra? —increpa Andrew mientras contemplo el fuego—. Está embarazada...

—Detente —le pido—. No intentes que me sienta culpable. No he sido yo quien ha cometido traición.

—Si no la amas, ¿por qué la retienes? —me pregunta ofuscado—. Tienes que sacarla de ahí —apremia—. No va a soportarlo.

—Jaelyn es más fuerte de lo que parece —replico, negándome a dar mi brazo a torcer, aunque, desde que he cerrado con llave esa maldita puerta, me he arrepentido mil veces de mi decisión—. No te dejes engañar, chico.

—¿Me hablas tú de dejarme engañar? —pregunta irónico—. Tú, quien te dejas manipular por esa maldita bruja, pareciera que te hubiera hechizado, porque no logro comprender tanta estupidez en tu persona.

—Cuidado, Andrew —aviso molesto—. Somos amigos, pero no por ello pienses que voy a aguantar faltas de respeto, recuerda quién soy.

—Sé muy bien quién eres —espeta—. Eres el hombre que lo tiene todo y, aun así, no es capaz de ser feliz, ya que no deja de cometer errores una y otra vez. ¿Te has parado a pensar por qué tu amante te ha revelado la verdad justamente hoy? Donald debía llevar semanas en su cabaña, ella también te ha traicionado, sin embargo, no ha recibido castigo alguno.

Gruño porque sé que tiene razón...

—Lo que haya hecho Violet no me ha dolido porque hace mucho que dejó de importarme —reconozco para intentar que comprenda mi proceder—. Ella no es mi esposa, maldita sea

—Y cuando Jaelyn salvó a Donald, tampoco lo era —rebate—. No está bien lo que ha hecho, lo sabemos nosotros y lo sabe ella. Aun así, se arriesgó demostrando que no tiene maldad en su interior. ¿No te has preguntado por qué lo llevó hasta Violet? Se odian, y debía saber que tarde o temprano la delataría.

Tantas preguntas que no se me habían ocurrido, mi antigua amante me conoce bien y sabe que, cuando enfurezco, es como si una neblina se apoderara de mi mente, no soy capaz de razonar hasta horas después, cuando ya he cometido errores que son difíciles de perdonar.

Maldigo mi estupidez y salgo raudo del castillo hacia la cabaña de la única mujer que me puede dar respuestas, ya que Jaelyn no abrirá la boca nada más que para insultarme, de eso no

me cabe ninguna duda.

—Sabía que vendrías —dice Violet en cuanto abro su puerta con brusquedad, parece calmada—. Te preguntas por qué no te dije nada, ¿verdad?

—No eres estúpida —asiento, esperando su respuesta—. ¿Por qué hoy?

—Porque se iba a marchar —responde—. No lo podía retener más y no podía dejar que se fuera y tratara de matarte de nuevo. Debía advertirte de que tenías al enemigo entre los muros de Kisimul.

—¿Por qué Jaelyn lo trajo aquí? —cuestiono—. Te odia, no confiaría en ti...

—Imagino que encontré mi cabaña y, desesperada al no poder con Donald hasta otro lugar más remoto, prefirió arriesgarse.

Su explicación no me convence y comienzo a dudar sobre si he obrado bien o he sido demasiado duro con mi esposa. No pongo en duda que mi padre debe estar revolcándose en su tumba por el trato que le he dispensado desde su llegada a Kisimul.

—¿Tienes algo más que decirme? —pregunto, sabiendo que no voy a encontrar la verdad aquí, Andrew tenía razón y lo sucedido es algo que ha utilizado en su beneficio.

—No soy yo la que te oculta cosas, querido —se burla—. Te dije que te traicionaría, puede que solo haya vuelto para vengarse, piénsalo...

—Basta —gruño—. Aunque creas que no me has traicionado guardando silencio y cuidando de mi hermano, lo has hecho, no eres mejor que mi esposa.

Salgo de la cabaña, a pesar de sus gritos llamándome. Hoy se suponía que debía ser uno de los días más felices de mi vida, ya que por fin iba a casarme con la única mujer que he amado. Sin embargo, se ha convertido en un maldito infierno del cual no sé cómo voy a escapar.

A mi regreso al castillo, mis cuatro amigos me esperan en el salón con cara de pocos amigos, soy consciente de que ninguno apoya mi decisión con respecto al encierro de mi esposa, pero ¿qué clase de *laird* sería si no castigo la traición hacia mi persona? ¿Qué clase de hombre seré si le perdono cualquier cosa?

—¿Ya te has dado cuenta? —pregunta Jules sin mirarme mientras afila su espada junto al fuego.

—Puede que ambas sean culpables —reconozco—. Pero no fue Violet quien partió en busca de mi hermano desoyendo mis órdenes y lo escondió.

—Pero fue su cómplice por algún motivo —rebate Broke—. Apostaría mi cuello a que eran amantes.

—¿De qué demonios hablas? —exclamo molesto—. ¿Violet y Donald?

—Bueno... —se alza de hombros—. Tú ya no eras su protector, mejor tu hermano que ninguno —responde con ironía—. ¿Qué mejor venganza que meter a tu hermano menor en su cama? Después de todo, lo ha intentado con todos nosotros...

—¿Qué has dicho? —siseo—. ¿Se puede saber por qué me entero de todo esto ahora?

—¿Nos hubieras creído entonces? —cuestiona Andrew—. ¿Por qué te crees que la odiaba tanto? Porque sé lo desleal que puede llegar a ser.

—Estupendo —exclamo—. Parece que he sido un estúpido durante años.

—Nada nuevo bajo el sol —replica Arthur—. Lo que debes pensar es cómo arreglarlo.

—No voy a liberarla —sentencio—. Es culpable, cualquier otra persona ya estaría muerta, y lo sabéis.

—¡Ella no es otra persona! —exclama Andrew—. Maldita sea, es tu esposa y la tienes encerrada en una húmeda mazmorra llena de ratas.

Salgo del salón y me encamino hacia donde mi esposa está encerrada. Al descender las

escaleras, me doy cuenta del frío que hace, corro hasta llegar a la celda donde la he encerrado hace unas horas, jurándome a mí mismo que no la iba a sacar de este agujero jamás.

—Jaelyn —llamo, enfocándome en la única esquina que está iluminada—. Jaelyn...

Busco la llave y abro apresuradamente, corro a su lado y me arrodillo. Parece que está dormida, al tocar su rostro, está helado, maldigo y la cojo entre mis brazos para salir corriendo de nuevo. No me detengo ni siquiera cuando mis hombres se levantan de sus asientos al verme llegar, me dirijo a la alcoba que había ordenado que prepararan para nosotros. No la antigua habitación de mi padre, sino la que compartió con mi madre cuando aún vivía.

La dejo en el lecho para comenzar a desnudarla y así poder hacerla entrar en calor. Su vestido de novia está mojado, húmedo, dejándome claro que ha debido pasar un frío horrible allí abajo. Me desprendo de mis ropas y me meto con ella en el lecho, esperando que mi cercanía y las mantas sean suficientes para hacerla entrar en calor, gime y me tenso esperando su rechazo, preparándome para una nueva lucha, sin embargo, no abre los ojos.

—Quiero salir de aquí —murmura con el ceño fruncido—. Necesito salir...

Se remueve inquieta entre mis brazos, le dejo algo de espacio para que no se dé cuenta de que estoy a su lado. Debo reconocer que me duele ver esto, aunque cuando está dormida, muestra su lado vulnerable, y necesito saber más sobre lo que ha vivido durante los dos años que estuvimos separados.

—Brown, voy a matarte —gruñe, dando patadas—. Odio las ratas, hay tantas —grita cuando se roza contra mí—. ¡Sacadme de aquí! —pide una vez más, cada vez le cuesta más respirar y comienzo a asustarme—. Por favor... —suplica rompiéndose.

No lo soporto más, la zarandeo para despertarla, pero no lo hace y comienzo a asustarme.

—Jaelyn, despierta —apremio nervioso—. Estás conmigo, estás en Kisimul...

Eso parece hacerla gritar más y no soy capaz de callarla. Finalmente, abre los ojos tras gritar su nombre con todas mis fuerzas, están empañados por el más puro terror, su frente perlada de sudor, su respiración agitada. Me doy cuenta del momento en que me reconoce porque su expresión de sufrimiento se torna en una de puro odio.

La bofetada que gira mi rostro es algo que podría esperar de ella. El dolor lacerante no es nada comparado con lo que está por venir, de eso no tengo la mínima duda.

—¿Dónde demonios me has traído ahora? —sisea, alejándose de mí, bajando del lecho, poniendo distancia entre nosotros—. ¿Y por qué estamos desnudos?

—Es la alcoba de mis padres —respondo—. Había ordenado que la prepararan...

—Espero que no pienses que voy a compartir el lecho contigo —interrumpe—. Porque entonces voy a pensar que has perdido el juicio por completo.

—No —espeto—. Pero podría, ¿lo sabes? —odio que me cuestione.

—Por supuesto —asiente, mirándome con asco—. Es lo único que te falta. ¿Vas a forzarme, Broderick?

—Cállate —ordeno molesto—. Estabas helada, maldita sea. Solo intentaba que entraras en calor...

—¿Y ahora te importa? —pregunta—. Fuiste tú quien me encerraste allí abajo.

—No me dejaste otra opción —le grito enfurecido—. Me has traicionado, Jaelyn.

—Lo sé —asiente sin el menor remordimiento—. Era serte leal a ti o a mí misma, y si algo me enseñaste hace dos años es que siempre debía ponerme en primer lugar.

—Dime una cosa, ¿solo lo salvaste porque es familia, o hay algo más detrás? —pregunto harto de especulaciones que no me llevan a ningún lado—. No vuelvas a mentirme —le advierto.

—Nunca te he mentido —replica ofendida—. Ya te dije por qué lo hice. Es tu decisión

creerme o no.

Me doy cuenta de que busca algo con lo que cubrirse, a mí, por el contrario, me da igual estar frente a ella como mi madre me trajo al mundo. Se cubre con una de las mantas, suspiro sabiendo que no voy a obtener nada de ella. Me visto porque su mirada, a pesar de destilar desprecio, comienza a afectarme.

—¿Qué debo hacer ahora? —le pregunto—. ¿Hacer como si nada? Todo el clan sabe lo que has hecho.

—Haz lo que debas, tomé la decisión consciente de lo que podría significar que te enteraras —dice con dignidad—. Destiérrame, mátame o enciérrame... —enumera con voz temblorosa—. Te suplico que si te decides por la última, no lo hagas en las mazmorras de nuevo, no creo poder soportarlo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —la increpo enfurecido al verme atado de pies y manos—. ¿Por qué nunca me escoges a mí? —cuestiono—. ¿Por qué nos has hecho esto?

—¿Te estás oyendo? —pregunta con incredulidad—. Fuiste el primero en darme la espalda, en traicionarme —alza la mano para callarme al ver que voy a replicar—. Puede que no estuviéramos juntos como hombre y mujer, pero para mí fue una traición, Broderick.

—¿Es tu venganza? —replico—. ¿Has hecho todo esto porque crees que elegí a Violet hace dos años?

Comienza a reír, aprieto los puños con rabia ante su reacción, por ello actúo por instinto abofeteándola, controlando mi fuerza para no hacerle daño excesivo. El silencio que sigue a mi acción es desolador, su rostro se gira de nuevo hacia mí mostrándome la frialdad más absoluta en sus ojos.

—Me has golpeado —escupe con asco—. Te has atrevido a golpearme por reírme de tu pregunta tan absurda. No vine con intención de vengarme, ya que no sabía que te encontraría en Kisimul, y aunque lo hubiera sabido, mis intenciones no eran otras que escapar de Brown MacLean después de la muerte de mi esposo y regresar tras el llamado de mi tío —replica sin apartar su mirada de la mía—. Pero te equivocas en una cosa, MacNeil —rebate, acercándose a mí muy despacio—. Sí la elegiste a ella en vez de a mí.

—¡No fue así! —exclamo ofuscado.

—Basta —ordena—. Estoy cansada de esta conversación y lo cierto es que hace mucho que dejó de importarme.

—¿Estás segura de lo que dices? —cuestiono, negándome a creer en sus palabras.

—Por supuesto —asiente—. Y en el caso de que no hubiera podido olvidarte, créeme que desde que llegué aquí no has hecho nada que me haga sentir lo contrario.

Tiene razón y no puedo culparla, debo dejar de hacerlo. Muy en el fondo todavía le guardo resentimiento por lo que ocurrió años atrás, y por eso he dejado que mis peores instintos me gobiernen.

—No puedo dejarte sin castigo, Jaelyn. —Veo cómo asiente de nuevo—. Te quedarás aquí, al menos, hasta que des a luz.

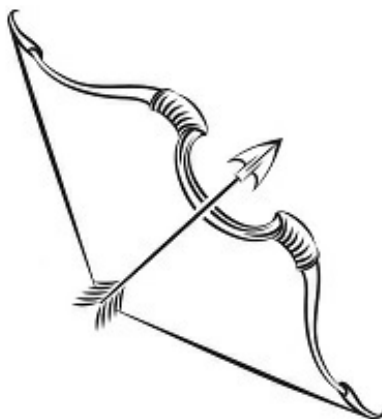
—Que magnánimo —se burla cuando me dirijo a la puerta, intento no caer en sus provocaciones—. Dime, ¿qué castigo le has dado a Violet? —pregunta, ante mi silencio, espeta—. Lo imaginaba.

Salgo cerrando la puerta, sintiéndome derrotado, negándome a mí mismo que me haya equivocado tanto con Jaelyn que mis actos sean imperdonables. Me encierro en mi alcoba porque no quiero seguir escuchando a los que me rodean cómo me he equivocado, hoy debía compartir el lecho con mi esposa, la primera noche de muchas que estaban por venir, sin embargo, todo eso

ya no es posible.

Tendré que vivir con las consecuencias de mis actos y decisiones. Suspiro porque mi cabeza es un hervidero de pensamientos caóticos. Por una parte creo que todo ha sido un plan para vengarse junto con mi hermano, por otra, aquella que recuerda a la niña que fue, es impensable. ¿Cuántas veces Violet me habló mal de Jaelyn hasta el punto de distorsionar mis propios recuerdos?

Maldigo furioso por no ser capaz de diferenciar la mentira de la verdad. ¿Qué debo hacer a partir de ahora?



CAPÍTULO XXVIII

Jaelyn

Seis meses después...

Miro por la ventana hacia el exterior y suspiro alicaída. Llevo meses encerrada, Broderick decidió, tres meses después, que mi castigo había sido suficiente, mas yo no he salido de aquí. Acaricio mi vientre hinchado por el hijo que crece fuerte en mi interior, me encanta sentir sus patadas, que me dejan saber que está bien.

Todavía puedo recordar el día en que mi esposo decidió que podía salir de mi alcoba y lo que mi negativa significó para ambos.

Escucho cómo la llave gira en la cerradura y espero ver entrar a una de las criadas encargadas de traerme la comida, por ello me sorprende que sea mi esposo el que entra después de semanas en las que no le he visto.

—Han pasado tres meses, Jaelyn —comienza a decir sin que yo vuelva mi vista de nuevo hacia él, miro por la ventana para contemplar las montañas que rodean la isla de Barra—. Creo que ha sido suficiente castigo, si juras que nunca más me traicionarás, puedes salir y continuaremos con nuestra vida.

—No pienso hacerlo —sentencio sin volverme, lo escucho gruñir, mas no me importa—. No voy a jurar algo que no sé si podre cumplir, ya que para mí no eres mi laird.

—Repite eso —ordena entre dientes—. ¡Mírame cuando te hablo! —exige.

Obedezco de mala gana para contemplar su rostro más pálido que de costumbre, más delgado y con una barba que no le favorece en absoluto. Frunzo el ceño y hago un mohín de desagrado ante lo que veo.

—¿Qué demonios te ha pasado? —pregunto, levantándome de mi asiento, sus ojos se posan en mi vientre, que comienza a notarse hinchado.

—No sé de qué hablas —escupe, mirándome ahora a los ojos—. No ignores mis preguntas, Jaelyn.

—No lo he hecho —rebato, cruzándome de brazos—. No te considero mi laird porque, para hacerlo, debería respetarte, y no lo hago —confieso sin miedo—. Lo perdiste el día que me encerraste en aquella mazmorra.

—No tuve elección —exclama, alzando la voz.

—Todos tenemos elección, Broderick —replico—. Yo decidí traicionarte por salvar a una persona que había crecido conmigo, tú decidiste creerme la villana de esta historia.

—Puede que no me respetes, pero debes obedecerme como tu esposo —escupe, acercándose a mí, no doy un solo paso atrás—. ¿Te has olvidado de que estamos casados?

—Puede que ante los ojos de los demás lo estemos —asiento—. Pero no para mí. No es algo que no haya vivido antes —me encojo de hombros—. Viví casi dos años con un hombre que no amaba, bien puedo hacerlo contigo.

—No pienso morirme pronto, Jaelyn —advierte—. No soy un anciano con un pie en la tumba, harías bien en recordarlo.

—Que vivas o mueras me es indiferente —espeto—. No pienso salir de esta alcoba. Tú decidiste hace tres meses, ahora decido yo.

—Puedo sacarte a la fuerza —sisea muy cerca de mi rostro, su aliento golpeando mis labios, odio que mi corazón dé un vuelco—. Deja de retarme, maldita seas.

—Maldito seas tú —escupo de vuelta con rabia apenas contenida—. No sabes cuánto te detesto...

Me veo interrumpida por un beso que no esperaba recibir. Debería producirme rechazo, asco y, aun así, consigue estremecerme. La rabia hacia mí misma me hace morder con saña su labio, me suelta con un gruñido de dolor pasándose el dorso de la mano por su boca, que sangra ante la saña con la que me he defendido.

—¿Te has vuelto loca? —reprocha, observando la sangre en su mano.

—Creo que el que has perdido el juicio eres tú —rebato con una calma que hasta a mí me sorprende—. ¿Cómo te atreves a ponerme una mano encima?

—Soy tu esposo —rebate—. Jaelyn, sé que estás enfadada y con justa razón, pero...

—¿Necesitas que alguna mujer caliente tu lecho? —pregunto con sorna—. ¿Es eso? —me río ante su semblante, el cual me deja saber que estoy en lo cierto—. Pues te aconsejo que vayas a visitar a tu amante. Ella estará dispuesta a complacerte, porque yo no pienso hacerlo.

—Eres mi esposa —repite de nuevo—. No la quiero a ella.

—No la quieres a ella... —suspiro—. ¿Ahora ya no la deseas? Tiene gracia, Broderick.

—No me parece nada gracioso, esposa —sisea, me tenso ante su forma de dirigirse a mí.

—¿Sabes? —pregunto—. No era así como me imaginaba sería mi matrimonio contigo cuando era una niña.

Ahora es el turno de mi esposo de tensarse y mirarme con recelo. Si permito que los recuerdos del pasado me invadan, la tristeza lo hará también, y me niego a echar de menos algo que hace mucho tiempo que murió.

—Tampoco pones de tu parte —reclama—. ¿Cómo piensas pasar los próximos treinta años? ¿Aquí encerrada? —pregunta, sentándose en mi lecho.

—Fue tu decisión —replico de nuevo—. Supongo que cada uno debe cargar con sus actos.

—No pienso permitir que te encierres por tu maldito orgullo —gruñe—. ¿Vas a criar a nuestro hijo aquí?

—¿Nuestro? —cuestiono de nuevo—. Qué pronto cambias de parecer, esposo —replico con burla—. Cuando nazca, veremos qué sucede...

—No creas que vas a hacer tu santa voluntad, Jaelyn —exclama, levantándose furioso.

El portazo resuena con fuerza, mas no me inmuto en absoluto, hace mucho que dejé de hacerlo. O al menos es lo que me repito una y otra vez para convencerme de ello y sobrevivir entre las paredes de Kisimul.

De eso han pasado meses, y aunque no hay día que no me pida, ordene y suplique que salga de esta alcoba, no lo he hecho y no pienso hacerlo. El día del nacimiento de mi bebé se acerca, lo presiento, y temo que la fuerte nevada que nos ha azotado estos días no permita a la vieja curandera venir hasta el castillo. Confieso que tengo miedo, me aterra que de nuevo vaya a perder a mi hijo sin poder hacer nada por evitarlo. Aunque esta vez, igual que la anterior, estoy dispuesta a dar mi propia vida por la suya con sumo gusto.

Ando de un lado a otro de esta habitación que se ha convertido en mi celda impuesta. Mi espalda duele horrores y siento que solo si camino alivio un poco el dolor, sé que todavía quedan unas semanas para que dé a luz, pero creo que no voy a llegar. Contengo un sollozo cuando el dolor aumenta, es noche cerrada y puedo escuchar el aullar del viento, la nieve cae sin cesar y un manto blanco cubre todo lo que alcanza la vista.

Gimo cuando el dolor atraviesa mi vientre, jadeo cuando este pasa y dejo que las lágrimas fluyan sabiendo que ha llegado la hora. He intentado alejarme del mundo con la esperanza de mantenerlo a salvo, pero he fallado de nuevo.

—Dios mío —susurro aterrada—. ¿Qué hago? No voy a poder hacer esto sola.

Abro la puerta y recorro el pasillo en penumbras, todo está en silencio, la gente duerme plácidamente mientras yo siento cómo me desgarró por dentro. Llego a la puerta de la alcoba de mi esposo, y por primera vez rezo para que esté dentro y solo, no podría soportar encontrarlo de otro modo. Un pensamiento que no pienso analizar ahora mismo.

—¿Jaelyn? —pregunta, incrédulo, levantándose de la cama—. ¿Suced algo?

Antes de que pueda responder a su pregunta, un nuevo dolor me atraviesa, grito agarrándome el vientre, mientras le miro pidiendo auxilio con la mirada. Él se asusta y corre hacia mí, cierra la puerta y me coge en brazos hasta el lecho.

—Mi hijo, mi hijo —repito sin cesar, dejando que el pánico me domine—. Todavía no es el momento...

—¿Es el bebé? —pregunta angustiado—. La vieja curandera no va a poder llegar al castillo.

—Lo sé —siseo cuando un nuevo dolor me estremece de pies a cabeza—. Tendrás que hacerlo tú.

—¿Te has vuelto loca? —pregunta incrédulo—. No sé nada de traer niños al mundo.

—No es tan difícil —gruño, subiéndome la falda del camión y abriéndome de piernas sin pudor—. ¿Qué ves?

—Maldición —abre desmesuradamente los ojos—. No creo que vuelva a ver esto de igual modo —susurra—. Jaelyn, juraría que veo una cabeza.

Siento unas inmensas ganas de empujar, así que eso es lo que hago. Broderick palidece, puedo ver cómo sus manos tiemblan mientras se pierden entre mis piernas.

—Hay demasiada sangre —exclama, mirándome preocupado—. ¿Estás bien?

—Concéntrate en traer a mi hijo al mundo —ordeno—. Lo que me suceda a mí no importa.

—¿Cómo que no importa? —cuestiona, frunciendo el ceño—. A mí me importa —exclama—. ¿Crees que voy a dejarte morir?

—Si depende la vida de mi hijo de ello, lo harás —le exijo—. Si debes decidir, mi bebé siempre será lo primero.

—No puedes pedirme eso —susurra conmovido—. No voy a elegir entre mi hijo y tú.

—¿Por qué? —siseo mientras vuelvo a empujar—. No deberías dudar entre salvarme a mí o salvar a tu hijo.

—Porque te amo demasiado como para dejarte morir —grita furioso, aterrado, puedo verlo en

sus ojos—. Os amo a los dos, pero no sería capaz de seguir viviendo si no te tengo a ti.

—A mí no me tienes —susurro conmovida ante su confesión—. Por favor —le suplico, llorando, sin comprender muy bien el motivo, no se trata solo del miedo que siento en estos momentos, es algo más que no logro comprender—. Sálvalo —grito cuando empujo con todas mis fuerzas.

Broderick no vuelve a hablar, parece que tiene una nueva misión en la vida y es mantenernos con vida. Me pide que empuje una vez más, y siento como si mis partes se desgarraran de nuevo para dar paso a mi bebé.

—Ya está aquí, Jaelyn —exclama emocionado—. Un último empujón, Princesa —me suplica—. Tú puedes hacerlo, eres fuerte, por favor.

Con mis últimas fuerzas, obedezco, y al escuchar el llanto de mi bebé, comienzo a llorar aliviada de haberlo conseguido. Mis párpados pesan y me siento muy cansada, aun así, soy capaz de ver cómo mi esposo cubre a nuestro hijo con una manta.

—Es un niño —anuncia—. Es un niño fuerte y sano.

—Gracias a Dios —susurro temblorosa—. Quiero verlo —pido ansiosa.

Broderick se acerca con nuestro pequeño milagro y me lo deja entre mis brazos dispuestos. Jadeo al comprobar que se parece muchísimo a él, cuando crezca, no dudo que será igual a su padre.

—Ahora ya no podrás dudar que sea tu hijo, tiene la marca de los MacNeil —replico, alzando la vista para ver cómo se limpia las lágrimas—. Cuando tenga tu edad, será como verte joven de nuevo.

—En realidad, jamás dudé, Jaelyn —reconoce—. Muy en el fondo sabía que no serías capaz de hacer algo así.

—Ya —espeto sin querer discutir, ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo—. Debes asegurarte de que he expulsado todo —le digo mientras contemplo a mi bebé—. ¿Qué nombre le pondremos?

Me mira mientras de nuevo se posiciona entre mis piernas. Ahora que ya no siento la necesidad de empujar para dar vida, me incomoda un poco que sea él quien deba hacerlo.

—No veo nada —frunce el ceño—. ¿Qué es lo que debo buscar?

—Si no recuerdo mal —respondo avergonzada—, es como un saco, es donde el bebé crece...

—¿Un saco? —cuestiona—. ¿Te duele algo?

—Todavía siento ganas de empujar —le digo mientras lo hago—. ¿Sale algo?

—Maldición —espeto—. No debía ser yo quien se encargara de esto, si algo sale mal...

—Ahora ya no importa —interrumpo—. Nuestro hijo está sano y salvo. Deja de preocuparte.

—¿Que no me preocupe? —replica—. ¡Sale algo! —exclama nervioso—. Sigue haciendo lo que sea que estés haciendo, mujer.

Suspiro de alivio cuando siento que expulso lo que quedaba en mi interior. Cierro los ojos desfallecida, desearía dormir durante días, pero no quiero separarme de mi hijo.

—Ya está —informa triunfal—. Sigues sangrando, ¿es normal?

—Sí —asiento—. ¿Es mucho? —pregunto sin que me importe gran cosa.

—No —niega más tranquilo—. ¿Quieres que te ayude a asearte? Podemos dejar al pequeño en la cama durmiendo...

Me incomoda, pero más lo hace quedarme sucia y sudada. Asiento viendo cómo sale de la alcoba a por agua y todo lo necesario, no he querido despertar a nadie más, acabo de darme cuenta de que cuando he necesitado a alguien, he acudido a su lado sin dudar.

No tarda en regresar con agua caliente y todo lo necesario para cambiar el lecho

ensangrentado. Primero me lava muerta de vergüenza, cierro los ojos y me dejo hacer, cuando termina, me levanta entre sus brazos, no sin antes dejar a nuestro hijo en el lecho un momento mientras me acomoda en un asiento cerca de la chimenea, aprovecho mientras limpia para darle de comer a mi pequeño milagro.

—Es lo más hermoso que he visto nunca —susurra, sobresaltándome, ya que no me había dado cuenta de que estaba a mi lado contemplando cómo alimento a su hijo—. Todavía no hemos decidido cómo le llamaremos...

—Me gustaría que se llamara Cedric, como mi padre —confieso—. Aunque entiendo que quieras que lleve tu nombre o el de tu padre.

—Cedric me gusta —asiente—. ¿Qué tal Cedric Archibald MacNeil?

—Sea —sonríe con sinceridad en muchos meses—. Llevará el nombre de sus dos abuelos.

—Debes estar agotada —dice mientras acaricia la mejilla del pequeño glotón—. En cuanto termines, debes descansar, yo me ocuparé de él.

Cuando se vuelve a dormir entre mis brazos, lo ponemos en el lecho y mi esposo me deja a su lado con sumo cuidado. Cierro los ojos tentada a dormir durante días.

—Jaelyn —susurra cuando estoy a punto de dejarme atrapar por el sueño—, gracias.



CAPÍTULO XXIX

Broderick

Verlos dormir plácidamente es una estampa que estaría dispuesto a contemplar por el resto de mi vida.

Estos meses han sido difíciles, ya que mi esposa no ha dado su brazo a torcer, y aunque pasado un tiempo prudencial decidí que era el momento de acabar con su castigo, no quiso salir de su encierro, y yo no quería obligarla de nuevo a hacer algo por la fuerza. Lo intenté todo, incluso suplicar y, aun así, no sirvió de nada, Jaelyn había decidido volver a construir unos muros a su alrededor que no he sido capaz de derribar.

Me he desesperado, gritado, maldecido y no he conseguido cambiar mi suerte. Durante estos meses, mi carácter se ha agriado hasta el punto de discutir con mis mejores amigos, los cuales solo intentan ayudarme. Andrew no me habla si no es estrictamente necesario desde el día que decidí que Jaelyn no saldría de su alcoba.

Arthur y Jules se han mantenido bastante al margen, el único que ha permanecido a mi lado en las noches en las cuales intentaba ahogar mis penas y remordimientos con *whisky* ha sido Broke. Y fue él quien me aconsejó que para poder tener una oportunidad con mi esposa, Violet debía desaparecer por completo de nuestras vidas, porque si no, siempre estaría en medio esparciendo su veneno entre los dos, y tras mucho pensarlo, me di cuenta de que tenía razón.

Todavía recuerdo el último enfrentamiento con ella, ya que no se iba a alejar sin pelear, sin intentar una vez más crear un abismo entre la única mujer que siempre ha ocupado mi corazón y yo.

—Me siento honrada —se burla en cuanto entro en su humilde hogar—. ¿Qué le trae por aquí, laird?

—Creo que ha llegado el momento de que te marches, Violet —espeto sin dejar que su sarcasmo me afecte.

—¿Cómo dices? —pregunta asombrada—. ¿Me estás desterrando? ¿Por qué?

—¿Te parece poco esconder a mi hermano en tu casa? —cuestiono, cruzándome de brazos, intentando mantener la calma—. Mi esposa ha recibido un castigo, ¿por qué tú no?

—Porque yo no fui quien fue a buscarlo —alza el mentón—. Siempre te he sido leal, Broderick, ¿puedes decir lo mismo de tu princesa? —pregunta con ironía y rabia mal

disimulada—. ¿Te lo ha pedido ella? No sabía que ahora te dejaras dominar...

—Ni siquiera lo intentes, Violet —interrumpo—. Nadie me domina, y como laird de los MacNeil, puedo desterrar a quien me plazca, y ahora ha llegado tu hora.

—Eres un maldito desagradecido —grita, abalanzándose sobre mí para golpearme en el pecho con saña—. Primero me das la espalda cuando esa maldita llega de nuevo al clan, y ahora me despojas del único hogar que ha sido mío.

Intento contener los golpes, pero me harto y la empujo lejos de mí, cae sobre el camastro con la cara enrojecida y desfigurada por la ira, su cabello rojo despeinado y jadeante me mira como si me desafiara.

—No vuelvas a tocarme —le advierto con ferocidad—. Mis hombres te escoltarán hasta donde desees ir.

—¡No tengo dónde ir! —grita levantándose—. Vas a pagar por esto, Broderick MacNeil.

—Ya lo estoy haciendo, Violet —espeto dispuesto a marcharme—. Créeme que ya lo hago.

Al salir, compruebo que Jules y Broke esperan en la puerta en completo silencio mirando al frente, esperando mis órdenes.

—Llevadla donde quiera —les pido, escuchando las maldiciones de la mujer que acabo de desterrar para siempre de mi vida después de tantos años.

El llanto de mi hijo me trae al presente. Me apresuro a cogerlo para que deje de llorar y permita dormir un poco más a su madre. Lo mezo entre mis brazos, es tan pequeño e indefenso que siento miedo de que cualquier cosa pueda sucederle sin que lo pueda evitar.

—Debes guardar silencio, pequeño —susurro—. Tu madre se despierta con facilidad y necesita descansar. —Abre sus ojitos pareciendo que me entiende, no es capaz de enfocar la vista, pero no me importa, sonrío como un bobo—. Eres lo más hermoso que he hecho en esta vida, ¿sabes? Tú y tu madre sois lo que más amo —mi voz se rompe ante la emoción.

Vuelve a gimotear reclamando su alimento, me temo que no voy a poder aguantar mucho tiempo el momento de despertar a la única persona que puede aliviar su hambre. En cierta manera, siento envidia de mi pequeño, ya que él puede tenerla por completo, sin embargo, por mis errores sé que no va a permitirme acercarme y disfrutar juntos de estos momentos con nuestro hijo.

—Prometo no volver a fallaros —beso su frente—. Puede que tu madre no me crea, mas es algo que pienso demostrar con actos día a día hasta que llegue el momento en que ella pueda perdonarme.

El llanto de Cedric, finalmente, despierta a Jaelyn, que de inmediato me demanda a su hijo. De inmediato se hace cargo y de inmediato el pequeño glotón calla al recibir lo que tanto reclamaba.

—Deberías haberme despertado —amonesta sin mirarme, contemplando a Cedric mientras lo amamanta.

—Estás agotada —replico—. Puedo encargarme de mi hijo.

—¿Puedes alimentarlo? —pregunta molesta, ante mi silencio, asiente—. A partir de ahora, él es lo primero, creí que te lo había dejado claro. No necesito que me cuides ni que finjas preocuparte por mí.

—¿Fingir? —cuestiono—. ¿Crees que no he sentido miedo ante la idea de perderte?

—¿Por qué? —me mira frunciendo el ceño—. Durante dos años, has vivido sin mí, Broderick, lo decidiste así.

—Pero ¡estabas viva! —grito, haciendo que Cedric se asuste y llore—. No estabas conmigo, pero tampoco bajo tierra.

—Bien podría haber acabado muerta —replica sin inmutarse—. Cuando Brown me tiró por las escaleras, me podría haber partido el cuello.

—No me nombres a ese bastardo —gruño—. Te dije que lo mataría y pienso hacerlo.

—No necesito eso en este momento, Broderick —interrumpe—. Acabo de dar a luz y quiero disfrutar todo lo posible de Cedric. ¿Podrías dejarme sola? —pregunta, alzando de nuevo sus ojos hacia los míos.

—Vas a dejarme al margen, ¿verdad? —Sé la respuesta antes de escucharla de sus labios.

—¿Tú que crees? —rebate—. Nada ha cambiado entre nosotros, Broderick. Dije que me casaría contigo por mi hijo, pero no me siento tu esposa.

—Si te digo que te amo —susurro—, ¿no sirve de nada?

—Tu forma de amar no me complace, la verdad —replica—. No sabes lo que significa ese sentimiento. Siempre has gritado a los cuatro vientos tu supuesto amor por mí, pero jamás me has elegido, has dudado de mí en todo momento. Si tu amante habla, me sentencias, me pregunto por qué no te casaste con ella. Imagino que tu padre no te lo permitió, sin embargo, cuando murió, podrías haber hecho tu santa voluntad, pero decidiste amargarme a mí la existencia. — Sus palabras se clavan como puñales certeros—. Una vez me preguntaste si había regresado para vengarme, pero ¿lo estás haciendo tú? ¿Herí tu orgullo al no quedarme sentada llorando por ti?

—No digas tonterías —espeto ofendido—. Mejor me marchó, volveré cuando estés más calmada.

—Mejor no lo hagas —responde, deteniendo mis pasos—. Deseo tranquilidad y poder disfrutar de mi hijo.

—Recuerda quién engendró a tu hijo —señalo molesto—. Puede que no me quieras por marido, pero lo soy. Y no vas a apartarme de Cedric, no pienso permitir que me castigues de ese modo.

Salgo de la habitación intentando dominar mi carácter, en muchas ocasiones he jurado hacerlo y no lo he conseguido, pero estoy convencido de que si no logro que Jaelyn recuerde por qué me amó una vez, la perderé para siempre. Una vez ya viví sin ella y fue doloroso, mas ahora tenerla cerca sintiéndola tan lejos es insoportable.

El día ha comenzado y todos en el castillo están cumpliendo con sus tareas ajenos a que el próximo *laird* de los MacNeil ha nacido. Mis hombres, como cada mañana, me esperan en la gran mesa del salón donde nos reunimos, al verme con una gran sonrisa, todos se extrañan, menos Andrew, que ni siquiera alza la mirada.

—¿Qué ha sucedido ahora? —pregunta Broke.

—Soy padre —anuncio con orgullo—. Esta noche he ayudado a Jaelyn a traer a nuestro hijo al mundo.

—¿Hijo? —pregunta Andrew, dirigiéndome la palabra en semanas.

—Sí —asiento—. Cedric Archibald MacNeil.

—Vaya todo un nombre —alaba Jules—. Al menos ya tienes un heredero.

—El primero de muchos —replico convencido, Andrew se atraganta con su bebida—. ¿Algo que decir?

—Sí —asiente con valentía—. Como no los tengas con tu zorra...

—Andrew —advierte Broke—, basta, esto no nos lleva a ningún lado.

—Nos lleva a que no se merece nada de lo que tiene —se levanta de su asiento—. La tiene a ella y todos sabemos que Jaelyn no desea estar a su lado. Ahora tiene un hijo, dime, Broderick, ¿vas a criarlo viendo cómo humillas a su madre? ¿Cómo desconfías de ella? Eres un maldito egoísta que no te importa matar su espíritu por no dar tu brazo a torcer.

—¡Cállate de una maldita vez! —vocifero—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? —pregunto, acercándome con ganas de matarlo a golpes, los demás se levantan para interceder si es necesario—. No os metáis —ordeno—. Debemos dejar de protegerlo porque es el menor, sobre todo, porque no sabe cuál es su sitio.

—Y supongo que me lo vas a enseñar tú —escupe sin rastro de temor—. Te he seguido durante años y respetado más que nadie. Para mí eras un ejemplo a seguir, pero ahora solo siento vergüenza.

El puñetazo que recibe por mi parte lo lanza al suelo. Broke intenta detenerme, pero lo empujo harto de que se inmiscuyan, esto ha llegado demasiado lejos. Me pongo encima de él y comienzo a golpearlo con toda la rabia contenida de saber que sus palabras, sus acusaciones, son ciertas y que no me merezco ni a mi esposa ni a mi hijo.

—Basta —brama Broke, separándose de Andrew, quien no se ha defendido en ningún momento—. Vas a matarlo, maldición.

—Debería hacerlo —siseo—. Maldito mocoso.

—¿Vas a desterrarme a mí también por decir lo que todos pensamos? —pregunta levantándose, escupiendo sangre.

—Tengo motivos, pero no —le digo, intentando calmarme—. Dime una cosa, Andrew, ¿amas a mi esposa? —Es algo que me ha rondado la mente en numerosas ocasiones y que me he negado a creer, al principio pensé que solo se trataba de un capricho, sin embargo, ha cambiado demasiado como para que solo se trate de eso.

—¿Y qué si lo hago? —cuestiona, alzando el mentón.

—Maldición, muchacho —se queja Jules—. Cierra la boca de una vez.

—¿Por qué? —exclama—. Él me ha preguntado.

—Y tu respuesta no me complace —gruño furioso—. ¿Cómo te atreves a decirme que amas a mi esposa?

—¿Crees que he podido evitarlo? —cuestiona—. ¿Que no dejaría de hacerlo si pudiera?

—Pues hazlo —ordeno entre dientes—. Ella es mía y siempre lo será.

—No porque ella quiera —escupe—. Espero que llegue el día que se vea libre de ti.

—Se acabó —intercede Arthur, que no suele meterse en nada—. Salgamos de aquí —ordena, cogiendo del brazo a su amigo y arrastrándolo con él.

—No le hagas caso —aconseja Broke—. No la ama, cree hacerlo.

—Eso dijiste una vez —suspiro, mirando mis nudillos ensangrentados—. No puedo permitirme esto ahora mismo.

—¿No me digas que temes que el muchacho te robe a tu esposa? —cuestiona Jules—. A veces creo que eres tonto.

—Me odia —rebato—. Ambos lo hacen...

—Ves demonios donde no los hay —replica—. Andrew puede que esté furioso contigo por tu comportamiento, pero nunca haría algo así, y tu esposa tampoco.

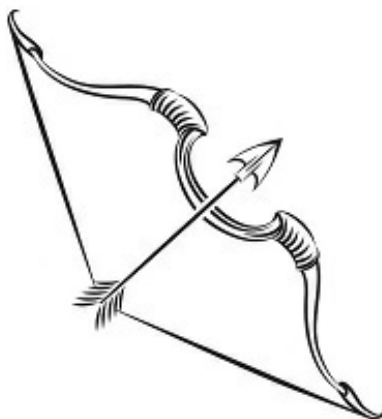
—Mi esposa —espeto, sonriendo sin ganas—. Jaelyn me detesta y no sé cómo cambiar ese hecho.

—Acudió a ti —dice Jules—. Puede que en estos momentos esté tan furiosa y dolida como para creer que te odia, mas cuando ha necesitado ayuda, no ha dudado en acudir a tu lado.

Me doy cuenta de que tiene razón, anoche estaba tan asustado ante el hecho de que pudiera pasarles algo a ella o al bebé que no era capaz de pensar en nada más que en salvarlos y no fallarle de nuevo.

—Estaba tan asustado —reconozco sin vergüenza alguna—. No recuerdo ningún otro

momento de mi vida en el que haya tenido tanto miedo. ¿Sabéis lo que me pidió? Que si debía elegir a quién salvar, fuera al bebé, ella estaba dispuesta a dar su vida por la de nuestro hijo.



CAPÍTULO XXX

Jaelyn

Solo hace una semana que Cedric nació, sin embargo, me encuentro casi recuperada. A pesar de la insistencia de Broderick de que siga en cama, me niego, lo que no he podido impedir es que mi hijo tenga una nana, mi esposo insiste en que debo descansar, y reconozco que las noches son muy difíciles porque me niego a que otra mujer alimente a mi hijo, por ello he decidido aceptar la ayuda de una muchacha que parece cuidar muy bien de él.

Debe tener mi edad, ya que me suena de haberla visto en la aldea. Menuda, de cabello como el trigo y de mirada dulce, ha conseguido que mi hijo esté a gusto en su compañía a tan temprana edad.

—Rachel —la llamo mientras me trenzo el cabello—. Cedric ha estado algo inquieto, ¿por qué crees que sea? ¿Debería llamar a la curandera?

—No lo creo, mi señora —niega mientras lo mece para dormirlo—. Puede que sean gases...

No sé mucho de recién nacidos, así que espero que no sea nada grave...

—Ojalá tengas razón —suspiro preocupada.

—Lo vigilaré —sonríe—. No se preocupe. Me preguntaba si... —guarda silencio, la miro esperando que continúe—. No quiero ser irrespetuosa, pero, mi señora, el niño necesita el aire puro, el sol...

—Estamos en pleno invierno, Rachel —le recuerdo ceñuda—. Si lo saco, podría enfermar.

—Si lo abrigamos bien, no tiene por qué suceder nada —insiste—. ¿No le gustaría pasear un poco?

Tras su pregunta, me doy cuenta de lo que sucede, y no me gusta.

—¿Te ha ordenado mi esposo que intentes sacarme de mi encierro? —pregunto molesta—. Si es así, puedes decirle que no soy yo quien necesita niñera, y que si insiste en utilizarte, tendré que prescindir de ti.

—¡No, mi señora! —exclama asustada—. El *laird* no me ha dicho nada, he sido yo quien ha pensado que les vendría bien un paseo, perdóneme, por favor.

Suspiro agotada de luchar, de mantenerme encerrada por mi orgullo y terquedad. La realidad es que, negándome a salir de mi alcoba, solo me castigo a mí misma y ahora a mi hijo, ya que a Broderick le es indiferente, de ello estoy segura. Para sufrir debería tener conciencia para que los remordimientos no le dejaran dormir, y corazón para que pudiera sentir mi dolor.

—Prometo que daremos ese paseo con Cedric en cuanto se derrita la nieve —le digo, consiguiendo una sonrisa sincera por su parte—. Dime, Rachel, ¿estás contenta en Kisimul? ¿Te tratan bien? Si alguien te incomoda o tienes algún problema, debes decírmelo de inmediato y me ocuparé yo misma de solucionarlo.

—Estoy feliz de servirles, mi señora —replica sonriente—. Cuando el *laird* me eligió a mí para cuidar de su hijo, me sentí abrumada, debo reconocer —confiesa—. Pero tanto para mi familia como para mí misma es un orgullo.

—Debes prometerme que si tienes algún problema, tendrás la suficiente confianza como para decírmelo, ¿entiendes? —insisto.

—Por supuesto —asiente—. Todos han sido muy respetuosos...

Algo en su tono de voz me deja saber que no es del todo cierto y no puedo evitar pensar en quién habrá sido el responsable de su incomodidad. No he querido salir de mi encierro, mas creo que ha llegado la hora por mi hijo y ahora por esta muchacha, que parece como un cervatillo entre lobos, y no me gusta.

—Creo que va siendo hora de que haga algo más que penar entre estas cuatro paredes, Rachel —anuncio, respirando hondo—. Salgamos.

—¿Ahora? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto, ahora es tan buen momento como cualquier otro —asiento—. Ocupate de Cedric —le pido, dirigiéndome a la puerta.

—Sí, mi señora —responde—. No debería hacer esfuerzos, hace poco que ha dado a luz y...

—No te preocupes por mí —sonríe, mirándola sobre mi hombro, y salgo por primera vez en meses al pasillo que me dirigirá al salón, de donde escucho voces, y no me detengo ante las miradas de las criadas que observan extrañadas.

Al entrar a la sala, mi corazón golpea con fuerza mi pecho por los nervios, sin embargo, no dejo que nadie se dé cuenta de ese hecho. Puedo ver a mi esposo y a sus hombres hablando ajenos a que los demás han callado al verme entrar. De nuevo, recibo miradas de todo tipo; sorprendidas, acusadoras, recelosas.

Soy muy consciente del momento en el que mi esposo se da cuenta de mi presencia. Broke le da un codazo para que guarde silencio y me señala con la cabeza, es un gesto que podría pasar sin ser visto, mas no para mí. Broderick se levanta con lentitud de su asiento para dirigirse hacia mí.

—Jaelyn —saluda como si tal cosa—. Me alegra que hayas bajado. ¿Deseas algo de comer?

—No —niego—. Ya lo he hecho en mi alcoba.

—Entonces, ¿a qué se debe tu presencia aquí? —pregunta confundido—. No me malinterpretes, me alegra que hayas decidido salir de tu encierro, pero...

—No necesito escuchar palabras vacías —interrumpo—. No he salido por ti, ni por ninguno de los que me miran como si fuera una extraña en mi propio hogar —alzo la voz para que todos me escuchen—. Lo he hecho porque he querido, por mi hijo y por Rachel.

—¿Rachel? —pregunta, lanzando una mirada asesina a todos a nuestro alrededor, imagino que lo hace por lo que acabo de decir—. ¿Tienes algún problema con ella?

—Por supuesto que no —me apresuro a decir—. Pero advierto que sí lo tendré con quien la haga sentir mal de cualquier modo.

—No entiendo lo que dices —espeta—. Si ha sucedido algo, dilo claro y lo arreglaré.

—No —replico—. Es cosa mía. Yo me encargaré.

—Entonces —suspira—, ¿has salido para crear problemas?

—No me sorprende tu pregunta, esposo —respondo con ironía—. Pero no, he salido porque he

querido, ¿tienes algo que decir? ¿Entendí mal y mi castigo todavía no ha terminado? —pregunto, sabiendo la respuesta.

—No empieces algo que no vas a poder ganar, Princesa —advierte—. Sabes que llevo meses intentando que dejes tu orgullo a un lado. Recuerda que una vez ya te metió en la boca del lobo...

Palidezco ante su ataque y Broderick, al ver mi reacción, maldice con rabia. Si intenta disculparse, pienso darle una patada donde más le duela. Paso por su lado ignorándole y me dirijo a mi asiento, una vez me acomodo, jadeo al ver el rostro de Andrew con diferentes heridas de distintos colores.

—¿Qué demonios te ha sucedido? —pregunto horrorizada—. ¿Quién ha sido el salvaje?

—Pregúntale a tu esposo —escupe—. Me alegra que hayas podido salir de tu encierro.

Miro a Broderick, que se sienta a mi lado sin siquiera mirar a su amigo, frunzo el ceño porque me parece muy rara su actitud. Los demás se mantienen al margen, Arthur sigue comiendo como si nada, Broke y Jules intercambian una mirada, como si de esa manera fueran capaces de comunicarse.

—¿Qué ha pasado, Broderick? —pregunto con aparente tranquilidad, aunque estoy lejos de sentirme de ese modo—. ¿Has cogido por costumbre golpear a los demás?

Se tensa y deja el vaso del que estaba bebiendo con un golpe en la mesa, escucho un carraspeo, durante unos breves instantes, todo es silencio a nuestro alrededor, creo que no va a responderme, finalmente, lo hace, pero no como me gustaría.

—No es asunto tuyo, esposa —replica, mirando a su alrededor—. Se lo merecía, es lo único que debes saber al respecto.

Andrew se levanta y se marcha sin darme la opción de preguntarle su versión, y no espero que los demás me cuenten lo sucedido, son demasiado leales a Broderick.

—¿Voy a poder continuar con mis tareas, o eso tampoco es asunto mío? —pregunto entre dientes.

—Jaelyn... —su mirada no augura nada bueno—. Eres la señora de Kisimul, así que debes seguir con tus obligaciones.

—Por supuesto, esposo —rezongo—. Para estar segura de haber entendido bien, no debo hablar ni opinar de lo que no entiendo por ser una simple mujer, sin embargo, debo ocuparme de todo lo demás para que todo esté en orden para el señor de Kisimul. ¿Me he dejado algo?

Escucho risas por parte de Broke, Jules y Arthur, mi esposo les lanza una mirada asesina que los silencia.

—¿Has salido de tu alcoba con la intención de pelear, Jaelyn? —cuestiona en voz baja—. En una ocasión, te dije que no me contradigas delante de mi gente. Si tienes algo que decirme, hazlo en privado.

—Por supuesto, mi señor —me levanto y hago una pequeña reverencia que le hace gruñir—. Si me disculpáis, debo hacerme cargo de mis obligaciones, unas que he descuidado durante mucho tiempo.

Salgo del salón con todas las miradas puestas en mí y me dirijo hacia las cocinas para ver que todo esté como siempre. El castillo necesita poco mantenimiento, ya que durante años ha sido la misma gente la encargada de cuidar de él, por lo tanto, todo marcha como debe. Odio las miradas recelosas como si fuera a matar a alguien, desconfían de mí por actuar como lo haría alguien con corazón. Donald se equivocó, pero ya es suficiente castigo vagar sin clan, sin familia, solo por el mundo. No podía dejarlo morir, y si no son capaces de entenderlo, me importa poco, puedo vivir con su odio y resentimiento.

Ya lo hice dos años entre extraños, gente que jamás me consideró una MacLean, ya que nunca pude darle un heredero a mi esposo, la única razón por la cual se volvió a casar a sus años. Lo que no sabían es que no era mi culpa y que estaba dispuesta a cumplir con mi deber.

Tan ensimismada ando en mis recuerdos que no soy consciente de que alguien me sigue hasta que me sujetan del brazo y tiran de mí hacia una estancia pequeña que no se usa hace años. Voy a gritar, mas guardo silencio cuando me doy cuenta de quién es.

—¿Quieres matarme de un susto? —reclamo furiosa ante el vuelco que me ha dado el corazón—. ¿Por qué te comportas como un ladrón?

—Tal vez quiera algo que no me pertenece —replica Andrew, mirándome con una intensidad que jamás había visto en él—. Antes no he tenido oportunidad de preguntarte si estabas bien.

Frunzo el ceño ante su comportamiento, es como si en estos meses que no nos hemos visto hubiera cambiado, parece más duro, ese brillo pícaro de sus ojos ya no existe y me pregunto el motivo.

—¿Qué sucede, Andrew? —pregunto preocupada—. ¿Ha pasado algo en mi ausencia?

—Ese es el problema —interrumpe con brusquedad—. Nunca debiste ser encerrada, no solo lo permitiste, sino que has permanecido en tu alcoba hasta el nacimiento de tu hijo...

—No lo entenderías —replico—. No necesito que luches mis batallas por mí, Andrew.

—¿Y qué necesitas? —cuestiona—. Te ofrecí sacarte de esa mazmorra y no quisiste. A veces me pregunto si, después de todo lo que te ha hecho, sigues amándole como una estúpida.

Mi mano se mueve por si sola y, antes de que me dé cuenta, le he girado la cara de una bofetada. Me duele que me hable así porque sé que este que tengo frente a mí no es mi amigo Andrew.

—No vuelvas a hablarme de ese modo jamás —siseo furiosa y dolida—. No voy a permitirte.

—Por supuesto, mi señora —responde con ironía—. Me olvidaba que solo la puede tratar como un perro su esposo.

—¿Qué demonios te ocurre? —cuestiono, empujándole por el pecho con rabia apenas contenida—. Este no eres tú...

Coge mis manos para impedir mis golpes y ambos nos observamos jadeantes. Contengo el aliento al darme cuenta de lo que brilla en sus ojos, me niego a creerlo, pero solo un tonto no sabría interpretarlo.

—¿Nunca has sentido que algo se te escapa de las manos? —pregunta entre susurros—. ¿Nunca has amado a alguien sabiendo que jamás será tuyo?



CAPÍTULO XXXI

Broderick

Busco a mi esposa y no la encuentro, intento no dejar que mi mente me juegue malas pasadas. Estoy seguro de que jamás se iría dejando a Cedric, por lo que tiene que estar en el castillo, pero ¿dónde?

Recorro el pasillo por el que hace rato que la he visto desaparecer y me parece oír unas voces apagadas, frunzo el ceño y me acerco con sigilo. Aprieto con fuerza los puños al escuchar la voz de Andrew, tengo que contenerme para no matarlo ante la pregunta que imagino le ha hecho a mi esposa.

—Creo que sabes la respuesta a esas preguntas, Andrew —responde al fin, confirmando mis sospechas—. Lo que no llego a comprender es el motivo por el cual me has arrastrado a esta estancia. ¿Solo para preguntarme cosas absurdas?

—Solo quería asegurarme de que estás bien —responde ofendido—. ¿No te das cuenta, Jaelyn?

Estoy dispuesto a entrar cuando la respuesta de mi esposa me deja con la boca abierta e inmóvil.

—Si lo que vas a decirme es que crees amarme, no lo hagas —pide con voz temblorosa—. No puedo corresponder a esos sentimientos...

—Pero si no estuviera... —Mi amigo guarda silencio de nuevo porque se ve interrumpido por la mujer que está frente a él.

—No tiene nada que ver si estoy casada o no —aclara—. Entregué mi corazón hace mucho tiempo y no tengo esperanzas de recuperarlo, no te engañes, ahora mismo no siento amor por mi esposo, ya que él mismo se ha encargado de matarlo.

Cierro los ojos porque, aunque lo he escuchado muchas veces, sigue doliendo como la primera vez.

—Durante el tiempo que estuve lejos de Kisimul, no conseguí olvidarlo, a pesar de odiarlo —sigue confesando—. Así que ruego a Dios para que te permita olvidarme, porque sé el dolor que produce amar a alguien que jamás será para ti.

—No es justo —replica el muchacho—. Nunca antes había amado a ninguna mujer, y cuando lo hago, pertenece a otro hombre, a mi *laird*. No puedo pasar mi vida viéndote penar entre estos muros, Jaelyn.

—Ódiame si eso te hace bien —le pide con la voz teñida de culpabilidad—. Aunque Broderick

no se merezca mi lealtad, la tiene. Nunca voy a serle infiel, hice un juramento que pienso cumplir.

—Ojalá llegue el día en el que te vea de nuevo sonreír —susurra Andrew—. Ese día comenzaré a olvidarte sabiendo que eres feliz.

Me escondo cuando escucho los pasos apresurados de mi amigo, después le siguen unos sollozos que pertenecen a mi esposa. No sé muy bien cómo sentirme al respecto, no me gusta que lllore por otro hombre, ¿y si realmente también siente algo y se queda a mi lado por obligación? Ese temor consigue casi hacerme caer de rodillas ante el pensamiento de que pueda abandonarme sin darme tiempo a conseguir que me perdone por todos y cada uno de mis errores.

Entro en la estancia para ver a Jaelyn intentando limpiar el llanto de su hermoso rostro, ahora congestionado por la pena y la culpabilidad por algo que no puede controlar. Al verme, su mirada se torna temerosa, y odio ese cambio en ella.

—No vengo con intención de pelear —aclaro para que se tranquilice—. No debes sentirte mal por él, Jaelyn.

—No sabía que ahora también me espías —reprocha—. Aunque no debería sorprenderme.

—Te estaba buscando —rebato—. No era mi intención escuchar cómo uno de mis mejores amigos le jura amor eterno a mi esposa, créeme.

—Que tú seas incapaz de amar a alguien más que a ti mismo —espeta— no significa que los demás no tengan sentimientos, Broderick.

—No vas a lograrlo, Princesa —niego con una sonrisa triste en mis labios—. No voy a caer en tus provocaciones. Y de nada sirve que grite a los cuatro vientos que te amo y siempre lo he hecho si con mis acciones demuestro lo contrario.

—Al fin lo comprendes —aplaude—. Durante estos meses, he pensado mucho, ya que he estado en soledad bastante tiempo...

—¿Y a qué conclusión has llegado? —pregunto esperanzado.

—No es culpa tuya, Broderick —dice tras unos breves instantes de silencio—. Tu infancia, lo que te sucedió —suspira para después volver a mirarme a los ojos—. No sabes amar, y no te puedo culpar por ello.

No puedo creer lo que estoy escuchando, voy a replicar, sin embargo, continúa hablando, por lo que espero paciente a que termine para poder decirle lo equivocada que está.

—Te culpo por ser mi mejor amigo y hacer que te amara sabiendo que nunca corresponderías mis sentimientos —comienza a enumerar con aparente tranquilidad, aunque sus ojos reflejen otra cosa—. Lo hago por darme la espalda y romperme el corazón, empujándome a cumplir con un matrimonio que no deseaba.

—Jaelyn... —comienzo a decir sin ser capaz de continuar callado, mas me hace un gesto para que guarde silencio.

—Déjame terminar, por favor —me pide, comenzando a pasear por la estancia—. Al regresar a Kisimul, me encuentro con la sorpresa de descubrir que eres el hijo perdido de mi tío y, por lo tanto, el *laird* de los MacNeil. ¿Y cómo me recibes? —pregunta con ironía—. Con soberbia, con exigencias descabelladas y, aun así, cometí el error de dejarme embaucar de nuevo por ti.

—No te obligué —replico ofendido—. Reconoce de una maldita vez que, por mucho que haya ocurrido entre nosotros, el deseo no ha desaparecido.

—Puede que no —asiente avergonzada—. Y es algo que detesto, MacNeil. ¿Cómo puedo desear a un hombre que me ha despreciado, encerrado, sentenciado sin siquiera permitirme el beneficio de la duda?

—Yo no lo hago, Jaelyn —rebato, intentando que me entienda—. Soy culpable de todo lo que

me acusas. Creí odiarte durante años por dejarme, ya que era tan egoísta que no quería ver que lo que tú decías era cierto.

Veo cómo sus ojos se abren desmesuradamente, por primera vez en años, reconozco que mi único motivo para darle la espalda no fue por el bien de ella.

—Mi orgullo no me permitía atarte a mí, por ello dejé que Violet me envolviera para convencerme de que no te necesitaba, aunque no tenerte fuera como si me faltara un brazo o una pierna, dolía a cada instante del día... Tuve que acostumbrarme para poder sobrevivir —confieso—. Intentar odiarte y culparte por todo fue la única manera de mantenerme cuerdo, eso e intentar amar a otra mujer que no eras tú.

—¿Debo compadecerte? —pregunta con violencia—. Jamás te pedí otra cosa que tu amor y compañía. Elegiste por los dos, el orgullo, como dices, fue tu mayor enemigo.

—Y el tuyo también —rebato—. Te obligó a aceptar un matrimonio que habías rechazado durante mucho tiempo solo para vengarte de mí.

—¡No podía seguir en Kisimul sin ti! —grita dolida—. No sigas culpándome a mí, maldito egoísta —se acerca para golpearme, la detengo y la abrazo contra mi cuerpo.

Se revuelve como una fiera intentando arañarme, en otro tiempo hubiera reído ante su estallido de mal genio, sin embargo, sé que ahora nace del dolor más profundo y el resentimiento.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito una y otra vez intentando calmarla—. Grítame, pégame, lo que quieras, pero no sigas ignorándome y apartándome de tu lado —suplico sin esconder mis mayores miedos.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —pregunta, sollozando contra mi pecho—. Llevo luchando contra lo que me haces sentir y contra ti tanto tiempo que me siento realmente agotada.

—Deja de hacerlo —le pido con una pequeña esperanza—. No te pido que me perdones hoy, ni mañana, solo que dejes que me acerque a ti y te demuestre lo arrepentido que estoy y lo mucho que te amo.

Se tensa al escucharme, pero no se aleja. Disfruto de la cercanía de su cuerpo, de su aroma, entierro mi rostro en su cabello, mi mano se pierde entre las hebras del color de la noche más oscura y de nuevo me sorprende su suavidad.

—Te echo de menos, Princesa —susurro con sinceridad—. ¿Tú no lo haces? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Echo de menos al niño que conocí —responde, apartándose de mí, el frío me envuelve de inmediato—. No puedo echar en falta nada del hombre en el que te has convertido, lo siento.

¿Me duele? Me mata, sin embargo, no puedo culparla. Se dispone a marcharse, pero antes de que lo haga, necesito saber algo, se detiene cuando escucha mi pregunta.

—Al menos, ¿me darás la oportunidad de redimirme? —contengo el aliento a la espera de una nueva negativa, de que este pequeño acercamiento haya sido fruto de su frustración y dolor.

—Puedes intentarlo, Broderick —responde al fin sin mirarme—. Una vez te amé con todo mi corazón, ojalá volvieras a ser ese niño que dormía a mi lado todas las noches espantando las pesadillas.

Cierro los ojos, ya que a mi mente llegan todos los recuerdos de aquellos días en los que solo deseaba estar a su lado sin ningún otro sentimiento que enturbiara la relación de amistad que nos unía. Aunque, muy en el fondo, estoy seguro de que el niño que era ya la amaba.

Se marcha dejándome solo, pero con una esperanza brillando en el horizonte. Antes pensaba que estaba todo perdido y por ello mi amargura comenzaba a consumirme y a sumergirme en una oscuridad de la que no sabía cómo salir. No puedo evitar sonreír como un estúpido al recordar cómo ha dejado que la abrazara y cómo su cuerpo se amoldaba al mío como si hubiera nacido

para encajar entre mis brazos.

—Te estaba buscando —la aparición de Broke me saca de mi ensimismamiento—. He visto salir a Andrew como alma que lleva el diablo. ¿Ha sucedido algo? Maldito muchacho, no soy capaz de controlarlo.

—No —niego—. Al menos, no he intentado matarlo, si eso es a lo que te refieres. La verdad es que me he controlado muy bien si tenemos en cuenta que he tenido que escuchar cómo se declaraba a mi esposa.

—¿Qué? —pregunta asombrado—. Espero que no le haya faltado el respeto o...

—No —digo de nuevo—. Ha sido respetuoso en todo momento, de otro modo, lo hubiera detenido.

—Me sorprende que te hayas controlado —alaba—. Tu esposa, ¿qué ha dicho?

—Le ha dicho que la olvide, ya que nunca va a poder corresponderle —respondo aliviado—. Me ha permitido abrazarle y ha sido...

—Dios mío —exclama riendo—. Se te iluminan los ojos, ¿cómo no es capaz de ver que la amas como un loco?

—Lo sabes tan bien como yo —resoplo enfadado conmigo mismo—. Por todas las estupideces que he cometido.

—¿Cuándo vamos a poder ver a tu hijo? —pregunta, cambiando el rumbo de la conversación—. Has anunciado su nacimiento, sin embargo, han pasado los días y no lo has presentado al clan. La gente comienza a hablar...

—Que lo hagan —replico ceñudo—. Mostraré a mi hijo cuando lo decida, no porque deba hacerlo. Estaba esperando que Jaelyn diera el paso de salir de su encierro, ahora que lo ha hecho, es el momento de que todos conozcan a Cedric.

—Lo entiendo, y sabes lo que pienso de las habladurías —replica—. Por cierto, ¿confías en la muchacha que cuida de tu hijo?

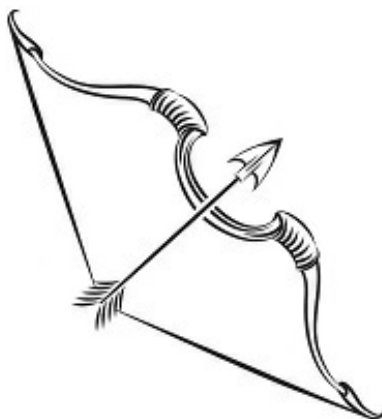
—¿De Rachel? —pregunto sin entender el porqué de su desconfianza—. Por supuesto, su madre trabajó aquí en el castillo hasta hace unos meses, que sucumbió a unas fiebres. La muchacha se ha quedado con su padrastro y un hermano pequeño, ese malnacido no me da buena espina...

—¿Crees que no trata bien a la chica? —interroga como si le importara poco, pero le conozco y sé que no le es tan indiferente como quiere hacerme pensar.

—No lo creo, lo sé —explico—. No tengo pruebas, pero el día que confirme lo que sospecho, pienso molerlo a golpes y traer a Rachel y a su hermano al castillo.

—No son asunto tuyo —replica—. Tu deber es cuidar de todos, pero no al punto de meterlos en tu hogar.

—Si conozco un poco a mi esposa, será ella misma la que lo haga —digo convencido.



CAPÍTULO XXXII

Jaelyn

¿Por qué he permitido que me abrazara? Y lo que es peor, ¿por qué me he sentido bien entre sus fuertes brazos? Como regresar al hogar tras un largo viaje. No debería sentir nada parecido. Al abalanzarme sobre él, solo quería hacerle daño, sacar toda la rabia que llevo conteniendo durante meses de encierro.

—Maldito seas, Broderick —siseo mientras salgo para que me dé un poco el aire sin prestar atención a la gente que me rodea—. No debo dejar que me convenza...

—Mi señora —alguien me llama y me vuelvo para encontrar a un niño que no debe tener más de cinco o seis veranos—. ¿Puedo ver a mi hermana?

—¿Tu hermana? —pregunto, observando su ropa raída y sucia, y lo que es peor, parece que ha sido golpeado con saña, pues su ojito está prácticamente cerrado.

—Rachel, mi señora —responde avergonzado—. Disculpe que la moleste, pero la gente dice que usted es la esposa del *laird* y pensé que...

—Lo soy —asiento, sonriendo para que deje de estar tan nervioso—. Puedo llevarte hasta tu hermana si es lo que deseas.

—¿Lo haría? —pregunta emocionado—. Ella me dijo que no debía venir al castillo a molestar y que vendría a casa siempre que pudiera, pero es que... —guarda silencio, agachando la mirada como si acabara de recordar algo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, arrodillándome para estar a su altura—. No debes temer, no voy a hacerte nada.

—Greylen, mi señora —responde nervioso—. No debí venir, seguro que padre se enfada. —Intenta marcharse corriendo, pero lo detengo porque algo en mi interior me dice que, si le dejo regresar a su hogar, su hermana no volverá a verlo con vida.

—Voy a llevarte con Rachel —digo con firmeza con la esperanza de que obedezca sin replicar—. Ella estará muy contenta de verte. Lamento que estos días no haya podido ir a casa, Cedric ha pasado unas noches bastante malas.

—Entiendo —asiente, siguiéndome con la cabeza gacha—. Es un orgullo que esté sirviendo a nuestro *laird*.

Al entrar al castillo, me encuentro a mi esposo y Broke, que parece van de salida, al ver al niño, ambos se quedan inmóviles esperando que llegemos hasta ellos. El pequeño se detiene y

debo tirar de él para que avance, lo hace, pero puedo sentir cómo tiembla.

—¿Qué hace aquí el hermano de Rachel? —pregunta, observando al niño con el ceño fruncido, consiguiendo que Greylen se esconda tras mi falda.

—¿Lo conoces? —cuestiono—. Deja de mirarlo así, lo estás asustando más de lo que ya está.

—Muchacho —lo llama mientras se agacha a su altura—. ¿Qué ha sucedido? —alza el pequeño rostro y maldice cuando ve los golpes—. ¿Ha sido tu padre?

No necesita respuesta, pues el niño rompe a llorar y me parte el corazón verlo de ese modo. Broke lo observa todo en silencio, aunque me doy cuenta de que sus puños están apretados y sus ojos se han oscurecido peligrosamente.

—Quédate con él y llévalo con su hermana —me ordena furioso y dispuesto a marcharse.

El muchacho reacciona alejándose de mí y corriendo tras Broderick, se aferra a sus piernas deteniéndolo.

—Mi señor, por favor, no lo mate —ruega llorando—. No sabe lo que hace cuando bebe y...

—No es excusa, chico —habla por primera vez Broke—. Deja que el *laird* se encargue.

—¡No! —grita—. No quiero que muera, es mi culpa por venir aquí, pero estaba tan asustado.

—¿Greylen? —la voz de su hermana parece calmarlo, y cuando la ve, corre hacia ella—. ¿Qué ha sucedido? —pregunta preocupada, cuando ve su rostro, cubre su boca jadeando—. Lo ha vuelto a hacer —grita, rompiendo a llorar—. Le dije que lo mataría si volvía a ponerte la mano encima.

Se incorpora y se dirige a la salida con una mirada asesina que transforma su dulce rostro en la más fiera de las guerreras. No dudo de las intenciones que tiene y estoy dispuesta a detenerla, no obstante, es Broderick quien se interpone en su camino, haciendo que se detenga de inmediato, su cuerpo tiembla, apenas si consigue controlarse, pero no desobedece a su señor.

—Yo me encargaré —dice con voz potente—. No debes preocuparte más. Os quedaréis en el castillo como ya te ofrecí cuando aceptaste cuidar de mi hijo.

—Pero mi señor... —exclama indecisa.

—No hay más que hablar —interrumpe—. ¿A ti también te golpea? —pregunta, esperando una respuesta sincera, Rachel agacha la cabeza, es toda la respuesta que necesitamos—. No os volverá a poner una mano encima.

Hace un gesto a Broke, que lo sigue de inmediato, no sin antes lanzar una mirada a la muchacha que la hace retroceder asustada, incluso yo reacciono acercándome a ella en señal de protección. ¿Qué demonios le sucede?

—No quería esto —susurra cuando nos quedamos solas.

—Es mi culpa —solloza el pequeño, quien se acerca tembloroso—. Pero me duele mucho, Rachel.

Los hermanos se abrazan y no puedo evitar acordarme de cuando Broderick y yo éramos apenas unos niños, ¿cuántas veces me refugié en sus brazos aterrorizada? ¿Cuántas veces cure sus heridas cuando se metía en alguna pelea?

—Has hecho bien, Greylen —rebato—. Ahora este será vuestro nuevo hogar y nadie os volverá a hacer daño. ¿Vuestra madre...?

—Murió hace unos meses —responde Rachel, limpiándose las lágrimas—. Siempre ha sido un hombre violento cuando se emborracha, sin embargo, desde su muerte...

—Descarga su ira contra vosotros —termino por ella—. ¿Compartes habitación? —pregunto, asiente con la cabeza—. Ordenaré que te den una alcoba propia donde puedas dormir con tu hermano.

—Mi señora, no es necesario, él... —comienza a decir con pesar, pero la interrumpo.

—Por supuesto que lo es —sonríó al pequeño, que parece abrumado con todo lo sucedido—. Aquí vas a estar muy bien, ambos lo estaréis.

—No sé cómo voy a poder pagarles —se arrodilla a mis pies y la levanto de inmediato avergonzada—. Trabajaré el doble y...

—Basta —ordeno con firmeza, pero a la vez con ternura—. Solo debes seguir cuidando a mi hijo como hasta ahora, nada más. Deja que ordene que te cambien de aposentos y lleva a tu hermano hasta allí, quiero que la curandera lo vea y así quedarnos tranquilos.

—Gracias, mi señora —vuelve a agradecer.

Ordeno que le asignen la alcoba contigua a la que ocupará mi hijo cuando sea un poco más mayor. Pronto están instalados, ya que no tienen gran cosa, algo que solucionaré de inmediato. Dejo que Rachel instale a su hermano y le dé un baño mientras alimento a Cedric a la espera de que la vieja curandera del clan llegue al castillo.

Mi hijo toma con ansia la leche que le proporciono, y no dejo de pensar en ese pobre niño indefenso, en la pobre muchacha que ha tenido que hacerse cargo a tan temprana edad de algo tan importante como la vida de su propio hermano. No puedo evitar sentirme especialmente protectora con ellos y haré lo que haga falta para que tengan una vida digna.

Al terminar, dejo a mi hijo durmiendo en su cuna y salgo de mis aposentos para dirigirme a los suyos, la curandera ya está revisando al niño. Rachel, en una esquina, se muerde las uñas nerviosa y asustada de lo que pueda tener el pequeño a causa de la paliza, me acerco hasta el lecho para ver qué sucede.

—Mi señora —saluda la vieja con respeto—. Este niño tiene golpes por todo el cuerpo. Ha sido golpeado con saña, tanto que no sé cómo ha sido capaz de mantenerse en pie, ya que creo que tiene alguna costilla rota.

El jadeo de Rachel hace que me gire hacia ella, pálida como la misma muerte, con sus ojos anegados en lágrimas escucha todo lo que se dice del pequeño intentando ser fuerte sin mucho éxito.

—La pierna y el ojo son los que más me preocupan —susurra—. No estoy segura de que quede bien.

Cierro los míos ocultando el dolor que me producen sus palabras, tanto que me tambaleo ante la posibilidad de que Greylen quede cojo de por vida.

—¿Tienes algo bueno que decirme, vieja? —pregunto furiosa ante el maldito destino que le ha tocado vivir a mi protegido.

—Sobrevivirá —sentencia—. Es lo único que debería importarle escuchar. Denle esto para el dolor durante al menos una semana, si presenta calentura, que me llamen de inmediato.

Asiento y se marcha. Rachel hace tomar a su hermano lo que la curandera ha dejado para él y en pocos minutos se duerme. Ahora, sin toda la mugre, puedo apreciar el parecido con la muchacha que se encuentra a mi lado sollozando en silencio.

—Lo he escuchado —susurra—. Puede quedarse cojo y ciego de un ojo, ¿verdad?

—Lo lamento mucho —digo por toda respuesta—. Todavía hay alguna esperanza de que se equivoque y...

—A nosotros hace mucho que Dios nos ha abandonado —interrumpe—. ¿Qué va a ser de él?

—Lo importante es que se pondrá bien —intento animarla—. Salgamos y dejemos que descance.

Le da un beso en la frente y salimos para bajar al salón, la siento frente al fuego y ordeno que traigan algo para que le relaje los nervios. Entra Broderick seguido de Broke, al verlos llegar, Rachel se levanta de golpe.

—Solucionado —anuncia mi esposo—. ¿Qué ha dicho la curandera? La hemos visto cuando regresábamos.

—Puede que tenga alguna costilla rota, y tiene golpes por todo el cuerpo —enumero, intentando no dejarme nada—. Lo que más le preocupa es su pierna y uno de sus ojos, según me ha dicho, hay muchas probabilidades de que le queden secuelas.

—Maldición —brama mi marido furioso—. Debí haberlo matado —le grita a su amigo—. ¿Por qué me has detenido?

—¿No lo habéis matado? —pregunta Rachel con una frialdad que me sorprende en ella—. No debéis sentiros culpable, mi señor. Él vendrá a por mí, y antes de que acabe con mi vida, yo le arrebataré la suya.

—Te dobla en tamaño y peso —inquieta Broke—. ¿Cómo crees que vas a matarlo?

—Cuando la rabia domina el cuerpo, no importa el tamaño de tu adversario —se encoge de hombros—. Pienso vengar a mi madre, acabó con ella poco a poco. Pienso vengar a mi hermano, porque lo ha dejado marcado de por vida, eso es lo que me va a dar fuerzas.

—Deja que los hombres nos encarguemos de ello —replica, mirándola como si se hubiera vuelto loca.

—Rachel —la llamo para impedir que esta discusión sin sentido vaya a más—. ¿Puedes ir con Cedric? De ese modo, estarás cerca de Greylen por si despierta.

—Sí, mi señora —se apresura a salir de la sala sin haber probado la bebida que he pedido para ella.

—¿Por qué? —les pregunto, cruzándome de brazos—. Ese hombre es peligroso.

—Creo que, con la advertencia que le he hecho y varios huesos rotos, habrá aprendido la lección —replica—. No va a desafiarme.

—Si vuelve a acercarse a ellos, los matará —rebato convencida.

—Nos turnaremos para vigilarlos —interviene Broke—. Si uno de nosotros siempre está con ellos, ese miserable no se atreverá a acercarse.

—Tal vez debería casarla —susurro más para mí misma que para ellos—. Con la protección de un esposo...

—¿Qué mejor protección que la del *laird*? —cuestiona de nuevo el mejor amigo de mi esposo—. Es una niña.

—Apenas tiene un año menos que yo, y me he casado dos veces y soy madre —rebato—. Es un tema que debo tratar con ella, no hemos tenido tiempo de hablar sobre lo que desea en el futuro.

—Si ella decide casarse, no pondré impedimentos —replica mi esposo—. Pero no pienso obligarla, Jaelyn. Esa muchacha ya tiene bastante como para verse abocada a un matrimonio que no desee.

—Por supuesto, jamás la obligaría —exclamo ofendida—. ¿Por quién me tomas?



CAPÍTULO XXXIII

Broderick

S abía que Jaelyn los tomaría bajo su ala. Debí matar a ese cerdo que lloraba como una niña a mis pies pidiendo un perdón que estoy seguro de que no sentía en absoluto. Ahora, sabiendo que le he fallado a ese pobre niño por no haberlo protegido a tiempo, una vez más siento que no he estado a la altura.

—Dejemos que el tiempo hable —sentencio—. Con un poco de suerte, el muchacho no quedará cojo, y si lo hace, puede tener una vida normal, le enseñaremos todo lo necesario como a cualquier hombre.

Mi esposa no parece conforme, pero, por extraño que parezca, no me contradice. Miro mis puños ensangrentados y decido ir a mi alcoba para lavarme antes de comer. Broke se marcha en busca de los demás, no me doy cuenta de que Jaelyn me ha seguido hasta que habla a mi espalda.

—No debiste dejar que Broke impidiera que impartieras justicia —me vuelvo sorprendido porque hace meses que no entraba a mi alcoba por su propia voluntad.

—¿No eras tú la que decía que no podía solucionar todo matando? —pregunto, lavándome sin importarme que me vea semidesnudo.

Bufa y me giro para darme cuenta de que sus ojos recorren mi pecho. No puedo evitar sonreír al ser consciente de que no le soy indiferente, tampoco me sorprende que mi cuerpo reaccione a semejante mirada, y cuando se da cuenta de lo que ha provocado, entrecierra los ojos.

—Eres un cerdo —amonesta—. ¿No eres capaz de controlarte?

—Sí —asiento, acercándome a ella—. Es mi cuerpo el que no es capaz de hacerlo. No puedo evitar que cierta parte de mi anatomía responda a tu presencia.

—Entonces te dejo para que termines de asearte —intenta escapar, pero la detengo, mi pecho contra su espalda, mis manos a cada lado de su cabeza apoyadas contra la puerta para impedir que pueda salir.

—¿Por qué huyes? —susurro contra su cuello, se estremece—. No voy a hacerte nada.

—No hagas lo que haces siempre, Broderick —suplica—. No te acerques a mí de este modo para conseguir doblegarme.

Me separo de ella de golpe, odiando que se haya sentido así con anterioridad. No puedo creer que sea el responsable de hacerla sentir de esa manera.

—Me disculpo de nuevo —susurro, sintiéndome avergonzado—. No volveré a tocarte a menos que tú me lo pidas.

Se gira apoyándose en la puerta y me observa con el rostro un poco ladeado, como si estuviera pensando en algo. Doy varios pasos hacia atrás porque necesito poner distancia entre los dos para no actuar de nuevo como un animal guiado por sus más bajos instintos.

Gimo ante la sorpresa cuando es Jaelyn la que se abalanza sobre mí para besarme, intento que mis manos no toquen su cuerpo, pero pierdo en el intento. Se aferran a sus caderas con ansias, el beso dura muy poco para mi gusto, sin embargo, cuando mi esposa se aleja, no hago nada por impedirlo intentando cumplir mi palabra.

—Necesitaba comprobar algo —susurra azorada.

—¿El qué? —mi voz suena demasiado ronca...

—Si todavía eras capaz de hacerme estremecer —se encoge de hombros—. Puede que ahora mismo no seas mi persona favorita, pero, por desgracia, aún tienes ese poder sobre mí.

—No eres la única en sufrir el mismo mal —intento reconfortarla para que no sienta que se está traicionando a sí misma—. Comencé a desearte cuando apenas eras una jovencita, y pueden pasar cien años y seguiría haciéndolo.

—¿Te has arrepentido alguna vez de haber entrado por la ventana de mi alcoba aquella primera vez? —susurra cuando me he dado la vuelta para continuar con lo que estaba haciendo y así intentar que mi cuerpo se enfríe.

—Nunca —respondo con sinceridad—. Ni importa lo que haya podido decir en el pasado, Jaelyn. Jamás me he arrepentido de conocerte, es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida a pesar del dolor.

—Creía que lo mejor habría sido conocer a Violet —replica con inquina.

—No voy a negar que fue importante en su momento por mucho que te duela —reconozco—. También quiero que sepas que la he sacado por completo de nuestras vidas.

—¿La has desterrado? —cuestiona desconfiada—. ¿Por qué?

—Por ti y por mí —aclaro—. Me he dado cuenta de que, mientras ella esté cerca, va a ser capaz de envenenar mi mente, y no quiero eso.

—Es una zorra y venenosa como la peor de las serpientes, pero no te equivoques —niega con la cabeza con una sonrisa triste—. Si me hubieras amado y confiado en mí, ella jamás se hubiera entrometido entre los dos. Solo tú le diste ese poder.

Se marcha en silencio al igual que ha llegado, dejo que se vaya tras escuchar sus palabras tan ciertas y dolorosas como si me hubiera disparado una de sus flechas. Siento ganas de romper todo lo que tengo a mano, sin embargo, me contengo y acepto que Jaelyn solo ha dicho la verdad. Me temo que no va a ser fácil recuperarla, no importa que haya sido ella la primera en besarme después de meses de separación, debo derribar los muros que ha construido a su alrededor para poder recuperarla por completo.

Al bajar al salón, ella ocupa su lugar y mis hombres el suyo. Me doy cuenta de que hay menos gente que otros días y no necesito que nadie me diga la razón. Espero que se acostumbren a ver a mi esposa, o si no, no tendré piedad con aquel que ose ofenderla de algún modo.

—¿Por qué Rachel no come con nosotros? —pregunto a mi esposa al no ver a la muchacha.

—Dice que se siente más cómoda haciéndolo más tarde —explica—. Además, está cuidando de su hermano, la pobre no se separa de él.

—Es lógico —dice Arthur—. Es su hermana y siente que ha fallado.

—No lo ha hecho —replica Jaelyn—. Es apenas una niña, maldita sea.

—Es un año menor que tú —le recuerdo mientras doy buena cuenta de la comida de mi plato.

—Pues siento como si tuviera mil años a mis espaldas —refunfuña, lanzándome puñales por los ojos.

—A mí no me culpes —alzo las manos en son de paz, mis amigos se ríen, todos menos Andrew, quien no ha vuelto a aparecer.

Bufa, pero sigue comiendo sin decir nada más, por ello entablo conversación con Broke y Jules sobre ciertas reuniones que debo atender con otros clanes vecinos. No me gusta irme ahora que Jaelyn ha salido de su encierro y puedo acercarme a ella, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—¿Reunión de clanes? —pregunta, dejando claro que ha estado prestando atención a nuestra conversación—. ¿Debes ir ahora? El invierno apenas ha comenzado y las nevadas...

—Serán pocos días —interrumpo—. Créeme, no me gusta, pero es necesario. Jules se queda al mando.

—La protegeremos con nuestra vida, mi señora —dice el aludido—. No debe preocuparse.

—No lo hago —rebate sonriendo—. Sé que en Kisimul estoy a salvo. Solo me parece imprudente viajar con este clima tan impredecible.

—¿Te preocupas por mí, esposa? —le pregunto con una sonrisa ante tal posibilidad.

—Nada más lejos de la realidad, esposo —replica—. Pero no me apetece que mi hijo crezca sin padre, la verdad.

—Eres única para desmoralizar a un hombre —refunfuño—. Al alba partiremos. Broke, Arthur y Andrew me acompañarán.

—¿Por qué Andrew? —vuelve a preguntar—. No estáis en los mejores términos, ¿crees que es sensato?

—No pienso dejarlo aquí —escupo, mirándola como si se hubiera vuelto loca—. No le quiero cerca de ti.

—No va a hacerme daño —exclama—. Es joven, está confuso y...

—Pues que aclare su mente, pero lejos de ti —interrumpo cansado del rumbo que parece tomar la conversación.

No dice nada más, aunque por la mirada que me dirige, me deja claro que no está de acuerdo con mi proceder, pero tal y como le he pedido en varias ocasiones, se muerde la lengua y no me contradice frente a mi gente.

Es la primera en levantarse de la mesa, no puedo evitar seguirla con la mirada. Lamento que se sienta tan sola aquí a pesar de haber crecido entre estos muros. Al marcharse, se convirtió en una MacLean, y al regresar, volvió a ser MacNeil, sin embargo, el clan no olvida tan fácilmente, y que ayudara a Donald no es algo que todos sean capaces de perdonar.

—Deberías intentar un acercamiento esta noche —aconseja Broke—. Estaremos varios días fuera y así ella podrá pensar en lo sucedido.

—Ese es el problema con Jaelyn —replico no muy convencido—. Si la dejo pensar, se aleja más, y durante estos días construiría sus muros con más fuerza si cabe.

—La verdad es que lo tienes difícil, amigo mío —asiente, comprendiendo lo que quiero decir—. Pero no imposible. Hazme caso, pasa tiempo con ella y con tu hijo antes de partir.

—Lo haré —replico cuando me doy cuenta de lo que me está intentando decir, durante nuestro viaje pueden suceder muchísimas cosas que impidan que regrese con vida, es por ello por lo que me aconseja que pase tiempo con mi familia—. Volveremos sanos y salvos, no dudéis que así será.

—Por supuesto —asiente Arthur—. Voy a buscar a Andrew para informarle.

Asiento viendo cómo se aleja, no puedo evitar preocuparme por cada uno de ellos, mas es importante que acudamos a la reunión de clanes y dejar claro que los MacNeil son más fuertes que nunca.

—Que lo alejes de Kisimul unos días no va a resolver el problema —replica Jules—. Puede

que no crea estar enamorado, sino que sea cierto. Es un muchacho experimentando por primera vez, y va a ser difícil que la olvide. Seamos sinceros, amigo —dice mirándome—. Tu esposa es hermosa.

—Tengo ojos en la cara —refunfuño—. Sé que es preciosa y mejor persona de lo que yo seré jamás, pero como le dije a Andrew, es mía.

—Tranquilo —exclama riendo—. No tengo ningún interés fijo en ninguna mujer, y mucho menos en la tuya. No siento deseo alguno de verme como tú —se burla, golpeándome en el hombro.

—Os veré caer, malditos bastardos —sentencio risueño—. Estaré ahí el día que alguna mujer os vuelva locos.

Me doy cuenta de que el único que no ríe es Broke, aunque no es tan raro en él, ya que es el más retraído de todos, aun así, no puedo dejar de pensar que algo sucede y no ha querido contar. Tal vez en el viaje consiga que se sincere conmigo y así aliviar la carga que lo atormenta.

—Ve a atormentar a tu esposa y déjanos en paz —refunfuña Jules—. Ve a ver a tu hijo.

Tienen razón, por lo que, al terminar mi bebida, me levanto y subo hasta la alcoba de mi esposa. Me quedo inmóvil al ver cómo su madre lo arrulla cantando bajito mientras lo mece, mirándolo con una adoración que me causa envidia. ¿Alguna vez me ha mirado Jaelyn de ese modo?

—Te amo, pequeño —susurra mientras lo deja en su cuna—. Eres el mayor regalo que me ha dado la vida.

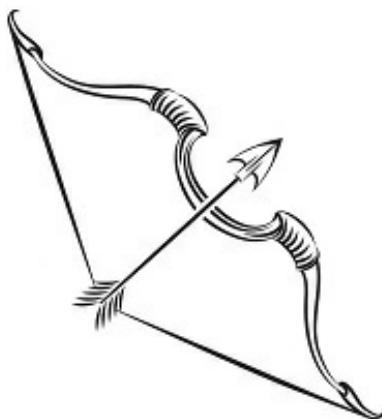
—Creo que también he tenido algo que ver —susurro, se gira asustada, después me lanza una de sus miradas desaprobatorias—. ¿No crees, esposa?

—No voy a acostumbrarme a que me llames así —refunfuña, alejándose de la cuna de nuestro hijo—. ¿A qué has venido?

—Mañana partiré al alba —comienzo a decir algo nervioso.

—Ya me lo has dicho —interrumpe—. ¿Debo hacer algo en tu ausencia? ¿Por eso has venido? Si te preocupa que no sea capaz de llevar el castillo en tu ausencia...

—Deja de pensar lo peor de mí, maldición —espeto—. Sé que podrías llevar Kisimul sin mí sin ningún problema. ¿Tan raro sería que quiera pasar tiempo con vosotros? —pregunto, viendo cómo me mira incrédula.



CAPÍTULO XXXIV

Jaelyn

Sus palabras y lo que significan me dejan boquiabierta. —¿Pasar tu tiempo con Cedric y conmigo? —pregunto para asegurarme de haberle entendido bien, él asiente apartando su mirada, le conozco y no le gusta verse tan expuesto—. ¿Por qué? —interrogo, intentando comprenderle—. ¿Pasa algo más que no me hayas contado, Broderick?

—No sucede nada —espeto molesto—. Acabo de ser padre, Jaelyn. Ese pequeño que duerme en su cuna plácidamente es lo único mío en este mundo. Crecí solo y lo sabes, yo...

—Puedes estar con Cedric siempre que lo desees —interrumpo sin querer escucharle, pues soy tan estúpida que acabaría compadeciéndolo—. No es mi intención alejarte de él.

—También deseo estar a tu lado —rebato—. ¿Me lo vas a permitir? —cuestiona, acercándose a mí.

—No creo que sea buena idea, Broderick —rebato, alejándome hacia la ventana para poner distancia entre nosotros.

—Deja que pase esta noche contigo —suplica tras de mí, siento su calor en mi espalda y huelo su aroma, cierro los ojos para buscar el coraje necesario para negarme a su suplica—. Por favor...

—No puedo yacer contigo —replico—. Es demasiado pronto...

—No pido eso —interrumpe, girándome para quedar cara a cara—. Te deseo, no lo niego. Me conformo con abrazarte.

—¿Qué demonios te sucede? —le pregunto aterrada por lo que me está haciendo sentir—. Tú no eres así.

—Te amo, Jaelyn —confiesa una vez más—. Puede que no me creas, sin embargo, no voy a cansarme de decírtelo con la esperanza de que llegue el día en que lo hagas.

—Vas a volverme loca —siseo empujándolo—. Haz lo que quieras, pero no pienso cumplir con mis obligaciones maritales. No olvides que te dije en una ocasión que si nacía un varón, ya habría cumplido con mi parte. ¿Recuerdas?

—Podría hacerte tragar tus palabras, pero aún no estás recuperada —gruñe—. A mi regreso te refrescaré la memoria.

—¿Es una amenaza, esposo? —pregunto furiosa ante el ardor que siento en mi bajo vientre—.

Puedes intentarlo, veremos quién gana.

—Un reto —sonríe—. Sabes que me encantan. Estoy impaciente por ver quién es el vencedor, Princesa.

—Cedric está dormido, así que si no tienes nada importante que comunicarme —replico con un ademán para que se marche—, deberías salir.

—Creo que no me has entendido —rebate, acomodándose en el lecho como si fuera lo más normal—. Voy a pasar las horas que quedan hasta el alba en vuestra compañía.

Bufo y miro a mi alrededor sin saber qué demonios hacer. No me siento tranquila con su presencia en mi alcoba, hasta hace poco ha sido mi prisión, pero también mi lugar seguro.

—Quería darme un baño —confieso—. Al menos, ¿puedo tener algo de privacidad?

—¿Por qué? —pregunta mientras pone sus manos tras la nuca, dejándome ver su pecho y sus brazos musculosos—. Ya lo he visto todo, adelante, hazlo —pide con una sonrisa en sus labios y sus ojos oscurecidos.

—Yo no invado tu alcoba —amonesto, cruzándome de brazos—. ¿Por qué no puedo recibir el mismo trato?

—Puedes hacerlo cuando gustes —replica, encogiéndose de hombros—. Es más, me encantaría que me ayudaras a darme un baño, y yo puedo ayudarte con el tuyo, ¿qué me dices? —pregunta emocionado ante la idea.

—Ni lo sueñes —siseo—. Lárgate, Broderick. Quiero bañarme...

—No voy a moverme —niega incorporándose—. Así que si quieres darte un baño, lo harás en mi presencia.

—Me gustaría poder sacarte los ojos —espeto dispuesta a salir de la alcoba para ordenar que preparen mi baño—. Quédate con tu hijo un momento.

—A sus órdenes, esposa —bromea ufano tras conseguir una nueva victoria.

Salgo hecha una fiera ante la idea de que invada mi intimidad sin que pueda evitarlo, iría al lago a lavarme si no estuviera congelado por el maldito invierno. Recorro el pasillo hasta llegar a las cocinas, donde pido que calienten agua para llenar mi tina, las muchachas se apresuran a cumplir con mi pedido.

No tengo motivo alguno por el cual quedarme, así que regreso a mi alcoba para encontrar a Broderick asomado a la cuna contemplando a nuestro hijo. Puedo ver tal adoración en su mirada, en su rostro, que mis ojos se empañan al escucharle hablar entre susurros.

—Juro ser mejor padre que esposo —le dice—. Juro que jamás te haré daño como lo he hecho con tu madre. Ruego a Dios tener la oportunidad de redimirme...

Doy varios pasos hacia atrás y me apoyo en la pared del pasillo para intentar calmar a mi corazón y que él no sea consciente de que le he escuchado y que soy lo suficientemente estúpida como para que sus palabras me afecten. Al escuchar cómo las criadas suben el agua, no puedo continuar escondiéndome, entro a la alcoba y Broderick se aleja como si nada de nuestro hijo, no lo suficiente rápido como para ver que él también se ha emocionado.

¿Podrá ser verdad su arrepentimiento? ¿Puedo confiar en él de nuevo?

—Has tardado —reclama—. Pensaba que me harías ir a buscarte...

No respondo porque no deseo que nadie nos escuche. Una vez la tina está frente al fuego y llena de agua caliente, de nuevo, nos quedamos solos. Es cuando comienzo a ponerme nerviosa, como si el hombre que tengo frente a mí nunca hubiera visto mi cuerpo desnudo con anterioridad.

—¿Podrías al menos no mirar? —pregunto como última esperanza—. No me siento cómoda, mi cuerpo ya no es el mismo y...

—Jaelyn —interrumpe con seriedad—, no hay nada de tu cuerpo que no me agrade. Y si ha cambiado, deberías estar orgullosa de ello, porque ha sido por darle vida a mi hijo, por ello te doy las gracias.

Tras sus palabras, enmudezco, no me quedan argumentos y lo conozco lo suficiente como para saber que no va a marcharse ni a cerrar los ojos para que me sienta mejor. Comienzo a desnudarme de espaldas con la esperanza de sentirme más segura de ese modo y me apresuro a adentrarme al agua. Quema, pero me importa poco, solo quiero escapar de su mirada.

Lo escucho reírse y estoy tentada a arrojarle agua. Me enjabono con parsimonia esperando un milagro que lo saque de aquí, aunque sé que no va a suceder. Me sobresalto cuando siento sus manos en mi cabello.

—Deja que te ayude —dice solícito.

Le dejo hacer sabiendo que no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Sus dedos masajean mi cabeza, se pierden entre las hebras de mi pelo, lavándolo con mimo y paciencia. Cierro los ojos relajándome sin ser consciente de ello, al terminar, enjuaga el jabón y casi gimo al pensar que ha acabado, y cuando creo que así es, sus manos se pierden en el agua y comienza a lavarme el cuerpo.

Primero los brazos, subiendo hacia mis pechos, que se endurecen ante su contacto. Mi mano detiene la suya azorada por lo que me hace sentir, aterrada por claudicar ante unas simples caricias.

—¿Qué haces? —pregunto con la voz enronquecida—. Puedo hacerlo yo...

—Lo sé —asiente, soltándose de mi agarre con facilidad—. Pero quiero hacerlo yo, deja que te cuide, que te mime como siempre debí hacer.

Suspiro resignada y cierro los ojos avergonzada por ser tan débil ante él. De nuevo, sus manos comienzan a explorar bajo el agua, ahora en mi vientre, que no ha vuelto a ser plano de nuevo. No puedo evitar tensarme, sin embargo, Broderick se recrea en esa zona como si quisiera que comprendiera que no hay nada malo en mi nuevo cuerpo.

Cuando una de sus manos llega a mi entrepierna, las cierro por acto reflejo, más mi esposo no es un hombre que se rinda fácilmente. Mis partes están algo sensibles, no es un dolor insoportable, más bien se siente como dolorido pero llevadero. Sus dedos buscan y encuentran el lugar indicado que me hace gemir y alzar las caderas en busca de más. Jadeo su nombre y, con mi mano libre, clavo mis uñas en su antebrazo; si le hago daño, no lo demuestra, sus ojos no se apartan de los míos, ya que siento su mirada abrasadora, abro los párpados y jadeo una vez más tensándome como la cuerda de mi arco ante el ramalazo de placer.

—Déjate ir, Princesa —susurra, besando mi cuello con ardor.

—Broderick... —gimo cuando alcanzo el éxtasis entre sus brazos, si no fuera por su agarre, me hubiera hundido en el agua, ya que mi cuerpo entero tiembla—. Dios mío...

Besa mis labios robándome el poco aliento del que dispongo, por ello debo aferrarme a él, porque siento mi mundo girar. Solo el llanto de nuestro hijo me interrumpe de cometer un error del que después me podría arrepentir. Broderick se aparta y se acerca corriendo a la cuna mientras me apresuro a salir de la tina y cubrir mi cuerpo con mi bata.

—Debe tener hambre de nuevo —replico, intentando olvidar lo que acaba de suceder, aunque mis piernas temblorosas no me lo permitan—. Dámelo —le pido sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

Me siento en el lecho y comienzo a alimentar a Cedric, quien calla de inmediato. Intento alejar de mi mente lo ocurrido para calmarme y ser capaz de pensar con la cabeza fría. No debería sentir que he cometido un error porque Broderick es mi esposo, no ha hecho nada que me haya

desagradado, sin embargo, no ser capaz de olvidar todo lo sucedido entre nosotros es suficiente para empañar todo lo demás.

—Tiene buen apetito —rompe el silencio como si tal cosa—. Eso es bueno, será un chico fuerte.

Asiento porque no sé qué más hacer. Acaricio la mejilla de mi hijo y disfruto de su suavidad, consigue relajarme, vuelve a dormirse y, aunque debería dejarlo de nuevo en su cuna, siento que sin él a mi lado mis muros van a volver a desquebrajarse.

—No tienes por qué utilizarlo para mantenerme alejado, Jaelyn —me sobresalto y lo miro por primera vez, está sentado frente al fuego y de espaldas a nosotros, ni siquiera me había dado cuenta de que se había alejado—. No volveré a tocarte si así lo deseas.



CAPÍTULO XXXV

Broderick

Sé que está batallando consigo misma, la conozco y estoy seguro de que está mortificándose por lo que ha ocurrido entre nosotros, por lo que me ha dejado hacerle. Mi cuerpo duele por el deseo insatisfecho, y los sentimientos encontrados que me embargan no ayudan en absoluto, soy consciente de que he obrado mal, aun así, no consigo arrepentirme, al menos no por completo.

—No te lo había pedido y, aun así, lo has hecho —susurra, no me giro a mirarla porque no quiero ver la desaprobación en su hermoso rostro, cuando hace un rato estaba sonrojado por el placer, así es como me gustaría verla siempre.

—Lo sé —respondo, observando las llamas del fuego—. No puedo disculparme, ya que estaría mintiendo, y te he jurado jamás volver a hacerlo.

—No estoy segura de si prefiero tu sinceridad... —espeta, la escucho moverse, así que supongo que está dejando a Cedric en su cuna—. Te dije que no era buena idea, y no me he equivocado.

—Para mí, disfrutar del tiempo contigo y con mi hijo nunca será una mala decisión —rebato—. Ahora puede que no seas capaz de verlo, espero que algún día lo hagas y vuelvas a disfrutar de mi compañía.

—¿Quieres recuperar lo que perdimos hace años? —cuestiona acercándose—. Broderick, éramos unos niños...

—Quiero ser capaz de recordar aquellos tiempos con nostalgia y felicidad —corrijo, mirando hacia atrás y encontrándola muy cerca, más de lo que pensaba—. Y vivir el presente con el deseo de crear un futuro para nosotros lleno de dicha.

—Lo que pides casi sería un milagro —suspira—. ¿Dónde quedan los días de encierro? ¿Dónde debo dejar los dos años que pasé con los MacLean mientras tú descubrías tu lugar y gozabas con tu amante? Dime, esposo —exige con los brazos en jarra y enfureciéndose por momentos.

—¡En el maldito pasado! —me levanto frustrado, intentando no gritar para no despertar a mi hijo—. ¿De verdad quieres vivir lo que te quede de vida furiosa conmigo? ¿Rumiando todo lo que te he hecho para seguir envenenándote? —cuestiono, acercándome a ella.

—Es muy conveniente para ti, maldita sea —exclama—. Para ti es muy fácil dejar el pasado atrás porque no fui yo quien te di la espalda.

—Tuve que ver cómo te ibas con otro hombre —siseo muy cerca de sus labios—. Tuve que vivir sabiendo que eras suya, y ahora debo hacerlo sabiendo que todo fue culpa mía —mi voz se rompe, odio mostrarme así ante ella, consciente de que mis palabras caen en saco roto.

Jaelyn me mira en silencio, creo ver una pequeña duda en sus hermosos ojos. Casi contengo el aliento a la espera de que se lance a mis brazos, pero solo es un sueño que dura unos segundos, hasta que la realidad se impone.

—Y cada uno debemos vivir con las decisiones que tomamos aquel día —sentencia—. Deberíamos dormir, el niño pasa mala noche normalmente, así que te aconsejo que te replantees el dormir con nosotros.

—No voy a ningún lado —respondo.

Ella se dirige al lecho, ocupa su lugar al lado de la cuna, me dirijo al contrario mientras me despojo de mi espada y de la ropa. Puedo ver su incomodidad, pero no pienso dormir vestido para que no sienta una vergüenza que no debería sentir a estas alturas.

—Buenas noches, esposa —le digo una vez apago las velas y la alcoba queda iluminada solo por el fuego de la chimenea.

—Buenas noches —susurra de vuelta.

Puedo sentir su cuerpo tenso lo más lejos posible de mí. Cierro los ojos sabiendo que no voy a conciliar el sueño, es imposible teniéndola tan cerca de mí y no poder abrazarla como tantas veces hice en el pasado.

Las horas pasan, intento que Cedric deje dormir a su madre lo máximo posible, pero al despuntar el alba, debo marchar sabiendo que dejo lo más importante en estos muros.

—Os amo —susurro, mirándolos por última vez.

Al bajar al salón, Broke, Arthur y Andrew me esperan en compañía de Jules, quien quedará al mando en mi ausencia.

—Buenos días —saludo—. ¿Todo listo?

—Todo —responde Broke—. Podemos salir de inmediato. ¿Estás seguro de que no quieres llevar más hombres?

—Somos suficientes —respondo—. Confío en todos vosotros, sois mis mejores hombres.

Asienten, Arthur y Andrew son los primeros en salir, les sigue Broke, dejándonos a Jules y a mí algo de privacidad para darle mis últimas órdenes antes de partir. Me siento nervioso y no logro comprender el motivo, mi amigo parece darse cuenta de ello.

—No debes temer, Broderick —dice con seguridad—. No voy a permitir que les suceda nada malo. Son pocos días, ve y vuelve sano y salvo.

—Sé que darás tu vida por ellos, aun así, no puedo evitar la sensación de que algo horrible va a suceder sin que pueda hacer nada —confieso—. No he sido capaz de dormir pensando en ello...

—Pensaba que habría sido por otros motivos —se burla—. Al menos, te dejó dormir con ella, es un avance, amigo mío.

—Tal vez —concedo sin mucha convicción—. Debo partir. Sabes qué hacer, Jules. Dejo en tus manos las personas que más amo en el mundo, te estoy confiando mi propia vida.

—Lo sé —asiente—. Te juro por lo más sagrado que a tu regreso estarán sanos y salvos.

Me marcho, porque si no salgo ahora mismo de aquí, no lo haré jamás. Ha dejado de nevar, por lo que será más fácil cabalgar. Monto mi caballo, doy la orden para avanzar y poco a poco Kisimul se va haciendo más y más pequeño, hasta que ya no soy capaz de verlo.

Durante horas, cabalgamos sin descanso, recorreremos millas, cruzamos tierras de clanes amigos y enemigos. Cuando el sol comienza a ocultarse tras las montañas que nos rodean, doy la orden de detenernos para que los caballos descansen y pasar la noche, no voy a arriesgar ni a los

animales ni a nosotros mismos por llegar antes de tiempo a nuestro destino.

—Pasaremos la noche en este claro —ordeno mientras desmonto—. Andrew, Arthur, id en busca de leña para encender el fuego.

—¿Entre la nieve? —cuestiona—. No creo que seamos capaces de hacerlo.

—Haz lo que se te ordena —amonesta Broke—. Comeremos lo que nos prepararon por orden de *lady* Jaelyn.

Miro a mi amigo sorprendido, él solo asiente y no puedo evitar sentir un calor reconfortante crecer en mi pecho, después de todo, se ha preocupado de que tuviéramos alimento sabiendo que con este clima es muy difícil cazar.

—Si no podemos encender un buen fuego, siempre nos quedan nuestras capas —dice Broke—. El muchacho tiene razón, no va a ser fácil conseguirlo, y lo sabes.

—No por ello dejaremos de intentarlo —rebato—. Si no lo conseguimos, la noche va a ser muy larga, querido amigo.

Finalmente, no conseguimos encender una hoguera que nos permita calentarnos, por lo que nuestra única opción es buscar resguardo bajo los árboles y dormir juntos los unos con los otros. Damos buena cuenta de lo que mi esposa ha preparado para nosotros y dormitamos haciendo guardia por turnos.

Broke y Arthur duermen mientras Andrew hace la tercera guardia, he dormido un poco, pero soy incapaz de hacerlo lejos de Kisimul.

—Puedes dormir tranquilo, *laird* —susurra Andrew sin mirarme—. No voy a matarte mientras lo haces.

Bufo ante sus palabras y estoy tentado a darle un buen golpe para que guarde silencio de una maldita vez. No me había dirigido la palabra en todo el día y lo hace ahora, cuando la noche nos envuelve y debemos mantenernos en silencio para estar alerta de posibles peligros.

—Guarda silencio —ordeno entre dientes.

—A sus órdenes —replica—. Solo quería que supieras que, a pesar de nuestras diferencias, jamás sería capaz de matarte.

—Es un alivio saberlo —respondo—. A mí tampoco me gustaría tener que hacerlo, así que mientras te mantengas lejos de mi esposa, todo estará bien.

—¿La amas? —pregunta tras un breve silencio—. Nunca me has mentido, espero de ti sinceridad, Broderick —es casi una súplica.

—Más que a mi propia vida —respondo—. Nunca te he mentado, y no lo hago ahora.

—Entonces demuéstalo —rebate, volviéndose para mirarme—. Si la haces feliz, no tendré nada más que decir.

—¿Por qué ese cambio? —le pregunto extrañado, puedo ver en su mirada el tormento y, aun así, está decidido a retirarse cuando hace unos días estaba dispuesto a cualquier cosa por ella.

—Porque te ama —sentencia, consiguiendo sorprenderme ante su afirmación—. Puede que no quiera aceptarlo, que su orgullo le impida hacerlo, pero cuando le confesé mis sentimientos, algo en su mirada me lo dijo.

—Rezo para que así sea, Andrew —replico—. Ansío el día en el que Jaelyn pueda perdonarme y podamos ser la familia que siempre debimos ser.

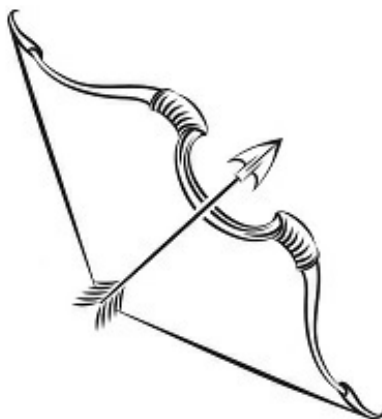
—Espero que así sea —suspira, girándose de nuevo—. Duerme, dentro de poco amanecerá.

Cierro los ojos imaginando cómo sería mi vida si todo lo sucedido entre Jaelyn y yo no hubiera pasado. Tal vez tendríamos varios hijos, no habríamos perdido tanto tiempo separados, enfrentados y odiándonos como lo hemos hecho. Le he dado tiempo, me he mantenido alejado, he atacado y cuestionado cuando debía confiar y defender, no es un error que esté dispuesto a

cometer otra vez.

A mi regreso a Kisimul, pienso continuar demostrándole con pequeños gestos que puede confiar de nuevo en mí, como una vez lo hizo en el niño que fui. Deseo vivir mi vida junto a ella, Cedric y todos los hijos que Dios nos mande, y lucharé por conseguirlo.

No voy a darme por vencido...



CAPÍTULO XXXVI

Jaelyn

Han pasado cuatro días en los cuales todo ha estado demasiado en calma, esa que precede a la tormenta. Esta noche ha llovido mucho y no he podido evitar pensar si Broderick y los demás estarían bajo cobijo o a la intemperie. Ahora, sin embargo, a pesar de estar en pleno invierno, me parece un buen día para salir con Cedric a dar un pequeño paseo junto con Rachel y Greylen.

Hace un par de horas que el muchacho me sigue allá donde voy; mientras su hermana cuida de mi hijo, yo me encargo de que todo esté en orden para la llegada de mi esposo, que espero sea al anochecer como muy tarde.

—Vamos a buscar a tu hermana, pequeño —le digo mientras subimos las escaleras—. Daremos un paseo. ¿Qué te parece? ¿Te encuentras bien para ello?

—Sí, mi señora —asiente emocionado—. Apenas duele.

Lo miro con orgullo, pues sé que está mintiendo. Sus golpes desaparecen, las heridas cicatrizan, pero, como temíamos, su pierna no ha quedado bien. Rachel ha llorado mucho sobre mi hombro por su hermano.

Al abrir la puerta de mi alcoba, grito al encontrarla tirada en el suelo, corremos hacia ella, su hermano la llama a gritos aterrado.

—El niño —balbucea—. Se han llevado a Cedric —solloza.

Me levanto y compruebo que, efectivamente, mi hijo no está en su cuna, grito asustada y regreso al lado de Rachel para comprobar que esté bien.

—Da la voz de alarma —le ordeno al pequeño—. Avisa a Jules, corre —grito para que reaccione—. ¿Quién ha sido? —pregunto a la muchacha—. ¿Le has visto?

—Un hombre —responde mientras la ayudo a incorporarse, gime de dolor—. Y ella...

—¿Quién es ella? —apremio mientras me aseguro de que no tiene ninguna herida de gravedad.

—Violet —escupe—. El hombre que la acompañaba no sé quién es, mi señora. Pero no llevaba los colores de los MacNeil.

—¿Qué te han hecho? —pregunto, sentándola en el lecho.

—Me golpeó porque no quería darle al niño —solloza mientras aprieta sus manos con fuerza—. Le juro que luché, pero temía que le hicieran daño, y Cedric lloraba...

—¿Qué ha pasado? —la llegada de Jules la silencia asustada—. El muchacho no ha sido capaz

de hacerse entender, maldita sea. ¿Quién la ha atacado?

—Se han llevado a mi hijo, Jules —sollozo en su pecho, él me abraza—. Violet y un hombre que Rachel no sabe quién es.

—Eso no puede ser, maldición —escupe—. Broderick me va a despellejar. ¿Cómo han entrado sin ser vistos?

—Los pasadizos —susurro, comprendiendo de golpe cómo han entrado—. ¿Crees que Broderick se los enseñó a Violet?

—No lo creo —niega—. Nunca la trajo aquí...

—Encuentra a mi hijo, Jules —le suplico—. No soportaré si algo le sucede...

—Lo traeré —me promete—. No llores y tranquilízate.

Sale corriendo de la alcoba mientras lo escucho dar órdenes a diestro y siniestro. No puedo quedarme de brazos cruzados, me cambio con rapidez, trenzo mi cabello con manos temblorosas y me dispongo a salir.

—¿Dónde va? —pregunta Rachel asustada.

—No voy a quedarme a esperar —respondo mientras busco mi daga y mi arco—. Voy a recuperar a mi hijo y a matar a los malnacidos que se han atrevido a ponerle sus sucias manos encima.

—Lo siento —se lanza a mis pies—. Lo siento tanto, mi señora. Debí defenderlo con mi vida si fuera necesario, yo...

—Hiciste lo que pudiste, muchacha —interrumpo, levantándola del suelo—. No te culpo, ahora deja que me vaya. Asegúrate de curarte bien esas heridas.

Corro para montar mi caballo y salgo a galope del castillo, a pesar de los gritos de Jules. Lo siento por él, ya que va a estar en problemas por mi huida cuando Broderick regrese, pero en estos momentos lo único que me importa es encontrar a mi hijo. Me dirijo a la antigua cabaña de Violet, al entrar, me doy cuenta de que está deshabitada, muchas cosas rotas, otras por el suelo, no creo que haya estado aquí en bastante tiempo.

—Así que no mentías... —susurro, comprendiendo que de verdad la había desterrado de nuestras vidas para siempre—. Maldigo la hora en la que la conociste...

Salgo de la cabaña sin saber dónde demonios buscar, y si cae la noche, será casi imposible que los encuentre. ¿Habrán ido muy lejos? No es posible, no hacía tanto que había dejado sola a Rachel con Cedric, y si han entrado por los pasadizos, los caballos, si es que tienen, debían estar escondidos.

Regreso hasta los alrededores del castillo en busca de huellas de los animales, me encuentro a varias batidas de hombres que buscan al hijo de su *laird*, incluido a Jules.

—¿Quieres que tu esposo me mate? —cuestiona furioso—. ¿Qué crees que estás haciendo, Jaelyn?

—Buscar a mi hijo —rebato—. ¿Esperas que me quede sentada esperando a que me traigas noticias? Conozco estas tierras, puedo ayudar.

—Supongo que ya has ido a la cabaña de esa zorra —replica—. No ha ido allí, es lista y sibilina. Debe haber buscado refugio en otro lugar.

—Debí matarla cuando tuve oportunidad —gruño, volviendo a llorar ante el terror de no volver a ver a mi bebé—. Tengo miedo, Jules.

—Lo encontraremos —repite de nuevo—. Vuelve al castillo y deja que me ocupe yo, no volveré a fallarte.

Asiento, pero no pienso obedecer, no en esto. Me volveré loca entre esas cuatro paredes sabiendo que mi hijo está en manos de una loca que solo busca vengarse. Regreso y rodeo todo

el castillo sin ver nada fuera de lo normal, pregunto a la gente por si han visto algo raro, y me doy cuenta de que todos ayudan en menor o mayor medida en la búsqueda de mi pequeño.

—¿Y ahora qué? —me pregunto a mí misma—. Por favor, Broderick, regresa —miro al cielo suplicando que aparezca y me ayude a encontrar a nuestro hijo, le necesito a mi lado, me acabo de dar cuenta de que solo confío en él para traerlo de vuelta.

—Llegan caballos —escucho que grita el vigía—. Es el *laird* —anuncia.

No sé por qué desmonto de mi caballo al verlo entrar en el patio, incluso a distancia puedo ver su ceño fruncido, corro hacia él, quien desmonta y me recibe en sus brazos sin comprender lo que sucede.

—Se lo ha llevado —sollozo en su cuello—. Dile que me lo devuelva, por favor —le pido, separándome un poco y mirándole aterrada.

—¿Quién se ha llevado qué? —pregunta, cogiéndome por los hombros—. Cálmate, Jaelyn.

—Violet —exclamo empujándole—. Ella se ha llevado a mi hijo.

—¿Qué? —el bramido de mi esposo se escucha en todo el patio—. ¿Estás diciéndome que ha entrado al castillo y se ha llevado a Cedric?

—Ha tenido que entrar por los pasadizos —replico—. ¿Se los enseñaste alguna vez?

—Por supuesto que no —exclama—. Lo encontraré, esposa —me dice abrazándome—. Voy a matarla por esto.

—No está sola —informo mientras vuelve a montar—. Rachel dice que iba con un hombre que no lleva nuestros colores.

—¿Mi hermano? —cuestiona muy tenso.

—No —niego con rapidez—. Lo hubiera reconocido, ha sido golpeada, pero fue capaz de verlo bien.

Salen de nuevo a galope, las lágrimas me impiden ver bien, tiemblo y siento un frío que no creo que me abandone jamás si no vuelvo a tenerle en brazos mientras lo arrullo. ¿Quién va a darle de comer? Debe tener frío y estará asustado...

Caigo de rodillas derrotada, suplicando a todos los dioses que me lo devuelvan con vida, jamás volveré a pedir nada, seré una buena esposa y madre, daré mi vida por la suya si es necesario.

De repente, a mi mente llega una idea aterradora, me levanto temblorosa y corro con todas mis fuerzas, Broderick se cruza en mi camino y, aun así, no me detengo.

—El acantilado —le grito sin dejar de correr.

Escucho los cascos de los caballos tras de mí, la llamada de mi esposo y, aun así, no me detengo hasta llegar a mi destino, mi grito de agonía se escucha en toda la isla cuando veo enganchada en una rama del filo del acantilado la mantita con la que cubro siempre a Cedric.

—¡No! —aúllo mientras corro hacia allí sin importarme mi propia seguridad, al llegar casi al borde, alguien me levanta del suelo, pataleo, grito y me retuerzo, pero no consigo que me suelte—. Déjame —ordeno una y otra vez.

—No puedo perderte a ti también —susurra mi esposo, apretándome fuerte contra él—. Deja que me encargue yo...

—Dime que no está muerto —imploro, dejándome caer al suelo a pesar de su agarre.

—Quédate con ella —escucho que le dice a alguien—. No te muevas de aquí, Princesa.

Juraría que está llorando, pero mi dolor es tan grande que no soy capaz siquiera de alzar la cabeza para comprobarlo.

—Cedric no está allí, Jaelyn —la voz de Andrew traspasa la niebla que parece engullirme por momentos—. Estoy seguro de que sigue con vida, debes tener fe.

Tiemblo, entierro mis manos en la tierra hasta que me duelen. Escucho cómo los que me

rodean desenvainan las espadas, alzo el rostro para ver con mis propios ojos cómo Violet y Brown aparecen caminando hacia nosotros como si nada, llevando a mi hijo entre sus brazos.

—Así quería verte, perra altanera —saluda la antigua amante de mi esposo—. ¿Qué se siente cuando te arrebatan lo que más quieres? —pregunta mirando a Broderick, quien la observa con una mirada asesina.

—Devuélveme a mi hijo —le ordeno, poniéndome de pie dispuesta a atacar.

—Ni un paso más —advierde, acercándose al borde del acantilado—. O lo lanzo al vacío.

Me quedo inmóvil, incluso dejo de respirar cuando mi hijo comienza a llorar, todo mi ser grita por ir corriendo a su lado, sin embargo, sé que hacerlo significaría su propia muerte.

—Violet —la llama Broderick—, deja a mi hijo, me quieres a mí...

—Claro que te quería a ti —escupe con rabia—. Pero me desechaste —le grita—. Ahora tengo un benefactor mejor —se burla, lanzando una mirada a Brown—. Tu mujercita lo conoce muy bien, ¿verdad?

El hombre que se ha mantenido al margen con una sonrisa maléfica en su feo rostro me observa y puedo ser testigo de la maldad que brilla en su mirada, un escalofrío recorre mi cuerpo sabiendo de lo que es capaz.

—Volvemos a vernos, madre —se burla—. Te dije que me las pagarías, ¿cierto?

—Haz conmigo lo que quieras, pero devuélveme a Cedric —imploro de nuevo, sabiendo que no voy a ablandar su negro corazón.

—Claro que haré contigo lo que me plazca —se carcajea—. Después de que veas cómo acabo con tu bastardo, con tu esposo y con todos los que le acompañan.

—¿Lo vas a hacer tú solo? —pregunta Andrew, anteponiéndose para protegerme—. No vais a salir con vida, así que devolvednos al bebé.

—No me des órdenes, mocoso —ladra, golpeo su espalda para que se calle y no empeore la situación, es la vida de mi hijo la que está en juego.

—Si me voy contigo, ¿le perdonarás la vida? —pregunto, saliendo de detrás de Andrew.

—Querida, estás muy equivocada —niega con la cabeza—. Que tu vendrás conmigo es un hecho, que todos los que están aquí van a morir también.

—Eres uno contra cuatro —rebate Broke—. ¿Cómo piensas hacerlo?

—¿No os lo ha dicho *lady* Jaelyn? —pregunta ufano—. Soy el mejor guerrero de los MacLean.

—Voy a matarte —sisea Broderick, quien se ha acercado despacio—. Violet, si quieres que te perdone la vida, suelta a mi hijo ahora mismo —ordena con una frialdad que incluso a mí me hace estremecer.

—¿Me matarías? —pregunta dolida—. ¿Por ella?

—Por ella y por ese bebé que tienes en brazos soy capaz de matar a cualquiera que ose hacerles daño, y dar mi vida si es necesario —responde—. Ódiame a mí por no amarte, Jaelyn y Cedric no tienen la culpa.

—¡Sí la tienen! —grita de nuevo, sollozo porque cada vez está más cerca del borde—. Jamás me dejaste encinta, y a ella fue lo primero que hiciste —sisea—. Este bastardo debería ser mi hijo, no el suyo.

—Basta de dramas —replica Brown, consiguiendo que Violet lo mire y parezca recobrar un poco el juicio—. Dame al mocoso —le ordena mientras saca una daga.

Grito aterrada, mi instinto es abalanzarme sobre él, pero Andrew se me adelanta. Veo cómo forcejean mientras Violet se aparta por instinto, por mi parte soy capaz de pensar y recuerdo que, tras mi espalda, tengo el arco y las flechas, si disparo, puede que el impacto la lance al acantilado y con ella a mi hijo.

Todos sucede con mucha rapidez, Brown hiere a Andrew en el vientre y lo empuja contra Violet, quien grita tambaleándose, Broke corre y coge a mi hijo antes de que caiga al suelo cuando el grito de esa mujer resuena en la isla. Corro hacia ellos y abrazo a mi pequeño contra mi pecho, sollozando agradecida.

—Gracias —le digo a Broke, no me oye, pues está asomado en el acantilado, es cuando me doy cuenta de que ha sido Andrew quien ha empujado a Violet llevándosela con él—. Dios mío.

Me arrodillo con Cedric más tranquilo al estar conmigo y me asomo mientras escucho cómo Broderick pelea con Brown.

—Andrew —grito, lo veo sujeto a una rama que no va a soportar su peso por mucho tiempo, y a Violet cogida de sus piernas—. Tenemos que ayudarlo.

—Muchacho, coge mi mano —le dice su amigo, sollozo al ver cómo no le obedece, frunzo el ceño sin comprender qué demonios se propone—. Andrew, hazlo —le ordena furioso.

—Si me salváis, también lo haréis con ella —gruñe mientras forcejea para que la maldita se suelte—. Me alegra que Cedric esté bien, Jaelyn —grita para hacerse escuchar.

—¡No! —le grito cuando me doy cuenta de lo que está haciendo—. Dame tu mano —le suplico tendiéndole la mía—. Por favor, Andrew.

—Te amo —vocaliza antes de soltarse ante mis ojos, y observo sin poder evitarlo cómo ambos son engullidos por las olas que golpean las rocas.

—Andrew —el bramido de Arthur demuestra el dolor que siente al perder a su amigo.

Mi llanto es desgarrador porque mi amigo acaba de dar su vida por salvarnos, realmente me amaba lo suficiente como para hacerlo, y es algo que va a pesarme mientras siga respirando.

Beso una y otra vez a mi pequeño, siento algo cálido sobre mis hombros y me giro para ver cómo Jules me tapa con un *plaid* que no sé de dónde ha salido, cubro a Cedric también y permito que me ayude a levantarme.

—Se ha soltado —susurro conmovida—. Ha salvado a mi hijo y yo no he sido capaz...

—Ha sido su decisión —dice abrazándome—. Ahora veamos cómo tu esposo acaba con ese malnacido, le está costando demasiado, pero nos ha pedido que no intervengamos.

Me doy cuenta de que Brown está herido, es más alto y fuerte que Broderick, una mole de casi dos metros, y temo por mi esposo. No podrías soportar presenciar su muerte, es ahora cuando lo veo con claridad.

Puede que me haya hecho cosas imperdonables, pero si muere, tendré que vivir sabiendo que jamás volveré a sentirme viva. Le entregué mi corazón siendo una niña y, a pesar del resentimiento, el dolor y las veces que he creído odiarlo, nunca he dejado de amarlo realmente.

Contengo el aliento cuando Broderick atraviesa el vientre de Brown MacLean.



CAPÍTULO XXXVII

Broderick

Después de días fuera de Kisimul, lo único que deseo es llegar al hogar. Tras la reunión de clanes, donde me ha parecido muy raro que los MacLean no aparecieran, he decidido regresar de inmediato, ya que un mal presentimiento no ha dejado de acecharme desde que salimos de la tierra de los MacNeil.

—Deja de pensar —amonesta Broke—. Que ese malnacido no haya aparecido no tiene por qué significar nada.

—No me gusta —rebato—. Y he dejado sola a Jaelyn.

—Jules no va a permitir que suceda nada —rebate Andrew—. Confía en él.

—Le confiaría mi vida, por ello le he dejado al mando —exclamo—. Quedan apenas unas millas, cabalguemos a todo galope —insto tras espolear a mi caballo.

Me doy cuenta de que algo no va bien cuando a lo lejos diviso el castillo y caballos salir de él. Por eso me adelanto y soy el primero en entrar al patio para encontrar a mi esposa con su arco dispuesta a la batalla, y cuando se lanza a mis brazos, el miedo comienza a invadirme.

Enterarme de que Violet se ha llevado a mi hijo me aterra y me enfurece a partes iguales. ¿Cómo demonios ha entrado en el castillo sin ser vista? Mis hombres salen tras de mí, recorremos los alrededores, y cuando nos dirigimos a los acantilados, veo a mi esposa correr como si el mismísimo demonio la persiguiera, a pesar de mis gritos, no se detiene.

Desmonto de mi caballo cuando todavía galopa y cojo a mi esposa entre mis brazos para detenerla, porque en su rostro desencajado por la más pura agonía soy capaz de ver que está dispuesta a lanzarse al vacío para encontrar a nuestro hijo. Se revuelve como una fiera y mis lágrimas brotan ante su dolor, el mío y el terror ante la posibilidad de que mi hijo haya sido arrojado al acantilado.

Le pido a Andrew que se quede con ella porque sé que es en el que más confía, y junto a mis hombres buscamos algún indicio del pequeño cuerpo de Cedric. No puedo creer que Violet haya sido tan malvada como para acabar con su vida para vengarse de mí o de Jaelyn.

—No puede ser —escucho decir a Broke a mi izquierda, miro hacia allí y me encuentro con la llegada de Violet con mi hijo entre sus brazos, acompañada de un hombretón que no conozco.

Mi antigua amante se burla del dolor de mi esposa, solo por haber osado en hacerle daño a mi hijo y a Jaelyn, está muerta. No siento por ella ningún buen sentimiento, ni siquiera por los buenos tiempos que compartimos juntos, ahora realmente sé lo que es odiar.

Todo pasa sin que pueda hacer nada. Andrew actúa abalanzándose sobre el MacLean, mi instinto me grita que aproveche para ir a por Violet y recuperar a mi hijo, sin embargo, el miedo es más fuerte, está demasiado cerca del borde como para actuar, Broke lo hace por mí, y cuando me doy cuenta de que Cedric está a salvo, corro hacia Brown, quien ha herido a mi amigo, ya estaba sentenciado a muerte mucho antes de eso. Debo reconocer que es bueno, mucho, es grande y fuerte, pero no pienso darme por vencido. Escucho gritos, súplicas, pero es cuando escucho cómo Arthur grita el nombre de Andrew que sé que el muchacho ya no está, ha dado la vida por mi hijo, y una mezcla de tristeza, rabia y remordimientos me da la fuerza suficiente como para conseguir traspasar el vientre de mi adversario.

Cae desplomado, pero todavía con un halito de vida, por lo que me arrodillo a su lado para que me dé respuestas cuando lo único que deseo es arrancarle la cabeza.

—¿Cómo entrasteis al castillo? —pregunto entre dientes—. Habla y acabaré con tu miserable vida.

Ríe y escupe sangre en el proceso, puedo sentir la presencia de Broke a mi lado. Su pie aprieta la herida haciendo que MacLean brame de dolor.

—Habla o acabo con lo que ha empezado mi *laird* —amenaza—. Acabo de perder a un amigo y solo deseo derramar sangre.

—Los pasadizos —jadea—. Violet los conocía.

—¿Quién se los enseñó? —pregunto con rapidez, sabiendo que no le queda mucho tiempo de vida.

—Tu hermano —sonríe—. La colaba en el castillo para encamarse con ella —se burla.

—¿Él os ha ayudado? —pregunto, sintiéndome traicionado de nuevo.

—No —niega tosiendo—. De hecho, intentó detenernos porque nos descubrió. Tuve que matarlo —dice como si nada—. Lo desterraste y, aun así, el muy estúpido jamás se alejó demasiado de Kisimul, ya sospechaba de Violet.

Broke aprieta con más fuerza y el muy bastardo solloza, saber que ha acabado con la vida de mi hermano me duele, algo impensable cuando yo mismo quise hacerlo.

—¿Dónde está? —cuestiono—. Su cuerpo, ¿dónde lo habéis escondido?

—En uno de los pasadizos —responde entre balbuceos, es lo último que dice antes de morir.

—Hijo de perra —maldice Broke, apartándose de él, me levanto intentando asimilar que en un mismo día he perdido a uno de mis mejores amigos y a mi hermano—. No le creas, puede que haya mentido.

—No —niego mientras siento cómo Jaelyn se acerca a nosotros—. El único que pudo enseñarles los pasadizos fue él.

—Broderick —su dulce voz me hace mirarla—, debemos encontrarlo, merece recibir sepultura al lado de tu padre.

—No debería ser así —lamento con los remordimientos carcomiéndome por dentro—. ¿Puedo cogerlo? Por favor —le suplico con miedo a que se niegue, me sorprende que no lo haga.

Cuando tengo a mi hijo en brazos, lo abrazo y siento que puedo volver a respirar tranquilo. Lo miro con unas increíbles ganas de llorar al saber que mi hermano no lo va a conocer. Es ilógico porque yo mismo lo desterré, no le dejé hablar la última vez que nos vimos, y ahora ya es tarde.

Tan ensimismado estoy con mi hijo que solo reacciono y soy consciente de que algo sucede a mi alrededor cuando escucho gritar a Broke.

—Jaelyn —exclama, y observo impotente cómo la coge antes de que golpee el suelo—. Maldición, demasiadas emociones...

Tiendo a Cedric para que Jules lo sujete, lo hace como si tuviera miedo a hacerle daño, pero lo

hace. Cojo a mi esposa en brazos y me dirijo a mi montura.

—Regresemos a Kisimul —ordeno preocupado—. Jaelyn necesita ser vista por la curandera.

—No voy a moverme de aquí —rebate Arthur, que no se ha apartado del acantilado—. ¿No hay forma de bajar? —pregunta.

—Vendremos a por él —le digo—. Es difícil que encontremos su cuerpo, Arthur. La marea lo habrá arrastrado mar adentro.

—Era como mi hermano. —Me mata ver cómo su espalda comienza a temblar por los sollozos—. No puedo dejarlo allí abajo.

—Me quedo con él —dice Jules, tendiéndole el bebé a Broke—. Bajaremos con la esperanza de recuperar su cuerpo, él también merece ser enterrado.

Asiento comprendiendo cómo se sienten. Broke y yo emprendemos el regreso al castillo en silencio, él con mi hijo en brazos y yo con mi esposa inconsciente, no despierta y me aterra la posibilidad de que no lo vuelva a hacer.

—Adelántate para buscar a la curandera —le pido—. Deja al niño con Rachel o con cualquier muchacha hasta que lleguemos.

—Puedo llevar a ambos —replica—. Si lo que necesitas es buscar a Donald...

Me debato entre el amor que siento por mi esposa y el remordimiento de pensar que mi hermano puede estar con vida, y si no aparezco, le estaría dejando morir. Jaelyn se remueve entre mis brazos y detengo la montura, ella me mira sin comprender qué ha sucedido.

—¡Cedric! —exclama, buscándolo aterrada—. ¿Todo ha sido una pesadilla?

—No, Princesa —niego con tristeza—. Nuestro hijo está ahí —señalo a mi lado para que compruebe que duerme en brazos de mi amigo—. ¿Cómo te encuentras? Debemos llegar al castillo cuanto antes para que te vea la vieja...

—No —interrumpe—. Debemos encontrar a Donald, puede que esté vivo, Broderick.

Esa es mi esperanza, pero no quiero arriesgar su vida.

—Te dejaré en tu lecho e iré a buscarlo —respondo mientras emprendemos de nuevo la marcha.

—No hay tiempo que perder —rebate—. Broke, adelántate y deja al niño —le ordena preocupada—. Nosotros iremos a los pasadizos, hay varios, ¿cómo vamos a encontrarlo?

—Creo que sé dónde está —informo—. El pasadizo más directo a las habitaciones es el más escondido, recuerdo que da como a una especie de cueva casi fuera de las tierras de los MacNeil. Puede que él se escondiera allí y por eso los sorprendió.

—¿Te das cuenta de que si hubiera querido matarte podría haberlo hecho? —pregunta en voz baja cuando ya estamos solos—. No era malo, Broderick...

—No sé quién era realmente —reconozco—. Nunca me permitió conocerle.

—Yo podría hablarte de él —ofrece sollozando—. Pero primero encontrémosle.

Llegamos a la cueva a caballo, debo ir más despacio para que no caigamos. La ayudo a desmontar con miedo a que vuelva a desmayarse, sin embargo, no lo hace. Nos apresuramos a entrar y, como suponía, parece que ha sido ocupada recientemente, ya que hay restos de hogueras, caminamos todavía más rápido, ambos sentimos la certeza de que Donald no está lejos.

—¡Allí! —grita Jaelyn, adelantándose para llegar hasta el cuerpo tirado en el suelo—. ¿Donald?

Llego en el momento justo en el que le da la vuelta y jadea horrorizada, mi hermano tiene una herida que le cruza todo el pecho, tan profunda que es imposible que tenga salvación. Un charco enorme de sangre lo rodea, mi esposa solloza cuando la mano de Donald coge la suya sin apenas

fuerzas, los dos nos sorprendemos de que siga con vida.

—Lo siento —balbucea, blanco como un cadáver—. Intenté impedir que se llevaran al niño, una vez más te he fallado —tose sangre, tanta que comienza a ahogarse y soy yo quien lo incorpora un poco más para aliviarlo.

En sus ojos ya casi sin vida hay tanto arrepentimiento que cierro los míos para no empezar a llorar como un niño. Lo abrazo cuando comienza a temblar, comportándome como el hermano que siempre debí ser si no me hubieran arrancado de mi hogar.

—Mi hijo está bien —susurro para que me escuche.

Su mano no ha soltado la de Jaelyn en ningún momento, pero la otra que tiene libre busca la mía, se la tiendo sin dudarle. Con las pocas fuerzas de las que dispone, la aprieta, siento el calor de su sangre escurrirse entre mis dedos.

—Perdóname —suplica—. No podré descansar sabiendo que no lo has hecho...

—Te perdono —respondo con sinceridad, ya que busco el rencor que antes me embargaba, pero ya no existe—. Te perdono, Donald.

Asiente con una sonrisa triste en sus labios morados, comienza a estremecerse de nuevo, sus ojos se apagan tras varios segundos, y cuando se queda inmóvil entre mis brazos, me doy cuenta de que mi hermano ya no está.

—¿Donald? —escucho que susurra Jaelyn—. Dios mío...

Comienza a llorar terminando de romperme. Hoy he perdido a uno de mis mejores amigos y a mi hermano a manos del mismo bastardo. Me levanto llevando en brazos el cuerpo inerte del pequeño de los MacNeil, que imagino debe estar reuniéndose con nuestro padre.

—Sube a mi caballo, Jaelyn —le digo sin mirarla, si lo hago, voy a perder la poca dignidad que me queda y necesitaré su consuelo, algo que no está dispuesta a darme—. Regresa al castillo.

—¿Y tú? —pregunta—. Debemos llevar a Donald al castillo para prepararlo y...

—Deja que me despida de él —interrumpo—. Deja que le lllore, por favor.

—No tienes por qué hacerlo solo —intenta reconfortarme—. También lo apreciaba, era mi primo.

—Basta —interrumpo—. Por favor...

Sé que no le gusta lo que le pido, sin embargo, finalmente, me hace caso y me quedo solo. Me dejo caer en el suelo de nuevo y me siento sin soltar a Donald, no sé cuánto tiempo transcurre, no reacciono hasta que el sol comienza a esconderse tras las montañas y la oscuridad me rodea.

Debo regresar, por lo que decido atravesar los pasadizos. Si no recuerdo mal, este lleva casi a las habitaciones de la planta superior. Camino con mi hermano en brazos, con las horas se ha enfriado y, aun así, no le he soltado en ningún momento, puede que hiciera lo que debía en aquel momento, pero no por ello puedo dejar de sentir que lo abandoné, que ha muerto por mi culpa.

Hallo con facilidad la puerta escondida en el muro de piedra y me encuentro en el pasillo casi enfrente de la alcoba que ocupaba Donald cuando vivía aquí, ahora entiendo por qué utilizaba este pasadizo. Parece que mi esposa me esperaba porque es la primera persona que veo salir de la alcoba de mi hermano.

—Está todo listo —dice—. Te ayudaré a prepararlo.

—No es necesario —rebato, entrando para dejarlo sobre su lecho.

—Puede que no —replica, siguiéndome y cerrando la puerta—. Pero también quiero despedirme de él, Broderick.

Acepto su ayuda, y mientras lo desnudo, ella lo limpia. Ahora, sin toda esa sangre, somos capaces de ver su herida mejor, y me sorprende que haya sobrevivido hasta nuestra llegada porque es enorme. Una vez listo, vuelvo a ponerle un *plaid* con nuestros colores, me cuesta

moverlo debido a que la rigidez de la muerte ya ha aparecido, pero lo consigo.

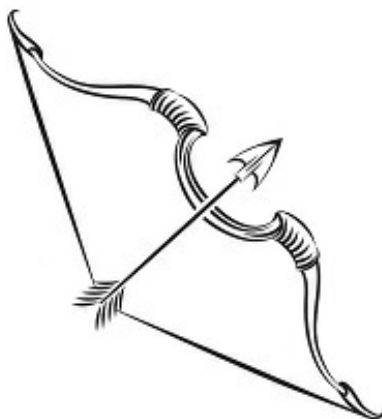
—Debes informar al clan —mi esposa rompe el silencio—. Merece ser enterrado con tu padre, era un MacNeil.

—Será enterrado como merece —asiento—. Informaré al clan, mas no esperes que muchos acudan a su entierro, después de todo, tienen memoria.

—Me importa poco —escupe—. Solo deseo que Donald descanse en paz.

—No merecía morir —lamento—. Era demasiado joven.

—Hace poco querías acabar con su vida —recuerda sin atisbo de rencor—.



CAPÍTULO XXXVIII

Jaelyn

—**M**e alegro de que hayas sido capaz de perdonarlo —continúo diciendo—. Cometió muchos errores, pero sé que se arrepentía de cada uno de ellos.

—¿Por qué no puedes estar tan segura de que yo también me arrepiento de los míos? —pregunta sin mirarme—. Él intentó matarme, conspiró para ello y, aun así, le he perdonado.

Suspiro sabiendo en el fondo que tiene razón. ¿Quiero vivir lo que me resta de vida amargada? ¿Consumida por el rencor y la ira?

—Lo que sucedió entre nosotros hace años no me permitió olvidarte, y por ello aprendí a odiarte, para ser capaz de sobrevivir sin perder la cordura —confieso—. Te culpé por la muerte de mi hija, mas no fuiste tú quien me empujó por las escaleras. Volví a hacerlo a mi regreso a Kisimul por ocupar un lugar que te correspondía, pero que te mantenía demasiado cerca de mí.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que me dices esto? —interrumpe—. ¿Crees que podremos dejarlo todo atrás y tener un futuro juntos?

Guardo silencio pensando muy bien la respuesta, ¿seré capaz de hacerlo? Lo único que me lo impide ahora mismo es pensar en las veces que me ha humillado, puedo perdonar todo lo demás, sin embargo, no estoy segura de poder olvidar lo sucedido, las veces que recibí un castigo desproporcionado por culpa del veneno de otra persona.

—¿En qué clase de mujer me convierte el hecho de perdonarte que me hayas encerrado en una mazmorra, Broderick? —pregunto—. Puede que pienses que es mi orgullo quien habla, no es así, es el miedo.

—¿Miedo a qué? —cuestiona—. No voy a volver a hacerte daño, Jaelyn. Te lo juro por la memoria de mi padre, por mi propia vida, maldita sea.

—A convertirme en una pusilánime que acepta cualquier cosa de su marido —replico con fervor—. No pienso volver a consentir que me trates de cualquier modo que te dé la gana —siseo sin darme cuenta de lo que dicen mis palabras—. La próxima vez que pienses que puedes tratarme como un trapo, te patearé el trasero, MacNeil.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? —pregunta extasiado, sus ojos brillan y sonrío a pesar de todo lo que ha sucedido en el día de hoy—. ¿Me amas?

—Alto ahí —le pido al ver que se acerca—. Lo que quiero decir es que voy a dejar de vivir en

el pasado y permitirme vivir el presente —miro de nuevo el cuerpo sin vida de mi primo con tristeza infinita—. Lo que ha pasado me ha demostrado que la vida es muy corta, Broderick.

—Lo entiendo —asiente, perdiendo la sonrisa al mirar a su hermano—. Debes pensar que soy un maldito egoísta. Acabo de perder a mi hermano y a uno de mis mejores amigos, debería estar llorando sus muertes en vez de atosigarte.

—Cada persona sobrelleva el dolor de una forma distinta, no por ello sufre menos —replico—. ¿Vas a quedarte con él esta noche?

—Sí —responde—. Es lo menos que puedo hacer. ¿Podrías informarme si Arthur y Jules encuentran a Andrew?

—Por supuesto —replico—. Aunque no encontremos su cuerpo, me gustaría que también tuviera un entierro digno, si no fuera por él, seguramente, Cedric no estaría ahora con nosotros.

—Por supuesto —dice, mirándome con anhelo, sé lo que me está pidiendo, y no me veo con fuerzas de salir por esa puerta sin dárselo. Lo abrazo y él se aferra a mí como yo lo hacía cuando era una niña y las tormentas me aterraban—. Gracias.

Su voz ahogada por el llanto contenido, me marchó, aunque deseo quedarme. Siento que mi esposo ahora necesita estar con Donald. Me dirijo a mi alcoba para ver a Cedric dormido en su cuna y a Rachel dormitando junto a él, los golpes cada vez se oscurecen más, debe estar dolorida, pero no he sido capaz de apartarla de su lado.

—Rachel —la llamo susurrando—. Ve a dormir. Yo me quedaré con él en cuanto averigüe si han podido encontrar el cuerpo de Andrew.

—Tantas muertes por mi culpa —susurra mortificada—. Ese joven no merecía morir, el hermano del *laird* tampoco...

—No quiero que vuelvas a decir eso jamás —la amonesto furiosa—. Tú has estado dispuesta a dar tu vida por la de mi hijo, como hicieron ellos, y os daré las gracias hasta el día de mi muerte.

—Me quedo con él hasta que vuelva —replica obstinada—. No volveré a fallarle, mi señora.

—Nunca lo has hecho, recuerda eso —acaricio su espalda y salgo apresurada para cumplir con lo que me ha pedido Broderick.

En el salón, encuentro a los tres hombres desolados, bebiendo en silencio, mi corazón duele por ellos y por lo que se ha perdido este día.

—¿Le habéis encontrado? —pregunto, anunciando mi presencia, todos se levantan al verme entrar.

—No, mi señora —responde Arthur, quien parece el más afectado—. El mar se lo ha llevado... Su voz se rompe y se sienta para apoyar la cabeza entre sus manos y así ocultar su dolor.

—Entonces mañana haremos dos entierros —anuncio—. Tanto Andrew como Donald se lo merecen.

—¿Cómo está Broderick? —pregunta Broke, adelantándose unos pasos.

—Está con su hermano —explico—. Puede que en vida no se comportara como tal, pero lo necesita, solo así encontrará paz cuando todo esto pase.

—¿Intentó impedir que se llevaran al niño? —pregunta Jules—. Siempre imaginé que no se había ido lejos.

—Lo intentó —asiento, tratando de no llorar—. Dio su vida por Cedric. Quiero daros las gracias por lo que habéis hecho y pedir os perdón por haber sido la culpable de que hayáis perdido un amigo.

—Era mi hermano —dice Arthur, alzando el rostro de nuevo—. Pero estoy seguro de que él volvería a hacerlo una y mil veces porque la amaba de verdad. Todos los que estamos aquí daríamos la vida con gusto por protegerla a usted, a su hijo o a nuestro *laird*.

—Sois hombres de honor —alabo—. Debo retirarme. Rachel se niega a separarse de Cedric y debe descansar, ella también ha sido víctima de esos miserables.

—¿La muchacha está bien? —pregunta Broke, intentando parecer indiferente.

—Golpeada —replico—. Pero sobrevivirá.

Me marchó sin darle opción para seguir interrogándome; si desea saber algo más, deberá acercarse a Rachel y preguntar. Me he dado cuenta de que ella lo rehúye y que él parece siempre observarla como si le estuviera perdonando la vida. Me pregunto a qué se deberá ese comportamiento tan extraño entre los dos, ya que la muchacha parece que se relaciona con los demás sin problema alguno.

—Puedes ir a descansar —digo en cuanto entro—. Mañana va a ser un día duro y necesitare que lo cuides, no deseo llevarlo conmigo, no al menos al lugar donde voy.

—Por supuesto, mi señora —asiente bostezando—. Buenas noches.

—Buenas noches, Rachel —le deseo mientras comienzo a desnudarme para meterme en la cama.

Al hacerlo y cerrar los ojos, no puedo evitar recordar todo lo sucedido en el día de hoy. El terror de no encontrar a Cedric y el temor de no volver a verlo jamás, viviendo como lo hizo mi tío hasta que encontró a Broderick. Después de ver cómo Andrew ha dado su vida por salvarnos, y encontrar a Donald a tiempo para que no muriera solo. Las lágrimas comienzan a fluir, lloro sin control por todo el dolor que siento, he perdido a dos personas a las que consideraba familia a manos de dos miserables que solo querían hacernos daño, y me siento más culpable que nunca, ya que si no hubiera regresado, en estos momentos estaría casada con ese monstruo de Brown y mi esposo no habría dejado a Violet.

No estoy segura del momento en el que el sueño me atrapa...

—¡Ayuda! —escucho que grita alguien, corro en busca de la persona que necesita auxilio—. ¡Jaelyn!

Me asomo al acantilado para ver a Andrew sujeto a una rama que parece va a romperse en cualquier momento. Me arrodillo y tiendo mi mano sin llegar a rozar la suya, por lo que me tumbo en el borde intentando alcanzarlo sin éxito.

—No dejes que me caiga —suplica aterrado—. Por favor...

—No llego —sollozo—. Aguanta, pediré ayuda.

—Jaelyn —brama mientras observo sin poder hacer nada cómo cae al vacío y las olas lo tragan.

—Andrew —grito desgarrada.

—Jaelyn. —Alguien me zarandea—. Despierta.

Abro los ojos para ver a mi esposo a mi lado preocupado. Me doy cuenta de que estoy en mi alcoba y que todo ha sido una pesadilla horrible. Me lanzo a sus brazos en busca de consuelo, ya que me tiembla todo el cuerpo, él me abraza contra su pecho, puedo escuchar el fuerte latido de su corazón.

—Me has dado un susto de muerte, mujer —susurra—. Creía que te estaban haciendo daño y que de nuevo había fallado en protegerte.

—Cedric... —pregunto con la intención de levantarme, me lo impide.

—Está dormido —responde—. No lo despiertes. ¿Qué soñabas?

—Que no podía salvar a Andrew —reconozco acongojada—. Podría haber alargado más la mano o...

—No te mortifiques —interrumpe, pasando su mano por mi espalda para intentar calmarme—. Él no querría esto.

Tras varios minutos en los cuales consigo calmarme, me doy cuenta de que mi cuerpo comienza a reaccionar a la proximidad de mi esposo. Mis pechos se sienten pesados, mis pezones se endurecen y no tengo ninguna duda de que, para mi vergüenza, él es capaz de notarlo. Me aparto con rapidez poniendo distancia entre ambos e intentando calmarme.

—Deberías irte —susurro—. Cedric debe estar a punto de despertarse para tomar su leche...

—Jaelyn, no pasa nada por... —le detengo con un gesto de mi mano, lo escucho suspirar—. ¿Está todo preparado para mañana?

—Sí —asiento sin mirarle—. Gracias por venir para asegurarte de que no pasaba nada malo. Buenas noches, Broderick.

Tras unos minutos de silencio, escucho cómo camina hacia la puerta.

—Buenas noches, esposa —susurra antes de cerrar.

Suspiro aliviada al quedar sola para rumiar mi vergüenza. ¿Por qué mi cuerpo responde de este modo en un momento como este? Mi hijo comienza a llorar y me apresuro a cogerlo para alimentarlo. Lo observo agradecida porque está sano y salvo y al crecer no recordará este día, para los que hemos sobrevivido a él, no lo olvidaremos jamás.

—No hubiera soportado perderte —susurro mientras acaricio su mejilla con ternura.

Mi hijo, ajeno a todo, sigue alimentándose con ansias hasta que se sacia y vuelve a quedarse dormido. Estoy tentada a meterlo conmigo en el lecho para tenerle cerca, sentir su calor y oler su aroma, pero si lo hago, después no querrá salir, por lo tanto, lo vuelvo a dejar en su cuna y la acerco lo máximo posible.

Vuelvo a tumbarme sin la esperanza de volver a dormirme, me aterra tener esa horrible pesadilla nuevamente y revivir la sensación de haberle fallado. Las horas corren lentas, las paso entre el sueño y la vigilia, por lo que decido levantarme en cuanto las primeras luces anuncian en nuevo día y comenzar a prepararme para enterrar de nuevo a personas que han sido importantes en mi vida.

Debería estar acostumbrada, pero no es así. Desde que tengo uso de razón, las personas a mi alrededor van muriendo y dejándome sola. Donald creció conmigo, Andrew fue un buen amigo, a pesar de que nuestro tiempo juntos ha sido relativamente corto. Para mí, el paso de las personas por nuestras vidas no se mide en el tiempo, sino en la intensidad con la que marcan tu existencia, y ese muchacho ha sido un apoyo importante durante mi estancia en Kisimul.

Le estaré eternamente agradecida...



CAPÍTULO XXXIX

Broderick

—**H**a llegado la hora, hermano —sentencio—. Espero que, allá donde estés, encuentres la paz que no encontraste en esta vida.

La puerta se abre para dar paso a mi esposa, no tiene buen aspecto y no puedo evitar preocuparme. No hace mucho estaba dando a luz a mi hijo, y ayer ocurrieron demasiadas tragedias que han empañado la felicidad de la llegada de un nuevo miembro al clan.

—Está todo listo, Broderick —susurra, mirando a mi hermano—. Los hombres van a subir para ayudarte a bajarlo.

—Gracias —respondo, siendo muy consciente de que el momento de la despedida definitiva ha llegado—. No tienes buen aspecto —le digo preocupado—. ¿Has tenido otra pesadilla?

—No —responde—. No te preocupes por mí.

Jules, Broke y Arthur entran en la alcoba con sus rostros tallados en piedra. Una vez más, me demuestran su lealtad y su amistad incondicional. He perdido dos hermanos, pero me quedan otros tres, los cuales espero que me acompañen durante muchos años más.

Sin decir una sola palabra, se acercan al cuerpo de mi hermano, Jules a un costado, Arthur al otro y Broke frente a mí. Él y yo lo cogemos por los hombros, los otros dos por las piernas. Salimos de la alcoba y bajamos las escaleras seguidos por Jaelyn, Rachel y su pequeño hermano.

La gente nos espera en el patio y nos sigue hasta la colina donde descansan mis padres. Ver los dos agujeros listos para sepultarlos es una imagen difícil de digerir, sobre todo, porque uno de ellos estará vacío siempre. Me sorprende cuando Jaelyn coge con firmeza mi mano, no me suelta en ningún momento y me deja solo cuando todo termina, como si supiera que necesito unos instantes más para ser capaz de moverme.

—Hasta siempre, hermanos —susurro, mirando al cielo.

No he sentido pesar por la muerte de Violet, y mucho menos por la del bastardo de MacLean.

Cuando llego al castillo, Jaelyn y Rachel están sentadas frente al fuego, puedo apreciar los golpes que la muchacha recibió intentando proteger a Cedric.

—¿Deseas algo de beber? —pregunta mi esposa.

Asiento y, poco después, tengo en mi mano un vaso con nuestro mejor *whisky* para templar mi ánimo. Rachel parece asustada y odio que sea así, después de todo, también le he fallado a ella, ni siquiera en Kisimul ha estado protegida de los golpes.

—Lamento lo sucedido, muchacha —le digo, consiguiendo que me mire asombrada—. Te

pido disculpas porque no he podido protegerte, y también te doy las gracias por haber intentado salvar a mi hijo arriesgando tu propia vida.

—No debe culparse por nada, mi señor —responde de inmediato—. Los culpables ya están muertos. Volvería a hacer lo que hice sin dudar, la que fallé fui yo porque consiguieron sacar a Cedric del castillo.

—Si lo deseas, uno de mis hombres puede enseñarte a defenderte —aconsejo—. De ese modo, podrás protegerte a ti misma y los que te rodean.

—¿Podría hacer eso? —pregunta entusiasmada—. Quiero hacer lo que hizo mi señora con el arco —exclama con un brillo en sus ojos que nunca antes había visto.

—Eso podría hacerlo yo —espetea mi esposa.

—Fui yo quien te enseñó, Princesa —le recuerdo con una sonrisa—. Broke la entrenará.

—¿Él? —cuestiona frunciendo el ceño—. ¿Estás diciendo que tu amigo tiene mejor puntería?

—Ambos tuvisteis el mismo maestro —me encojo de hombros—. Además, puede instruirla en el manejo de la daga...

—También podría hacerlo —rebate de nuevo con un mohín—. ¿A qué se debe tu reticencia a que le enseñe?

—Tú no tendrás mano dura, y Broke sí —explico—. Rachel necesita aprender con rapidez.

—Tal vez él no quiera —vuelve a hablar la muchacha con timidez—. No le caigo muy bien y...

—Broke hará lo que le pida —interrumpo sin comprender a qué se refiere.

—¿Qué es lo que tendré que hacer que no me va a gustar? —la voz de mi amigo nos hace girarnos a los tres.

—Entrenar a Rachel —respondo.

—No —rebate de inmediato sin que en su rostro se muestre un solo gesto—. No tengo tiempo para jugar con niñas.

—No soy una niña —escupe la muchacha con un arrojo que no había visto en ella para dirigirse a mis hombres.

—¿Por qué debo ser yo? —me pregunta ignorándola—. Que se encargue Arthur.

—El muchacho es bueno, pero tú eres el mejor y quiero que ella aprenda contigo —ordeno ahora con más firmeza para que deje de negarse—. Necesito que sea capaz de defenderse y defender a mi hijo, Broke.

Lo escucho suspirar y parece que lo piensa durante unos segundos en los que en el salón reina el silencio, la tensión podría cortarse con una espada. Rachel ni siquiera lo mira, pero mi esposa le lanza una mirada poco halagüeña.

—Lo haré —replica al fin—. Por la seguridad de tu hijo, no por ella.

—Nos ha quedado claro, Broke —replica mi esposa—. Mi esposo te ha encomendado enseñarla, y yo te ordeno que la trates con respeto.

—A sus órdenes, mi señora —inclina un poco su torso—. Los mayores quieren reunirse —anuncia mirándome—. Por ello venía.

—Hoy no tengo cabeza para nada —reconozco—. Dentro de unos días celebraremos esa reunión. No deben preocuparse por nada.

Broke asiente y se marcha, no sin antes lanzarle una mirada desaprobatoria a Rachel. Cuando sale y estoy seguro de que no puede escucharme, me giro para encarar a la muchacha y que me aclare qué demonios sucede.

—¿Por qué Broke parece odiarte? —le pregunto directamente.

—No lo sé —se encoge de hombros—. Ha sido así desde el principio. No logro comprender su

animosidad hacia mí.

—Hablaré con él de nuevo —replico.

—No es necesario, mi señor —rebate—. Puedo vivir con su odio mientras me enseñe a defenderme. Voy a ver cómo siguen Cedric y mi hermano.

Se marcha con paso apresurado, dejándome con la sensación de que no ha sido sincera. Jaelyn suspira y se siente como si se estuviera agotada. Sigue con su hermoso rostro pálido y ojeroso, buena prueba de que la noche ha sido dura para ella al igual que para mí.

—¿Qué crees que quieren los ancianos? —pregunta en voz baja mientras comienza a morderse las uñas, un hábito que logré quitarle cuando era una niña.

—No lo sé —reconozco, acercándome para impedir que se siga haciendo daño inconscientemente—. Creí que ya no lo hacías.

—Comencé cuando estuve en el clan MacLean —confiesa, mirándose las uñas—. No estabas para impedirlo y me acostumbré con facilidad a morderlas cuando los nervios amenazaban con volverme loca.

—Lo siento —susurro, apurando mi *whisky*—. Tendré que volver a comenzar para que dejes de hacerlo, ¿no crees? —intento bromear cuando es lo último que me apetece hacer.

—Tienes cosas más importantes en las que ocuparte —rebate sin acritud.

—Lo más importante para mí sois vosotros —replico—. Cedric y tú sois lo que más me importa, lo demás puede esperar.

Me doy cuenta de que se sonroja y aparta la mirada. Jaelyn nunca ha sido una mujer tímida, al menos no conmigo, por lo tanto, es algo nuevo que admirar en ella.

—Deja de mirarme así —reprocha—. Me pones nerviosa.

—¿Desde cuándo? —pregunto, intentando no reír—. Mujer, no te recordaba tan tímida.

Bufa y rueda los ojos levantándose dispuesta a marcharse, la detengo y choca contra mi pecho. Alza sus ojos para encontrar los míos, veo incertidumbre, desconfianza, pero también deseo, y eso es algo que me da esperanzas. No puedo evitar descender hasta sus labios y besarla casi con reverencia por el temor a que me aleje, no lo hace y pronto no es suficiente. La abrazo y la alzo para sentarla sobre la mesa sin importarme que nos pueda ver cualquiera.

—Si no me detengo ahora, no sé si seré capaz de hacerlo —reconozco entre beso y beso antes de perder por completo el control—. No quiero hacerte daño.

Es mi esposa quien detiene el beso, mirándome con sus ojos azules oscurecidos por el deseo, los labios hinchados y sus mejillas sonrojadas. Me alejo con piernas temblorosas y el cuerpo dolorido, baja de un salto de la mesa y se alisa la falda en un intento vano por adecentarse.

—Ha podido vernos cualquiera —amonesta—. ¿No te importa?

—No es que pudiera pensar mucho —rezongo—. Deja el malhumor, esposa —le pido.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta, mirándome a los ojos—. Me vuelves loca, Broderick.

—¿Volver a amarme? —respondo a su primera pregunta—. Espero que en el buen sentido, Princesa.

Frunce el ceño, tras varios segundos, suspira y niega con la cabeza de forma muy lenta.

—No logro comprenderte —dice confundida—. Conozco de ti tantas caras que no sé cuándo vas a volver a fallarme de nuevo, es algo que no creo que pueda soportar otra vez.

—Ya no hay máscaras —replico—. Ya no debo esconderme tras mi orgullo herido.

—Entiendo —asiente—. Imagino que solo el tiempo lo dirá, ¿no crees?

—Si eso es lo que necesitas —respondo—, estoy dispuesto a cualquier cosa para que vuelvas a confiar en mí y perdones lo que hice en el pasado.

—No hace falta que me digas lo mismo una y otra vez, Broderick —replica—. Creo en tu arrepentimiento, y espero que sea cierto, y jamás vuelva a tener frente a mí a tu antiguo yo. No es ese del que me enamoré y no lo quiero de vuelta, ¿comprendes?

—Jamás —niego con fervor—. Lo juro.

Se dispone a marcharse y no quiero que lo haga.

—Jaelyn —la llamo, se detiene y me mira sobre su hombro—, ¿te gustaría ir a dar un paseo a caballo?

—¿Ahora? —pregunta—. La nieve ha bajado, pero...

—No iremos muy lejos —interrumpo para que no se niegue—. Me gustaría que empezáramos a pasar tiempo juntos, como cuando éramos unos críos.

—Deja que vaya a alimentar a Cedric —concede al fin.

La observo marchar con una sonrisa en los labios a pesar de todo lo sucedido en los últimos días. Creo que es el motivo por el cual la necesito a mi lado, para creer realmente que estamos sanos y salvos, que el destino, Andrew y Donald nos han dado una nueva oportunidad que no pienso desaprovechar.

La espera se me hace eterna, por lo que decido preparar los caballos. La gente que me encuentro me deja saber su pesar por la pérdida de mi hermano y de Andrew, les agradezco con una tenue sonrisa sus condolencias. Preparo ambas monturas, cuando las tengo listas, aparece mi esposa más abrigada y con su cabello negro trenzado, se dirige hacia mí a paso seguro.

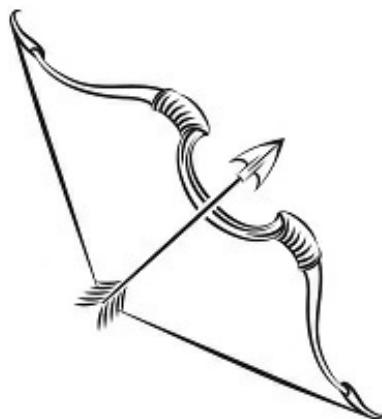
—Tan impaciente como siempre —bromea—. Tu hijo estaba hambriento.

—Se parece a mí —replico, mirándola de una forma que espero le deje claro lo hambriento que me siento, su sonrojo me confirma que lo ha entendido—. Marchemos.

—No deberíamos alejarnos —dice una vez emprendemos la marcha.

—No lo haremos —la tranquilizo—. Solo deseo pasar un poco de tiempo contigo, eso es todo.

La miro de reojo y puedo ver que intenta ocultar una pequeña sonrisa.



EPÍLOGO I

Jaelyn

Estas semanas han sido como si hubiera retrocedido en el tiempo, como si Sombra nunca me hubiera dejado, y como si yo no me hubiera marchado de Kisimul.

He permitido que mi esposo pase tiempo conmigo en vez de rehuirle y buscar cualquier motivo para iniciar una pelea que siempre acababa con los mismos reproches y promesas sin cumplir. Todas las mañanas, después de que él entrene a sus hombres y yo alimente a Cedric, salimos a cabalgar, muchas de esas veces acabamos en el acantilado donde vimos por última vez a Andrew. Otras solo recorremos el bosque que rodea el castillo, hablamos de todo y de nada. He sido capaz de contarle todo lo que viví con los MacLean, dejando muy claro que mi anciano esposo hizo lo que pudo por protegerme, sin embargo, al morir él, quedé a merced de Brown, que si no estuviera muerto ahora mismo, estoy segura de que volvería a matarlo.

La vida continúa y todos hemos seguido adelante. Rachel se ha repuesto de sus heridas y está acostumbrándose al hecho de que su hermanito no volverá a ver por uno de sus ojos, el pequeño lo lleva mejor, aunque todavía le queda un largo camino por recorrer para lograr dejar el miedo atrás. Broke, a pesar de sus reticencias, sé que está entrenándola, lo que sucede entre ellos nadie lo sabe, mas creo que algo demasiado fuerte los une como para que salten chispas cuando están juntos, solo el tiempo lo dirá.

Arthur y Jules siguen con sus vidas, aprendiendo a continuar sin Andrew. Con la esperanza de que todo sea más llevadero con el tiempo. Cedric, mi pequeño milagro, crece cada día fuerte y sano, cada vez se parece más a su padre y él no puede estar más orgulloso por ello.

Por mi parte, intento acostumbrarme a ser de nuevo la antigua Jaelyn, con la madurez que he adquirido con los años y los golpes de la vida. He dejado atrás el resentimiento, la desconfianza y la ira, por primera vez en mucho tiempo, siento el corazón y el alma ligeros y preparados para todo lo que el destino me tenga preparado.

—¿En qué piensas? —me sobresalto al sentirme rodeada por los fuertes brazos de mi esposo—. Tu mirada se ha tornado demasiado seria, Princesa.

—Solo pensaba —respondo, apoyándome en su pecho, vuelve a ser mi lugar seguro—. En todo lo sucedido en estas semanas.

—Espero que tu balance haya sido bueno —replica algo preocupado—. Quiero que sepas que para mí han sido de las más felices de mi vida. Sin olvidar todos aquellos años que pasé contigo

cuando éramos unos niños.

—Es bueno —asiento sonriente—. Triste, ya que me gustaría que Andrew y Donald hubieran tenido otro final.

—Siento sus pérdidas cada día —susurra, apoyando su barbilla sobre mi cabeza—. Sin embargo, que me hayas permitido estar a tu lado ha mitigado un poco el dolor.

—Y tú el mío —reconozco sin la necesidad de escudarme entre los muros que había construido a mi alrededor—. Me alegro de haber seguido a mi corazón...

Lo siento tensarse, sé lo que espera escuchar, pero no estoy preparada para decirlo en voz alta todavía. Broderick me lo ha demostrado cada día, y dicho con palabras cada noche cuando me acompaña hasta mi alcoba, siempre se marcha dejándome con un ansia que solo él puede calmar.

—Y yo de que lo hayas hecho —dice tras mi silencio—. ¿Sabes lo que añoro?

Niego sin decir una palabra a la espera de su respuesta mientras contemplamos el horizonte, el cielo anaranjado con la puesta del sol.

—Dormir abrazado a ti —susurra muy cerca de mi oído, haciéndome estremecer—. Despertar y ser lo primero que vea, sentir tu calor y poder impregnarme en tu aroma.

—Ha pasado largo tiempo, ¿verdad? —pregunto con voz trémula por lo que sus palabras y su voz enronquecida me hacen sentir—. También te he echado de menos, eres el único hombre con el que he dormido...

—Y no sabes cómo me complace —reconoce ufano—. Lamento no poder decir lo mismo.

Me tenso ante su respuesta sin poder evitarlo. Intento no pensar en la mujer que estuvo a punto de destruir todo lo que nos unió desde que apenas teníamos uso de razón. Consiguió su propósito durante un tiempo en el que ambos fuimos desdichados, porque ahora tengo una cosa muy clara. Broderick y yo podríamos haber vivido nuestra vida junto a otras personas, sin embargo, no habríamos estado completos jamás.

—Dijimos que todo eso quedaba en el pasado —recuerdo, intentando alejar la ira que me invade al recordar a Violet.

—Cierto —asiente—. Entonces, ¿puedo dormir contigo esta noche?

¿Lo deseo? Por supuesto que sí. Las dudas me asaltan y durante lo que me parece una eternidad dejo que me invadan impidiéndome responderle. Finalmente, tomo una decisión, de nuevo sigo a mi corazón.

—Sí —susurro cohibida, y me abraza con más fuerza.

Cuando oscurece, volvemos al castillo para la cena, como es costumbre, los chicos ya están en la mesa, Jules y Broke hablan entre ellos, el único que tiene la decencia de entablar conversación con Rachel es Arthur, quien está haciendo reír a los dos hermanos.

—Buenas noches —saludo, sentándome en mi lugar, todos responden—. Que empiecen a servir —le digo a una de las criadas.

—¿Suced algo? —pregunta Broderick tras beber de su vaso al darse cuenta del tenso silencio.

—No —dice Broke—. Solo quería anunciar que creo que Rachel ya está más que lista para defenderse en caso de que la ataquen.

—¿Seguro? —cuestiono—. A mí me costó tiempo aprender a disparar y dar en el blanco, y no se diga de manejar la daga.

—Se me da bien, mi señora —intercede ella—. No es necesario hacerle perder más el tiempo a Broke.

—Eso debería decidirlo yo —replica mi esposo ceñudo—. ¿Te ves incapaz de enseñar a una muchacha, amigo? Te recuerdo que eres mi segundo al mando y que has entrenado a un grupo de hombres sin problema alguno.

—Tú lo has dicho —espeta—. Soy tu segundo al mando, no tengo por qué hacer de niñera.

—Si te lo pido, deberías hacerlo sin discutir —rebate Broderick molesto—. ¿Cuál es el problema, hermano?

—No tengo por qué hablar de esto ahora —se encoge de hombros mientras comienza a dar buena cuenta de su cena—. Si debo continuar porque así lo ordenas, lo haré.

Juraría que escucho cómo Rachel masculla un insulto que me hace casi imposible contener la carcajada que llama la atención de los hombres. Mi esposo me mira interrogante, mi respuesta es un encogimiento de hombros, no pienso delatar a mi amiga. La cena transcurre sin más contratiempos, y cuando llega el momento de subir a mi alcoba, comienzo a sentirme nerviosa cual virgen en su noche de bodas.

Me despido de los hombres y subo con Rachel, que, tras darle de mamar a Cedric, se lo lleva a su alcoba. Me doy un baño rápido y me siento frente al fuego para secar mi cabello mientras lo cepillo, intentando relajarme. Dejo que el crepitar del fuego y el danzar de las llamas me hipnoticen, tanto es así que no escucho la llegada de mi marido hasta que oigo su voz.

—Permíteme que lo haga yo —me pide mientras coge de mi mano el cepillo y comienza a pasarlo por mis hebras humedecidas—. Siempre ha sido suave como la seda...

¿Cómo una voz puede tener tanto efecto en mí? Cierro los ojos y disfruto de sus atenciones, soy muy consciente del momento en el que deja el peine y se agacha para comenzar a recorrer mi cuello con sus labios. Le facilito el acceso ladeando mi cabeza hasta apoyarla en su hombro, sus manos acarician mis brazos con lentitud hasta llegar a mis pechos, gimo sin poder evitarlo, los tengo demasiado sensibles.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupado, alejándose.

Me apresuro a levantarme quedando frente a él y con la silla en medio de los dos como única separación. Su mirada recorre mi cuerpo y veo cómo reacciona al hecho de que mi camisón todavía esté algo húmedo y deje poco a la imaginación.

—No me has hecho daño —consigo decir cohibida ante la intensidad de su mirada—. ¿Por qué te has alejado? —pregunto, agachando la mirada—. ¿He hecho algo mal?

—Por supuesto que no —niega con rapidez—. Princesa, temo que no voy a poder ser tierno en esta ocasión, por eso me he alejado, ha pasado demasiado tiempo y yo...

No le dejo que termine de hablar, soy yo quien da el primer paso al besarle para acallarlo y dejarle claro que no necesito que sea tierno, aunque tenga la apariencia de una mujer frágil, no lo soy. Mi esposo, por toda respuesta, aparta la silla que nos separa de una patada sin dejar de besarme y me coge en brazos para llevarme al lecho.

Sin dejar de devorarnos, nos desnudamos el uno al otro, cuando al fin nuestras pieles vuelven a sentirse, ambos gemimos. Acaricio su espalda, mis uñas se clavan en sus músculos cuando siento cómo se adentra de un fuerte empujón, grito su nombre sin importarme quién me pueda escuchar.

—Nunca he sentido —jadea mientras besa mis pechos con ansia sin dejar de poseerme— algo como esto. Nacimos para estar juntos, para ser uno solo —gime cuando mis piernas rodean su cintura y salgo al encuentro de sus envites.

—Broderick —jadeo asustada por las sensaciones que me embargan—, no puedo...

—Sí puedes —rebate, besándome una vez más hasta robarme el aliento.

Sus embestidas son cada vez más fuertes, más rápidas, por lo que no tardo en alcanzar un clímax como no he sentido antes, grito de nuevo su nombre, cierro con fuerza los ojos y mis uñas se clavan en su espalda sin ser consciente de que dejo arañazos. Tras la explosión, sollozo al sentir cómo mi esposo se vacía en mi interior entre espasmos y temblores que me hacen

abrazarlo con más fuerza ante la ternura que me inspira su reacción.

—Quiero quedarme así para siempre —susurra contra mi cuello sudoroso—. Te amo más que a mi propia vida, Jaelyn.

Beso su cuello con cariño porque siento la sinceridad en su voz, y he sentido cada día su amor hacia mí además de su arrepentimiento. Creo que ha llegado el momento de decir algo que llevo guardado durante mucho tiempo en mi interior, los muros que construí para protegerme ya no existen, Broderick los ha derribado con paciencia, dejándome ver que el niño que conocí no murió, sino que se perdió por el camino de la vida y que hemos tenido que recorrer un largo trecho para reencontrarnos de nuevo.

—Te amé cuando era apenas una niña —comienzo a decir, juraría que he escuchado cómo contiene el aliento—. Te amé incluso cuando te odiaba.

—Lo sé —susurra, alzando sus ojos para encontrar los míos—. Fui un necio y...

Con mi mano cubro sus labios temblorosos para acallarlo y que me deje continuar. Nuestros corazones laten al unísono, puedo notar cuán rápido lo hace contra mi pecho.

—Y te amo ahora. —Sus ojos se abren como platos al escuchar mi confesión—. Y lo haré hasta mi último aliento.

Cierra los ojos mientras aparto la mano que cubre su boca, puedo ver cómo sonrío dichoso. Me besa con pasión, mis brazos rodean su cuello y me pierdo de nuevo en él, es mi turno de parecer sorprendida cuando siento cómo crece en mi interior de nuevo, mas no digo nada y disfruto de sus caricias, palabras susurradas de amor eterno y del éxtasis que solo puedo encontrar con mi esposo.

Cuando todo termina, me siento saciada, agotada y feliz. Me duermo entre los brazos del amor de mi vida, sabiéndome a salvo, amada y completa después de mucho tiempo sintiéndome partida por la mitad.

Despierto con una suave caricia en mi mejilla, sonrío sabiendo de sobra de quién se trata. Al abrir los ojos, descubro a Broderick mirándome con adoración, frunzo el ceño al darme cuenta de que se encuentra vestido.

—¿Es muy tarde? —pregunto preocupada—. Cedric...

—Tranquila —susurra, besándome en la frente—. Es un dormilón, acabo de ir a verle y está dormido como un tronco.

—¿Qué clase de madre soy que me duermo sin preocuparme de darle su alimento? —pregunto, levantándome presurosa sin importarme mi desnudez.

—Una que adora a su hijo —se ríe—. Si el niño te hubiera necesitado, Rachel lo habría traído tal y como le tienes ordenado.

—Cierto —digo algo más tranquila, cubriéndome con mi bata—. Buenos días, esposo.

—Buenos días, mi amor —responde, acercándose a mí para abrazarme.

Ambos nos miramos embelesados, felices porque por fin nada ni nadie nos va a separar.



EPÍLOGO II

Broderick

Siento cómo mi esposa regresa al lecho después de haber amamantado a nuestro hijo. Hace unas semanas que dormimos juntos como un matrimonio normal, tras aquella primera noche en la cual por fin me confesó sus sentimientos, es como si todo fuera un sueño. Después de todo lo ocurrido y de las pérdidas que sufrimos, la vida nos ha recompensado con un amor fuerte que no perecerá ni siquiera tras nuestra muerte. La abrazo en cuanto se vuelve a tumbar a mi lado, está helada y quiero que entre en calor lo más rápido posible.

—¿Se ha vuelto a dormir? —pregunto adormilado.

—Sí —suspira de gusto mientras acaricio su cabello—. ¿Qué haces despierto?

—No puedo dormir si no estás a mi lado —confieso—. Me recuerda demasiado al tiempo que pasé lejos de ti.

Se gira entre mis brazos para quedar cara a cara, puedo ver gracias a la luz de la lumbre su hermoso rostro. Se apoya en mi pecho y con una de sus pequeñas manos comienza a acariciarlo con mimo.

—Nunca más nos vamos a separar, así que debes dejar ese miedo atrás como todo lo demás —susurra para después besar mi pecho, me estremezco intentando controlar la respuesta de mi cuerpo.

—Jaelyn —le advierto—. Debemos descansar, así que deja de hacer lo que estás haciendo —la amonesto con cariño—. No me provoques o no podrás sentarte en una semana.

Ella ríe para acomodarse dispuesta a volver a dormir, por mi parte sé que me va a ser casi imposible con su menudo cuerpo contra el mío. Cierro los ojos disfrutando de su aroma y su suave respiración.

Doy gracias a todos los dioses cada día por haber conseguido que me amase de nuevo, aunque ella insiste en decir que en el fondo jamás dejó de hacerlo, yo tengo mis dudas. ¿Qué iba a amar de mí años atrás? ¿Cuando la aleje de mí y le falle? ¿Cuando al reencontrarnos la traté con indiferencia por mi orgullo herido? ¿O cuando nos casamos y la encerré en una mazmorra como a un animal? Al recordar todo lo que he hecho, muchas noches me estremezco y me aterra despertar y que todo lo vivido en las últimas semanas haya sido un sueño.

—Duérmete de una vez —amonesta adormilada—. Deja de pensar.

Le obedezco poco tiempo después...

Al despertar, no siento deseos de levantarme porque me gustaría quedarme junto a Jaelyn. Me levanto despacio para no despertarla y salgo de la alcoba con sigilo, no sin antes dejarle mi regalo, es algo que debía haberle devuelto hace mucho y que jamás debí romper. Como cada mañana, antes de salir a ocuparme de mis tareas, voy a ver a mi hijo, mi mayor orgullo es verlo crecer tan sano y fuerte, y como repiten todos a nuestro alrededor, con el paso del tiempo se parece más y más a mí, solo espero que en carácter se parezca a su madre para que no sea tan estúpido como yo y se deje influenciar por nadie.

—Últimamente no hay quien te saque del lecho, hermano —reprocha Jules con ironía cuando me ve llegar al patio, donde observo a los muchachos más jóvenes entrenarse.

—Cállate —espeto—. Lo entenderás cuando te cases.

—Muérdete la lengua —replica casi espantado—. ¿Por qué debo atarme a una sola mujer si puedo tener a cualquiera? —pregunta, encogiéndose de hombros.

—Creo que eso lo decimos todos —me río ante sus palabras—. Cuando aparezca la indicada, ninguna de las demás serán suficiente.

—¿Lo dices tú? —cuestiona Broke acercándose—. Te recuerdo que cambiaste una joya por una boñiga de vaca y durante años parecías contento.

Jules frunce el ceño ante el ataque de nuestro amigo, como yo, parece que no entiende a qué ha venido un reproche por su parte.

—Precisamente por eso —respondo algo dolido—. Asegúrate de no cometer los mismos errores que cometí yo. A ti no podemos atribuirlo a la juventud —ataco por mi parte.

—No estoy con un pie en la tumba —sisea tensándose—. Y no tengo nada que pensar porque, al igual que Jules, pienso que no tengo por qué atarme a ninguna mujer.

—Envidiosos —se carcajea Arthur, acercándose a nosotros—. Parecéis dos viejas cascarrabias.

Ambos gruñen y se alejan para continuar con los entrenamientos. Arthur, a mi lado, guarda silencio, aunque no por mucho tiempo.

—No les hagas caso —dice sin perderlos de vista—. Se alegran por ti. Pero como he dicho, creo que quieren lo que tú tienes ahora con Jaelyn. Estamos solos, no tenemos familia y...

—Yo soy vuestra familia —interrumpo—. No importa si estoy casado o no, siempre seré vuestro hermano, mi hogar será el vuestro.

—Lo sabemos —asiente sin poner en duda mis palabras—. Por cierto, me he fijado en Broke y en Rachel...

—¿Y? —pregunto interesado—. ¿Tú también crees que algo sucede entre esos dos?

—La tensión se puede cortar con una espada sin filo —bromea—. Nunca he visto a Broke tratar así a una mujer, ni siquiera a Violet —dice, mirándome de reojo, esperando mi reacción ante la mención de mi amante fallecida.

—Cierto —asiento—. Y por ello me intriga. Podría haber dejado que tú o Jules enseñarais a la chica, incluso Jaelyn sería capaz de hacerlo, pero quise que fuera él para ver en qué acaba toda esa animosidad.

Guardamos silencio hasta que veo cómo a lo lejos aparece Rachel acompañada de su pequeño hermano. De inmediato, me doy cuenta de que uno de los jóvenes le dice algo, ella intenta esquivarlo sin conseguirlo, me tensó y me dispongo a intervenir, pero Arthur me detiene. Lo

miro ceñudo sin comprender hasta que me indica que mire con atención.

Broke se acerca a paso ligero y coge al muchacho por la nuca, este, asustado, comienza a balbucear, mi amigo da un empujón y lo aleja de Rachel, que parece avergonzada ante el espectáculo. Me acerco para escuchar lo que mi amigo dice y me sorprende que esté amonestando a la joven en vez de al maldito que la ha incomodado.

—¿Qué sucede aquí? —pregunto enfadado, el jovenzuelo me observa aterrado, Rachel avergonzada con su pequeño hermano escondido tras ella y Broke lo hace con molestia.

—Nada —responde mi amigo—. Ya me estoy encargando yo.

—Por lo que veo, no muy bien —rebato, cruzándome de brazos—. He visto lo que ha pasado, así que dime, hermano, ¿por qué amonestas a Rachel?

—Mi señor, ha sido culpa mía —interfiere la muchacha.

—¿Por qué? —pregunto impaciente—. Solo he visto que caminabas con tu hermano sin molestar a nadie —miro al imbécil que todavía está en el suelo con furia—. Y él te ha dicho algo que te ha molestado. ¿Qué ha sido?

—Le ha dicho cosas asquerosas, mi señor —habla por primera vez el niño—. Siempre está incordiando a mi hermana, y ella no hace nada para no causar problemas.

Escucho bufar a Broke, le lanzo una mirada dejándole claro lo que pienso del asunto. Dirijo mis ojos hacia el muchacho que se ha levantado y me acerco hacia él para dejarle las cosas muy claras.

—Si vuelvo a enterarme de que le diriges la palabra —siseo mientras él retrocede—, yo mismo te arrancaré la lengua. Rachel y su hermano están bajo mi protección, ¿te ha quedado claro? —le pregunto, solo asiente atemorizado—. Aprende a respetar a las mujeres, mocoso.

—Sí, mi señor —balbucea—, no volveré a molestarla, lo juro.

—Ni a ella ni a ninguna —corrijo—. Díselo a tus amigos.

Se marcha corriendo para unirse a un grupo que está siendo supervisado por Arthur, quien no ha quitado sus ojos de lo sucedido, y con un simple gesto, le dejo claro que espero que el entrenamiento en los próximos días sea tan duro como para que no le queden ni fuerzas ni ganas de molestar a nadie.

—Tu intervención era innecesaria —exclama Broke—. Soy tu segundo al mando, ¿desde cuándo te metes en mi forma de actuar? —cuestiona.

—Desde que algo parece nublarle el juicio —rebato sin perder la poca paciencia que me queda—. Rachel, podéis marcharos.

Se apresuran a obedecerme y, una vez solos, espero que mi amigo me diga qué demonios sucede. Le observo a la espera de una respuesta que no llega porque la vigila hasta que la pierde de vista, después se da cuenta de mi silencio y me mira con indiferencia, como si no hubiera ocurrido nada y yo no le conociera lo suficiente.

—¿Qué esperas que diga? —pregunta a la defensiva—. Esa muchacha es un problema andante, todavía no comprendo por qué demonios tuviste que traerla al castillo.

—Su padre la habría matado o vendido al mejor postor —digo ceñudo—. Te recuerdo que mi deber como *laird* es velar por el bienestar de mi gente.

—¿Vas a meterlos a todos en Kisimul? —cuestiona con ironía—. No puedes salvar a todo el mundo. Esa muchacha va a traer problemas, Broderick.

—¿Por qué? —insisto de nuevo—. Ella no es culpable de su hermosura y de que os vuelva

locos —bromeo.

—Claro que no es consciente, y eso lo hace todavía peor —replica, callando al darse cuenta de que me ha dado la razón—. No me incluyas a mí —gruñe ofuscado—. Me gustaría que a partir de ahora seáis tú o Arthur, incluso Jules, quien la entrene. De verdad, es una patosa que consigue ponerme de los nervios.

—¿Tanto la odias? —pregunto cuando comienza a alejarse, veo cómo sus manos se convierten en puños y todo su cuerpo se tensa.

—No la odio —responde al fin sin volverse—. Pero no la quiero cerca de mí.

Se aleja y estoy dispuesto a seguirlo cuando una mano me detiene, me giro para ver a mi esposa, que niega con la cabeza mientras observa a mi amigo marcharse apresurado.

—No te inmiscuyas —me dice—. Solo ellos pueden solucionar lo que sea que les atormente.

—No voy a quedarme de brazos cruzados si veo que ocurre alguna injusticia —rebato—. No sé qué le pasa, Jaelyn —suspiro—. Y me preocupa.

—Creo que yo lo sé —dice abrazándome—. Deja que ellos se den cuenta de las cosas por sí mismos. Muchas gracias por mi regalo, esposo mío —me deja un beso suave en mi pecho que consigue estremecerme—. Es precioso.

—No te entiendo —refunfuño—. Pero te amo, me complace que te haya gustado, no es igual que el primero que te hice y rompí, pero...

Me silencia con su pequeña mano sobre mis labios sonriéndome con cariño, en su mirada no hay rastro del dolor por los viejos recuerdos, sin embargo, yo me siento muy culpable.

—Yo también te amo, Broderick MacNeil, me encanta mi arco nuevo, deja de recordar el pasado y vivamos el presente —responde sonriente y con un brillo en los ojos que me deja saber que es feliz a mi lado, que por fin me ha perdonado—. Ahora y siempre.

—Ahora y siempre —asiento, devolviéndole la sonrisa.

Abrazados, regresamos a Kisimul, regresamos a nuestro hogar para compartir el resto de nuestras vidas junto a los nuestros. Pienso dedicar mi vida a la mujer que amo más que a mí mismo, a mi familia y a mi clan.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, he puesto la palabra fin a una historia que me ha acompañado durante meses. Nació de un videoclip de una canción, no me había sucedido jamás, pero varias imágenes se quedaron en mi cabeza y no dejaban de martillear en mi mente para que Jaelyn y Broderick tomaran vida.

¿Qué puedo decir de ellos? He disfrutado, sufrido, llorado y reído con esta pareja. Solo espero que os hagan sentir la mitad que lo han hecho conmigo, de ese modo, me daré por satisfecha.

Con esta historia me he adentrado en los muros del castillo de Kisimul, en la Isla de Barra, he viajado a las Tierras Altas de Escocia y sufrido con ellos hasta que han encontrado su final feliz. Se quedan un pedacito de mi corazón, como todos mis anteriores personajes, y espero que vosotr@s también entreguéis una pequeña parte del vuestro, porque significaría que he conseguido transmitir todo el tumulto de sentimientos que Broderick y Jaelyn han sufrido a lo largo de su largo recorrido.

Debo agradecer, como siempre, a mi equipo. Noni, mi correctora, por dejar impecable el manuscrito para que llegue a vuestras manos sin errores. A Leydy por crear con su magia las portadas tan espectaculares para cada uno de mis libros.

A mi familia porque solo ellos saben las horas que me pierdo en mis mundos.

Y, por encima de todo, a vosotr@s, que historia tras historia me acompañáis sin dudar. Gracias a los lectores puedo seguir creando, viviendo mil vidas desde mi pequeño despacho. Mi mayor recompensa es que disfrutéis con mis libros, saber vuestras impresiones me dan ánimos para continuar este camino de la escritura que no creo que logre dejar jamás.

Gracias, gracias, gracias.

¡Hasta la próxima!

Jane Mackenna.

PROXIMAMENTE



Código QR



¡¡ADQUIERELO YA!!

SINOPSIS

En la remota Isla de Barra, donde las brumas danzan sobre los acantilados y las olas susurran secretos ancestrales...”

Broke es huérfano desde que tiene uso de razón, tuvo que cuidar de sí mismo desde muy pequeño. Cuando conoció a Broderick, encontró la figura de un hermano mayor, a pesar de ser menor que él. Los años han pasado y es el segundo al mando del clan MacNeil. Se siente orgulloso de lo que ha logrado y daría la vida por muy pocas personas, no quiere apegos innecesarios, y su lema es sencillo: vive y deja vivir.

Sin embargo la llegada de cierta muchacha al castillo va a poner en jaque todo en lo que cree.

Rachel es una muchacha dulce que no busca problemas, pero los problemas la encuentran a ella. Se ha fijado en un hombre que parece detestarla por el simple hecho de existir, intenta mantenerse fuera de su camino y así dejar de ver esa mirada penetrante sobre ella allá donde va, y que consigue acelerar su corazón.

¿Qué ocurrirá con Broke y Rachel cuándo deban enfrentarse a lo que el destino les tiene preparado?